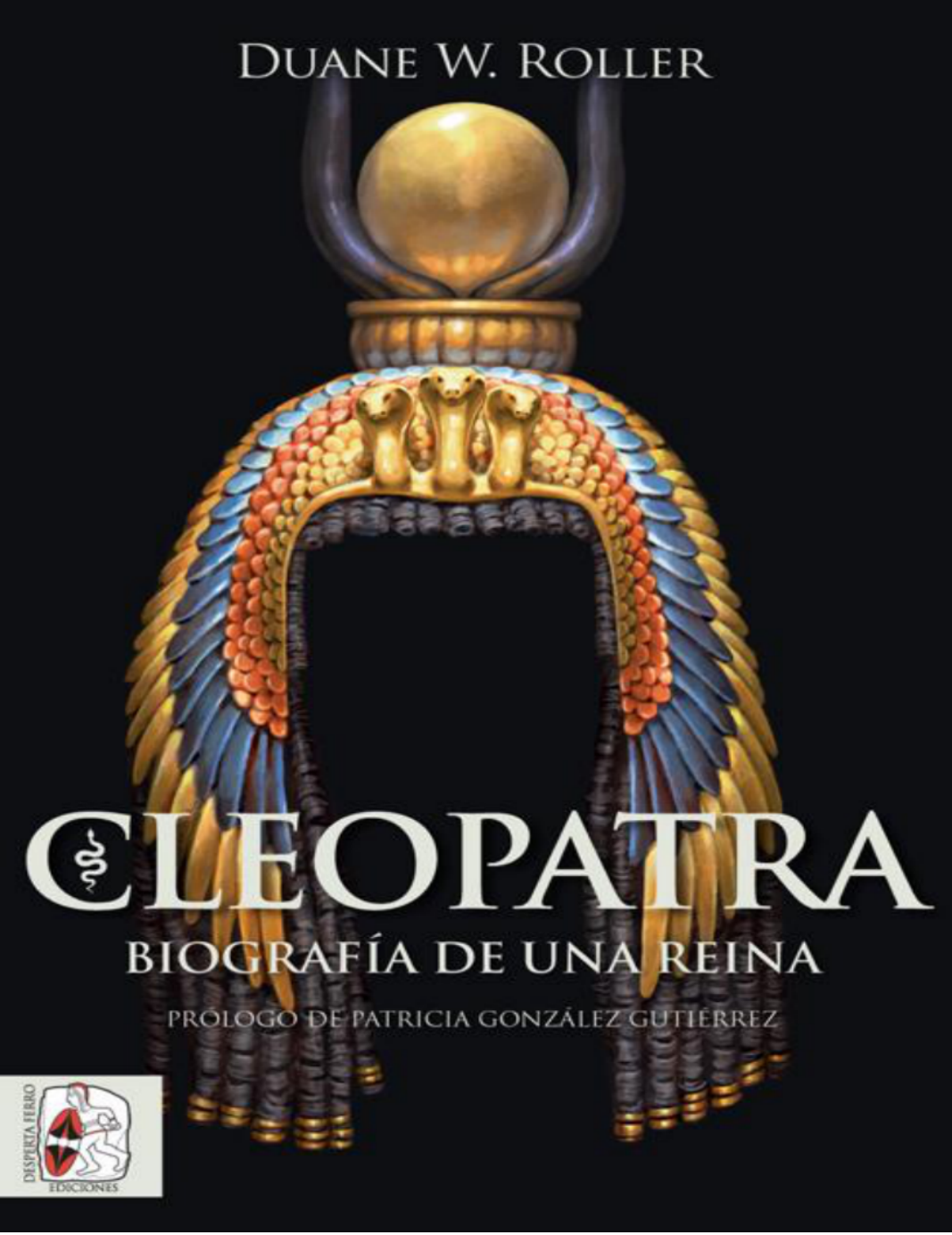
DUANE W. ROLLER



CLEOPATRA

BIOGRAFÍA DE UNA REINA

PRÓLOGO DE PATRICIA GONZÁLEZ GUTIÉRREZ

DESPERTA FERRO EDICIONES

CLEOPATRA

CLEOPATRA

BIOGRAFÍA DE UNA REINA

Duane W. Roller
Prólogo de Patricia González Gutiérrez

Cleopatra
Roller, Duane W.
Cleopatra / Roller, Duane W. [traducción de Jorge García Cardiel].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2023 – 288 p. ; 23,5 cm – (Historia Antigua) – 1.ª ed.
D. L: M-15396-2023
ISBN: 978-84-126588-4-2
94(32)
929CLEOPATRA

CLEOPATRA
Biografía de una reina
Duane W. Roller

Cleopatra. A Biography was originally published in English in 2010. This translation is published by arrangement with Oxford University Press. Desperta Ferro is solely responsible for this translation from the original work and Oxford University Press shall have no liability for any errors, omissions or inaccuracies or ambiguities in such translation or for any losses caused by reliance thereon.
Cleopatra. Biografía de una reina se publicó originalmente en inglés en 2010. Esta traducción se publica mediante un acuerdo con Oxford University Press. Desperta Ferro es el único responsable de esta traducción de la obra original y Oxford University Press no se hace responsable de errores, omisiones o inexactitudes o ambigüedades en dicha traducción ni de cualquier pérdida causada por la misma.
Todos los derechos reservados Copyright © 2010 by Oxford University Press, Inc.
ISBN: 978-0-19-982996-5

© de esta edición:
Cleopatra
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-126588-5-9
D.L.: M-15396-2023

Traducción: Jorge García Cardiel Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández y Cristian Indrecan Cartografía compuesta por Bill Nelson Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro Todas las imágenes son de dominio público, salvo aquellas en las que se indica otra fuente
Primera edición: junio 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2023 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Producción del ePub: booqlab

Bibliografía
Índice de pasajes citados

con un solo matrimonio dinástico y solo dos parejas sexuales conocidas a lo largo de su vida, pero no es un recurso desconocido. Mujeres poderosas como Julia y Mesalina sufrieron el mismo destino historiográfico. Sus maniobras políticas e intrigas quedaron reducidas a adulterios, promiscuidad, traiciones en la cama y visitas a burdeles de mala muerte para ejercer la prostitución. Aunque la estrategia tenía su contraparte masculina en las acusaciones de pasividad sexual (lo que no deja de ser una feminización por parte de las fuentes), se trata de una maniobra que ha afectado especialmente a las mujeres.

Esto ha supuesto que sus estrategias políticas se erotizaran, como su famosa entrevista a escondidas con César, o que sus maniobras para salvar su reino fueran vistas como locuras decadentes y amorosas con Marco Antonio. También provocó que su vasta cultura (hablaba varios idiomas y creció correteando por la Biblioteca y el Museo), su capacidad para la oratoria y la fascinación que provocaba su conversación se viera reducida a debates acerca de su belleza o a su falta de ella. Debates que, por otro lado, han llegado hasta nuestros días.

También sus conocimientos de medicina, ciencia de la que escribió, se vieron reducidos a una imagen de bruja oriental, de hechicera capaz de encantar a los hombres que la rodeaban y de experta en el arte del veneno. Y, como ejemplo, el botón de su muerte, mitificada con el áspid, y sexualizada con la imagen de la serpiente mordiendo su pecho desnudo. Cleopatra no solo ha representado a la gobernante que, por ser mujer, acaba con un reino centenario y a la *femme fatal* capaz de arruinar todo lo que toca, sino también a la mujer voluble, derrochadora, caprichosa y ninfómana. Es más, ha ejemplificado como nadie un relato relacionado con los enfrentamientos entre Occidente y Oriente, más que con ser víctima de las luchas de poder entre romanos.

¿Cómo deshacernos de todas estas capas? Este libro es uno de los que afrontan esa tarea. Cleopatra se estudia, ni más ni menos, como uno de los gobernantes de la zona. Uno especialmente capaz, además, aunque una visión teleológica de la historia nos hiciera ver la derrota de Egipto como inevitable. También presenta a una monarca que continúa las políticas internas y de alianzas externas típicas de su familia y del marco mediterráneo. Los tolomeos llevaban ya bastante tiempo interactuando (y dependiendo en ciertos momentos) de Roma, así como luchando por mantener sus territorios fuera de Egipto.

Fue una dirigente preocupada por convertir Alejandría en un foco de cultura, por mantener una buena relación con la administración regional y local de su reino y que tuvo que enfrentarse no solo a sequías y corrupciones locales, sino a la inmensa ambición y a las peleas internas romanas. Fue una madre y una reina preocupada y protectora, que recibió culto local hasta que el cristianismo fue barriendo otras creencias y adoraciones.

Acercarse a su figura más allá de esa supuesta excepcionalidad, desde un marco histórico más general, desde una historia política que no se deje llevar por

fantasías, desde una historia de las mujeres que sea consciente de los usos políticos en torno al género y desde una historia social que explore las estrategias de los distintos reinos más allá de la visión centralista y reductora de Roma, acaba por convertirse en una necesidad.

Un libro como este es la muestra no solo de que otra historia es posible, incluso con los personajes más mitificados, sino de que, cuando se rebusca en las fuentes, se encuentra. Es la muestra de que, quizá, lo que fallaba no eran solo unos textos cargados de inquina y propaganda, sino nuestra propia forma de mirar.

Patricia González Gutiérrez,
abril de 2023

nunca llegó a saber.

En la actualidad, Cleopatra es conocida sobre todo por su prolija leyenda, generada, básicamente, en los últimos 500 años, en los que la figura de la egipcia ha sido ubicua en el teatro, en las artes visuales y escénicas y en el cine. Resulta difícil rescatar una recreación de la reina que no esté dominada por todas esas concepciones populares. Y, sin embargo, el propósito de este libro es precisamente ese: desgranar un retrato de Cleopatra basado solo en lo que los testimonios antiguos nos revelan acerca de ella. Para que lo que se cuenta sea lo más completo posible, ha habido que recurrir a todas las fuentes disponibles: no solo a la literatura griega y latina, sino también al arte, la arquitectura y los documentos oficiales egipcios, así como a la plástica y las acuñaciones grecorromanas. Y, aun así, la imagen obtenida continúa resultando frustrante por la pertinaz falta de evidencias. A fin y al cabo, la información disponible puede habernos llegado muy contaminada por la perspectiva del vencedor, omnipresente en toda la literatura clásica relevante. Y todavía quedan varias lagunas en el registro, sobre todo las referentes a los tres años que transcurrieron entre finales de 40 y finales de 37 a. C., de los que no sabemos absolutamente nada. Con todo, continúa siendo factible trazar una panorámica fascinante de Cleopatra, la más dinámica de las mujeres, que, pese a fallecer con tan solo 39 años, se convirtió en uno de los personajes más notables de la historia mundial. Las presentes páginas son un intento de valerse de toda la información disponible y de aprender lo máximo posible acerca de esta reina y su mundo.

La redacción de este libro se nutre de los conocimientos previos del autor en torno a la época del último siglo a. C. y del fenómeno de los reyes amigos y aliados (como, en este caso, lo fue Cleopatra), monarcas que regían Estados independientes, pero que mantenían estrechos vínculos con Roma. Es cierto que a Cleopatra no se la suele incluir en esta categoría por haber gobernado en una época anterior al Imperio romano (Herodes el Grande y Juba II de Mauritania, ambos estudiados previamente por el autor, se consideran ejemplos mucho mejores), pero, si lo pensamos bien, cumplió con todas las características propias de un monarca aliado (e incluso fue reconocida de manera oficial por Roma como tal), lo que revela, al menos en este sentido, una auténtica figura transicional entre la República romana y el Imperio.

Al autor, ante todo y sobre todo, le gustaría dar las gracias a Ronnie Ancona y a Sarah Pomeroy por el singular encargo de escribir esta biografía para incluirla en su colección de «Mujeres en la Antigüedad», así como la fe que depositaron en mi capacidad de llevar a término semejante proyecto y los múltiples y provechosos comentarios. Aunque la mayor parte de la labor de redacción se completó en el estudio del autor en Santa Fe, con sus inspiradoras vistas, la investigación bibliográfica se llevó a cabo básicamente en la biblioteca del Harvard College, en la biblioteca de la Universidad Estatal de Ohio (con la asistencia especializada de

su personal de préstamo interbibliotecario) y en el Instituto de Arqueología de la Universidad Karl-Franzens de Graz, Austria. El autor también desea agradecer a todas estas instituciones y a su personal el apoyo recibido. Asimismo, le gustaría expresar un agradecimiento especial a Sally-Ann Ashton; a Malcolm Chrisholm; a Erich S. Gruen; a Kathryn Gutzwiller; a Pietro Giovanni Guzzo; a Domenico Esposito, de la Soprintendenza Archeologica de Pompeya; a George L. Irby-Massie; a Diana E. E. Kleiner; a Christa Landwehr; a William M. Murray; a Nancy Leonard; al Museo Rosacruz de San José; a Josephine Crawley Quinn; a Letitia K. Roller; a John Scarborough; a Elena Stolyarik; a la Sociedad Numismática Americana; a Stefan Vranka y a muchos otros profesionales de Oxford University Press; a Susan Walker; a Wendy Watkins y al Centro de Estudios Epigráficos y Paleográficos de la Universidad Estatal de Ohio.

[*] N. del E.: *Comedias escogidas*, Madrid, Aguilar, 1973.
[**] N. del E.: J. L. Moralejo (trad.), Madrid, Gredos, 2007.

el siglo XX se la consideraba un actor notablemente insignificante en la historia grecorromana. En la década de 1930, Ronald Syme, el gran historiador de Roma, al que tanto le deben nuestros conocimientos acerca del mundo antiguo, sorprendentemente escribió: «Cleopatra no desempeñó ningún papel, en ningún momento, en la política del dictador César, sino que tan solo fue un breve capítulo en la historia de sus amoríos –y también–: la propaganda de Octaviano magnificó la figura de Cleopatra sin medida y más allá de lo decente».[2]

Sin embargo, lo cierto es que nuestra protagonista fue la única mujer de toda la Antigüedad clásica que gobernó por derecho propio (no meramente como sucesora de un esposo fallecido) y lo hizo tratando desesperadamente de preservar y mantener en funcionamiento un reino moribundo en las mismas narices de la abrumadora presión romana. Descendiente de al menos dos de los compañeros de Alejandro Magno, Cleopatra contaba con un estatus mucho mayor que el de cualquiera de los romanos que se le opusieron. Como mujer, la supervivencia dinástica le obligó a tomar una serie de decisiones personales que hubieran resultado innecesarias en el caso de un varón. Aunque siempre se la representará como la más grandiosa de las *femmes fatales,* acostumbrada a arrastrar a los hombres a la perdición, tan solo se le conocen dos relaciones en dieciocho años, una cifra que es difícil que puede considerarse un signo de promiscuidad. Es más, esas conexiones (recordemos, con los dos romanos más importantes de la época) demuestran que la elección de sus compañeros respondió a una política de Estado cuidadosamente diseñada, la única que podía garantizar el nacimiento de unos sucesores dignos de la distinguida historia de su dinastía.

Los modelos de conducta para Cleopatra no fueron abundantes, pero sí dinámicos. En primer lugar, se encontraba la más célebre de las reinas egipcias, Hatshepsut, que sucedió a su difunto marido, Tutmosis II, y gobernó el valle del Nilo entre ca. 1479/73 y 1458/57. Hatshepsut se consideraba a sí misma la responsable de haber rescatado a Egipto de los largos años de ocupación hicsa y, además, había impulsado un notable programa de edificaciones que todavía era visible por doquier. Había extendido las fronteras del Estado egipcio y, al igual que Cleopatra, se había mostrado especialmente interesada en hacerse presente en el Levante. Otra inspiración para Cleopatra pudo ser Artemisia, reina de Halicarnaso en 480 a. C. Aunque sabemos poco de ella, se la recuerda por comandar su propia flota y por haber desempeñado con ella un papel crucial (aunque en cierto sentido enigmático) en la batalla de Salamina, uno de los episodios más relevantes de la guerra entre los Estados griegos y Persia. Y, por último, también hemos de mencionar a la primera gran reina tolemaica, Arsínoe II (*ca.* 316-270 a. C.), hija de Tolomeo I y con quien se trazaron las características de la realeza femenina en el marco de la nueva dinastía. Aunque nunca llegó a gobernar por sí misma, su posición en Egipto se consideró similar a la de su hermano y esposo Tolomeo II. Fue ella quien asentó el concepto del

matrimonio fraternal entre los tolomeos, una herramienta dinástica fundamental, aunque también llegó a casarse con dos reyes macedonios. No hay duda de que, como hiciera Cleopatra, Arsínoe supo elegir bien a sus cónyuges para acrecentar su propio estatus.

Las tres reinas, en definitiva, cultivaron cualidades que moldearon el comportamiento de Cleopatra VII. Pero esta última contó también con otras muchas figuras de referencia, entre las que se contaron personajes de la talla de Alejandro Magno, Mitrídates VI del Ponto y sus propios antepasados tolemaicos masculinos, así como el amplio repertorio de enérgicas mujeres de la mitología griega, como Penélope, que, aunque casada, gobernó su reino en solitario durante veinte años. Incluso las aristócratas romanas con las que rivalizó, como Fulvia, Octavia y Livia, constituyeron modelos relevantes, lo que alimentó un intercambio fecundo entre el paradigma de la monarca helenística y el de la matrona romana.

Dado que, con la sola excepción de las efigies abocetadas bidimensionales de sus acuñaciones, no conservamos ningún retrato seguro de Cleopatra, poco es lo que se puede decir acerca de su apariencia física. Las monedas muestran un mentón y una nariz prominentes (este último, su rasgo más célebre), una mirada intensa y un cabello recogido a la fuerza en un moño. Una de nuestras fuentes afirma de manera explícita que era de corta estatura, característica que quizá también pueda colegirse de la célebre historia del fardo de mantas.[3] Existe un comentario de Plutarco que se suele malinterpretar para aseverar que no era particularmente bella,[4] pero lo que en realidad escribió el historiador fue que la fuerza de su personalidad era muy superior a su atractivo físico. Nuestras fuentes, de hecho, coinciden en que su encanto era notable y que tenía una presencia llamativa, apariencia que aún mantuvo unos días antes de su muerte.[5] Como buena integrante de una casa real, era experta en la monta y la caza;[6] de hecho, en más de una ocasión las fuentes egipcias la presentan como si fuera un varón.

Cleopatra VII, la última representante de la dinastía tolemaica que gobernó Egipto durante 250 años, nació en torno al inicio del año 69 a. C. Fue la segunda de cinco hermanos, hijos todos ellos de Tolomeo XII, que, a lo largo de su reinado, se había ido involucrando cada vez más en la política del emergente Estado romano. Cuando Tolomeo XII huyó a Roma en 58 a. C. para escapar de las iras de su propio pueblo, provocadas por el declive de la economía y por la sensación de que el monarca se encontraba demasiado ligado a los romanos, es posible que Cleopatra viajara con él. El rey recuperó el trono tres años después gracias al socorro decidido de Roma, vehiculado, entre otros, por el joven oficial de caballería Marco Antonio. La hija mayor de Tolomeo, Berenice IV, que se había apoderado del reino en ausencia de su padre, fue ejecutada, lo que dejó a Cleopatra en el primer puesto de la sucesión. Cuando Tolomeo XII murió en 51 a. C., se convirtió en reina de Egipto, pero en conjunción con su joven hermano

Tolomeo XIII, pues la oposición a que una mujer gobernara en solitario era significativa. A la larga, dicha oposición terminó por cristalizar en una facción que provocó el estallido de una guerra civil entre los hermanos. Tal contienda, como es bien sabido, todavía se mantenía en liza cuando Julio César desembarcó en el país del Nilo en 48 a. C. e invocó una serie de antiguos fundamentos jurídicos para justificar la intervención romana en la política egipcia.

César dedicó el invierno de 48-47 a. C. a solventar la guerra (entre cuyas víctimas se contó, por cierto, el propio Tolomeo XIII) y partió en primavera, lo que dejaba a Cleopatra como única reina de Egipto. Durante aquel verano, la soberana dio a luz un hijo al que llamó Cesarión y anunció que era de César. Una vez consolidada en el trono, consagró todos sus esfuerzos a estabilizar el reino. Las deudas contraídas por su padre, los problemas económicos del país y la inquietante presencia romana hicieron ardua aquella tarea, pero no imposible. Para fortalecer su posición en el escenario político romano, siempre cambiante, viajó hasta Roma en 46 a. C. y logró el reconocimiento legal como monarca aliada de la urbe. Un segundo viaje en 44 a. C. determinó que se encontrara en la ciudad cuando César fue asesinado y allí permaneció durante varias semanas más tratando, aunque de manera infructuosa, de que su hijo fuera aceptado como el heredero del finado.

Cuando el triunvirato romano de Antonio, Octaviano (el sobrino nieto y heredero de César) y Lépido se puso en marcha para vengarse de los asesinos del dictador, ambos bandos se aproximaron a Cleopatra con el fin de solicitar su apoyo. La reina contemporizó durante un tiempo, pero al final unió su destino al de los vengadores en vez de al de los tiranicidas, por lo que se puso personalmente al frente de la flota egipcia y levó anclas rumbo a Grecia. Tras la derrota de Bruto y Casio en Filipos en 42 a. C., Antonio quedó al mando de Oriente. Al año siguiente, convocó a Cleopatra a su cuartel general en Tarso. En un principio, la soberana egipcia se negó a reconocer su autoridad y rehusó acudir, pero, en última instancia, en uno de los episodios más famosos de su biografía, navegó por el río Cidno hasta la ciudad. Antonio reconocía abiertamente que, en aquellos tiempos tan turbulentos, el Imperio tolemaico de Cleopatra constituía la mayor garantía de estabilidad en Oriente, aunque se proponía apoyar a la reina tan solo como una pieza más de la red de monarcas aliados con los que Roma contaba en la región. A pesar de todo, decidió devolver al país del Nilo la extensión que otrora había llegado a tener con los tolomeos, por lo que emprendió una política tendente a expandir las posesiones de Cleopatra por el Levante, Asia Menor y el Egeo. El propio Antonio acudió a Egipto para permitirse unas breves vacaciones en compañía de la reina durante el invierno de 41-40 a. C. Cuando regresó a Roma en primavera, Cleopatra volvía a estar encinta y pronto dio a luz a una pareja de gemelos. Ello no fue óbice para que, una vez en Italia, Antonio se casara con Octavia, la hermana de su colega triunviro Octaviano, lo que, seguramente,

daba por concluida la relación con Cleopatra.

Sabemos muy poco de las actividades de Cleopatra durante los tres años siguientes: lo más probable es que se dedicara sencillamente a gestionar su reino y a criar a sus tres hijos. No obstante, en 37 a. C. Antonio regresó a Oriente para ultimar los preparativos de una expedición contra los partos, con la que pretendía dar respuesta a una vieja meta de la política exterior romana. No tardó en convocar a Cleopatra a su cuartel general, establecido en este caso en Antioquía. En el contexto de la reorganización de Oriente todavía en marcha, Antonio decidió ampliar aún más los territorios de la reina, fundamentalmente a expensas de los de otro monarca aliado, Herodes el Grande, célebre en nuestros días gracias al relato cristiano de la Navidad. Repárese en que todos los territorios cedidos a Cleopatra habían pertenecido históricamente a los tolomeos y que Antonio se los donó haciendo uso legítimo de sus poderes como triunviro.

La expedición parta, financiada en buena medida por la propia Cleopatra, se puso en marcha en 36 a. C. La soberana regresó a Egipto nuevamente embarazada y muy pronto dio a luz al que fue su cuarto y último vástago. La campaña resultó un completo desastre y, tan pronto como logró ganar la costa mediterránea, Antonio solicitó a Cleopatra que le enviara dinero y víveres. Al sentirse totalmente desacreditado, es probable que el triunviro creyera que no estaba en disposición de regresar a Roma (de hecho, ya nunca lo hizo) y, en su lugar, viajó hasta Alejandría para reunirse con la reina. Durante dos años más se sucedieron los intentos para orquestar una nueva incursión contra el territorio parto, aunque todos ellos quedaron en agua de borrajas.

En 34 a. C., Cleopatra y Antonio presidieron una ceremonia en Alejandría para formalizar los ajustes territoriales que el romano había decretado en beneficio de la reina y ambos designaron a sus hijos como gobernantes de buena parte de las regiones anexionadas. Sin embargo, aquello no tuvo buena acogida en Roma y el colega triunviro de Antonio, Octaviano, a la sazón el único hombre fuerte en Italia y Occidente, comenzó a tratarlo como a un rival. De hecho, la decisión de Antonio de enviar a Octavia de vuelta a casa mientras él se establecía de manera definitiva con Cleopatra había convertido las disputas políticas entre ambos en una rencilla familiar. Una feroz guerra propagandística, centrada sobre todo en la cuestión de quién era el verdadero heredero de Julio César, estalló entre los dos triunviros. Cleopatra se vio envuelta en ella y todos los prejuicios romanos contra los extranjeros, y en concreto contra las mujeres bárbaras, entraron en escena. Buena parte de las habladurías populares en cuanto a su personalidad y estilo de vida datan de este periodo. Todos estos acontecimientos, de cualquier modo, terminaron derivando hacia una guerra abierta, que Octaviano le declaró a Cleopatra en 32 a. C. La flota tolemaica, de nuevo comandada por la propia reina y acompañada para la ocasión por las tropas terrestres controladas por Antonio, se desplazó hasta la costa oeste de Grecia para

evitar que Octaviano atacara Egipto. El enfrentamiento se produjo frente al promontorio de Accio en septiembre de 31 a. C. Ahora bien, Cleopatra, consciente de que la supervivencia del país del Nilo estaba en jaque, se retiró de la batalla junto con sus barcos y regresó a casa, no sin llevarse a Antonio con ella.

De vuelta en Egipto, comprendió que su posición era ya desesperada y trató por todos los medios de huir hacia la India, pero antes se aseguró de que su hijo Cesarión accediera al trono. Antonio, en cambio, comenzó a mostrar tendencias suicidas y se retiró de la vida pública para siempre. Las prolongadas negociaciones entre Octaviano y la pareja se probaron infructuosas y, en el verano de 30 a. C., Octaviano recurrió a la vía militar e invadió Egipto. Cleopatra, al darse cuenta entonces de que Antonio era prescindible y de que toda esperanza de supervivencia para ella o para su reino pasaba por desembarazarse de él, le empujó al suicidio. Sin embargo, poco después comprendió que Octaviano la perdonaría solo para exhibirla como trofeo durante su triunfo en Roma, por lo que ella tampoco tardó en quitarse la vida. En agosto de 30 a. C., el régimen tolemaico tocó definitivamente a su fin.

La bibliografía acerca de Cleopatra VII es formidable, pues los libros que se le han dedicado se cuentan por millares. Sin embargo, dado que la reina constituye en nuestros días un personaje de la cultura popular e incluso de la historia mundial, muchas de estas obras carecen de toda relevancia para el historiador de la Antigüedad, o, más en general, para toda aquella persona interesada en comprender cómo fue en realidad Cleopatra y cuál fue su papel en el mundo del siglo I a. C. Obviamente, especialistas de muy distintos campos se han interesado por Cleopatra, desde los estudiosos del teatro renacentista a los historiadores del arte, los musicólogos o los cineastas. Los trabajos en torno a Cleopatra desde todas estas perspectivas son totalmente legítimos, pero se aproximan a la soberana como un constructo icónico de la historia cultural y no como un personaje histórico de finales del periodo helenístico. Por ello, en el presente volumen no abordaremos la recepción del mito de Cleopatra: un tema interesante, pero que no tiene nada que ver con la historia de la propia reina, más allá de la mera constatación del alcance del que llegó a gozar su reputación. No obstante, la fuerza de su leyenda es tal que ni siquiera los mejores historiadores de la Antigüedad pueden sustraerse a ella y a menudo se permiten una cita útil tomada de alguna obra de teatro o se abandonan a la discusión en torno a alguna pintura decimonónica. Evidentemente, no se trata de un proceder desatinado, pues la evolución moderna de la tradición grecorromana es parte integrante de los estudios clásicos. Pero, en el caso de Cleopatra, puede ser peligroso, por el sencillo motivo de que los materiales posteriores a la Antigüedad sobrepasan ampliamente los datos existentes que acerca de ella se han conservado de época clásica, con lo que, más que con ningún otro hombre o mujer del mundo antiguo, con Cleopatra corremos el riesgo de perder de vista al personaje

histórico, anegado bajo la montaña de su recuerdo. De hecho, algunos de los episodios más célebres de su biografía sencillamente nunca tuvieron lugar. No es cierto que se presentara ante César envuelta en una alfombra, no era precisamente una seductora, no se valió de sus encantos para conseguir que los hombres que la rodeaban perdieran el juicio, ni tampoco murió víctima de la picadura de un áspid. Es posible que ni siquiera concibiera un hijo de César. En cambio, otras facetas importantes de su existencia han quedado oscurecidas por la tradición posterior: poca gente sabe que fue una diestra comandante naval, una célebre autoridad médica y una experta gobernante cuya gestión suscitó los elogios en todo el Mediterráneo oriental; unos elogios que, desde ciertas esferas, pudieron revestirse de tintes mesiánicos, pues Cleopatra encarnó para muchos la esperanza de un Mediterráneo oriental libre de la dominación romana.

UNA NOTA ACERCA DE LAS FUENTES

Por mucho que Cleopatra sea, probablemente, la mujer más célebre de la Antigüedad clásica, las menciones literarias en torno a su vida y su carrera son escasas. Ello se debe, en buena medida, al limitado interés que las mujeres, incluso las más famosas, tuvieron para la literatura grecolatina, pero también a los esfuerzos por destruir la reputación de la reina puestos en marcha durante la guerra propagandística de finales de la década de 30 a. C. Cerca de medio centenar de autores la menciona, pero la mayoría de sus alusiones son noticias breves y repetitivas acerca de la batalla de Accio, su suicidio o las supuestas rarezas de su carácter. Las informaciones más completas son, al menos, un siglo posteriores a su muerte y, para entonces, la exégesis de Augusto ya estaba bien asentada. Lo cual, lógicamente, dificultó que cualquier autor ulterior pudiera esbozar un retrato equilibrado de la soberana.

Así las cosas, nuestra fuente más completa es la *Vida de Antonio* que Plutarco redactó a finales del siglo I d. C. No se trata de una biografía de Cleopatra, sino del que llegó a ser el hombre más importante de su vida, aunque la presencia de la soberana es ubicua en toda la obra. Plutarco es muy posterior a los acontecimientos de los que trata, pero a menudo se valió de fuentes contemporáneas a aquellos, como Filotas de Anfisa, un amigo de la familia de Plutarco que tenía acceso al palacio real; Nicarco, el bisabuelo del historiador, de quien sabemos que se encontraba en Atenas cuando Octaviano llegó a la ciudad tras la batalla de Accio; Olimpo, el médico personal de Cleopatra; o Quinto Delio, seguramente, la fuente más relevante de todas, pues ejerció de confidente de Cleopatra, Antonio y de Herodes el Grande. Plutarco, desde luego, no era inmune a las visiones tradicionales de la reina que ya estaban plenamente asentadas en su época, pero sus reflexiones son de una gran sagacidad y se presentan respaldadas por los testimonios de numerosos testigos de los hechos.

Además, su manejo de fuentes ajenas a la perspectiva augustea otorgó algo más de ecuanimidad a su retrato.

El siguiente testimonio en importancia es la *Historia Romana* de Dion Casio, compilada a principios del siglo III d. C., es decir, mucho tiempo después de los acontecimientos que describe. Dion Casio fue un magistrado público en un mundo en el que las convulsiones y el eventual colapso de la República romana, así como el clima característico de los reinos helenísticos, hacía mucho que ya no eran relevantes y apenas resultaban comprensibles. En consecuencia, su crónica a menudo carece de sutileza y malinterpreta las complejidades del siglo I a. C. Sin embargo, es el único relato continuo que conservamos de la época de Cleopatra, por lo que su importancia es fundamental. Nuestra tercera fuente acerca de la soberana egipcia es Flavio Josefo, contemporáneo de Plutarco y cuyas obras se centraron básicamente en Judea y en los judíos, lo que nos proporciona los únicos datos disponibles de cierto aspecto significativo de la vida de Cleopatra: la relación con Herodes el Grande y las políticas concernientes al Levante meridional. Josefo, por cierto, siguió de cerca a dos autores que, sin duda, escribieron de acuerdo con sus propias agendas, pero que tuvieron en común haber conocido en persona a Cleopatra: el propio Herodes, que redactó sus memorias; y Nicolás de Damasco, de quien sabemos que ejerció de tutor de los hijos de Cleopatra antes de trasladarse a la corte de Herodes para convertirse en el consejero principal de este y en cronista del reino. Como buen apologeta del monarca judío, y pese a la relación que previamente habían mantenido, Nicolás se mostró particularmente hostil hacia Cleopatra, lo que no obsta para que su testimonio sea extremadamente valioso.

Otros autores añaden ciertos detalles de importancia. Aunque conservamos tanto las memorias de Julio César como las que uno de sus lugartenientes redactó con el título de *De bello alexandrino* (*Guerra de Alejandría*), ninguno de los dos textos presta demasiada atención a la figura de la reina. En cambio, Cicerón, que también la conoció en persona, nos proporciona una semblanza sorprendentemente negativa. Los escritores más célebres del periodo augusteo (Virgilio, Horacio, Propercio y Ovidio) siguieron de cerca la visión políticamente correcta de aquellos años y se mostraron elocuentes en su condena, aunque en las obras de Horacio vislumbramos también cierta admiración. Otros eruditos de la época o posteriores, como Estrabón, Veleyo Patérculo, Valerio Máximo, Plinio el Viejo o Apiano, facilitan detalles ocasionales que no se mencionan en ningún otro sitio. Por último, detectamos tenues indicios de una tradición favorable a la reina preservada al margen de la versión augustea de los acontecimientos, gracias a los vestigios conservados de la crónica histórica de Sócrates de Rodas, seguramente un miembro de la corte de la reina alejandrina, y de la *Líbica*, redactada por Juba II de Mauritania, yerno de la reina. Y, por supuesto, las inscripciones, las monedas y (dado que trataremos de Egipto) los papiros nos

ofrecen una cantidad significativa de datos valiosos, acordes con el punto de vista de la propia Cleopatra. Todo lo cual no es óbice para que el grueso de la evidencia literaria disponible derive de Plutarco, Josefo y Dion Casio. Y, sin embargo, la imagen de Cleopatra predominante en nuestros días se basa, en buena medida, en las recreaciones de su trayectoria posteriores a la Antigüedad, en especial las representadas en el teatro y no en los datos que conservamos de su época.

NOMBRES PERSONALES Y GEOGRÁFICOS

El empleo de topónimos y antropónimos antiguos es una cuestión compleja que no admite respuestas obvias. La transmisión de nombres propios de un idioma a otro, y también de una escritura a otra, origina numerosas dificultades. Este problema, generalizado en los estudios clásicos, se torna especialmente grave en todo lo referido a Cleopatra, pues la opulenta tradición moderna ha afianzado formas populares como «Antonio» (en lugar de Antonius) o «Pompeyo» (en vez de Pompeius) que no derivan directamente de la Antigüedad y que seguramente no puedan retrotraerse más allá del siglo XVI. Aunque todavía resultan más problemáticos los nombres locales, recogidos por la tradición griega o latina y, acto seguido, traducidos al español, a menudo de forma inadecuada. Es más, el Mediterráneo oriental tardohelenístico fue una región caracterizada por una asombrosa diversidad lingüística (recuérdese que la propia Cleopatra dominaba varios idiomas) y unos mismos nombres propios podían llegar a adoptar distintas formas. Así, por ejemplo, el nombre de Malicos, el rey de Nabatea, también podía escribirse Malcos, Malcus o Malicus, dependiendo del idioma y de la ortografía de la fuente escrita, variantes todas ellas del antropónimo original Maliku (*mlkw* o *mnkw*). Los nombres egipcios, de hecho, pueden confundir aún más, dado que se pueden transliterar de acuerdo con una amplia gama de sistemas divergentes.

Aunque no sin reticencias, el autor de estas líneas ha adoptado la ortografía más habitual en castellano para todos los nombres antiguos. Cualquier sistema, al fin y al cabo, está repleto de dificultades e inconsistencias y ha de reconocerse que los constructos modernos pueden llegar a resultar más útiles que la transliteración más exacta.*

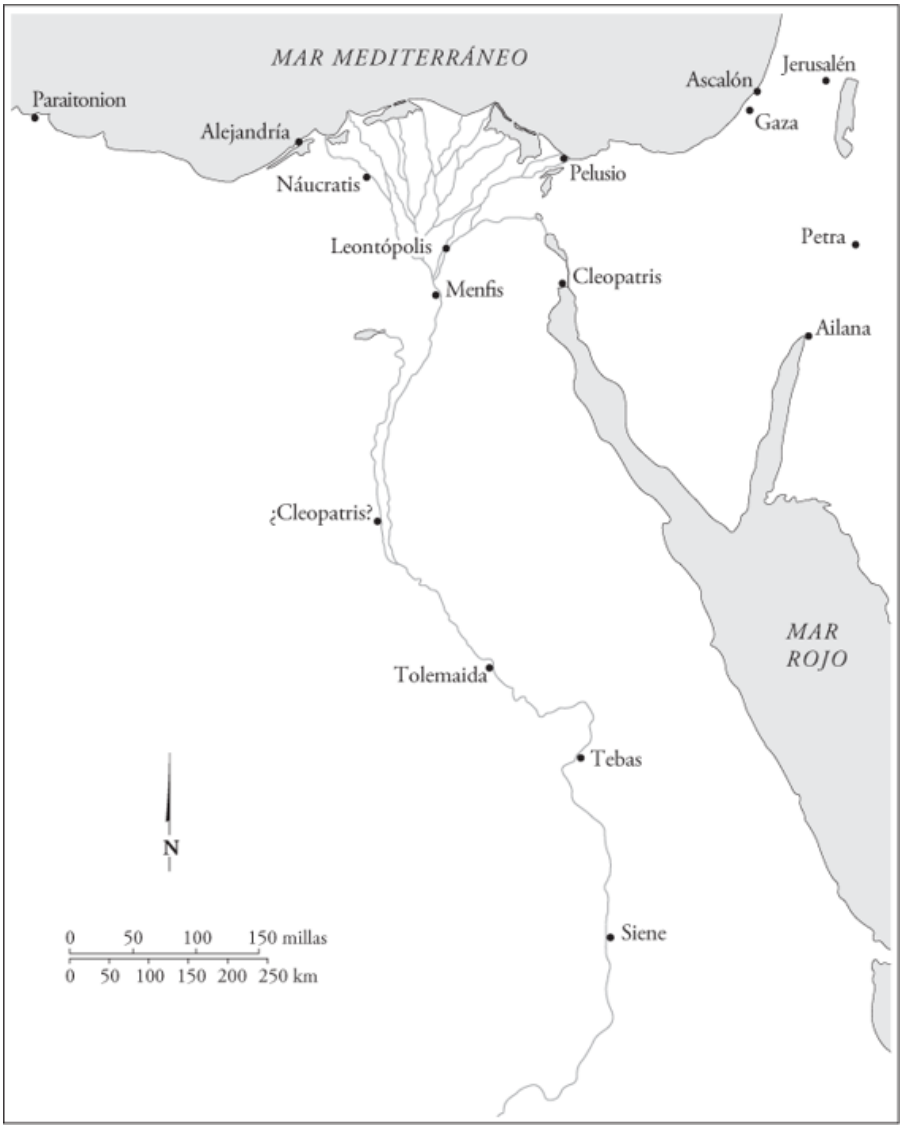
Debe aclararse también que Octaviano, el sobrino nieto y heredero de Julio César (y el adversario romano de Cleopatra) asumió el nombre de Augusto en 27 a. C. Aunque la mayoría de las ocasiones en las que aludamos a su persona se referirá a momentos previos a 27 a. C., para los acontecimientos posteriores a dicha fecha emplearemos este último nombre.

NOTAS

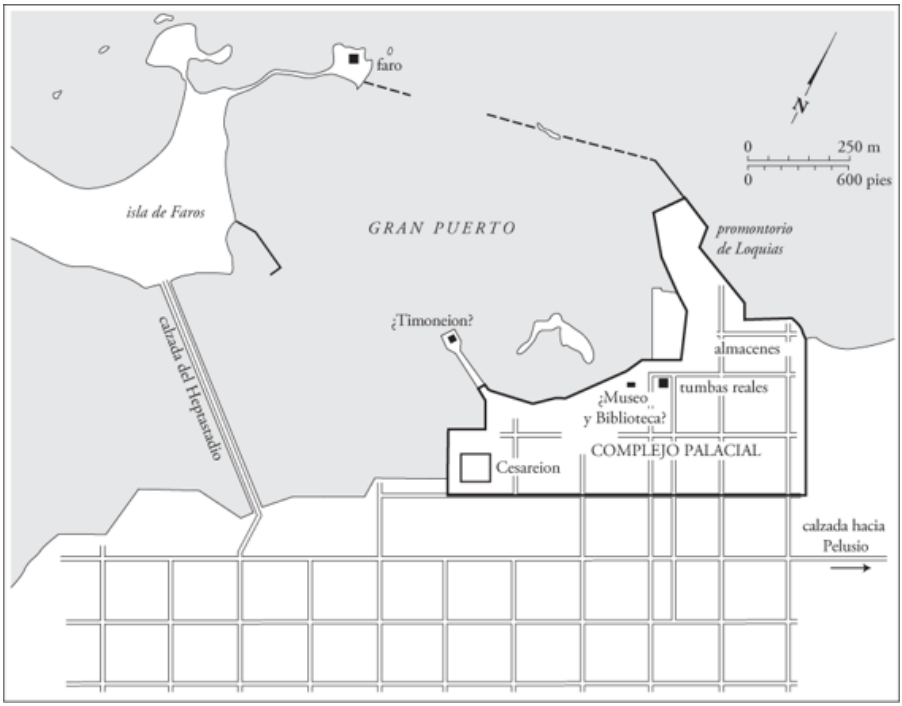
1. Virgilio, *Eneida* 8.688.
2. Syme, R., 1960, 275.
3. Malalas 9.219; Plutarco, *César*, 49.1.
4. Plutarco, *Antonio*, 27.2.
5. *Ibid.*, 83.
6. *Ibid.*, 29.

* N. del T.: En la edición original inglesa, el autor ha adoptado la ortografía más habitual en inglés para los nombres antiguos más célebres (Cleopatra, Tolomeo, Herodes), en lugar de recurrir a transliteraciones directas de los antropónimos originales (Kleopatra, Ptolemaios, Herodes), así como los nombres menos comunes que carecen de forma inglesa aceptada se han transliterado de la manera más directa posible. En esta edición, se han castellanizado todos los nombres, algo que, por otra parte, es normativo.

Mapa 1: El reino de Cleopatra en su momento de apogeo.



Mapa 2: Egipto en tiempos de Cleopatra.



Mapa 3: Alejandría en tiempos de Cleopatra.

1

célebre ciudad de Antioquía, así bautizada en honor a su padre y en torno a la que creó la otra gran dinastía helenística, la seléucida. Tal dinastía, en su momento de apogeo, llegó a controlar un inmenso territorio que se extendía hasta la India. En la década de 190 a. C., tolomeos y seléucidas unieron sus destinos con el matrimonio de Tolomeo V y Cleopatra I.[6]

De este modo, fueron los seléucidas quienes introdujeron en la dinastía tolemaica el distinguido nombre de Cleopatra, que detentaron otras cinco mujeres de la dinastía hasta llegar a la última Cleopatra egipcia.[7] Pero no perdamos de vista que, en última instancia, el nombre se retrotraía a la propia familia de Alejandro, cuya hermana, así llamada, desempeñó un papel clave en la compleja biografía del monarca macedonio: fue en la boda de su hermana Cleopatra cuando el padre de ambos, Filipo II, fue asesinado.[8] Es más, el nombre puede rastrearse incluso en la mitología, pues identificaba, entre otras, a la esposa de Meleagro, el protagonista de la célebre cacería del jabalí de Calidón. Cleopatra VII se crio, seguramente, escuchando los relatos de sus ilustres tocayas históricas y mitológicas. Y, si realmente descendía también de los sacerdotes de Ptah, semejante circunstancia añadiría aún más distinción a su linaje. Al antiguo dios se le venía asociando a los gobernantes griegos de Egipto desde la época del propio Alejandro y, de hecho, esta conexión se argüía con frecuencia como una de las principales fuentes de legitimación de los tolomeos.[9]

Que sepamos, Cleopatra VII tuvo cuatro hermanos.[10] Sus dos hermanas fueron Berenice IV y Arsínoe IV. Las tres hijas de Tolomeo XII, por ende, recibieron los tres nombres femeninos preponderantes en la dinastía. Berenice, la hija mayor, y probablemente la única nacida de Cleopatra VI, la esposa oficial del rey, fue aupada al trono por una facción mientras su padre se hallaba en el exilio en la década de 50 a. C., pero este la mandó ajusticiar tan pronto como regresó al país del Nilo. Arsínoe, la hermana más joven, recibió de Julio César el título de reina de Chipre (cargo que, por cierto, nunca llegó a ejercer), mas, en cuanto comenzó a congregar a su alrededor a la oposición a Cleopatra, se vio obligada a exiliarse en Éfeso, donde Antonio la ordenó asesinar a instancias de Cleopatra en 41 a. C. Igualmente, los dos hermanos varones de nuestra protagonista, Tolomeo XIII (nacido en 61 a. C.) y Tolomeo XIV (nacido en 59 a. C.) cayeron víctimas de las pretensiones dinásticas de esta. Aunque ambos gobernaron junto con ella durante breves periodos, la reina no dudó en precipitar sus respectivas muertes a lo largo de la década de 40 a. C. En resumen, ni uno solo de los cinco vástagos de Tolomeo XII falleció de muerte natural. Cleopatra, sin lugar a dudas, vivió unos tiempos difíciles. El Imperio tolemaico colapsaba y la estrella de Roma se encontraba en franco ascenso, aunque la República atravesaba también por serios problemas. Cleopatra, de niña, desconocería que su padre sería el último rey varón significativo de la dinastía, así como que las tensiones dinásticas la llevarían a ella misma a ser la causante de la muerte de tres de sus cuatro hermanos.

Asimismo, la reina dio a luz a cuatro potenciales herederos, pero ninguno de ellos llegó a sucederla en el trono.

El padre de Cleopatra, a su vez, había nacido en los últimos años del siglo II a. C., en medio de una época turbulenta en la que la intervención romana sobre la política tolemaica se estaba intensificando.[11] No sucedió directamente a su padre, Tolomeo IX, sino que, a la muerte de este último, se produjo una compleja pugna dinástica que duró casi un año, algo bastante habitual en el universo tolemaico. Tolomeo IX, fallecido a finales de 81 a. C., fue sucedido por su hija Cleopatra Berenice III (hermanastra de Tolomeo XII). Aunque, al verano siguiente, una facción hostil al gobierno en solitario de una mujer terminó obligándola a aceptar que rigiera junto con su primo e hijastro de 19 años Tolomeo XI, a quien tomó como esposo. Detrás de todos estos movimientos se encontraba el dictador romano L. Cornelio Sila, que, por entonces, se hallaba en el momento culmen de su poder y que durante años había mantenido a Tolomeo XI en Roma tratándole como a un protegido.[12] Sila, recordemos, tenía muchas conexiones entre las monarquías locales, especialmente en el norte de África y en Asia Menor, y fue uno de los primeros romanos en tratar de sistematizar el destino de los diversos reinos que rodeaban las provincias romanas. En cualquier caso, el matrimonio de Tolomeo XI con su madrastra de 36 años no le debió de resultar particularmente satisfactorio, pues, menos de un mes después de la boda, la reina murió a manos del rey, que también perdió la vida en los subsiguientes disturbios.

La muerte de tres gobernantes en pocos meses dejó un vacío de poder que los romanos se mostraron más que dispuestos a subsanar. De hecho, la intervención romana contaba con cierto respaldo jurídico, pues, o bien Tolomeo XI o, más probablemente, su padre Tolomeo X –que reinó hasta su derrocamiento en 88 a. C. y murió poco después mientras trataba de recuperar su trono– había legado el reino a Roma como garantía de sus deudas.[13] Resultaba verosímil que Roma invocara dicho testamento y se anexionara Egipto, pues, a la altura de 80 a. C., quedaban ya pocos tolomeos capaces de preservar la dinastía. Tolomeo XI había muerto sin descendencia y Tolomeo IX había tenido dos hijos varones, pero ninguno de ellos legítimo. Como sucede con la madre de Cleopatra VII, desconocemos quién fue la madre de estos: es posible que también perteneciera a la élite sacerdotal egipcia, pero los datos disponibles son todavía más oscuros que los referentes a la progenitora de nuestra protagonista. A uno de estos hijos ilegítimos le fue concedido Chipre, que rigió durante veinticinco años con el nombre de Tolomeo de Chipre. El otro, Tolomeo XII, el futuro padre de Cleopatra, se convirtió en rey de Egipto. Ahora bien, a diferencia de lo que le sucedió a su hija, la filiación de Tolomeo XII fue cuestionada durante el resto de su vida, hasta el punto de que, a menudo, se le motejó *nothos*, «bastardo», lo que, de ser cierto, no hubiera significado otra cosa que la constatación de que, como la

propia Cleopatra, el rey tenía sangre egipcia.[14] También recibió el epíteto Auletes [Flautista], inspirado en su adopción del título Nuevo Dioniso y en sus supuestas actuaciones durante los festivales dionisíacos.[15] Se casó con su hermana, Cleopatra VI, y es probable que tuviera relaciones con al menos una mujer de la familia que ostentaba el sacerdocio hereditario de Ptah. Engendró cinco hijos: Berenice IV, Cleopatra VII, Tolomeo XIII, Tolomeo XIV y Arsínoe IV. Como vástagos del Nuevo Dioniso, todos ellos podrían haberse considerado descendientes de un dios,[16] pero no tenemos evidencias de peso de que ninguno llegara a ser deificado en vida, aunque Cleopatra siempre fue objeto de una veneración propia de una diosa.[17] El nuevo rey, en cualquier caso, era joven cuando ascendió al trono, pues contaba tan solo unos 20 años, y los rumores acerca de su indolencia y su afición al lujo no tardaron en circular, acaso como reflejo de un genuino desapego por los asuntos de gobierno y por todo lo relativo a la política global, motivado, quizá, por la clara consciencia de que había llegado al trono tras el descarte de todas las demás opciones posibles. Es muy probable que se tomara más en serio sus funciones sacerdotales, de hecho sus retratos muestran una cierta dignidad. Los retratos en las monedas, sobre todo, resultan llamativamente similares a los de su hija Cleopatra VII.[18]

Los primeros años de su reinado, en los que, entre otras cosas, nació nuestra protagonista, fueron tranquilos. Pero la situación que el rey había heredado continuaba siendo arriesgada. La población de Alejandría (cuyas distintas facciones respaldaban a otros potenciales gobernantes, vivos o muertos, y defendían los intereses egipcios y la implicación romana, o bien criticaban esta última) había mostrado ya previamente su disposición a intervenir con violencia en las cuestiones de Estado. Además, la progresiva presencia de Roma, articulada a través de distintos ámbitos financieros y políticos, resultaba ominosa. Es más, el desencanto con los tolomeos en su conjunto era creciente. Y la imagen del monarca como un tímido flautista bastardo, por mucho que tuviera más de maledicencia que de realidad, en definitiva no ayudaba a tranquilizar las cosas.

Figura 1: Cabeza de mármol de Tolomeo XII, llamado «Auletes» [Flautista], faraón de la dinastía tolemaica (80-58 a. C. y 55-51 a. C.) y padre de la futura Cleopatra VII.

A finales de 69 a. C., la esposa oficial de Tolomeo, Cleopatra VI, perdió su favor. Desconocemos los detalles al respecto, pero a partir de esa fecha la consorte desapareció de los documentos y de las inscripciones, en los que no reapareció hasta más de una década después.[19] Tal alejamiento acaeció apenas unos meses después de que otra madre diera a luz a la futura Cleopatra VII, pero no sabemos si las relaciones extramatrimoniales de Tolomeo tendrían algo que ver en la

fortuna de su esposa. Fuera como fuese, el episodio constituye un nuevo indicador de inestabilidad y, aunque nada sabemos acerca de las relaciones personales del monarca durante los años inmediatamente posteriores, lo cierto es que sus tres hijos menores nacieron en ausencia de la reina.

Para entonces, Egipto se había convertido en un tema de conversación habitual en Roma. Es difícil, sin embargo, sintetizar en pocas líneas la situación que por aquellos años se vivía en la urbe y la forma en la que dicho contexto afectaba a Egipto.[20] Desde su victoria definitiva sobre Cartago ochenta años antes, Roma se había convertido en una potencia mundial, cuyos territorios se extendían a lo largo y ancho del Mediterráneo. Esta evolución, sin embargo, no había dado lugar a ningún cambio institucional significativo: Roma continuaba operando como una ciudad Estado centroitálica, tal y como lo llevaba haciendo sin apenas variaciones en los últimos siglos, y no estaba preparada para funcionar como una potencia global. Sus amplias conexiones, en todo caso, le reportaban vínculos con muchos otros Estados, comenzando por los reinos griegos que habían cristalizado tras los tiempos de Alejandro Magno. En el Mediterráneo occidental también coexistían otros reinos indígenas, no griegos, aunque, a menudo, fuertemente influidos por la cultura helena. Desde el siglo II a. C. todos ellos contemplaban a Roma como la gran potencia emergente en el Mediterráneo. Los reyes enviaban a sus hijos a Roma para que se les educara, acudían ellos mismos a la urbe como refugiados ante las potenciales crisis e incluso cedían en testamento sus Estados a la República para convencer a sus respectivos familiares de la futilidad de cualquier intento de usurpación.[21]

Por su parte, el interés que Roma sentía por todos estos reinos no era solo una cuestión de política global, sino también de finanzas, pues los recursos de los que disponían todos estos monarcas excedían de largo los ingresos de la urbe. Incluso tras la aceptación en 130 a. C. del legado de Átalo III de Pérgamo, que supuso para la República no solo la anexión de importantes territorios, sino también unos inmensos ingresos que resultaron sumamente útiles en los difíciles años posteriores a las Guerras Púnicas, Roma continuaba contemplando a los reyes con codicia. Sin embargo, el obsoleto gobierno de la urbe carecía de instrumentos efectivos para hacer frente a las necesidades. El antiguo sistema de magistraturas electivas a corto plazo no operaba con eficiencia en un Estado cuyos territorios se extendían de un extremo al otro del Mediterráneo. Los generales enviados a las provincias más lejanas no tenían casi tiempo para familiarizarse con las peculiaridades de sus cargos antes de que estos tocaran a su fin y apenas disponían de fondos para cumplir con sus responsabilidades, salvo que emplearan para ello las riquezas de los locales. De hecho, el servicio en las provincias se convirtió en una forma habitual de labrarse una fortuna, ya fuera mediante métodos legales o ilegales, fortuna que, a su vez, el agraciado podía emplear para impulsar su carrera política. En suma, los magistrados estacionados en los límites del territorio

romano contemplarían con avidez las riquezas de los reinos aledaños, acaso preguntándose qué parte de aquellos recursos serían capaces de conseguir para Roma y para ellos mismos. Los monarcas, por su lado, se verían atrapados en un callejón sin salida: Roma constituía una fuente indispensable de protección y estabilidad, pero en cualquier momento podía acabar con ellos y con sus reinos. Y la naturaleza errática de la política interna romana no facilitaba las cosas, pues, el mismo líder político que un año alcanzaba una posición prominente, al año siguiente podía verse relegado al ostracismo. Algunos incluso acababan exiliados en provincias remotas en las que la extorsión a sus vecinos se convertía en la única manera de recaudar fondos para forzar el regreso; unos fondos que, por ejemplo, podían emplear para movilizar ejércitos privados que colaboraran en la restitución. Y, de la misma manera que los distintos líderes ganaban y perdían preeminencia, otro tanto sucedía con quienes los apoyaban: si un prócer romano que en su momento había protegido o apoyado a un rey caía en desgracia, este último se convertía al punto en presa fácil para sus oponentes. Irónicamente, todos los monarcas que buscaron el apoyo romano para estabilizar y preservar sus reinos desataron un proceso que a menudo se prolongó durante varias generaciones, pero que condujo a los Estados a la ruina de forma ineludible.

Inevitablemente, el siglo I a. C. presenció el despegue de toda una serie de poderosos líderes políticos romanos que trataron de instrumentalizar los defectos del sistema para su propio medro personal y político. Algunos son bien conocidos, como Cneo Pompeyo Magno, Marco Tulio Cicerón, Julio César o Marco Antonio. La mayoría de ellos, en un momento u otro se preocuparon por la cuestión egipcia. En 65 a. C., el censor M. Licinio Craso propuso que Egipto pasara a situarse bajo el control directo romano, puede que arguyendo como pretexto el testamento tolemaico prexistente.[22] El principal motivo de su moción, no obstante, era económico, pues Egipto representaba para Roma una inmensa fuente potencial de riquezas. Cicerón, sin embargo, entendió que el proyecto de Craso no respondía sino a su avaricia, por lo que arguyó que no era recomendable que Roma se involucrara en el inestable escenario egipcio. Su elocuencia, de hecho, resultó clave en la desestimación de la iniciativa. Aunque Tolomeo XII, como rey de Egipto, comprendió la amenaza implícita de todo aquel asunto y recurrió a la única baza que le quedaba: la retribución económica a los romanos más prominentes, una estrategia bastante habitual para los reyes bárbaros en su situación pero que, pese a sus inmensas riquezas, pronto le hizo incurrir en fuertes deudas. Sus contactos se centraron en un romano en particular, el viejo conocido Cneo Pompeyo Magno, que, en aquellos momentos, se encontraba en el momento álgido de su carrera. Pompeyo había ganado relevancia durante sus campañas en África e Hispania y había alcanzado el consulado siendo aún muy joven en 70 a. C., con Craso como colega; en 66 a. C había sido comisionado para solventar la enconada guerra que Roma libraba en el norte de Asia Menor

contra Mitrídates el Grande del Ponto, que ya llevaba varios años causando dificultades. Durante los primeros pasos de esta campaña, o quizá justo antes de que comenzara, Pompeyo pudo haber visitado Egipto, donde Tolomeo le habría recibido con gran boato.[23] Tras neutralizar con éxito a Mitrídates, Pompeyo se trasladó a Siria, donde disolvió el reino seléucida y se anexionó los territorios que aún le quedaban a este. En 63 a. C. se hallaba en Damasco, convenientemente próximo a Egipto, cuando le abordaron unos emisarios de Tolomeo para ofrecerle una valiosa corona de oro, símbolo de que el monarca egipcio reconocía su autoridad. Es más, los embajadores también se brindaron a financiar su siguiente empresa, una operación en Judea,[24] e incluso le invitaron a continuar hasta Egipto para sofocar la agitación que se había apoderado del país, oferta esta última que, sin embargo, Pompeyo, declinó.

Y es que a Tolomeo su prodigalidad le había terminado resultando cara, tanto en lo que se refiere a la creciente inestabilidad interna como al progresivo interés romano. Hasta nosotros llegan noticias aisladas de disturbios acaecidos en Egipto a lo largo de la década de 60 a. C.[25] El historiador Diodoro, que visitó Egipto precisamente en aquella época, presenció cómo un sujeto que había cometido sacrilegio por accidente al haber dado muerte a un gato desataba un motín y era linchado por la multitud, incidente de lo más significativo dada la incapacidad para intervenir de los magistrados gubernamentales que habían sido enviados sobre el terreno.[26] Los impuestos aumentaron, lo que a su vez alimentó huelgas agrícolas en las granjas: como solía suceder en tiempos de excesos financieros y grandes empresas ultramarinas, los pobres resultaron los más perjudicados. Al parecer, el dinero necesario para sufragar las deudas del monarca fue recaudado por la fuerza. Incluso se fundió para ello el sarcófago de oro en el que reposaban los restos de Alejandro Magno.[27] En 63 a. C., los disturbios llegaron a tal punto que Tolomeo hubo de dictar una orden para prohibir que las personas no autorizadas accedieran a los tesoros de los templos. Sus gastos, en todo caso, pronto le obligaron a endeudarse todavía más, para lo que recurrió al famoso banquero romano C. Rabirio Póstumo.[28]

Tales estrecheces económicas no le impidieron a Tolomeo continuar anegando Roma con sus riquezas. Tras Pompeyo, el siguiente objetivo fue Julio César, cónsul en 59 a. C., que allanó el camino para que el monarca egipcio fuera reconocido oficialmente como amigo y aliado de los romanos. Como dictaba la tradición, el nombramiento fue registrado en el Capitolio en forma de tratado oficial.[29] Es probable que también se le confiriera entonces a Tolomeo la ciudadanía romana, si es que su familia no la detentaba ya anteriormente. Este importante privilegio otorgaba a sus poseedores ciertas prerrogativas, tales como el acceso al sistema legal romano o la creación de un vínculo útil entre quienes ejercían el poder en los márgenes del territorio romano y el gobierno de la urbe. Puede que Tolomeo creyera que sus problemas se resolverían por sí solos gracias a

estas concesiones, pero, de ser así, subestimó gravemente las complejidades del escenario político en el que se había involucrado. Poco después, los romanos se anexionaron Chipre, gobernado a la sazón por su hermano Tolomeo de Chipre, y parte integrante del reino tolemaico desde que se había creado este. Como de costumbre, el dinero fue el factor fundamental de este nuevo movimiento: no en vano, M. Porcio Catón fue designado para llevar la operación a efecto y se le impartieron instrucciones específicas para apoderarse del tesoro real. Tolomeo XII mantuvo un clamoroso silencio ante la caída de su hermano. En cuanto a Tolomeo de Chipre, se le ofreció un exilio interior como sacerdote de Apolo en Pafos, aunque, en lugar de ello, optó por quitarse la vida. Su antiguo reino se convirtió así en territorio romano.[30]

El incidente de Chipre acabó con la poca credibilidad que le quedaba a Tolomeo XII en su reino. El descontento y la oposición a su reinado, en especial ante su incapacidad para proteger los tradicionales feudos tolemaicos y mantenerlos a salvo de los romanos, crecieron hasta el punto de precipitar su expulsión o, lo que es más probable, su partida voluntaria de Egipto durante el verano de 58 a. C. Quizá le animó a hacerlo Pompeyo, a quien sabemos que se le acusó de haber creado un vacío de poder en Egipto que le permitiera conseguir un nuevo mandato con el que continuar progresando en su carrera política.[31] Tolomeo, en todo caso, le pidió todavía más dinero a Rabirio Póstumo para hacerse a la mar con la pompa y el boato dignos de un rey y puso rumbo a Rodas, el cuartel general de Catón, el cual le amonestó por haberse inmiscuido tanto en la política romana y por haber abandonado su reino. De seguir así, le dijo, Egipto terminaría siendo absorbido por Roma. Tolomeo, convencido, decidió regresar a Egipto, pero sus consejeros le disuadieron de ello. Con el tiempo, no obstante, las palabras de Catón se probarían proféticas. Así pues, el monarca puso rumbo a Atenas, ciudad que, desde los primeros tiempos de la dinastía, venía manteniendo una estrecha relación con los tolomeos, materializada por ejemplo en el festival de los Tolemaia.[32] Allí dedicó un monumento a su padre, Tolomeo IX, y a su hermanastra Cleopatra Berenice III.[33] Es posible que su hija de 11 años, Cleopatra VII, le acompañara durante al menos esta primera parte del viaje, en cuyo caso ella sería la «princesa libia» cuya sirvienta fue conmemorada en una lápida del periodo.[34] Tras su paso por Atenas, puede que Cleopatra también acompañara a su padre hasta Roma y se zambullera, a tan corta edad, en el dinámico entorno que tanta importancia tuvo en su futura carrera.[35] Cuando Tolomeo arribó a la urbe, sabemos que se alojó en la villa que Pompeyo poseía en los montes Albanos, próxima al gran santuario de Fortuna Primigenia en Praeneste, y que permaneció allí durante casi un año. Muy pronto, hubo de pedirle todavía más dinero prestado a Rabirio Póstumo.

Con la expulsión o el exilio voluntario de Tolomeo en 58 a. C., su hermana y esposa Cleopatra VI, cuyo paradero durante la década previa ignoramos, emergió

de la oscuridad, quizá para representar a su esposo y oponerse a su hija, Berenice IV, quien, en estas fechas, trató de hacerse con el trono. Las circunstancias no están claras, pero Berenice era por entonces la única hija de Tolomeo XII próxima a la edad adulta y puede que en torno a ella se congregara la facción opuesta al rey. Es posible que madre e hija gobernaran conjuntamente durante un tiempo, pues conservamos un papiro que alude a «las reinas» (y que incidentalmente nos ofrece una instantánea del ambiente caótico del periodo, pues refiere la celebración de una manifestación pública que demandaba a las soberanas que intervinieran contra sus funcionarios corruptos).[36] Pudiera ser que las reinas comenzaran a cogobernar en buena sintonía y terminaran como rivales. No sabemos con certeza cuándo se produjo la muerte de Cleopatra VI: puede que tuviera lugar a principios de 55 a. C., poco antes del regreso de su esposo, pero las evidencias al respecto son objeto de controversia.[37] El fallecimiento, en cualquier caso, dejó a Berenice gobernando en solitario, circunstancia que había tenido un solo precedente en toda la era tolemaica. Si fue entonces cuando la futura Cleopatra VII regresó a la corte, fue todo esto con lo que se encontró.

Mientras, los romanos debatían qué hacer con Tolomeo, que permanecía cómodamente alojado en la villa de Pompeyo. No se trataba del primer monarca que había huido a Roma para escapar de las dificultades: su propio abuelo, Tolomeo VIII, había realizado varios viajes a la urbe y otro tanto había sucedido con el célebre rey númida Jugurta. Herodes el Grande hizo lo mismo veinte años después. Pero, en el caso de Tolomeo XII, el elevado endeudamiento con los banqueros romanos suponía que su supervivencia política no fuera precisamente una cuestión menor para Roma, pues la mejor manera de garantizar la devolución de tan colosales sumas era facilitar la restauración, que le daría así acceso nuevamente al tesoro egipcio. El Senado, por tanto, se mostró inclinado desde un principio por esta línea de actuación. De hecho, a uno de los cónsules del año 57 a. C., P. Léntulo Espínter, se le encomendó esta tarea como parte de su mandato proconsular del año subsiguiente, aunque Tolomeo hizo saber en la urbe que hubiera preferido que fuera Pompeyo quien se encargara del asunto. Pero la posición del monarca en Roma quedó muy debilitada cuando sus asesinos acabaron con una embajada enviada desde Alejandría para hablar en su contra. El líder de la legación, el filósofo Dion, sobrevivió y fue convocado por el Senado, pero Tolomeo, por intermediación de Pompeyo, logró evitar que hablara y poco después acabó también con su vida. Pese a todo, Tolomeo todavía contaba con el respaldo de figuras muy influyentes en Roma y logró que el asunto fuera rápidamente silenciado.[38]

Ambos bandos recurrieron asimismo a los presagios. Al parecer, un rayo golpeó por aquellas fechas la estatua de Júpiter de los montes Albanos, seguido por un conveniente oráculo sibilino, promulgado por Catón, que ordenó a los romanos ofrecer amistad, pero no socorro armado. La interpretación de tan

enigmáticas palabras sembró la confusión en el Senado, cuyos miembros vacilaban entre enviar a Léntulo Espínter a restaurar a Tolomeo sin respaldo militar alguno, o bien sencillamente enviar al egipcio de vuelta a su patria acompañado de una minúscula escolta romana. El monarca, al comprender que aquello no iba a llegar a ninguna parte, solicitó lo segundo. Pero, cuando incluso esta opción se le denegó, se apresuró a abandonar Roma, seguramente a finales de 57 a. C., y solicitó asilo en el templo de Artemisa en Éfeso.

Mientras tanto, en Alejandría, la muerte de Cleopatra VI durante el exilio de su esposo había dado lugar a una situación embarazosa, ya que la reina superviviente, Berenice IV, no estaba casada. Tal y como había sucedido con su tía, Cleopatra Berenice III, se emprendió al instante la búsqueda de un marido para la soberana. En su caso, el proceso resultó entorpecido por una serie de acontecimientos tragicómicos: un candidato falleció, otro fue detenido por Aulo Gabinio, el gobernador romano de Siria, y el tercero resultó ser tan inaceptable para Berenice que la reina ordenó la inmediata ejecución. El cuarto, un tal Arquelao, fue quien terminó logrando la mano de Berenice. Las fuentes son contradictorias con respecto a su linaje, aunque sabemos que se decía descendiente de Mitrídates el Grande y que resultó ser un protegido de Pompeyo.[39]

De cualquier manera, los romanos no se desentendieron de Tolomeo XII. Aunque Arquelao y Berenice parecían firmemente asentados en el trono egipcio una vez que el primero fue aceptado como rey, los banqueros romanos, encabezados por Rabirio Póstumo, sabían que la restauración de Tolomeo era lo único que podía salvarles de la bancarrota. Así pues, las discusiones acerca de la conveniencia o no de socorrer al monarca dieron lugar a auténticos disturbios en Roma, espoleados no tanto por una genuina preocupación por el futuro de Tolomeo, como por las maquinaciones de los magnates que ostentaban el poder, entre cuyos intereses figuraba el futuro de Egipto.[40] Léntulo Espínter, instalado en su mandato proconsular en Cilicia (sudeste de Asia Menor), a pesar de las instrucciones y de las airadas exhortaciones de Cicerón, evitó involucrarse en el asunto. Pompeyo, sin embargo, contactó con Gabinio, el gobernador de Siria, para que facilitara la restauración del monarca y logró convencerle, entre otras cosas, gracias a los 10 000 talentos que Tolomeo no tuvo reparos en ofrecerle. Gabinio, pues, emprendió los preparativos para invadir Egipto, una actuación ilegal que le acarreó serios problemas en Roma.[41]

La expedición partió durante la primavera de 55 a. C. Entre el personal más próximo a Gabinio se encontraba el joven Marco Antonio, que por entonces ejercía de comandante de caballería en su primer cargo provincial. A su paso por Judea, el ejército contó con el apoyo del sumo sacerdote Hircano II, que ordenó al pudiente Antípatro de Ascalón que facilitara víveres a Gabinio, algo que el magnate local hizo con prodigalidad.[42] Antípatro fue un personaje relevante en la

política regional del periodo, pero hoy lo conocemos sobre todo por ser el padre de Herodes el Grande, que por entonces rondaría los 15 años y, como mínimo, observaría con curiosidad el paso de los romanos, si es que no colaboró de forma activa en el avituallamiento. Al igual que Cleopatra, el futuro rey de Judea estaba siendo testigo desde su niñez de una serie de acontecimientos que terminaron determinando su política.

Cuando la expedición alcanzó Egipto, Antonio se distinguió en las dos batallas subsiguientes y evitó que Tolomeo ordenara la masacre de los habitantes de Pelusio. El propio rey Arquelao perdió la vida en la segunda batalla, pero Antonio impidió que el cadáver fuera profanado y le prodigó un entierro regio, algo que, con el tiempo, pareció un irónico presagio de los acontecimientos que se desencadenaron veinticinco años después. En abril, Tolomeo XII fue restaurado en el trono y recuperó a su familia, incluyendo a una Cleopatra de 14 años que pudo quedar impresionada por los oficiales romanos a los que contempló, comenzando por un Antonio que rápidamente se había ganado el favor de la población egipcia. Años después, el propio Antonio aseguró haberse enamorado de ella en aquel primer encuentro.[43]

La carrera de Antonio y su relación con Egipto no habían hecho más que empezar, pero Gabinio pagó cara su actuación. A su regreso a Roma, fue acusado por abuso de autoridad y por haber aceptado sobornos. Los litigios fueron largos y violentos y la defensa del antiguo gobernador se centró en tratar de demostrar la falta de idoneidad de Arquelao para ser rey de Egipto, en sostener que el oráculo sibilino (aparentemente muy explícito) se había referido en realidad a algún otro rey y en acusar de todo lo sucedido a Pompeyo. En el primer juicio, por abuso de autoridad, Gabinio fue exonerado; pero en el segundo, pese a que le defendió el mismísimo Cicerón, fue declarado culpable.[44] Se llegó a rumorear que Gabinio había sobornado al jurado, actuación que no resultó la más sensata dadas las circunstancias. Evidentemente, aquellos juicios constituyeron solo un pequeño episodio de la gran política global del periodo y es muy posible que Gabinio comprendiera mejor la situación en oriente que sus adversarios en Roma o que las fuentes hostiles que refieren el encausamiento.[45] A pesar de todo, hubo de partir al exilio, en el que permaneció hasta que siete años más tarde César propició su regreso. Le sucedió como gobernador de Siria nada más y nada menos que el mismísimo Craso, que, en cierto sentido, había desencadenado la cuestión egipcia al proponer la anexión diez años antes. Craso añadió Egipto a su mandato provincial, aunque la perenne inestabilidad en Roma y la inesperada muerte del gobernador durante la descabellada expedición contra los partos determinaron que aquella inclusión del país del Nilo entre los territorios provinciales no fuera más que un tecnicismo legal. Pese a todo, constituyó todo un signo del inevitable curso de los acontecimientos.[46]

Por muy dichoso que fuera el reencuentro de Tolomeo con su familia, del

mismo quedó relegada su hija Berenice, que había osado oponerse al rey y a su esposa y que, por consiguiente, no tardó en ser ejecutada junto con muchos de sus partidarios más acaudalados, lo que supuso para el monarca algunos ingresos adicionales. Pero las actuaciones ignominiosas no acabaron ahí. Al parecer, la guarnición romana que Gabinio había dejado estacionada en Egipto para sostener a Tolomeo no solo era insultada continuamente por la población local, sino que también causaba graves altercados, pues sus miembros acostumbraban a desperdigarse por las calles de Alejandría en busca de mujeres a las que violar, lo que terminó añadiendo un componente étnico romano a esta ciudad multicultural.[47] Además, como en cualquier otro gran puerto, parece que en Alejandría se daban cita los personajes de la peor calaña de todo el Mediterráneo, incluyendo piratas, forajidos y esclavos fugitivos, circunstancia que no hacía sino agravar la percepción general de desgobierno. Por último, para Tolomeo el dinero continuaba siendo un problema, pues sus deudas habían llegado a alcanzar cifras colosales, mas su ingeniosa manera de solucionar aquello no fue otra que nombrar ministro de finanzas al banquero romano Rabirio Póstumo, con lo que cedía irónicamente el control de la administración fiscal más antigua del mundo a un extranjero procedente de un Estado recién llegado al escenario internacional. Nada de esto contribuyó a que Tolomeo se granjeara el cariño de los egipcios.[48]

Según parece, a Rabirio se le dio manga ancha para que drenara los recursos del reino, pero las deudas contraídas por el soberano eran tan grandes que ni aun así pudo satisfacerlas en vida y terminaron siendo heredadas por sus sucesores.[49] En cualquier caso, las actuaciones de Rabirio agraviaron a todo el mundo hasta tal punto que, en menos de un año, el rey tuvo que ponerlo bajo protección y enviarle de vuelta a Roma, donde se convirtió en la segunda persona encausada por la restauración de Tolomeo XII. Cicerón, que también se encargó de su defensa, trató de presentarlo como un rehén de Tolomeo que había gestionado lo mejor posible una endiablada encrucijada. Desconocemos cuál fue el resultado de aquel juicio, pero lo cierto es que Rabirio también tenía amigos influyentes en las altas esferas romanas y, ocho años más tarde, nos lo volvemos a encontrar operando en Sicilia al servicio de César.[50]

Durante los últimos tres años de reinado de Tolomeo, por lo que sabemos, no se produjeron nuevos desastres. La principal preocupación por aquella época fue la sucesión real. Tras haber suprimido a su única hija legítima, Berenice, necesariamente hubo de recurrir a sus otros cuatro vástagos: dos niñas, Cleopatra y Arsínoe, y dos varones, Tolomeo XIII y XIV. De todos ellos, Cleopatra era la única próxima a la edad adulta, pues tenía 14 años cuando su padre recuperó el trono. Sus hermanos tenían 6 y 4 años y Arsínoe no sería mucho mayor que estos.[51] Por consiguiente, parecía obvio que Cleopatra estaba destinada a ser la principal sucesora.

Así las cosas, muy poco después de su regreso a Egipto, Tolomeo redactó

testamento. Nombró coherederos a su hija mayor superviviente (Cleopatra) y a su hijo mayor (Tolomeo XIII), gesto con el que trató de evitar las dificultades que ambas Berenices habían tenido que afrontar al convertirse en gobernantes en solitario sin un consorte varón.[52] Pero, lo que es más importante, el documento solicitaba al pueblo romano que se erigiera en guardián de los dos niños. Desconocemos el significado exacto de esta fórmula, pero lo cierto es que le proporcionó a Roma una provechosa excusa legal para intervenir sobre el país durante los años siguientes. El propio Tolomeo invocó a todos los dioses y todos los tratados suscritos entre Roma y Egipto como garantes del cumplimiento de sus disposiciones. Los emisarios llevaron a Roma una copia del testamento para que fuera puesta a buen recaudo en el tesoro estatal, aunque, como era de esperar, acabó cayendo en manos de Pompeyo,[53] que por entonces era el hombre más poderoso de la urbe y, por supuesto, el principal benefactor romano de Tolomeo. Pompeyo, a buen seguro, creyó que aquel documento le resultaría útil en el futuro.

La redacción de un escrito como aquel demuestra la destacada agudeza política de un monarca cuyo reinado no fue especialmente sobresaliente. Pero las historias en torno a su frivolidad que impregnan todas las fuentes conservadas posiblemente sean exageradas: al fin y al cabo, como le sucedió más tarde a su hija, Tolomeo XII tuvo unos oponentes en Roma particularmente bien organizados. Que se le terminara recordando como el Flautista no quiere decir mucho acerca de su auténtica capacidad para gobernar. Recordemos que la mayoría de las descripciones conservadas en cuanto a su personalidad nos llega a través de las fuentes romanas, poco condescendientes con el tradicional boato que rodeaba el estilo de vida de las realezas orientales, como Cleopatra y Antonio no tardaron en comprender. Pese al exilio y al triste sino de su primogénita Berenice, su reinado fue más pacífico que muchos de los que le precedieron y, además, sabemos que tomó medidas enérgicas para evitar las prolongadas luchas sucesorias endémicas entre los tolomeos, con independencia de que, a la postre, estas terminaran resultando ineficaces. El reconocimiento formal por parte de Roma, del que tiempo después se benefició también Cleopatra, le colocó en el primer plano de la política internacional, aunque de manera inevitable también aceleró el final de su dinastía, algo de lo que, sin duda, él no llegó nunca a ser consciente. Parece que suscitó una enconada aversión entre las élites alejandrinas, pero, en líneas generales, administró el Estado con relativa eficacia, exceptuando quizá el desafortunado incidente de Rabirio, al que el propio Tolomeo se encargó de destituir. Aunque la pérdida de Chipre constituyó una gran tacha en la política exterior tolemaica, el imperio todavía conservaba el acceso a las riquezas de la India y el África oriental. En efecto, un tal Calímaco, un importante funcionario que permaneció en activo durante el reinado de Cleopatra VII, fue nombrado Supervisor de los mares Eritreo e Índico en 62 a. C.[54] La documentación también

da cuenta de la constante implicación de Tolomeo en las obras públicas del interior egipcio: completó, al parecer, el templo de Edfú, cuyos trabajos llevaban en marcha desde tiempos de Tolomeo III, y probablemente trasladó a los obreros río arriba hasta Dendera, donde emprendió la construcción de un nuevo complejo.[55] Prestó especial atención a las obligaciones religiosas, para cuyo cumplimiento viajó a lo largo y ancho del país.[56] Aunque, lo más importante, falleció de muerte natural, algo que cada vez venía siendo más insólito entre los tolomeos.

Durante la primavera de 52 a. C., otorgó a sus dos herederos los títulos de «nuevos dioses» y «queridos hermanos» (*Theoi Neoi Philadelphoi*).[57] El segundo coincidió con una antigua fórmula honorífica, pero hemos de entender el primero de estos títulos como un deseo bienintencionado para el futuro. Todo apunta a que Cleopatra comenzó a ejercer como regente por estas mismas fechas, lo que garantizaría una transición pacífica, ya que su coheredero era todavía un niño. El estatus legal de la joven quedó plasmado en la cripta del templo de Dendera en algún momento del año 52 a. C., en la que constituye su primera aparición en las fuentes históricas. Tolomeo XII falleció a principios del año siguiente.

7. Para las sucesivas Cleopatras, *vid*. Whitehorne, J., 1994.
8. Heckel, W., *op. cit.*, 90; Diodoro, *Biblioteca Histórica* 16.91-95.
9. Hölbl, G., 2001, 78.
10. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.11.
11. Para el periodo, *vid*. Maehler, H., 1983, 1-3; Hölbl, G., *op. cit.*, 213-214.
12. Apiano, *Guerras Civiles* 1.102; Porfirio (*FGrHist*. 260) F2.10-11.
13. Cicerón, *Discursos III* (*Acerca de la ley agraria* 1.1, 2.41-42). Acerca de la situación, *vid*. Crawford, J. W., 1994, 43-56.
14. Reymond, E. A. E. y Barns, J. W. B., 1971, 25-29.
15. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.11.
16. Weill Goudchaux, G., 2001, 129-130.
17. Quaegebeur, J., 1988, 51-53.
18. Seyrig, H., 1968, *RA* para 1968, 251-256; Head, B. V., 1911, 859-860; *BMC Ptolemies*, lám. 29, núms. 1-3.
19. Bevan, E. R., 1985, 353-355.
20. La mejor síntesis de todos estos asuntos es Gruen, E. S., 1995; una buena crónica del periodo continúa siendo la de Scullard, H. H., 2003.
21. *Vid*. Braund, D. C., 1984, para la relación entre los reyes y Roma.
22. Plutarco, *Craso* 13.1; Cicerón, *Discursos III* (*Acerca de la ley agraria* 1.1); *Los reyes alejandrinos*.
23. Lucano, *Farsalia* 2.586-587. Pero *vid*. Heinen, H., 1966, 167-175, que desmiente esta visita.
24. Josefo, *Antigüedades judías* 14.35; Plinio, *Historia natural* 33.136-137; Apiano, *Guerras mitridáticas* 114.
25. Los detalles se resumen en Rostovtzeff, M., 1941, 876-879.
26. Diodoro, *op. cit.*, 1.83.88-89.
27. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.8; Dion Casio *Historia romana* 39.12.1; Hölbl, G., *op. cit.*, 225.
28. Fraser, P. M., 1970, 179-182. La inscripción procede de una aldea a 30 km al este de Alejandría. Véase también Dion Casio *op. cit.*, 39.12.1; Sullivan, R. D., *op. cit.*, 231.
29. Suetonio, *Vidas de los doce césares* (*Divino Julio* 54); César, *Guerra civil* 3.107; Diodoro, *op. cit.*, 1.83.8; Cicerón, *En defensa de C. Rabirio Póstumo* 6.
30. Plutarco, *Catón el Joven* 34-36.
31. Dion Casio *op. cit.*, 39.12; Plutarco, *Pompeyo* 49; Cicerón, *En defensa de C. Rabirio Póstumo* 6.
32. Habicht, Ch., 1997, 280.
33. Pausanias *op. cit.*, 1.9.3. No parece haber ningún otro candidato verosímil como responsable del monumento en memoria del padre de Tolomeo.
34. Desde tiempos de Homero, el adjetivo «libio» se empleaba en referencia a África y aunque en ocasiones se ha defendido (*vid*. Bennet, Ch., 2003, 315) que la mencionada princesa era miembro de la realeza indígena del noroeste de África (númida o mauritana), Cleopatra VII parece una hipótesis mucho más probable. *Vid*. Wilhelm, A., 1934, 1007-1020.
35. Weill Goudchaux, G., *op. cit.*, 131.
36. *BGU* 1762; *vid*. Maehler, H., *op. cit.*, 6.
37. Whitehorne, J., 1997.
38. Las circunstancias se resumen en una serie de misivas que Cicerón le envió a Léntulo Espínter en 56 a. C. (*Cartas a los familiares* 1.1-8); véase también *En defensa de C. Rabirio Póstumo* 6 y *Correspondencia con su hermano Quinto* 2.2; Dion Casio *op. cit.*, 39.12-16; Plutarco, *Pompeyo* 49.6-7.
39. Porfirio (*FGrHist*. 260) F2.14; Estrabón, *op. cit.*, 12.3.34; 17.1.11; Dion Casio *op. cit.*, 39.57.
40. Cicerón, *Correspondencia con su hermano Quinto* 2.3 (febrero de 56 a. C.).
41. Cicerón, *En defensa de Rabirio Póstumo* 4, 6, 25 y 38; *Cartas a los familiares* 1.7; Plutarco,

Antonio 3.1-2.

42. Josefo, *Antigüedades judías* 14.98-99; *Guerra de los judíos* 1.175; Kokkinos, N., 1998, 94-100.
43. Plutarco, *Antonio* 3; Apiano, *Guerras civiles* 5.8; Dion Casio *op. cit.*, 39.58.
44. Cicerón, *Correspondencia con su hermano Quinto* 3.1-6; *Cartas a Ático* 92-93; Fantham, E., 1975, 425-443; Lintott, A., 2008, 242-249.
45. Williams, R. F., 1985-1986, 25-38.
46. Dion Casio *op. cit.*, 39-60.
47. César, *op. cit.*, 3.103 y 110; Estrabón, *op. cit.*, 17.1.12.
48. Cicerón, *En defensa de C. Rabirio Póstumo* 22-28 y 37-40.
49. Sullivan, R. D., *op. cit.*, 244.
50. *Guerra de África* 8 y 26.
51. Desconocemos en qué fecha nació Arsínoe. No obstante, sabemos que era más joven que Cleopatra VII y que, en 48 a. C., se la consideró suficientemente madura para adoptar decisiones políticas (César, *op. cit.*, 3.112), salvo que otros actuaran en su nombre. Pero lo más probable es que su edad fuera próxima a la de sus hermanos.
52. Criscuolo, L., 1989, 325-339.
53. César, *op. cit.*, 3.108.
54. *OGIS* 186; Sullivan, R. D., *op. cit.*, 255-256.
55. Quaegebeur, J., 1991, 49-72.
56. Sullivan, R. D., *op. cit.*, 235; Reymond, E. A. E. y Barns, J. W. B., *op. cit.*, 1-33.
57. *OGIS* 741.

2

incondicional de sus cuadros sacerdotales; tal respaldo todavía permanecía vigente en tiempos de Cleopatra. Es más, dado que a Ptah se le atribuía la creación de Menfis, la deidad le proporcionó a Alejandro un vínculo con la ciudad egipcia más longeva, que además había sido durante mucho tiempo sede de la realeza. Todo ello, evidentemente, facilitó que el monarca macedonio y sus sucesores pudieran presentarse como los continuadores de la vieja estirpe indígena de reyes egipcios. Ahora bien, este contacto con el culto y la realeza egipcios supuso asimismo para Alejandro un acercamiento al concepto de la deificación del gobernante, ajeno, en principio, al pensamiento griego (aunque similar al culto heleno a los héroes difuntos). Desde mucho tiempo atrás, los dirigentes griegos habían sido objeto de honores casi divinos en reconocimiento a sus servicios, pero Alejandro, con su personalidad única, se convirtió en un dios, básicamente. La noción de la monarquía divina continuó en época de Cleopatra y afectó incluso a la imagen que los emperadores romanos proyectaron de sí mismos.

Otro logro significativo de Alejandro tuvo lugar en Racotis, una lengua de tierra situada justo al oeste de la boca canópica del Nilo, en la que el monarca emprendió la construcción de una nueva ciudad que tomó el nombre de Alejandría, una más de las muchas urbes con ese nombre que impulsó a lo largo de su expedición.[7] El propio rey delineó la retícula urbana y señaló la ubicación de las construcciones principales, a partir de todo lo cual se procedió a la fundación oficial de Alejandría el 7 de abril de 331 a. C. Del registro de todos estos acontecimientos se encargó uno de sus compañeros más próximos, el futuro Tolomeo I, ancestro de Cleopatra.

Ocho años después, a finales de 323 a. C., Tolomeo se hallaba de vuelta en Egipto. Alejandro había fallecido en Babilonia aquel verano sin especificar quién debía sucederlo en el poder y al punto había comenzado una pugna entre sus «sucesores», los Diádocos,* que se prolongó durante cuarenta años. En el reparto de territorios posterior a la muerte de Alejandro, Tolomeo había recibido Egipto en concepto de satrapía (de acuerdo con el modelo administrativo persa, todavía vigente), pero, desde muy pronto, empezó a comportarse como un gobernante autónomo: menos de un año después, por ejemplo, intervino en la política de la antigua ciudad griega de Cirene, radicada al oeste de Egipto.[8] Es más, poco después del fallecimiento del monarca macedonio, Tolomeo pergeñó el que fue el golpe maestro de su carrera: hizo trasladar el cadáver de Alejandro a Egipto y lo terminó consagrando en una tumba monumental en Alejandría, enmarcada en un recinto funerario real que formó parte de su complejo palacial. Como sucesor de Alejandro, Tolomeo se arrogó a partir de entonces sus atributos divinos, tanto los vinculados a la personalidad de su predecesor como los obtenidos a través del antiguo culto al gobernante egipcio. El monarca consiguió así un estatus al que ningún otro de los Diádocos pudo nunca aspirar y que además transmitió en herencia a sus descendientes. A la altura de 305 a. C., ya se hacía llamar rey y, al

año siguiente, fue coronado oficialmente como faraón egipcio.[9]

Al fin y al cabo, la monarquía, pasada de moda desde el siglo VI a. C. en buena parte del mundo griego, había rejuvenecido de la mano de Alejandro Magno. Los sistemas con una base política más amplia, como la democracia, habían quedado desacreditados debido a la incapacidad de las ciudades Estado clásicas a la hora de establecer gobiernos estables, de tal manera que, al menos desde los tiempos de Platón, los teóricos políticos contemplaban a la monarquía como la mejor forma posible de gobierno, siempre y cuando se rigiera por los parámetros adecuados. Además, el carisma personal de Alejandro había restaurado la fe en la monarquía –favorecido, quizá, por la asociación con el teórico político más destacado del momento, Aristóteles–. No es de extrañar que, tras su muerte, muchos de los Diádocos adoptaran la condición de «rey», aunque en un primer momento lo hicieran más a título honorífico que en términos legales, como gobernantes de un territorio concreto. Tolomeo, en Egipto, tenía más motivos aún para simpatizar con la monarquía, pues, tras conquistar el país, Alejandro había respetado el procedimiento tradicional local para convertirse en el nuevo faraón. Así pues, como sucesor designado de Alejandro en Egipto, el propio Tolomeo pudo asumir la condición regia, habida cuenta además de sus vínculos con su ilustre predecesor y su país adoptivo, fuentes ambas indispensables para justificar su poder. Desde la consagración de Tolomeo como faraón hasta la muerte de Cleopatra VII, 275 años después, la forma de gobierno tolemaica vino determinada por esta amalgama de rasgos históricos, religiosos y culturales de la monarquía egipcia con el concepto de la realeza griega inspirada en Alejandro.[10]

Y es que, a diferencia de los demás Diádocos, Tolomeo se hizo cargo de un Estado consolidado con una larga historia a sus espaldas y un territorio bien definido. La monarquía llevaba miles de años administrando un Egipto que ya era un Estado mucho tiempo antes de que el mundo griego comenzara siquiera a gestarse. Todo ello no quiere decir que los tolomeos fueran inmunes al expansionismo territorial, como bien demostró el rumbo de los acontecimientos, desde la invasión de Cirene por Tolomeo I en 332 a. C. a la adquisición de las regiones levantinas por Cleopatra VII 300 años después. En su momento de mayor apogeo, el reino tolemaico llegó a extenderse desde las costas griegas al interior africano. Pero el corazón de todos estos territorios fue siempre Egipto y, desde un primer momento, Tolomeo puso el mayor cuidado en respetar el prestigio histórico. El país, que ya por entonces era un espacio multicultural, comenzó a recibir una creciente afluencia de griegos, que tendieron a congregarse en Alejandría y en otros enclaves helenos como Náucratis. También residían allí otros grupos de extranjeros, de entre los que, desde hacía siglos, destacaba una nutrida comunidad judía. Los persas, africanos y, a la postre, también romanos formaron parte de Alejandría, lo que agudizó el contraste entre la mezcolanza

étnica de la ciudad y un entorno rural básicamente inalterado. Aunque Tolomeo I y sus descendientes se valieron de la antigua administración real egipcia, no es menos cierto que, en muchos sentidos, vivieron aislados de Egipto, gobernando como monarcas a la griega desde una ciudad helena. Tan es así que, según se dice, Cleopatra VII fue la primera representante de la dinastía en aprender la lengua egipcia.[11]

La historia de la dinastía tolemaica resulta esencial para comprender la biografía de Cleopatra VII; no en vano, la reina fue la heredera de casi 250 años de acción de gobierno. Las políticas tolemaicas determinaron la naturaleza de su poder y la relación con los súbditos de una y otra etnia, así como su posicionamiento político. El propio Tolomeo I, como fundador de la dinastía, fue quien asentó el concepto de la realeza tolemaica y, sin duda, Cleopatra se vio influida por muchas de sus ideas. Así, durante la primera mitad de su reinado, cuando todavía empleaba el título de «sátrapa» en lugar del de «rey», centró sus esfuerzos en reafirmar su posición en el caótico escenario protagonizado por las luchas de los Diádocos, una pugna que acabó por modelar la naturaleza política del mundo helenístico. La situación de Tolomeo no estaba precisamente garantizada y, durante aquellos años, hubo de conjurar un buen número de amenazas externas. Fue por entonces cuando se anexionó la Cirenaica en 332 a. C.; en 301 a. C. ocupó la costa levantina hasta Biblos y, poco después, se hizo con el control de Chipre y de Licia, en la costa meridional anatolia, y formó así un Imperio tolemaico que se extendía entre los límites de la propia Grecia y las fronteras de Cartago, con la sola excepción de algunas porciones de Siria y del Levante meridional.[12] Aunque las fronteras del Estado tolemaico fluctuaron a lo largo de su historia, Chipre y la Cirenaica casi siempre se contaron entre las posesiones tolemaicas y los intentos por apropiarse de Siria y del Levante meridional fueron constantes. De hecho, hasta que Roma se convirtió en una potencia de primer orden, el único Estado que pudo rivalizar con los tolomeos fue el Imperio seléucida, fundado por Seleuco I, otro de los compañeros y lugartenientes de Alejandro y otro de los ancestros de Cleopatra VII. Desde 300 a. C., los seléucidas gobernaron desde la nueva ciudad de Antioquía de Siria y su dinastía sobrevivió hasta que Roma disolvió su imperio en 64 a. C. Entretanto, seléucidas y tolomeos mantuvieron una pugna constante por el Levante; en este sentido, el interés de Cleopatra por el reino de Herodes el Grande no fue sino una continuación de esta vieja política tolemaica.

Egipto era el Estado más antiguo del mundo. En reconocimiento a sus tradiciones, Tolomeo I fijó en Menfis su primera residencia, para cumplir así no solo con las prácticas egipcias, sino también con el precedente asentado por Alejandro, quien, para honrar a la ciudad, vinculada con Menes, el fundador del Estado egipcio, rindió homenaje a las costumbres egipcias más venerables. Es más, en Menfis, Alejandro mostró el mayor respeto por el sacerdocio y el culto de

Ptah, que continuó siendo en lo sucesivo un puntal esencial del poder real tolemaico. Sin embargo, a la altura de 311 a. C. como muy tarde, y puede que incluso antes de asumir oficialmente el título de rey, Tolomeo trasladó la sede regia a la nueva ciudad de Alejandría.[13] Por una parte, la decisión nos indica que la urbe, cuya construcción se había prolongado durante varios años, ya estaría preparada para albergar su residencia. Pero, al mismo tiempo, este traslado dio lugar a la dualidad que iba a caracterizar el régimen tolemaico. En efecto, los reyes y reinas continuaron haciéndose coronar en Menfis por los sacerdotes de Ptah, que, de hecho, se vincularon de forma cada vez más estrecha a la dinastía tolemaica. Aunque, al convertir en capital a una ciudad griega, Tolomeo instituyó el modelo de la urbe real helenística, que siguió constituyendo un auténtico paradigma hasta bien entrada la época romana. Antioquía y Pérgamo se fundaron pocos años después e incluso en momentos tan tardíos como el siglo I a. C. ciertos reyes romanizados como Herodes el Grande o Juba II de Mauritania continuaron inspirándose en Alejandría a la hora de modelar sus propias capitales regias.

Al instalarse él mismo y su administración en Alejandría, Tolomeo apostó firmemente por la corriente predominante de la cultura griega. Gracias a su carácter costero, Alejandría estaba conectada con el resto del mundo, a diferencia de Menfis, situada casi 500 kilómetros río arriba. De hecho, Alejandría no tardó en convertirse en la ciudad más grande del mundo. Sus distintos cabos e islas creaban una serie de buenos puertos naturales, que fueron ampliados mediante rompeolas y escolleras. El más célebre de todos esos islotes fue el de Faros, conocido por los griegos desde la época homérica. Al este, el cabo Lochias daba asiento al palacio, cuyas dependencias se extendían también en dirección sudoeste, hacia el corazón de la ciudad. La retícula urbana, parte de la cual todavía resulta visible en nuestros días, cubría una extensión de varios kilómetros cuadrados al sur de la residencia regia.[14]

Aún más notable fue el despegue de la ciudad como gran centro intelectual, gracias a la creación del Museo y la Biblioteca, cuyo proyecto, al menos, debe retrotraerse a la época de Tolomeo I, aunque seguramente fue su hijo y sucesor Tolomeo II quien lo llevó a la práctica.[15] Sabemos que Teofrasto, discípulo de Aristóteles, estuvo involucrado en la iniciativa, aunque parece probable que el propio Tolomeo I estuviera predispuesto a concebir una idea semejante.[16] Al fin y al cabo, y pese a que no poseemos ningún dato concreto acerca de la formación del monarca, sabemos que ejerció como historiador y que compiló una crónica decisiva en torno a la trayectoria de Alejandro, de lo que podemos colegir que se trataba de un hombre cultivado.[17] Y, dado que fue un amigo de la infancia de Alejandro, es probable que se criara en el séquito real macedonio; de ser así, quizá conoció a Aristóteles y a Teofrasto cuando ambos acudieron a la corte en la década de 340 a. C. Tolomeo, en todo caso, trabó una relación personal con este

último, quien, en última instancia, le animó a dotar a Alejandría de un Museo.[18] Un Museo era, literalmente, un lugar inspirado por las musas y, por ende, asociado a las artes y al desarrollo intelectual, es decir, un local destinado a las actividades artísticas y académicas. Este tipo de espacios se convirtió en un componente clave de las grandes escuelas filosóficas de Atenas, como la Academia platónica.[19] El propio Teofrasto estableció un Museo en sus propiedades de Estagira, en el norte de Grecia, y en su testamento enumeró a los eruditos a los que se les debía permitir estudiar en el centro y que constituyeron el núcleo de su comunidad intelectual.[20] Tolomeo invitó a Teofrasto a Egipto, acaso ya con un proyecto similar en mente, pero el filósofo declinó la invitación y envió en su lugar a su discípulo más célebre, Demetrio de Falero, cuyos servicios estaban disponibles desde que en 307 a. C. había sido expulsado de Atenas, ciudad que había administrado durante algunos años.[21] Demetrio, un raro ejemplo de intelectual con experiencia gubernativa, le proporcionó a Tolomeo los consejos académicos y políticos que necesitaba para convertir Alejandría en un gran centro cultural, comenzando por el establecimiento del Museo y la Biblioteca. Con el tiempo, de hecho, las bibliotecas personales de Aristóteles y de Teofrasto pasaron a integrar el núcleo de sus colecciones.[22] El propio Demetrio, uno de los eruditos más prolíficos del momento, dio lustre a la institución y se convirtió en el primer intelectual de renombre en ser agraciado con el patrocinio tolemaico. Es probable que fuera también él quien atrajera a Alejandría al primer contingente de eruditos (el más célebre de los cuales fue, sin duda, el matemático Euclides),[23] de cuya mano la ciudad se convirtió en el nuevo centro cultural del floreciente mundo helenístico. Resulta difícil imaginar que, 250 años después, Cleopatra no frecuentara la Biblioteca ni asistiera a las actividades del Museo –que, recordemos, formaba parte del complejo palacial–,[24] un lugar en el que, como mínimo, pudo aprender las diversas lenguas que terminó dominando.

Pero Tolomeo I, además de crear el Estado ideal en Alejandría, también tenía que lidiar con la población egipcia indígena. Debía lograr que lo aceptaran como rey sin renunciar por ello a su identidad como monarca griego en la tradición de Platón y Alejandro. El traslado de la capital a Alejandría facilitó esto último, pero la introducción del menor número de cambios posible en la milenaria administración egipcia y la colaboración con la élite sacerdotal coadyuvaron, sin duda, a lo primero. Pese a todo, la afluencia de griegos hacia Alejandría y a las otras (escasas) ciudades helenas de Egipto fue constante. Náucratis, fundada en el siglo VII a. C. como enclave comercial griego a unos 55 kilómetros Nilo Canópico arriba del punto en el que nació Alejandría, experimentó por entonces un auténtico renacer. Las inscripciones, por ejemplo, demuestran que los dos primeros tolomeos la dotaron de nuevas construcciones.[25] Al igual que Alejandría, funcionó como una ciudad griega casi independiente e incluso acuñó su propia moneda. Y, todavía más arriba en el valle, conocemos una tercera

localidad, Tolemaida Hermia, la primera de las numerosas fundaciones urbanas tolemaicas,[26] emplazada en la antigua Tebaida como ancla meridional de la cultura griega en el territorio histórico egipcio. Los tres enclaves constituyeron el núcleo de la presencia helena en el país, en tanto que el resto del territorio, la inmensa mayoría de Egipto, apenas experimentó alteración alguna con el establecimiento del nuevo régimen. El propio Tolomeo I no creyó necesario aprender egipcio.

Por último, entre las inquietudes del rey también se contó una que no tenía nada que ver con Egipto, pero que resultó de vital interés para sus descendientes y se convirtió en verdadera obsesión para Cleopatra: para que la dinastía subsistiera, había que poner buen cuidado en dotarla de herederos. Tolomeo se casó cuatro veces y tuvo al menos una decena de hijos. Aunque sus dos primeros matrimonios son oscuros y todo apunta a que no le dieron descendencia, el tercero y el cuarto respondieron a una cuidadosa selección de compañeras con el estatus suficiente como para engendrar herederos, una tradición que permaneció vigente hasta el final de la dinastía. Así, la tercera esposa de Tolomeo fue Eurídice, la hija de Antípatro, el otrora poderoso aliado de Filipo II que había quedado al mando de Grecia durante la expedición oriental de Alejandro, y que, a la muerte de este, se había encargado de garantizar su sucesión.[27] Ahora bien, aunque dos de los hijos de Tolomeo y Eurídice llegaron a ser reyes de Macedonia, fue la cuarta esposa de Tolomeo, Berenice I (la primera de la dinastía en emplear este célebre nombre), quien dio a luz al heredero del trono egipcio, Tolomeo II. Al parecer, también ella estaba emparentada con Antípatro y había llegado a Egipto acompañando a su prima Eurídice cuando esta había acudido para desposarse con Tolomeo hacia 320 a. C. Sin embargo, terminó sustituyendo a Eurídice en el lecho conyugal de Tolomeo[28] y dando a luz no solo a Tolomeo II, sino también a su hermana (y futura esposa) Arsínoe II. Desde el principio, como vemos, la dinastía tolemaica se caracterizó por unas relaciones familiares particularmente complejas.

Cuando Tolomeo I murió durante el invierno de 283-282 a. C., ya se habían llevado a cabo ciertas disposiciones para que Tolomeo II le sucediera en el trono y convertir así el Imperio tolemaico en un patrimonio hereditario. La cuestión, sin embargo, no fue fácil. El monarca, fallecido con más de 80 años, había llegado a ser una de las últimas personas vivas que habían conocido a Alejandro Magno; su hijo, en cambio, todavía no había cumplido los 30. En teoría, había ejercido como regente durante los últimos dos años del reinado de su padre, pero ciertos indicios apuntan a que se trata de un dato espurio, inventado durante la lucha sucesoria que estalló a la muerte de este[29] y que enfrentó a los hijos de Eurídice contra los de Berenice, básicamente. De hecho, sabemos que dos de los hermanos de Tolomeo II fueron ejecutados, aunque solo conocemos el nombre de uno, Argeo, probablemente el primogénito. En cambio, otro miembro de la familia,

Magas, un hermanastro de Tolomeo II (hijo de Berenice y de su primer marido) que ejercía por entonces como gobernador de Cirene, aprovechó la ocasión para declararse rey de la ciudad. Tolomeo II llegó a temer que atacara Egipto, aunque la agresión nunca se produjo y Magas continuó gobernando sobre Cirene sin apenas contratiempos hasta su muerte, treinta años después.[30] Otra víctima de la lucha sucesoria fue Demetrio de Falero, quien, al parecer, respaldó a los hijos de Eurídice y terminó siendo expulsado de Alejandría; falleció poco después en sus propiedades en el campo a causa de la mordedura de un áspid. La primera fuente conservada que menciona este interesante caso de una mordedura fatal de áspid en el Egipto tolemaico es el discurso que Cicerón pronunció en defensa de Rabirio Póstumo.[31] Es difícil imaginar que Cleopatra VII, que, sin duda, estaría familiarizada con la documentación administrativa de su padre, no hubiera leído la transcripción del juicio incoado contra el que había sido su confidente romano más célebre, por lo que estaría al tanto del suceso.

Así pues, cuando Tolomeo II se consolidó finalmente en el trono, muchos de los rasgos característicos del gobierno tolemaico que Cleopatra heredó estaban ya bien asentados, comenzando por el relativo aislamiento de los enclaves griegos de Egipto, el respaldo regio a la intelectualidad y a las artes, la escasa interferencia en los modos de vida egipcios, la colaboración entre los monarcas y los sacerdocios tradicionales y la cuidadosa selección de consortes para engendrar herederos adecuados para la dinastía. Pero, independientemente de la calidad de dichos herederos, las luchas sucesorias se habían convertido también en un elemento consustancial del mundo tolemaico, como la propia Cleopatra experimentó en carne propia.

El reinado de Tolomeo I, no obstante, adoleció de una de las características más famosas de la dinastía, el matrimonio entre hermanos. Este se instituyó durante los primeros años del gobierno de Tolomeo II y, aunque suscitó cierto escándalo en su momento, ya se había normalizado en tiempos de Cleopatra VII. Existían algunos precedentes entre la realeza egipcia,[32] pero la verdadera artífice de la institución fue la hermana de Tolomeo II, Arsínoe II, la primera mujer ilustre de la dinastía.[33] Arsínoe se había desposado inicialmente con Lisímaco, el rey de Macedonia, y, a la muerte de este, en 281 a. C., mantuvo su estatus como reina del país al casarse con su propio hermanastro, Tolomeo Cerauno, hijo de Tolomeo I y Eurídice, que se hallaba en la corte cuando murió Lisímaco y había logrado hacerse con el trono macedonio. Sin embargo, la nueva pareja no tardó en distanciarse, lo que no es de extrañar dado que Cerauno asesinó a los hijos de Arsínoe para que nunca pudieran hacer valer sus legítimas pretensiones al trono. Esta huyó entonces a Egipto en busca del amparo de su hermano, a quien terminó convenciendo para que se desposara con ella, lo que la convirtió en reina por tercera vez. Pero el matrimonio no tuvo descendencia; de hecho, el primer enlace entre hermanos que engendró un heredero (Tolomeo V) fue el de Tolomeo

IV y su hermana Arsínoe III.

Pese al hecho de que el matrimonio fraternal terminara convirtiéndose en algo habitual entre los tolomeos, la relación de Tolomeo II y Arsínoe II provocó en su momento, como ya señalamos, un gran revuelo. El incesto se consideraba una práctica egipcia, pero no griega.[34] Existía en Egipto desde al menos la Dinastía IV y más de la mitad de los matrimonios reales incestuosos que conocemos para toda la Antigüedad son egipcios.[35] En cambio, la práctica no se consideraba aceptable en el mundo heleno (al menos entre los mortales), aunque muy pocos se atrevieron a señalarlo abiertamente en vida de Tolomeo II y Arsínoe II. Entre quienes sí cuestionaron la decencia del enlace se contó un poeta llamado Sótades, que, al parecer, escribió unos versos explícitos y detallados acerca de la manera en la que la pareja real consumaba las prácticas incestuosas. Por ello, tuvo que huir de Alejandría y sabemos que un agente tolemaico lo siguió hasta una remota isla griega, en la que le dio muerte encerrándolo en un contenedor de plomo que arrojó al mar.[36]

En definitiva, fueron las ambiciones personales de Arsínoe II las que instituyeron por primera vez el incesto entre los tolomeos, que sentó un precedente que permaneció vigente al final de la dinastía, reactualizado por Tolomeo IV, Tolomeo VI, Tolomeo VIII y Tolomeo XII, aunque Tolomeo V, el oscuro Tolomeo VII y Berenice IV fueron los únicos frutos de este tipo de matrimonios fraternales que llegaron a gobernar. Ahora bien, el incesto tolemaico no se limitó a los matrimonios entre hermanos. Tolomeo VIII se casó tanto con su hermana Cleopatra II como con la hija de esta, Cleopatra III, cuyo padre había sido a su vez el hermano de Tolomeo VIII, Tolomeo VI. Del matrimonio entre tío y sobrina nacieron tanto Tolomeo IX como Tolomeo X. Este último se casó, a su vez, con su sobrina, Cleopatra Berenice III, quien, tiempo después, desposó al hijo de aquel, Tolomeo XI. En cuanto a Cleopatra VII, durante un breve lapso reinó conjuntamente con sus hermanos Tolomeo XIII y Tolomeo XIV y, aunque no es seguro que llegara a celebrarse ningún matrimonio oficial, una de nuestras fuentes considera a Tolomeo XIV esposo de Cleopatra, pese a que, por entonces, él tendría tan solo 12 años.[37] Lo que empezó como el resultado pragmático de las elevadas aspiraciones políticas de Arsínoe II, terminó por convertirse en política de Estado y quedaron en segundo plano las objeciones históricas contra el incesto. Al fin y al cabo, el incesto real no era sino una forma extrema de endogamia, es decir, el casamiento en el seno del clan, algo que, hasta cierto punto, constituía una venerable institución helena.[38] Más diplomático que su colega Sótades, el poeta Teócrito recordó a su audiencia que las costumbres personales de Tolomeo II y Arsínoe II eran exactamente las mismas que las de los dioses.[39]

Con el ascenso al trono de Tolomeo II en torno a 282 a. C., el Imperio tolemaico alcanzó su apogeo. Durante el siglo siguiente, eruditos de la talla de

Arquímedes, Aristarco, Conón y Eratóstenes habitaron y trabajaron en Alejandría. Gracias a su labor, se desarrollaron en la ciudad nuevas disciplinas y estructuras teóricas, como la geometría, la geografía o la teoría heliocéntrica del universo, por no mencionar un sinnúmero de obras maestras de la literatura griega. Alejandría, por su parte, continuó creciendo y, durante los primeros años de Tolomeo II, se construyó un imponente faro en el extremo oriental de la isla de Faros, edificio que pasó a la historia como una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo.[40] Tolomeo II envió exploradores Nilo arriba y por las aguas del mar Rojo y el Mediterráneo occidental, cuyos informes, además de contribuir a expandir el alcance económico del imperio, quedaron archivados en la Biblioteca para su ulterior consulta por los eruditos.[41] Todo esto formó parte de la herencia que recibió Cleopatra VII.

Pese a todo, a nuestra protagonista se la recuerda por su relación con Roma, sobre todo, pues su reino, el único superviviente de cuantos se constituyeron a la muerte de Alejandro, colapsó ante la abrumadora hegemonía de la ciudad Estado itálica. Pero, cuando se fundó la dinastía tolemaica, a finales del siglo IV a. C., el mundo griego apenas tenía noticias de una ciudad llamada Roma que por entonces no desempeñaba papel alguno en el escenario político heleno. Roma no poseía territorios fuera de la península itálica y tan solo había comenzado a interactuar con los Estados griegos de la Italia meridional. La urbe, no obstante, no tardó en extender sus tentáculos por el Mediterráneo oriental.

Durante los últimos años del siglo IV a. C. los griegos comenzaron a ser conscientes del despegue de la nueva potencia occidental. La primera alusión a Roma en la literatura griega parece provenir de Aristóteles, que incluyó a la ciudad en su discusión acerca de la organización política de los Estados mediterráneos.[42] Hacia 300 a. C., Roma se encontraba ya en contacto directo con las ciudades helenas del sur de la península itálica y, apenas unos años después, Pirro de Epiro se enzarzó en su prolongada y fútil guerra contra los romanos. Pirro había ascendido al poder gracias al respaldo de Tolomeo I, de hecho se había casado con la hijastra de este, Antígona, una hija anterior de Berenice I. Tolomeo II, a su vez, le proporcionó tropas para proteger su reino mientras Pirro permanecía en Italia.[43] Así pues, los tolomeos se contaron entre los primeros gobernantes del Mediterráneo oriental en poseer amplios conocimientos de Roma y no es casualidad que, en 273 a. C., Tolomeo II se convirtiera en el primer gran monarca en requerir la alianza de la urbe. La solicitud se produjo apenas nueve años antes del estallido de la Primera Guerra Púnica (264-241), quizá porque Tolomeo presentía lo que estaba a punto de suceder.[44] Por entonces, aún contendía con su hermanastro Magas de Cirene, cuyos territorios lindaban con los de Cartago, y, aunque Tolomeo mantuviera buenas relaciones con la capital púnica, debió de parecerle sensato hacerse con tantos aliados como pudiera en el Mediterráneo occidental. Sea como fuere, Egipto se mantuvo al margen de la

Primera Guerra Púnica. Es más, durante el conflicto, Magas de Cirene se reconcilió con sus parientes egipcios y envió a su hija Berenice II para que se casara con el heredero del país del Nilo, el futuro Tolomeo III.[45] Sin embargo, tanto Magas como Tolomeo II fallecieron antes de que acabara la guerra. A la conclusión de esta, los romanos enviaron una embajada a Alejandría para establecer contacto con el nuevo gobernante, Tolomeo III. Apenas una generación después, ya bajo el poder de Tolomeo IV, las relaciones entre Roma y Egipto se habían estrechado tanto que sabemos que la guarnición tolemaica en Itanos (Creta) estaba comandada por un romano.[46]

Sin embargo, lo que los primeros tolomeos no podían saber era que el poder de Roma no dejaría de crecer y que sus fronteras, poco a poco, se irían aproximando a las egipcias. Durante el reinado de Tolomeo IV estalló la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.), a resultas de la cual Roma ocupó una parte de la Grecia continental. Desde el principio del conflicto, los romanos buscaron el sostén tolemaico, con la expedición de suntuosos regalos rumbo a Alejandría y requiriendo a cambio grandes partidas de cereal, pues la devastación que Aníbal había desatado en tierras itálicas estaba provocando severas dificultades de abastecimiento.[47] Aunque parece que Tolomeo prefirió mantenerse neutral y, cuando Roma invadió el noroeste de Grecia como represalia por el tratado que Filipo V de Macedonia había suscrito con Aníbal en 215 a. C., el monarca egipcio intentó mediar entre los contendientes, en la que fue la primera ocasión en la que los tolomeos se involucraron directamente en la política exterior romana.[48] De hecho, puede que el episodio alentara a los romanos a prestar mayor atención a los asuntos egipcios. Así, la diplomacia romana acudió en defensa de los tolomeos cuando, en 200 a. C., Filipo V intentó apropiarse de sus territorios en el Egeo. Al mismo tiempo, el rey seléucida Antíoco III avanzó agresivamente contra las posesiones tolemaicas en Siria y el Levante, seguramente valiéndose de que, en 205 a. C., Tolomeo IV había sido asesinado y le había sucedido en el trono su hijo Tolomeo V, todavía un niño, lo que había sumergido al reino en un prolongado periodo de conflictos civiles.[49] Roma envió emisarios ante Filipo para exigirle que desistiera de anexionarse los territorios tolemaicos y, a continuación, los embajadores romanos continuaron viaje hasta Antioquía y Alejandría para tratar de alcanzar una paz entre seléucidas y tolomeos.[50] No obstante, el fracaso de las negociaciones fue una de las razones que llevó a Roma a emprender la Segunda Guerra Macedonia a finales de 200 a. C. Cuando Filipo fue derrotado tres años después, se le ordenó que abandonara todos los territorios tolemaicos de los que se había apropiado. Pero el gobierno tolemaico también se había quejado ante Roma por los avances seléucidas en el Levante, por lo que los romanos exigieron igualmente la retirada de Antíoco III. Sin embargo, ante aquel ultimátum, Antíoco dio una respuesta brillante e inesperada: anunció que él y Tolomeo V se encontraban concluyendo una alianza que quedaría sellada con un

matrimonio. Parece que nadie más conocía aquel proyecto, que representó un movimiento sumamente hábil de Antíoco, el más anciano y veterano de los reyes griegos y que por entonces se hallaba en el momento cumbre de su carrera. Evidentemente, el monarca sirio se hallaba en disposición de imponer su voluntad en una corte tolemaica presidida por un rey adolescente y, en el invierno de 194/193 a. C., en Rafia, en la frontera egipcio-levantina, Tolomeo V, que por entonces tenía 16 años, contrajo matrimonio con la princesa seléucida Cleopatra I, de 10 años.[51] La dote de esta no fue otra que el territorio de la Siria interior que su padre le acababa de arrebatar a su futuro marido. Con este enlace regio, el de los tatarabuelos de Cleopatra VII, se unieron las dos grandes dinastías del mundo tardohelenístico y el nombre de Cleopatra ingresó por primera vez en la vieja familia tolemaica.

Sin embargo, ninguno de los dos jóvenes monarcas vivió demasiado. Tolomeo V nunca llegó a aprender a comportarse como un gobernante diligente y durante toda su vida se dejó manipular por los dignatarios de su corte, hasta que fue asesinado por el personal militar a principios de 180 a. C., cuando rondaba los 30 años.[52] Su juventud e inexperiencia no solo supusieron para Egipto la pérdida de cuantiosos territorios, sino también una inestabilidad interna constante. Su esposa Cleopatra I apenas le sobrevivió cuatro años, pues falleció en 176 a. C., antes de cumplir la treintena. A la muerte de Tolomeo V, había sido nombrada regente de su hijo adolescente Tolomeo VI. Si hubiera vivido más, es posible que hubiera sido capaz de estabilizar el reino; pero su temprana muerte convirtió al joven Tolomeo VI en un rey tan manipulable por las facciones cortesanas como lo había sido su padre.[53] Con esta concatenación de acontecimientos, comenzó el declive del reino tolemaico.

En los comienzos del siglo II a. C., la debilidad tolemaica y la supremacía romana ligaron para siempre el destino de los dos Estados. Una embajada romana fue recibida en Alejandría en 173 a. C. y una tolemaica acudió a Roma unos años después.[54] Desde entonces, las legaciones viajaron de forma periódica entre ambas capitales mientras perduró el reino tolemaico. Habida cuenta de las continuas hostilidades entre los Estados griegos, a Roma le interesaba mantener vigilado el Mediterráneo oriental y poseer cuantos aliados pudiera en la zona. Pero, más allá de los contactos diplomáticos, los prebostes romanos comenzaron a acudir al país también como turistas. En 112 a. C., L. Mummio, acaso el hijo o el sobrino del conquistador de Corinto, remontó el Nilo para contemplar sus antigüedades. A los funcionarios establecidos a lo largo de la ruta se les aleccionó para que lo recibieran con boato, le facilitaran vituallas y regalos y se aseguraran de que las ruinas estuvieran abiertas para su visita.[55]

Así las cosas, cuando en 175 a. C. los problemas volvieron a estallar entre los seléucidas y los tolomeos, Roma no tardó en intervenir. El nuevo rey seléucida, Antíoco IV, que acababa de ascender al trono aquel año, irrumpió con

agresividad en el Egipto costero e incluso trató de anular la dote de su hermana Cleopatra I, recientemente fallecida, pues exigió que la Siria interior fuera restituida a manos seléucidas.[56] Dado que Antíoco era en realidad el tío de Tolomeo VI, podía argüir que con aquellas demandas no hacía otra cosa que ejercer de patriarca de las familias seléucida y tolemaica. Tolomeo, sin embargo, recurrió a Roma y el Senado forzó a las partes a negociar. En julio de 168 a. C., el embajador romano C. Popilio Lenas se reunió con Antíoco en Eleusis, a las afueras de Alejandría, y le obligó a retirarse en unas condiciones humillantes. Todos estos acontecimientos los pudo seguir de cerca el historiador Polibio, quien sabemos que se involucró personalmente en las negociaciones entre Roma y los Estados griegos, y que describió de forma sucinta la situación con las siguientes palabras: «De este modo le salvaron los romanos el reino a Tolomeo cuando estaba ya casi arruinado».[57]

Los tolomeos quedaron en deuda con Roma y la relación entre ambos Estados continuó estrechándose, para bien o para mal, durante todo el siglo siguiente. Las intervenciones romanas en torno a la política tolemaica se convirtieron en algo rutinario a todos los niveles, hasta el punto de que los romanos llegaron a permitirse pronunciarse en cuestiones militares, territoriales e incluso sucesorias del Estado egipcio, en espera en todo momento de la aquiescencia de los gobernantes. La biografía del hermano de Tolomeo VI, Tolomeo VIII, así lo demuestra. Tan pronto como los romanos expulsaron de Egipto a Antíoco IV, los tres hijos de Tolomeo V y Cleopatra I (Tolomeo VI, Tolomeo VIII y Cleopatra II) se hicieron cargo del gobierno de manera conjunta. Sin embargo, la cooperación entre ellos no fue precisamente armónica. Apenas cuatro años después, las discordias entre los hermanos habían alcanzado tales cotas que Tolomeo VI se desplazó a la urbe para recabar la ayuda de Roma; fue el primer tolomeo en hacerlo. Viajó a finales de 164 a. C. desprovisto de escolta real y, al parecer, se alojó en unas condiciones míseras en casa de un tal Demetrio, un artista alejandrino amigo suyo, hasta que el Senado tuvo conocimiento de su presencia en Roma y le proporcionó unos aposentos apropiados.[58] Más allá de este gesto, ignoramos cuál fue la reacción de la Cámara ante semejante demostración de humildad. En cualquier caso, en el ínterin, Tolomeo VIII se había hecho con el control en Alejandría –el paradero de su hermana Cleopatra II en aquellos momentos nos es desconocido–, por lo que Roma intervino y forzó un acuerdo:[59] Tolomeo VIII hubo de abandonar Egipto para convertirse en el rey títere de Cirene, en tanto que Tolomeo VI y Cleopatra II contrajeron matrimonio y se encargaron conjuntamente del gobierno del resto de los territorios tolemaicos. No sin fundamento, Tolomeo VIII consideró que había salido perdiendo en aquel reparto, por lo que acudió, él también, a la urbe, mas el Senado se negó a alterar un acuerdo ya suscrito. La continua presión de Tolomeo VIII durante los años siguientes, no obstante, fue inclinando de manera gradual

el favor de la Cámara hacia su persona, lo que acarreó el consiguiente distanciamiento con respecto a su hermano.

En el contexto de todas estas negociaciones, en torno a 155 a. C., Tolomeo VIII sobrevivió a un atentado, es probable que orquestado por un disidente cirenaico, aunque también pudo ser planeado por un miembro de su propia familia. Al instante, el monarca redactó testamento,[60] en el que dispuso que su reino (presumiblemente Cirene, aunque quizá fue tan audaz como para referirse a todos los territorios tolemaicos) fuera legado a Roma si él fallecía antes de engendrar un heredero. Nos encontramos ante el primer caso de lo que, con el tiempo, se convirtió en una herramienta habitual de las monarquías orientales, los testamentos a favor de Roma. El propósito no era tanto favorecer la expansión territorial de la urbe, como amenazar a quienes pudieran estar planeando derrocar al rey. La misma existencia de esta estratagema, en todo caso, demuestra hasta qué punto los destinos de Roma y de los tolomeos estaban ya indisolublemente entrelazados. En la práctica, el testamento nunca tuvo que ser invocado: Tolomeo VIII vivió otros cuarenta años más y terminó convirtiéndose en el rey de Egipto cuando su hermano falleció en 145 a. C., para lo cual no tuvo reparo en casarse con Cleopatra II, la hermana de ambos, y con la hija de esta, Cleopatra III, anudando así la relación familiar más enrevesada de toda la dinastía tolemaica. La sucesión se materializó a través de Cleopatra III, que junto con Tolomeo VIII engendró tanto a Tolomeo IX (el abuelo de Cleopatra VII) como a Tolomeo X.[61]

Al año siguiente de escribir testamento, Tolomeo VIII regresó a Roma. Entre otras cosas, aprovechó aquella estancia para cortejar sin éxito a Cornelia, la reciente viuda del distinguido Tiberio Sempronio Graco, el cónsul de 177 y 163 a. C.[62] Hablamos de la madre de los famosos hermanos Graco, cuyo papel fue capital en los intentos de reforma que caracterizaron la política romana durante los años siguientes. Se trata del primer caso documentado en el que un gobernante tolemaico trató de fortalecer su posición mediante un enlace matrimonial con un miembro de la élite romana. Es probable también que, durante aquel viaje, Tolomeo VIII fuera nombrado formalmente amigo y aliado de Roma y puede que incluso se le concediera la ciudadanía romana.[63]

La imagen que las fuentes nos transmiten de Tolomeo VIII no es precisamente favorable –le apodan Fiscón [Barrigón], debido a las consecuencias visibles de su estilo de vida desenfrenado– y sabemos que durante su reinado no fueron pocos los conflictos internos, por no hablar de las cuestiones familiares que hubo de afrontar, mucho más entretenidas. Pero no olvidemos que se mantuvo en el poder durante más tiempo que cualquier otro tolomeo; de hecho, sus extensos veinticuatro tomos de memorias, los *Hypomnemata*, a pesar de que solo se conservan a través de un puñado de fragmentos, nos proporcionan una perspectiva sorprendentemente personal de su mundo.[64] Aunque lo más importante de todo es que sentó unos precedentes incuestionables para su

bisnieta Cleopatra VII, tanto en lo concerniente a sus visitas a Roma para fortalecer su posición política, como a su intento de establecer un enlace personal con una romana prominente. En el momento de su muerte, en 116 a. C., nada pudo impedir que Roma, que medio siglo antes ya había salvado al reino tolemaico de su definitiva disolución, continuara condicionando con sus decisiones el porvenir del país.

32. Adamson, P. B., 1982, 85-92.
33. Hölbl, G., *op. cit.*, 24-25.
34. Pausanias *op. cit.*, 1.7.1; Hopkins, K., 1980, 311-312; Shaw, B. B., 1992, 267-299.
35. Adamson, P. B., *op. cit.*, catalogó 32 matrimonios reales incestuosos egipcios, 11 tolemaicos, 8 persas y 6 seléucidas.
36. Ateneo, *op. cit.*, 14.620-621.
37. Dion Casio *Historia romana* 43.27.3.
38. Heródoto 5.92.
39. Teócrito 17.
40. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.6; Plinio, *Historia natural* 36.83.
41. Roller, D. W., 2003, 234-235.
42. Plutarco, *Camilo* 22.3.
43. Plutarco, *Pirro* 4-11; N. G. L. Hammond, N. G. L., 1988, 405-413.
44. Dionisio de Halicarnaso, *Arqueología romana* 20.14.1.
45. Justino 26.3.2.
46. Hölbl, G., *op. cit.*, 55. Acerca de los romanos vinculados con los tolomeos desde fechas tempranas, *vid*. Peremans, W. y Dack, E. van, 1972, 660-667.
47. Polibio *Historias* 9.11a; Livio, *Periocas*, 27.4.10.
48. Livio, *op. cit.*, 27.30.4-12 y 28.7.13-16.
49. Los detalles se sintetizan bien en Gruen, E. S., 1986, 678-692.
50. Polibio *op. cit.*, 16.34.3, 18.1.14, 18.50.5; Livio, *op. cit.*, 22.33.3, 27.30.4-12, 33.40.3; Apiano, *Guerras sirias* 2-3.
51. Livio, *op. cit.*, 35.13.4; Porfirio (*FGrHist*. 260) F47; Apiano, *Guerras sirias* 5.
52. Porfirio (*FGrHist*. 260) F48.
53. Hölbl, G., *op. cit.*, 143.
54. Livio, op. cit., 42.6.4-5; Polibio *op. cit.*, 28.1; Diodoro, *op cit.*, 30.2.
55. *Papiro de Tebtunis* 33 (=*Select Papyri* [Loeb] 416).
56. Polibio *op. cit.*, 28.18-20; Livio, *op. cit.*, 44.19.6-14.
57. Polibio *op. cit.*, 29.27.11.
58. Diodoro, *op cit.*, 31.18.2; Valerio Máximo 5.1f.
59. Polibio *op. cit.*, 31.10 y 17-20.
60. *SEG* 9.7. El testamento se conserva únicamente gracias a esta inscripción, no en la tradición literaria, lo que quizá indique que ha despertado mucho más interés entre los investigadores modernos que el que suscitó entre los contemporáneos del propio Tolomeo.
61. De todos estos acontecimientos no tomó parte Tolomeo VII, uno de los hijos de Tolomeo VI y Cleopatra III, de quien sabemos que reinó brevemente en 145 a. C. a la muerte de su padre (y quizá junto con él en los momentos previos a su fallecimiento) hasta que fue eliminado por su tío Tolomeo VIII; nunca llegó a ser coronado ni a ser reconocido universalmente como rey, circunstancia que, desde entonces, ha causado no pocos problemas a los historiadores. Hasta fechas recientes, lo habitual era no contabilizarlo y reducir en uno la numeración de los tolomeos subsiguientes, algo ciertamente confuso para quien se aproxima a la bibliografía de hace unos años.
62. Plutarco, *Tiberio Graco* 1.4. Acerca de Cornelia, *vid*. Dixon, S., 2007.
63. Acerca de la ciudadanía romana y los tolomeos, *vid*. Roller, D. W., *op. cit.*, 84-86.
64. Josefo, *Antigüedades judías* 12.235. Reinó durante 54 años, de 170 a 116 a. C., aunque al principio junto con sus hermanos, más tarde brevemente solo en Alejandría y luego en Cirene antes de regresar a Alejandría en 145 a. C. Para los fragmentos de su *Hypommenata*, *vid*. FGrHist. 234.

[*] N. del T.: En castellano se suele emplear el término Diádocos (del griego διάδοχοι, *diadochoi*, literalmente, «sucesores») para referirse a la primera generación de generales sucesores de Alejandro Magno.

3

de Citio escribió acerca de los trabajos de Hipócrates, dedicada al rey Tolomeo –ignoramos si se refiere a Tolomeo XII o a su hermano, Tolomeo de Chipre– y en la que menciona que había sido el propio monarca quien le había comisionado para redactar las obras.[4] El maestro de Apolonio, Zópiro, farmacólogo y cirujano, actuó de consejero de Tolomeo XII en lo referente a antídotos y sabemos que se mantuvo en contacto con otra corte real muy interesada en la ciencia médica, la de Mitrídates VI del Ponto. De hecho, el nombre persa de Zópiro sugiere que podía ser originario de la zona.[5] Un tal Crisermo, aunque apenas conocido, parece haber sido un relevante médico del periodo que todavía vivía en tiempos de Cleopatra;[6] dos de sus discípulos, Heráclides de Eritras (un historiador de la medicina) y Apolonio Mys (un farmacólogo que también escribió de perfumes) aún estaban en activo en la década de 20 a. C.[7] Otro miembro de la escuela puede que fuera el médico personal de Cleopatra, Olimpo, cuyas memorias consultó Plutarco.[8]

La filosofía también experimentó un nuevo florecimiento, pues las Guerras Mitridáticas y el saqueo de Sila del año 86 a. C. provocaron el éxodo de los estudiosos de Atenas, una parte de los cuales se desplazó a Alejandría. La escuela de la Academia (fundada por Platón en el siglo IV a. C., aunque desde entonces había tenido que atravesar numerosas fluctuaciones) estaba representada por entonces por Antíoco de Ascalón, a cuyas lecciones asistió Cicerón en Atenas.[9] Recién llegado a Alejandría, Antíoco creó un círculo filosófico que estableció las directrices de la filosofía académica de la ciudad.[10] Entre sus colaboradores, se contaron su amigo y, con el tiempo, acérrimo oponente Heráclito de Tiro y el hermano del propio Antíoco, Aristós, que años después regresó a la Academia y se convirtió en amigo íntimo de Marco Bruto. También destacaron Cratipo de Pérgamo y Aristón de Alejandría, miembros ambos inicialmente de la escuela de la Academia, pero reconvertidos después en peripatéticos, es decir, seguidores de la escuela de pensamiento creada por Aristóteles, cuyos prosélitos, como los académicos, ya no se consideraban ligados a la institución ateniense. El propio Aristón se vio involucrado en un conflicto de posible plagio con Eudoro de Alejandría (educado quizá en la misma escuela), pues los tratados de ambos en torno al Nilo se parecían sospechosamente, aunque sabemos que Aristón también escribió una enciclopedia de la filosofía que cosechó una gran admiración, así como diversas obras acerca de astronomía y matemáticas.[11] Otro miembro del círculo fue el desafortunado Dion, líder de la embajada enviada a Roma en la década de 50 a. C. para presentar las quejas de la capital egipcia contra Tolomeo XII, cuyos agentes acabaron con su vida; por desgracia, apenas conservamos datos de su labor intelectual.[12] Aunque, sin duda, el discípulo más célebre de Antíoco fue Ario Dídimo, representante de la tercera de las grandes escuelas filosóficas del mundo helenístico, la estoica. Es posible que Ario también recibiera las lecciones de Eudoro, y sabemos que él, a su vez, se convirtió en uno de los mentores de

Octaviano, a quien prodigó sus consejos en la época de la caída de Alejandría.[13] De hecho, a Ario Dídimo se le llegó a ofrecer el cargo de prefecto de Egipto, pero, en lugar de aceptarlo, optó por viajar a Roma para mantenerse próximo a la familia imperial, especialmente a Livia. Vivió, al menos, hasta 9 a. C. Toda esta variedad de eruditos (académicos, estoicos y peripatéticos) da buena prueba no solo de la naturaleza ecléctica de la filosofía en la Alejandría del siglo I a. C., sino también de que cualquier punto de vista estaba, prácticamente, al alcance de quien lo buscara.

Un intelectual de gran importancia en tiempos de Tolomeo XII fue Timágenes de Alejandría, el historiador más célebre del periodo.[14] No poseemos ningún dato específico que pruebe que trabajaba en la corte, pero parece lo más probable; de hecho, aparece por primera vez en nuestras crónicas en el contexto de la conquista romana de Aulo Gabinio en 55 a. C., aunque para entonces no sería ya precisamente un joven. El lugarteniente de Gabinio, Marco Antonio, pudo ser quien alentara a Timágenes a viajar a Roma, ya que ambos se convirtieron en íntimos amigos y Timágenes terminó facilitándole a Antonio valiosos contactos en la comunidad intelectual helena. Entre los protegidos de Timágenes destacaron Estrabón de Amasia y Nicolás de Damasco, quienes, con el tiempo, regresaron a Alejandría. Nicolás de Damasco, al menos, se integró en la corte de Cleopatra. Timágenes fue además un escritor prolífico, cuya principal obra, *Sobre los reyes*, consistió en una historia universal estructurada como un análisis del poder regio, materia por la que el erudito se sentía especialmente interesado. La crónica incluía un examen del reinado del propio Tolomeo XII. A la postre, Timágenes terminó ejerciendo de consejero de Octaviano, acaso en materias relacionadas con Egipto. Constituyó un personaje relevante en el continuo flujo de ideas entre Alejandría y Roma y, aunque no hay datos que avalen que llegara a actuar como maestro de Cleopatra VII, sí es seguro que sus ideas influyeron sobre muchos de quienes desempeñaron un papel significativo en la vida de la reina.

Ignoramos hasta qué punto Cleopatra sacó partido de las enseñanzas de todos estos eruditos, pero lo más probable es que nuestra protagonista pudiera estudiar en la Biblioteca y asistir a las lecciones impartidas en el Museo, instituciones ambas situadas dentro del propio complejo palacial. Ella misma escribió acerca de medicina, por lo que seguramente estudió en compañía de los principales galenos y farmacólogos de la corte paterna. Un tal Filóstrato ejerció como su tutor de filosofía, retórica y oratoria;[15] era ya anciano en 30 a. C., por lo que bien pudo llegar a la corte en tiempos de Tolomeo XII. En todo caso, puesto que Filóstrato fue el orador más notable de su época, pudo ser de él de quien aprendiera Cleopatra sus extraordinarias dotes para hablar en público o sus reputados conocimientos filológicos. Sabemos, además, que Filóstrato fingió pertenecer a la Academia, impostura que le acarreó serios problemas cuando Alejandría cayó en

manos de Octaviano, aunque Ario Dídimo intervino y logró el perdón. Tras permanecer un tiempo en la corte de Herodes el Grande, murió algunos años después en la miseria en Ostracine, en la costa oriental egipcia.[16]

Cleopatra destacó como una oradora consumada. Plutarco afirma que la reina era fascinante cuando conversaba y persuasiva cuando discutía, así como que sabía hablar etíope, troglodita y las lenguas de los hebreros, árabes, sirios, medos y partos, entre otras muchas.[17] El egipcio no aparece especificado en la lista, pero hemos de asumir que también lo dominaba, puesto que el propio Plutarco menciona que sus predecesores lo desconocían. Y, además de su lengua nativa, el griego, también hablaba latín, aunque los romanos con los que entró en contacto insistirían en dirigirse a ella en griego. Esta última lengua venía siendo empleada de manera oficial por los romanos desde principios del siglo III a. C., y, en tiempos de Cleopatra, Cicerón se quejaba de que todavía había compatriotas suyos que necesitaban intérpretes, lo que sugería que no se trataba de algo normal ni mucho menos apropiado.[18] El latín, en todo caso, le sería provechoso a la reina no tanto para hablar con los romanos, cuanto para leer sus escritos, como la transcripción del juicio contra el banquero de su padre, Rabirio Póstumo, o las actuaciones senatoriales relativas a su reino. Además, los romanos empleaban el latín más de lo que cabría pensar en los territorios levantinos cuya anexión anhelaba Cleopatra, seguramente debido a la vieja antipatía local por el griego;[19] y sabemos que la propia reina se valió del latín al menos en uno de sus decretos, dirigido en este caso a una comunidad judía, es probable que residente en Leontópolis.[20]

En cualquier caso, las siete lenguas citadas por Plutarco merecen algo de atención. La lista es básicamente geográfica, de sur a nordeste. Etiopía y la Troglodítica se vinculaban a la dinastía tolemaica desde el reinado de Tolomeo II, que había enviado numerosas expediciones a ambas regiones, sobre todo a Meroé, la capital etíope, donde sus agentes habían recalado durante extensos periodos para explorar los territorios que se extendían todavía más allá.[21] Enclavada a orillas del río Nilo, por encima de la quinta catarata, Meroé constituía el núcleo de un poderoso reino indígena muy importante para los tolomeos, pues les suministraba ciertos recursos clave como el oro y los elefantes (estos últimos de gran valor militar). Tolomeo II también extendió su control sobre la Troglodítica, la zona existente entre el alto Nilo y el mar Rojo, donde fundó numerosas ciudades costeras, de nuevo para asegurarse el suministro de elefantes y para facilitar el comercio con la India. Ambas regiones permanecieron estrechamente asociadas al Imperio tolemaico hasta su disolución –hasta el punto de que Cleopatra se llegó a plantear refugiarse en alguna de ellas tras la batalla de Accio–,[22] por lo que la comprensión de sus respectivos idiomas constituiría para la reina una baza significativa.

Al otro lado del mar Rojo se encontraba la península de Arabia. Aunque los

tolomeos solo mantenían bajo control pequeñas porciones de esta, la región era vital para la economía del reino.[23] El gran enclave comercial nabateo de Petra había comenzado a florecer a finales del siglo IV a. C. y un tal Anaxícrates había explorado el mar Rojo comisionado por Alejandro. En el viaje alcanzó la próspera comarca productora de sustancias aromáticas situada en el extremo meridional. A la altura del siglo III a. C., la ruta comercial que enlazaba Petra con estos territorios remotos resultaba ya bien conocida y el incienso y la mirra, las dos sustancias aromáticas por antonomasia, se importaban en grandes cantidades rumbo a las factorías alejandrinas de procesamiento. El dominio del árabe le resultaría muy útil a Cleopatra durante las constantes negociaciones diplomáticas y mercantiles y es posible incluso que en la década de los años 30 a. C. la reina se anexionara algunos territorios árabes.

El siguiente idioma mencionado por Plutarco, el de los hebreos, es probable que no fuera el hebreo sino el arameo. En tiempos de Cleopatra, la lengua hebrea estaba aún restringida a ciertos enclaves aislados, mientras que el arameo era mucho más común, si bien todavía subsisten algunas controversias en lo referente al uso relativo de ambas lenguas.[24] La intervención constante de la reina egipcia en los territorios del Levante meridional se vería facilitada, una vez más, por sus conocimientos del idioma local, con independencia de que su prolongada relación con Herodes el Grande se materializara en griego. No podemos descartar, además, que algunos de los agentes del monarca desconocieran la lengua helena.

Al norte de Judea se extendía Siria. El núcleo sirio se había convertido en provincia romana desde la disolución del reino seléucida en 64 a. C., pero los tolomeos mantenían viejas pretensiones en ciertas partes de la región, en especial el distrito interior conocido como Celesiria [La Siria Hundida], técnicamente, la depresión del alto valle del Orontes, aunque el término acabó abarcando buena parte de Siria, a excepción de los alrededores de Antioquía. Los tolomeos habían perdido Celesiria a principios del siglo II a. C., mas, pese a los sucesivos intentos por recuperarla, esta continuó en manos seléucidas (y, más tarde, romanas) hasta que Antonio devolvió algunos de sus territorios a Cleopatra en la década de 30 a. C. Los límites geográficos de Celesiria, en todo caso, fueron siempre fluidos y tendieron a expandirse, hasta incluso llegar a englobar a las ciudades fenicias. Ignoramos cuál fue exactamente el «idioma de los sirios», aunque parece claro que Cleopatra tenía un profundo interés por esta región históricamente tolemaica.

Las últimas dos lenguas enumeradas por Plutarco, las de los medas y los partos, seguro que fueron de utilidad para la reina debido a las expediciones partas de Antonio de 36-34 a. C. Ambos idiomas estaban estrechamente emparentados y la frase de Plutarco puede entenderse como una tautología recurrente. Por otra parte, si bien es cierto que los tolomeos nunca llegaron a controlar los territorios de la meseta irania, la región había pertenecido tiempo

atrás a los ancestros seléucidas de Cleopatra, por lo que, tras la desaparición del reino sirio, la soberana egipcia pudo invocar ciertas pretensiones dinásticas aduciendo que, en su condición de única descendiente reinante de la realeza seléucida, los territorios seléucidas conquistados por los partos en el siglo II a. C. le pertenecían por derecho. Recordemos que, gracias a sus elevadas dotes filológicas, Cleopatra podía aprender nuevas lenguas cuando las necesitaba, como quizá fue el caso durante los largos preparativos que antecedieron a la campaña parta de Antonio. Así, puedo anticiparse a la posible incorporación de los nuevos territorios conquistados a sus posesiones. De hecho, las Donaciones de Alejandría nombraron a su hijo Alejandro Helios rey de los partos (*vid*. pág. 112).

Plutarco concluye con la afirmación de que Cleopatra conocía también muchos otros idiomas. Tan solo podemos especular cuáles fueron estos. Más allá del griego, el egipcio y el latín, que hemos de dar por sentados, los candidatos más obvios parecen ser las lenguas del norte de África. No olvidemos que los tolomeos habían entretejido una vieja relación con Cartago, que, entre otras cosas, les había llevado a permanecer neutrales durante las sucesivas Guerras Púnicas. Las posesiones en Cirene los convertían en vecinos directos de la potencia púnica, con la que mantuvieron inevitables contactos comerciales. Pero Cirene también tenía conexiones con el principal reino indígena del norte de África, Numidia, al sudoeste de Cartago. Por ello, sabemos que Tolomeo VIII, mientras reinaba sobre Cirene, había visitado la corte del legendario rey númida Masinisa y que, a su vez, el hijo de Masinisa, Mastanabal, había sido agasajado en Cirene.[25] El reino númida pervivió hasta bien avanzado el gobierno de Cleopatra, cuando César lo convirtió en provincia en 46 a. C.,[26] por lo que es posible que la monarca aspirara a extender su influencia también en esta dirección, acaso con la ayuda de César. Sería esperable, pues, que Cleopatra conociera algunos rudimentos de las lenguas locales de la región, aunque por entonces no podía saber que en 25 a. C. su hija Cleopatra Selene terminaría dando cumplimiento a aquella antigua pretensión al casarse con el descendiente de Masinisa, Juba II, y se convertiría así en reina de Mauritania, una vasta región del norte de África que por entonces se extendía entre el oeste de Cartago y el Atlántico (*vid*. pág. 186).

Aunque la afirmación de Plutarco se refiere únicamente a las capacidades oratorias de Cleopatra, es posible que la reina también pudiera leer algunas de estas lenguas, talento que le resultaría de gran utilidad en el ámbito diplomático. Una vez más, hemos de dar por descontadas sus dotes lectoras en griego, egipcio y latín. La traducción de textos constituiría una de las ocupaciones más habituales de los eruditos de la Biblioteca, lo que implica que los originales también se almacenarían en sus anaqueles. El caso más célebre al respecto es la Biblia Hebrea, las circunstancias de cuya traducción a la Septuaginta se describen en una extensa carta, supuestamente redactada por un tal Aristeas, en la que se relata cómo Tolomeo II comisionó a Demetrio de Falero para que supervisara la tarea

implementada por 72 eruditos, que trabajaron recluidos en la isla de Faros durante 72 días.[27] La historia, no obstante, presenta varios problemas: más allá de su obvia naturaleza formular, hemos de reparar en que Demetrio no era precisamente un amigo íntimo de Tolomeo II, pues no le había apoyado en la pugna sucesoria, por lo que al poco tiempo había tenido que marchar al exilio (*vid.* pág. 28). De lo que no cabe duda es de que en el siglo III a. C. se creó en Alejandría una versión griega de la Biblia, lo que significa que el original hubo de quedar depositado igualmente en la Biblioteca.

También había disponibles textos persas, pues tenemos constancia de que los escritos de Zoroastro fueron glosados por Hermipo de Esmirna, un estudiante de Calímaco que trabajó en el siglo III a. C. y que nos resulta mejor conocido por sus investigaciones biográficas. Estas conformaron buena parte del extenso material recogido por Diógenes Laercio en su célebre obra acerca de los eruditos.[28] Parece obvio, además, que en la Biblioteca se conservara un buen número de obras egipcias: en la primera mitad del siglo III a. C., por ejemplo, el egipcio Manetón redactó una historia en griego de su tierra natal.[29] Asimismo, sería de esperar que la emergente literatura latina hubiera encontrado cabida en la Alejandría del siglo I a. C.; no en vano, algunos indicios apuntan a que Cleopatra estaba familiarizada con la poesía de Horacio.[30] Así pues, aunque para la mayoría de los investigadores las obras hebreas, egipcias y persas resultarían más accesibles a través de traducciones en griego, puede que la joven Cleopatra empleara los textos originales para perfeccionar sus competencias lingüísticas.

La educación de Cleopatra pudo reflejarse igualmente en sus propias publicaciones, aunque la tradición que se refiere a la reina como autora es oscura y nos llega repleta de problemas. Era habitual, bien es cierto, que los monarcas helenísticos destacaran por su erudición y que redactaran sus propias obras. Ya hemos mencionado los méritos literarios de sus antepasados Tolomeo I y VIII (*vid.* págs. 26 y 36). También parece que Tolomeo III escribió sus memorias,[31] en tanto que Tolomeo IV compuso una tragedia titulada *Adonis*.[32] Y, a todo este recuento, hemos de añadir al yerno de Cleopatra, Juba II de Mauritania, que se convirtió en uno de los intelectuales más prolíficos de su época, asistido, por supuesto, por su competente esposa, la hija de Cleopatra.[33] Incluso Herodes el Grande compiló sus memorias.[34] Y también Julio César, sin duda un hombre muy influyente sobre la joven Cleopatra, fue un autor fértil: pensemos en que, además de sus célebres memorias, escribió poesía, que incluía una tragedia en torno a Edipo y tratados técnicos de lingüística.[35] Por último, un modelo clave para Cleopatra, tanto en lo político como en lo cultural, debió de ser Mitrídates VI el Grande del Ponto, un personaje clave en el Mediterráneo oriental durante más de medio siglo, célebre por hablar más idiomas que nadie (22), además de por ser un investigador brillante, sobre todo en lo referente al campo de la medicina, del que poseía una notable biblioteca.[36] La perspectiva del monarca

póntico acerca del futuro de oriente fue llamativamente similar a la que desarrollaron Cleopatra y Antonio, hasta el punto de que la reina egipcia pudo llegar a ser vista como la sucesora de aquel como principal adalid ante el expansionismo romano.[37] Ya hemos aludido a los contactos existentes entre los eruditos de ambas cortes (*vid*. pág. 42) y es probable que, a la muerte de Mitrídates, en 63 a. C., parte de su círculo de intelectuales, comenzando por el farmacólogo Zópiro, terminara refugiándose en Alejandría.

Así pues, Cleopatra se crio y maduró en un entorno en el que se esperaba que alguien de su posición tuviera cierta producción literaria, por lo que debemos tomar muy en serio las oscuras noticias en torno a sus escritos. Evidentemente, su breve y turbulenta vida excluye la posibilidad de que llegara a publicar sus memorias, circunstancia que constituye un gran perjuicio para la comprensión del periodo. Pero contamos con numerosos grupos de fragmentos literarios que, en uno u otro momento, le han sido atribuidos. Todos ellos parecen pertenecer a una única obra, *Cosmética*,[38] y nos llegan dispersos a través de distintas fuentes, principalmente de Galeno y los tratadistas médicos tardoantiguos Aecio de Amida y Pablo de Egina. De ellos, al menos Galeno parece basarse en los escritos de un tal Kritón (T. Estatilio Critón), médico del emperador Trajano. Así, el fragmento 1, conservado en Galeno, corresponde con una exposición de los remedios para un tipo de enfermedad capilar. Los fragmentos 2 y 3, también de Galeno, examinan las curas para la calvicie y la caspa. El fragmento 4, recogido en Aecio, es una receta para la fabricación de jabón perfumado. El fragmento 5, transmitido por Pablo, trata del rizado y el teñido del cabello, y el fragmento 6, el más extenso, citado por Galeno, desgrana una larga lista de pesos y medidas. Los seis textos se atribuyen a Cleopatra: aunque solo Aecio especifica que se trata de la «Reina Cleopatra», contamos con ciertas referencias bizantinas que corroboran este punto.[39]

Conectar todos estos fragmentos con Cleopatra VII bien es cierto, no es fácil. Solo uno de ellos se le imputa a un personaje real y la atribución data del siglo VI d. C. Reparemos en que, en la Tardoantigüedad, Cleopatra VII era, de lejos, la persona más famosa con ese nombre, por lo que todo el mundo tendería a asumir que los fragmentos escritos por una tal Cleopatra serían suyos. A ello se suma el problema de que el fragmento 6, el relativo a los pesos y medidas, denota el conocimiento de las reformas neronianas de 64 d. C.,[40] si bien esto sucede solo en una de las 31 entradas del pasaje, por lo que podría argumentarse que se trata de una adición posterior, puede que obra de Critón.

Menos validez tiene el reparo moderno de que un tratado acerca de cosméticos resultaría impropio de Cleopatra VII. Desde luego, a primera vista, un texto semejante encaja a la perfección con la imagen popular de la reina como una seductora consumada, pero lo cierto es que *Cosmética* es mucho más que un repertorio de aderezos femeninos. Se trata más bien de una obra médica y

farmacológica, que incluye por ejemplo ocho prescripciones para curar la *alopekia* [sarna del zorro], una enfermedad que provoca la caída del cabello,[41] así como varios remedios adicionales contra la calvicie y la caspa. Alejandría, no en vano, fue durante la juventud de Cleopatra un relevante centro de investigaciones médicas y farmacológicas, por lo que la *Cosmética* parece el resultado natural de semejante entorno intelectual. En cuanto a la sección de pesos y medidas, larga y compleja, de gran relevancia como fuente en la materia, posee obvias implicaciones farmacológicas, aunque también resultaría útil para el comercio y los aspectos industriales de la administración del reino tolemaico. Incluso es posible que perteneciera a otra obra distinta. En cualquier caso, *Cosmética* obtuvo un gran predicamento entre la literatura médica, pues la citan al menos cuatro tratadistas posteriores, y se trata de una obra típica de la deriva que había tomado la intelectualidad alejandrina en tiempos de Cleopatra.[42] En suma, si no podemos considerar probado que su autora fuera la propia reina egipcia, esta posibilidad es, con mucho, la más probable.

Así pues, la Cleopatra VII que alcanzó el trono a finales de 51 a. C. era una persona extraordinariamente culta. Los soberanos de elevada talla intelectual eran habituales en época helenística, pero no faltaron excepciones –sin ir más lejos, parece que su hermano Tolomeo XIII tenía muy poca formación–[43] y, en todo caso, las mujeres no gozaron a menudo de las mismas oportunidades formativas que los hombres, ni siquiera en aquellos tiempos, por lo que el mérito de la reina resulta de lo más remarcable. Por desgracia, no podemos concretar los detalles cronológicos, pero lo más probable es que, para cuando ascendió al trono, nuestra protagonista ya supiera leer y escribir en varias lenguas y estuviera familiarizada con la historia de su familia, del Egipto tolemaico y de Egipto y Grecia en general. Según las fuentes, la reina experimentaba un placer casi sensual con el aprendizaje y la investigación,[44] una enigmática variación del atributo con el que se la ha venido caracterizando con más frecuencia. Es probable que Cleopatra se mantuviera más al corriente de la política romana que la mayoría de los hombres y mujeres de su generación, determinada como estaba (por mucho que al final no tuviera éxito) a evitar las trampas en las que había caído su padre. Aunque ignoramos la fecha en la que se redactaron, sus supuestos tratados reflejan su participación en las principales corrientes intelectuales de su reino. Y, desde luego, su temprana estancia en Atenas, así como las conexiones que mantuvo con la ciudad durante toda su vida (*vid*. págs. 10 y 160), no harían sino dar más lustre aún a su educación, pese a que tan solo podamos especular qué fue lo que realmente aprendió en tan prestigiosa ciudad, considerada todavía por muchos la capital intelectual del mundo.

NOTAS

1. *OxyPap*. 1241.
2. *OGIS* 172.
3. Fraser, P. M., 1972, vol. I, 312, 361-362 y 806-809. Para una perspectiva general, *vid*. Marasco, G., 1998, 39-53.
4. Puesto que el propio Apolonio procedía de Chipre, es imposible determinar a qué rey se refería. El tratado conservado es un comentario al libro *Sobre las articulaciones* del corpus hipocrático. Para sus fuentes, *vid*. Fraser, P. M., *op. cit.*, vol. I, 362; Stok, F., 2008, 113-114.
5. Celso 5.23.2; Stok, F., 2008c.
6. Irby-Massie, G. L., 2008c.
7. Estrabón, *Geografía* 14.1.34; Galeno 1.305; Ateneo, *Banquete de los eruditos* 15.688-689; Irby-Massie, G. L., 2008b, 370 y Irby-Massie, G. L., 2008, 111-112.
8. Plutarco, *Antonio* 82.2.
9. Cicerón, *Cuestiones académicas*, comprende buena parte de la información conservada de la vida filosófica en Alejandría durante el reinado de Tolomeo XII.
10. Plutarco, *Bruto* 2; Fraser, P. M., *op. cit.*, vol. I, 487-491.
11. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.5; Estobeo 2.7.2.
12. *Supra*, 11. Se trata probablemente del Dion mencionado puntualmente por Plutarco (*Charlas de sobremesa* 1 [612d]) y Ateneo (*op. cit.*, 1.34b).
13. Suetonio, *Vidas de los doce césares (Augusto* 89.1); Plutarco, *Antonio* 80.2; Juliano, *Carta a Temistio*; Séneca, *Diálogos: Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio. Apocolocintosis* (*Consolaciones a Marcia* 3.4.2-4).
14. *FGrHist*. 88; Suda, «Timágenes»; Plutarco, *Antonio* 72.2; Séneca, *Sobre la ira* 3.23.4-7.
15. Filóstrato, *Vidas de los sofistas* 5, insinúa que la propia Cleopatra instruyó a Filóstrato, algo que parece poco probable pero que constituye seguramente una evidencia sutil de su reputación de mujer culta; Plutarco, *Antonio* 80.3.
16. Crinágoras 20; Roller, D. W., 1998, 62-63.
17. Plutarco, *Antonio* 27; *infra*, 203.
18. Plutarco, *Pirro* 18-21; Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal* 5.89.
19. Fitzmyer, J. A., 1970, 504-507. Los dos hombres más importantes en la vida de Cleopatra, Julio César y Marco Antonio, hablaron latín en Judea (Josefo, *Antigüedades judías* 14.191 y 319).
20. *OGIS* 129.
21. Plinio, *Historia natural* 6.183; Diodoro, *Biblioteca Histórica* 1.33; Hölbl, G., 2001, 56-58.
22. Plutarco, *Antonio* 69.
23. Diodoro, *op. cit.*, 19.94; Estrabón, *op. cit.*, 16.4.4; Plinio, *op. cit.*, 12.56-81.
24. Fitzmyer, J. A., *op. cit.*, 518-528.
25. Ptolomeo VIII (*FGrHist*. 234) F7-8; Roller, D. W., 2002, 144-146.
26. Para las circunstancias del colapso y la provincialización del reino númida, *vid*. Roller, D. W., 2003, 30-38.
27. La carta fue parafraseada por Josefo, *op. cit.*, 12.20-23.
28. Plinio, *op. cit.*, 30.4; Ateneo, *op. cit.*, 2.58f y 5.213f.
29. *FGrHist*. 609.
30. Fraser, P. M., *op. cit.*, vol. I, 330; *infra*, 156-157.
31. *Ibid.*, 311.
32. Escolio a Aristófanes, *Las tesmoforiantes* 1059.
33. *FGrHist*. 275.

34. *FGrHist*. 236.
35. Aulo Gelio, *Noches áticas* 1.10.4; Suetonio, *Vidas de los doce césares* (*Divino Julio* 56.5-7).
36. Plinio, *op. cit.*, 25.5-7.
37. Si asumimos que el *Oráculo sibilino* 3.350-380 se refiere a la reina, su papel como sucesora de Mitrídates parece innegable. Más en profundidad, *infra*, 205-206.
38. El título se presenta tanto en singular como en plural: τὸ κοσ⊠ητικόν ο τὰ κοσ⊠ητικά: Galeno 12.403-405, 434-435, 492-493, 13.432-134, 19.767-771; Aecio de Amida 8.6; Paulo 3.2.1; Nardis, M. de, 2008, 488-489. Los fragmentos se han numerado como en Plant, I. M. (ed.), 2004, 136-138.
39. Plant, I. M. (ed.), *op. cit.*, 135.
40. *Ibid.*, 141-142. Nerón redujo el módulo del denario a 3,375 g: *vid*. Richardson, W. F., 2004, 39.
41. Conocida por Aristóteles (*Problemas* 10.27).
42. Es poco probable que otra autora llamada Cleopatra, que escribió de alquimia, pueda identificarse con la reina. *Vid*. Irby-Massie, G. L. y Keyser, P. T., 2002, 244.
43. Dion Casio, *Historia romana* 42.42.4.
44. Filóstrato, *Vidas de los sofistas* 5.

4

Figura 2: Cleopatra Filopator Nea Thea, Cleopatra VII, en mármol de Paros. La última monarca del Egipto tolomeo (69-12 de agosto de 30 a. C.).

Ahora bien, los problemas dinásticos no eran los únicos que aquejaban a Cleopatra. La inmensa deuda que su padre había contraído con varios romanos aún no estaba saldada. Cuando Julio César desembarcó en Alejandría en 48 a. C., la corona egipcia todavía le debía 17,5 millones de dracmas.[5] Y, para empeorar las cosas, los enfrentamientos civiles continuaban. Durante el primer año de su reinado, por ejemplo, un funcionario provincial fue atacado por un tal Diocles, que, al parecer, poseía nutridas fuerzas a su disposición. Las bandas organizadas de forajidos constituían una amenaza perenne, hasta el punto de que los informes aplican a la situación el término *anarchia*. Esta deriva se llevaba produciendo desde finales del siglo II, como demuestra un decreto de Tolomeo VIII de 118 a. C. (primera evidencia significativa de este tipo de dificultades), en el que el rey ofrecía amnistía a quienes se hubieran visto involucrados en actos de rebelión.

Los funcionarios gubernamentales, por lo que parece, formaban parte del problema, pues una y otra vez abusaban de su autoridad para hacerse con las mejores tierras y para extorsionar a la población con impuestos y levas forzosas.[6]

Además, la sequía y la consiguiente escasez de alimentos se estaban convirtiendo en un asunto delicado. Un documento de finales de 50 a. C. regula el movimiento de cereal por orden regia y brinda protección a quienes lo encaminan hacia Alejandría.[7] Asimismo, al gobernador del nomo de Heracleópolis se le anunció que cualquier fallo en el recuento de las cosechas se le imputaría a él en persona.[8] En 48 a. C., la inundación del Nilo fue extremadamente escasa, por lo que las revueltas acuciadas por el hambre se tornaron inminentes en la propia Alejandría.[9] Es más, a todo ello se le sumaba la cuestión de las tropas romanas que Aulo Gabinio había dejado estacionadas en la ciudad en 55 a. C. y que, tras la muerte de Tolomeo XII, se habían quedado sin empleo, con lo que, en espera de un nuevo patrón dispuesto a pagar sus soldadas, los integrantes habían comenzado a labrarse una reputación como delincuentes y ávidos usufructuarios de los placeres de Alejandría. En 50 a. C., estos antiguos soldados llegaron a torturar y asesinar a dos de los hijos de M. Calpurnio Bíbulo, el procónsul de Siria. Bíbulo llevaba activo en política durante años (había sido cónsul junto con Julio César en 59 a. C.), pero, por lo general, fue ineficaz, uno de los personajes romanos más débiles de su tiempo.[10] Asumió el cargo en Siria en 51 a. C., acompañado de sus dos hijos mayores, y, al parecer envió a estos a Egipto, seguramente para reincorporar a los gabinianos al servicio activo, pues Bíbulo necesitaba más tropas para afrontar los problemas de su provincia, ya que el desastre de Craso en 53 a. C. no solo había mermado seriamente la capacidad militar romana, sino que también había envalentonado a los partos. Pero ambos jóvenes fueron liquidados, es posible que con el beneplácito de ciertas autoridades egipcias: no el de los hermanos tolomeos en disputa, sino el de los cargos supremos de la administración, comenzando por el regente Potino y el comandante militar Aquilas. Cleopatra, en el que fue su primer gesto diplomático hacia Roma documentado en las fuentes, ordenó que los asesinos fueran enviados a Siria cargados de cadenas para entregárselos a Bíbulo, pero este se los devolvió afirmando que el castigo era potestad exclusiva del Senado. Aquel fue, sin duda, un extraño reproche a la reina por interferir en los asuntos internos romanos, que le hubo de resultar de lo más confuso, dado el largo historial de conexiones entre Roma y Egipto.

Figura 3: Estatua de basalto de Cleopatra VII. Lleva un vestido largo ajustado y luce una peluca larga tripartita con tres *uraei*. Sostiene un cuerno de la abundancia en la mano izquierda y el *ankh*, en la derecha.

En todo caso, este incidente aparentemente trivial acabó teniendo unas

repercusiones asombrosas. Se trató del primer contacto oficial de Cleopatra con el gobierno romano y, aunque su rápida actuación para suavizar lo que podría haber sido un grave incidente diplomático en el primer año de su mandato acaso pasó desapercibida, demuestra hasta qué punto la reina se tomaba en serio las relaciones entre ambas potencias. Durante toda su vida, Cleopatra había sido testigo de los problemas con Roma que su padre no había logrado solventar, pero ella estaba decidida a triunfar donde aquel había fracasado. Es más, al oponerse frontalmente a los altos funcionarios que había heredado de su padre, desencadenó un enfrentamiento contra ellos que a punto estuvo de costarle el trono. Bíbulo, por su parte, nunca llegó a recuperarse de la pérdida de sus hijos y su comportamiento se tornó progresivamente impredecible. A principios de 48 a. C., como comandante naval del bando pompeyano, se le encomendó la tarea de evitar que César se desplazara a Grecia, misión en la que no tuvo éxito. Aquello precipitó la victoria definitiva de César y, por consiguiente, su intervención en Egipto. En cuanto a Bíbulo, murió sobre la cubierta de su nave en el curso de los enfrentamientos.[11]

Cleopatra también dedicó ímprobos esfuerzos a fortalecer su figura en relación con la cultura tradicional egipcia, como se pone de manifiesto no solo por su visita a Hermontis, sino también por su estrecha implicación en los ritos funerarios del toro Apis en 50/49 a. C. Hablamos de la adoración al toro más famosa del país, conocida en el mundo griego desde mucho tiempo atrás gracias a la detallada descripción de Heródoto.[12] Cleopatra, por lo que sabemos, patrocinó el festival con una elevada suma de dinero, alimentos y aceite.

Sin embargo, pese al interés por las tradiciones egipcias y a los problemas financieros que afligían al país, su prioridad fue siempre la supervivencia del reinado, que pronto fue puesta en jaque debido a las rivalidades fraternas. Su hermano Tolomeo XIII, que por entonces contaba solo 11 años, estaba rodeado de un poderoso grupo de consejeros empeñados en convertirlo en monarca en solitario, en parte debido al resentimiento que en ellos despertaba el saberse gobernados por una mujer.[13] El más importante de ellos, o al menos tristemente célebre, era Potino, el tutor legal del monarca y administrador de sus propiedades y finanzas, por lo que en Roma se le contemplaba como el verdadero amo de Egipto tras la muerte de Tolomeo XII, y es probable también que como el culpable de la muerte de los hijos de Bíbulo.[14] Aunque en el entorno del rey niño se contaban también otros potentados como el rétor Teodoto de Quíos (o de Samos) y el comandante Aquilas. Esta camarilla (en la que figuraron otras personas además de las tres conocidas), puede que integrada por los máximos dignatarios supervivientes del reinado de Tolomeo XII, se impuso por objetivo último la supremacía de Tolomeo XIII sobre sus hermanos y desempeñó un papel clave en el devenir de los acontecimientos egipcios hasta después de la llegada de César, que, de hecho, comenzó tratando a Potino como el gobernante efectivo del

país.[15] La respuesta de Cleopatra al empoderamiento del mayor de sus hermanos fue buscar una alianza con el menor, Tolomeo XIV, aunque parece que esta duró solo unos meses del año 50 a. C.[16] En otoño, Tolomeo XIII había alcanzado ya una posición dominante, como se pone de manifiesto en un documento fechado el 27 de octubre –la regulación del transporte de cereal a la que ya se ha hecho mención–, en el que su nombre antecede al de su hermana. Muy pronto comenzó a utilizar su propia cronología de reinado, que equiparaba su Año 1 con el Año 3 de Cleopatra (49 a. C.).[17]

A pesar de todo, la reina continuó haciendo valer su posición. Permaneció en Alejandría, donde aún se encontraba en la primavera o verano de 49 a. C., cuando Cneo Pompeyo, el hijo de Pompeyo Magno, llegó a la ciudad en busca de apoyo militar para su padre.[18] Y es que, en los seis años transcurridos desde que Gabinio había restaurado a Tolomeo XII, Roma continuaba deslizándose hacia la guerra civil y, en aquellos momentos, las dos grandes figuras del periodo, Pompeyo y Julio César, se preparaban ya para la colisión. Cleopatra era plenamente consciente de ello, pues conocía, bien fuera personalmente o por su reputación, a todos los protagonistas del drama. Tras los juicios por su colaboración en la restauración del monarca egipcio, Gabinio había partido al exilio y había abandonado la política,[19] pero, sin duda, Cleopatra guardó un recuerdo más nítido del comandante de la caballería de Gabinio, Marco Antonio, que actuaba ahora como el principal lugarteniente de Julio César. A César no lo conocía todavía, pues este nunca había viajado al Levante o a Egipto, pero la reina sabría que en 59 a. C. el líder romano había impulsado el reconocimiento formal de su padre Tolomeo XII como amigo y aliado (*vid.* págs. 8-9). Y, por supuesto, es difícil que la reina pudiera olvidar que su reino se encontraba fuertemente endeudado con César debido a las liberalidades de su padre. Aunque, quien por entonces se hallaba más involucrado con los asuntos egipcios no era otro que Pompeyo Magno. Puede que Cleopatra no se acordara de la supuesta visita de este a la corte de su padre –por entonces, solo tenía 3 años–, pero a buen seguro habría oído hablar de ella y de la ayuda que Tolomeo le había proporcionado a Pompeyo tres años después durante su campaña por el Levante meridional, así como también sabría que su padre había vivido con Pompeyo durante el exilio en Roma. Por último, es muy probable que Cleopatra estuviera al tanto de que Pompeyo tenía en su poder la copia romana del testamento de su padre, en el que –al menos, según lo interpretó Pompeyo– este le había encomendado la salvaguarda de la reina y de sus hermanos.[20] Parece muy probable, de hecho, que Cleopatra y Pompeyo se hubieran intercambiado algunas cartas acerca de los asuntos que los unían.

El motivo que hizo que Cneo, el hijo de Pompeyo, apareciera en Alejandría durante la primavera o verano de 49 a. C. fue la inminente guerra contra Julio César. Tras varios años de exilio virtual en la Galia, César había regresado a Italia

en enero y eso había obligado a Pompeyo y a sus aliados a abandonar Italia y a dotarse de una nueva base de operaciones en Grecia. Gracias a sus veinte años de contactos con el Mediterráneo oriental, Pompeyo no tardó en levantar una poderosa fuerza con la que oponerse a César. Y, dado su mutuo historial, resultaba inevitable que Pompeyo otorgara a los tolomeos un papel esencial en sus planes, por lo que Cneo pronto fue despachado rumbo a Alejandría.

El joven Pompeyo fue el primer romano que visitó a una Cleopatra ya adulta –tenía 20 años– y convertida en reina y también fue el primero que experimentó los efectos de su carisma.[21] La visita fue todo un éxito, pues Cleopatra y Tolomeo XIII, en la que quizá fue su última disposición conjunta, enviaron a Pompeyo Magno sesenta navíos y medio millar de soldados, estos últimos convenientemente seleccionados de entre las problemáticas tropas gabinianas. La decisión contribuyó a saldar la deuda que los monarcas mantenían con el líder romano debido a los esfuerzos que este había acometido en favor de su padre. Pompeyo hijo se valió de la flota para operar en los alrededores de Orico (la actual Orikuni, en Albania) y Brundisium (Bríndisi), aunque, a largo plazo, tales incursiones no contribuyeron demasiado a la causa paterna.[22] Los gabinianos, por su parte, combatieron junto con el resto de las tropas pompeyanas en la batalla de Farsalia.

Sin embargo, poco después, el cisma entre Cleopatra y Tolomeo XIII se convirtió en definitivo. Seguramente ayudó a ello el hecho de que Pompeyo decidiera violar los términos del testamento de Tolomeo XII y designara a Tolomeo XIII único rey de Egipto,[23] aunque no está claro en qué punto de la secuencia de acontecimientos de comienzos de 48 a. C. ha de situarse esta decisión (mencionada solo por Lucano). Parece evidente, no obstante, que Potino y sus camaradas se habían convertido en los dueños del tablero egipcio. Puede que Cleopatra fuera desterrada, o bien que fuera ella quien decidiera abandonar Alejandría. Se retiró río arriba, a las inmediaciones de Tebas, en busca quizá de ligar su figura al corazón histórico de Egipto.[24] Habida cuenta de su parentesco con los sacerdotes de Ptah, el venerable centro religioso de la Tebaida pudo parecerle un destino atractivo, en especial el antiguo templo de Ptah en Karnak o incluso el de Hermontis, que ella misma había visitado recientemente. Es posible también que su madre tuviera buenos contactos en la región. No sabemos nada de esta última, pero, dado que Cleopatra frisaba por entonces los 21 años, no sería de extrañar que su madre continuara viva y pudiera proporcionarle ayuda. Mas, a la postre, la Tebaida no debió de responder a sus expectativas, pues en la primavera de 48 a. C. Cleopatra ya se encontraba en Siria reclutando un ejército. Según parece, su hermana Arsínoe (más joven que ella, acaso todavía adolescente) la acompañó en aquel viaje, en la que fue su primera aparición en las crónicas.[25]

Ninguna de nuestras fuentes explicita el motivo por el que Cleopatra acudió a Siria, presumiblemente a Antioquía, a principios de 48 a. C., ni la razón por la

que pensó que allí podría reclutar un ejército. Es muy probable, no obstante, que la reina contara con buenos contactos en la ciudad. Tan solo habían transcurrido 16 años desde que Pompeyo había acabado con el reino seléucida, con cuya dinastía, recordemos, Cleopatra estaba emparentada. Todavía vivían algunos miembros de la familia, de hecho, unos años antes, su hermana Berenice había tratado de desposarse con dos seléucidas.[26] Es posible que la propia Cleopatra buscara un marido para ella misma: la cuestión resultaba ineludible, teniendo en cuenta su edad y su estatus y que no quedaba ningún candidato razonable dentro de la familia tolemaica, a diferencia de lo que, al parecer, sí ocurría entre los parientes seléucidas. Al establecerse en Antioquía, la reina podía hacer valer estas conexiones dinásticas en su propio provecho.[27] Pero es que además Antioquía se estaba convirtiendo progresivamente en un núcleo de oposición a Pompeyo,[28] por quien, sin duda, Cleopatra se sentiría traicionada. También es posible que desde allí Cleopatra consiguiera algo de ayuda de la ciudad levantina meridional de Ascalón, próxima a la frontera egipcia: no en vano, sabemos que algunas de sus acuñaciones homenajearon a la reina y que años atrás su ciudadano más poderoso, Antípatro, había colaborado en la restauración de su padre.[29] Unos pocos meses después, puede que incluso tras la llegada de César, Cleopatra trató de regresar a Egipto al frente de un ejército (desconocemos cómo lo obtuvo), pero su hermano bloqueó el avance, por lo que hubo de contentarse con tomar posiciones junto a Pelusio, al este del delta.

Los acontecimientos acaecidos en Grecia durante todo este tiempo –primavera y verano de 48 a. C.–, a su vez, tuvieron una repercusión inmensa en el futuro de Egipto y en el de la reina exiliada. Durante la última fase de la primavera, las huestes pompeyanas y las cesarianas midieron fuerzas en toda una sucesión de escaramuzas. Sin embargo, gracias a sus contactos orientales, Pompeyo no cesaba de aumentar pertinazmente el volumen de sus tropas, por lo que César se vio obligado a precipitar una acción definitiva. Secundado lealmente por Antonio, se desplazó a Tesalia, lo que aisló a Pompeyo de su flota, la misma con la que Bíbulo había tratado infructuosamente de encerrar a César en Italia. Ambos ejércitos terminaron colisionando en Farsalia el 9 de agosto de 48 a. C. La derrota pompeyana no pudo ser más clamorosa: según las cifras que ofrece el propio César, en aquella jornada perecieron 15 000 pompeyanos y otros 24 000 resultaron capturados, ante solo 200 bajas en el bando cesariano. Poco antes de que las tropas de su oponente tomaran al asalto el cuartel de Pompeyo, este logró escapar rumbo a Larisa, para pasar luego a Mitilene y después a Tiro.[30] Tras considerar durante un tiempo la opción de refugiarse en el norte de África, al final optó por viajar a Egipto, donde podría invocar sus históricas relaciones con los tolomeos y lamerse las heridas.

En Egipto, durante los últimos meses, Tolomeo XIII había focalizado todos los esfuerzos en consolidar su posición. Convirtió a los soldados gabinianos que

quedaban en Alejandría en su escolta personal y, en cuanto Cleopatra regresó de Siria, despachó a una parte de ellos a Pelusio mandados por Aquilas para cerrarle el paso hacia la capital. Pero lo cierto es que el muchacho apenas controlaba las decisiones que se tomaban en su entorno y sus consejeros, liderados por Potino, no tenían la menor intención de permitir que Pompeyo convirtiera Egipto en base de operaciones; como buenos testigos de los tiempos de Tolomeo XII, sabían bien qué sería lo que sucedería si los romanos se hacían con el control del país y de sus recursos. Pecando acaso de ingenuidad, pretendían mantener Egipto al margen de la guerra civil romana. Así pues –y, según parece, a sugerencia de Teodoto–, tendieron una trampa a Pompeyo. Cuando este arribó frente a las costas de Pelusio y despachó mensajeros para solicitar un salvoconducto, la petición fue aceptada, pero, tan pronto como trató de desembarcar, una hueste capitaneada por Aquilas acabó con su vida. César, que había terminado por descubrir el paradero de Pompeyo, llegó a Egipto muy poco después.[31]

Presumiblemente, los consejeros de Tolomeo XIII creyeron que si le enviaban a César una prueba de la muerte de Pompeyo –en este caso, su cabeza– conseguirían que este diera por zanjada la situación. Pero todos los actores intervinientes infravaloraron la complejidad de la situación en la que se adentraban. Cleopatra, según creían los partidarios de Tolomeo, había sido neutralizada con éxito y permanecía bloqueada en los límites orientales de Egipto, o es posible que en Siria.[32] En cualquier caso, nadie pensaba por entonces que pudiera constituir una amenaza. Por su parte, y aunque en realidad no fuera más que un peón de sus consejeros, Tolomeo XIII se creía al mando del país y para demostrar su autoridad no dudó en dejarse ver en la playa rodeado de su ejército y vestido con un manto púrpura mientras Pompeyo era asesinado.[33] Sus otros dos hermanos, Tolomeo XIV y Arsínoe, eran demasiado jóvenes como para tener todavía ninguna relevancia política. En cuanto a César, se mostró convencido desde un principio de que los asuntos egipcios eran de la incumbencia de Roma, tal y como llevaba sucediendo desde hacía tiempo. Así pues, se aposentó en una habitación del palacio real de Alejandría –no sin ciertas dificultades– y envió sendas misivas a Cleopatra y a Tolomeo XIII para sugerirles con vehemencia que disolvieran sus ejércitos y se reconciliaran. Entretanto, se dedicó a disfrutar de las delicias de Alejandría al pensar que tenía la situación bajo control, aunque no sin antes solicitar prudentemente el envío de refuerzos de entre los restos del ejército pompeyano de Asia.[34]

Desconocemos si César se consideraba heredero de las obligaciones de Pompeyo con la dinastía tolemaica, pero lo cierto es que él mismo llevaba años involucrado en la política egipcia. Tiempo atrás, había sido el impulsor del reconocimiento de Tolomeo XII como rey amigo y aliado de Roma, por lo que seguramente ahora creería que sus timoratos hijos precisaban de cierta dosis de persuasión romana. La provincialización de Egipto, tal y como Pompeyo había

hecho con el reino seléucida, no era una opción viable con tantos herederos disponibles. Así pues, César decretó que Cleopatra y Tolomeo XIII debían aparcar sus diferencias y acudir ante él para negociar una solución. Exigió asimismo que se le abonara al menos una parte de los 17,5 millones de dracmas que se le adeudaban, pues necesitaba fondos para mantener a sus tropas. Potino, el verdadero hombre fuerte de Egipto en aquellos momentos, se ofreció a pagar la suma requerida en algún momento futuro si César abandonaba el país, pero su artera propuesta no consiguió sino suscitar los reproches del general romano.[35]

Así las cosas, Tolomeo XIII accedió acudir a Alejandría, pero mantuvo a su ejército en pie de guerra. Cleopatra, en cambio, envió primero a sus emisarios, quienes, evidentemente, le informaron de que César no solo parecía accesible a las mujeres de la realeza, sino que además contaba ya a sus espaldas con un largo historial de romances con ellas. Por consiguiente, la reina decidió comparecer personalmente ante el romano. De los dos detallados relatos del encuentro, el de Dion Casio[36] es mucho más mundano: según él, la reina le pidió permiso a César para entrevistarse con él sin que su hermano se enterara y se engalanó para parecer tan bella y digna de compasión como le fuera posible, y engatusó a su interlocutor con su conducta y sus habilidades oratorias. Pero la narración más célebre es la de Plutarco, quien defiende que la reina se ocultó en un fardo de mantas y que de tal guisa fue introducida en presencia de César.[37] Por romántica que parezca, la historia de Plutarco encierra cierta verosimilitud, pues el biógrafo menciona a un hombre, Apolodoro de Sicilia, que fue quien ayudó a Cleopatra a llevar a cabo el plan y que es posible que constituya la fuente última de la historia. Por otra parte, hemos de reconocer que la estratagema constituiría una manera casi humillante para la mismísima reina de Egipto de presentarse ante el cónsul de la República romana, máxime dado el énfasis que Cleopatra puso siempre en su condición regia, hasta llegar a la arrogancia.[38] Ahora bien, el truco del fardo de mantas debió de ser habitual en la época: sabemos que un tal Antio eludió las proscripciones de 44 a. C. cuando huyó de su casa de idéntica manera.[39] De cualquier forma, el hecho es que la reina se presentó ante César y este, al instante, quedó cautivado. Si en algún momento se había planteado excluirla del trono egipcio,[40] la opción quedó descartada y César se impuso como objetivo la reconciliación de los dos hermanos. Tan pronto como llegó Tolomeo, comprendió lo que había pasado –por lo que él sabía hasta entonces, su hermana permanecía al este de Pelusio– y se apercibió de que César había perdido la neutralidad. Por ende, en una dramática escena es probable que orquestada por Potino, salió corriendo del palacio y, mediante un apasionado discurso que finiquitó rompiendo su diadema real, incitó a la población alejandrina a amotinarse. Los raudos reflejos de César salvaron la situación: de inmediato puso a Tolomeo bajo arresto y se valió de sus excelentes dotes oratorias para calmar a la multitud.

Cleopatra, que había presenciado toda la escena, fue conducida junto con su hermano a una sesión de la asamblea alejandrina, en la que César exhibió una copia del testamento de Tolomeo XII –su rápida adquisición demuestra la excepcional clarividencia del general–, hizo valer su condición de cónsul de la República para confirmar las cláusulas del documento, reafirmó la condición de Roma como protectora de los hermanos y estableció que Cleopatra y Tolomeo XIII habrían de gobernar conjuntamente con arreglo a la tradición egipcia.[41] A diferencia de lo que había hecho Tolomeo XII, César se preocupó por especificar también la situación en la que quedarían los otros dos hermanos, quizá comprendió que no tardarían en abandonar la infancia para convertirse en actores activos de la política egipcia. Arsínoe, todavía adolescente, y Tolomeo XIV, de unos 11 años, fueron nombrados señores de Chipre, seguramente a través de la figura tradicional del matrimonio entre hermanos. La isla, recordemos, había sido ocupada por Roma en 58 a. C. en una lucrativa acción que había entrañado el derrocamiento de su rey, Tolomeo de Chipre, tío de Cleopatra (*vid*. pág. 9). Con la devolución de este territorio históricamente tolemaico, César hizo gala de una gran astucia política, pues no solo trató de calmar los ánimos de los beligerantes egipcios (la pérdida de Chipre había conducido a Tolomeo XII al exilio), sino que, además, sacó del tablero egipcio a dos potenciales pretendientes al trono. Es probable que Cleopatra no viera con malos ojos el alejamiento de sus dos hermanos menores, pero los acontecimientos subsiguientes evitaron que aquellas disposiciones terminaran llevándose a efecto.

Y es que, aunque todo parecía marchar bien, César infravaloró las complejidades de la política oriental. Potino y su camarilla no estaban dispuestos a dejarse puentear tan fácilmente, pues comprendían que aquel acuerdo supuestamente imparcial favorecía a Cleopatra, la única adulta de los cuatro hermanos. Además, Potino era consciente de que César apenas contaba con respaldo militar, pues había llegado a Egipto con tan solo unos 4000 hombres y sin ninguna fuente obvia de recursos con los que pagarlos. En cambio, el ejército egipcio, que incluía a los gabinianos que quedaban en el país, sumaba unos 20 000 efectivos. En consecuencia, Potino puso en marcha su plan para deponer a César y a Cleopatra. Al parecer, antes de que concluyera siquiera el acto de conciliación, ordenó a Aquilas, al mando del ejército de Pelusio, que atacara a César y diera el pistoletazo de salida de los acontecimientos que conocemos como Guerra de Alejandría.[42]

El conflicto se prolongó durante lo que quedaba de 48 a. C. y los primeros meses del año siguiente. A pesar del exhaustivo relato desgranado por uno de los oficiales superiores cesarianos, el extenso memorando que conocemos como *De bello alexandrino* (*Guerra de Alejandría*), los detalles tácticos de todas estas operaciones no resultan relevantes para la biografía de Cleopatra, sino que tan solo nos interesa el resultado. Lo más probable, de hecho, es que la reina

permaneciera durante toda la contienda encerrada en palacio.

En todo caso, el acontecimiento más tristemente célebre de la conflagración fue el incendio de la Biblioteca.[43] César, que había creado un perímetro defensivo en torno al área del palacio, se valió del fuego para repeler un ataque, pero el incendio se le fue de las manos y, al parecer, afectó a la Biblioteca. Se dice que resultaron destruidos cientos de miles de libros, o puede que incluso toda la colección. Con el paso del tiempo, el relato se fue tiñendo de versiones cada vez más terroríficas. La desaparición de todos los fondos, o siquiera de una parte mayoritaria de estos, es claramente inverosímil, pues las investigaciones de grandes estudiosos como Dídimo y Estrabón continuaron en marcha durante el periodo augusteo y todo declive de la erudición alejandrina debe achacarse a otro tipo de causas. Aunque convertido en arquetipo de la insensibilidad romana hacia el intelectualismo griego, el alcance del incendio accidental hubo de limitarse a una parte de las colecciones, o incluso a un solo almacén. Pese a todo, pasó a la historia como uno de los grandes desastres de la Antigüedad.

Para Cleopatra, la principal consecuencia de la Guerra de Alejandría fue la eliminación física de la mayoría de sus rivales por el poder. Aunque la secuencia exacta de los acontecimientos no está clara entre finales del verano de 48 a. C. y la primavera de 47 a. C., parece que César no tardó en apercibirse de que su principal oponente no era otro que Potino, responsable último de la mayor parte de las dificultades planteadas. Por ello, le hizo ejecutar. Pero entonces apareció una nueva facción en apoyo de Arsínoe, encabezada por su tutor, Ganímedes. Tras regresar de Siria, la joven abandonó el palacio y se unió a Aquilas y su ejército, quienes la proclamaron reina, aunque las disensiones no tardaron en aparecer entre los nuevos aliados y Arsínoe persuadió a Ganímedes de que asesinara a Aquilas y lo reemplazara al frente del ejército. Pese a lo fugaz de su trayectoria militar, Ganímedes se probó un brillante estratega y a punto estuvo de derrotar a César. Una de sus tretas, por ejemplo, consistió en reclamar la presencia de Tolomeo XIII como negociador, quien, de inmediato, se pasó al bando de Arsínoe y su ejército.[44]

Sin embargo, cuando la situación de César se antojaba insostenible, comenzaron a llegar los refuerzos de Asia, de los nabateos y de Antípatro de Ascalón.[45] La ayuda prestada por este último tuvo amplísimas repercusiones para Cleopatra y para toda la región, pues, en agradecimiento, César le otorgó numerosos honores así como la ciudadanía romana, que Antípatro, a su vez, transmitió en herencia a su hijo Herodes, algo mayor que Cleopatra y con toda probabilidad involucrado personalmente en los acontecimientos. Su trayectoria vital, de hecho, quedó estrechamente entrelazada con la de Cleopatra durante el resto de la vida de esta.

Los últimos episodios de la guerra se sucedieron durante los primeros meses de 47 a. C. El cuartel general de Tolomeo XIII y Arsínoe, que estos habían

establecido junto al Nilo, cayó ante un enérgico asalto cesariano. El rey huyó de la batalla a bordo de un bote, pero zozobró y el cadáver apareció poco después enterrado en el barro. Ganímedes desapareció y seguramente murió asesinado, pero Arsínoe fue capturada. Ya nunca se convertiría en la reina de Chipre: en vez de ello, en 46 a. C. tuvo que desfilar durante el triunfo de César y, acto seguido, se exilió en el templo de Artemisa en Éfeso, tal y como su padre había hecho una década antes.[46] Teodoto, el tercer miembro de la singular camarilla de Tolomeo XIII y el ideólogo, al parecer, de la muerte de Pompeyo, fue identificado en Asia algunos años después por Marco Bruto, quien le hizo torturar y ejecutar.[47] Finalmente, César pudo hacer su entrada triunfal en Alejandría entre las aclamaciones de sus habitantes.

Resulta extraño que Cleopatra no desempeñara ningún papel en toda esta secuencia de acontecimientos. En apariencia, mientras el caos se enseñoreaba a su alrededor, la reina permaneció tranquilamente en palacio, sin involucrarse en las circunstancias que llevaron a la caída de dos de sus hermanos y a la eliminación de varios altos cargos de la administración egipcia. La detallada crónica de la *Guerra de Alejandría* tan solo la menciona en una ocasión, en relación con los acuerdos que pusieron punto y final al conflicto.[48] Es probable que, con César actuando como su protector, Cleopatra prefiriera no correr riesgos y se contentara con contemplar desde la distancia la aniquilación de sus rivales, uno tras otro. Aunque fue otro factor el que pudo influir también en su alejamiento de toda actividad: estaba embarazada. Su hijo nació el 23 de junio de 47 a. C., por lo que es probable que lo concibiera en septiembre, es decir, apenas un mes después de la llegada de César a Egipto. Aunque parece improbable que su progenitor fuera otro que César, la cuestión de su paternidad terminó convirtiéndose en un complicado asunto político, acerca del que, de hecho, continuó discutiéndose hasta la muerte de Cleopatra (*vid*. págs. 73-74).

Una vez concluida la guerra, y tras el fallecimiento de buena parte de los contendientes, César debió tomar nuevas disposiciones para el gobierno de Egipto. Su mandato consular había expirado con el año 48 a. C., pero en otoño había sido nombrado dictador durante un año, esto es, hasta septiembre de 47 a. C. Antonio, de vuelta en Roma tras Farsalia, se había ocupado de orquestar aquella designación y él mismo se había convertido en el *magister equitum* o segundo al mando. Fue esta autoridad –unida a la conferida por el testamento de Tolomeo XII– la que le permitió a César continuar poniendo orden en los asuntos egipcios.[49] Pese al ya reducido número de aspirantes al trono, la provincialización del valle del Nilo todavía no parecía la opción más viable, pues el dictador era consciente de que un agresivo gobernador provincial con Egipto como base de operaciones se haría con un gran poder.[50] Por otra parte, la afinidad con Cleopatra debió de empujar inevitablemente a César a buscar una solución que la favoreciera. Dado que Arsínoe había encabezado de manera efectiva la

guerra contra él, fue apartada de la sucesión. Cleopatra, más allá de su relación personal con César, se presentaba pues como la candidata más obvia para asumir el gobierno del país, pero, por respeto a la tradición egipcia, que todavía se mostraba renuente a que una mujer rigiera en solitario –tan solo había transcurrido una década desde que la hermana mayor de Cleopatra, Berenice IV, lo hubiera intentado sin éxito (*vid*. págs. 10-12)–, César ordenó que el hermano superviviente de Cleopatra, Tolomeo XIV, gobernara conjuntamente con ella, componenda que entrañaría, al menos en teoría, el consiguiente matrimonio entre hermanos. Es probable que muy pocos se tomaran en serio aquel enlace entre una joven de 22 años y un niño de 12, por mucho que las inscripciones egipcias tendieran a subordinar a Cleopatra a su hermano.[51] Todo el mundo comprendió que se trataba de una farsa, hasta el punto de que la reina continuó viviendo con César y no con su marido.

Chipre, al parecer, se incorporó también a todas estas disposiciones, aunque nuestros datos distan de estar claros, pues Estrabón refiere que Antonio se lo concedió a Cleopatra y Arsínoe,[52] y, algo después, nos encontramos con un tal Demetrio actuando como el gobernador de Antonio en la isla.[53] El comentario de Estrabón puede ser el resultado de una confusión entre el frustrado mandato de Arsínoe y el posterior gobierno de Cleopatra, pues no parece propio de la notable astucia política de Antonio el conferir aquel territorio a dos hermanas que para entonces llevaban ya años combatiéndose mutuamente. De hecho, en 41 a. C. Cleopatra persuadió a Antonio para que ordenara el asesinato de Arsínoe.[54] La isla se hallaba definitivamente bajo el control de Cleopatra en 42 a. C., pues conocemos las actividades que el gobernador de la reina, Serapión, llevó a cabo durante aquel año. Podría ser que Cleopatra administrara Chipre desde 47 a. C., pero también que las incertidumbres que rodearon a la batalla de Filipos cinco años después –cuando Serapión apoyó a Bruto y a Casio– empujaran a Antonio a intervenir en la isla en virtud de los acuerdos suscritos en Tarso al año siguiente (*vid*. pág. 85) y quizá se la devolviera a la reina unos años más tarde con ocasión de las Donaciones de Alejandría.[55]

Una vez finalizada su labor, César quedó libre para abandonar Egipto. Ninguna cuestión política le ataba al país. Llevaba ya un año lejos de Roma, que había quedado a cargo de Antonio, cuya gestión estaba suscitando cada vez más quejas.[56] A buen seguro, lo más prudente para él hubiera sido regresar a la urbe sin tardanza –como señalaba Cicerón, que comenzó a expresar su creciente frustración por el hecho de que el dictador permaneciera en Alejandría–.[57] Sin embargo, la partida se retrasó todavía tres meses más.

Durante el tiempo que César permaneció en Egipto en compañía de Cleopatra, parece ser que la pareja realizó un crucero por el Nilo, aunque la historicidad de aquel viaje resulta controvertida debido a que no aparece mencionado en la mayoría de las fuentes contemporáneas.[58] La primera referencia

conocida es un siglo posterior y corresponde a un comentario de pasada de Lucano,[59] mientras que los primeros relatos detallados son los de Suetonio y Apiano, aunque este último promete datos adicionales que, por desgracia, no se han conservado.[60] En cambio, ni Estrabón, ni Veleyo Patérculo, ni Plutarco ni Dion Casio mencionan el periplo. Todo ello nos puede estar indicando que nos encontramos ante una recreación romántica de lo que se pensó que César habría hecho con Cleopatra durante todas aquellas semanas, pues desde mucho tiempo atrás la travesía por el Nilo se había convertido en una actividad obligada para cualquier potentado romano que visitara el país. Pero, en el fondo, este último razonamiento presta verosimilitud al viaje, máxime cuando el mismo habría resultado coherente con los intereses geográficos de César y las necesidades políticas de Cleopatra. Es imposible saberlo con certeza, pero pudiera ser que la mención de Lucano pusiera sobre aviso al primer historiador en relatar de manera pormenorizada el episodio, Suetonio, que habría acudido a los archivos romanos en busca de evidencias del mismo.

Según se recoge en las fuentes, la travesía por el Nilo de César y Cleopatra fue una grandiosa expedición en la que participaron más de 400 barcos, entre ellos el *thalamegos* de Cleopatra. Este último era el opulento barco de Estado de los tolomeos, ensamblado por primera vez en tiempos de Tolomeo IV y que, con su medio *estadio* (acaso unos 90 m) de eslora y sus 40 *codos* (quizá unos 25 m)* de altura, albergaba comedores, camarotes y dos cubiertas exteriores para el paseo. De hecho, todo el barco de Tolomeo IV parecía una gran villa, profusamente decorado con maderas preciosas, marfil y oro y rematado con entablamentos arquitectónicos y relieves escultóricos. Albergaba, además, sendos templos dedicados a Dioniso, Afrodita y la familia real.[61] Presumiblemente, el navío de Cleopatra, 200 años posterior, no sería menos fastuoso, si bien hemos de tener en cuenta que el *thalamegos* era un tipo de embarcación, no un navío específico, y no conservamos detalle alguno del de la reina. Estrabón alude de manera genérica a estos barcos y señala que se albergaban en Esquedia, un astillero situado al sudeste de Alejandría, en la desembocadura canópica del Nilo.[62] El *thalamegos* de Cleopatra reapareció en otro conocido, y legendario, episodio de su biografía, la visita a Antonio en Tarso (*vid*. pág. 82). En cualquier caso, el viaje de César y Cleopatra Nilo arriba se prolongó casi hasta Etiopía, mas, en un momento dado, las tropas que escoltaban a la pareja insistieron en la necesidad de regresar. Semejante singladura no debe contemplarse meramente como un crucero de placer, pues César, no lo olvidemos, tenía una excepcional inteligencia geoespacial y estaba familiarizado con las últimas investigaciones geográficas del momento. Sabemos, por ejemplo, que se valió de los datos de la *Geografía* de Eratóstenes durante sus expediciones por el norte de Europa y que conocía los trabajos seminales de Piteas y Posidonio.[63] Todos sus escritos conservados evidencian un interés particular por la geografía. Por su parte, los tolomeos habían despachado

expediciones Nilo arriba hasta las regiones septentrionales del África central, cuyos informes César no habría tenido ningún impedimento en consultar durante su estancia en Alejandría. Es posible que el dictador ambicionara dar con las fuentes del Nilo, una meta nada descabellada que, desde mucho tiempo atrás, venía acariciando toda la intelectualidad grecorromana.[64] Como mínimo, desearía visitar Siene, en la primera catarata, el enclave desde el que Eratóstenes había conseguido calcular las dimensiones del mundo. Y no olvidemos que la propia Cleopatra podría estar interesada en conocer mejor el reino que al final había logrado controlar. Aquella singladura por el Nilo, en definitiva, tuvo mucho más de viaje de reconocimiento geográfico que de crucero vacacional.

César también empleó aquel tiempo adicional en Alejandría para emprender un programa de edificación en la ciudad, el primero acometido por un romano. Planeó la construcción de un Cesareion, un edificio de culto dedicado a su persona y a su familia, que constituyó además un ejemplo temprano del pórtico cerrado que se tornó arquetípico en la arquitectura romana. Además, nos encontramos ante un caso precoz del tipo de culto personal que fructificó en la Roma imperial. Parece improbable, en todo caso, que César pudiera hacer nada más que sugerir la planta y la ubicación; como sucedió con tantas otras empresas arquitectónicas cesarianas, tuvieron que ser sus sucesores, en este caso Cleopatra y, quizá, Antonio, quienes lo completaran.[65]

En primavera, seguramente en abril, César partió por fin de Egipto.[66] El motivo explícito que le empujó a ello fueron las actividades de Farnaces, el hijo de Mitrídates el Grande, que por entonces se hallaba provocando problemas en el Ponto. Puede que una razón más apremiante fuera que Cleopatra se hallaba ya próxima a dar a luz y César, respetablemente casado con Calpurnia, una eminente matrona romana, pudo preferir distanciarse del inminente nacimiento. El dictador, en todo caso, dejó en Egipto una guarnición romana de tres legiones, a la que pronto se le añadió una cuarta. Aquellas tropas no solo reforzaron la posición de la reina, todavía débil, sino que, además, evitaron que Cleopatra pudiera tomar ninguna decisión que fuera en detrimento de los intereses romanos. César, al confiar aquellas legiones a un liberto de su confianza, un tal Rufio, y al estacionarlas fuera del territorio romano para asistir y vigilar a un gobernante aliado, estaba preconizando la manera de hacer política del inminente periodo imperial romano.[67]

3. Hölbl, G., 2001, 231; Ricketts, L. M., 1980, 12-21; Tarn, W. W., 1936, 187-189; Weill Goudchaux, G., 2001, 132-133. En cuanto a las dudas acerca de su posible asistencia, basadas fundamentalmente en cuestiones cronológicas, *vid*. Skeat, T. C., 1962, 101. La fecha augustea de la inscripción también es relevante a la hora de cuestionar su precisión.
4. Carta de M. Celio Rufo a Cicerón, 1 de agosto de 51 a. C. (*Cartas a los familiares* 8.4).
5. Plutarco, *César* 48.4.
6. Estas cuestiones fueron discutidas en detalle por Rostovtzeff, M., 1941, 877-914; véase también Maehler, H., 1983, 6-7.
7. *Select Papyri* (Loeb) 209; Lenger, M.-Th., 1964, 73 (véase también 74-76); Thompson, D. J., 2003, 32-33.
8. *BGU* 1760.
9. Plinio, *Historia natural* 5.58.
10. Cicerón, *Cartas a Ático* 119 (finales de junio de 50 a. C.); César, *Guerra civil* 3.110; Valerio Máximo 4.1.15; Séneca, *Diálogos: Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio. Apocolocintosis* (*Consolaciones a Marcia* 14.2); Hazzard, R. A., 2000, 149; Gray-Fow, M. J. G., 1990, 179-190.
11. César, *Guerra civil* 3.6-18.
12. Thompson, D. J., 1988, 124-125. La descripción de Heródoto del culto al toro (2.38), datada en el siglo V a. C., se cuenta entre los pasajes más conocidos de la literatura griega.
13. Dion Casio *Historia romana* 42.36.3.
14. César, *Guerra civil* 3.108; Apiano, *Guerra civil* 2.84.
15. Dion Casio *op. cit*., 42.35.5; Livio, *Periocas* 112; César, *Guerra civil* 3.108.
16. Ricketts, L. M., 1979, 213-217; Heinen, H., *op. cit*., 23-36.
17. Ricketts, L. M., 1980, 21-30. Una hipótesis alternativa es que el Año 1 se refiera al reinado de Tolomeo XIV, aunque la cuestión resulta bastante confusa e incierta. Para profundizar más, *vid*. Skeat, T. C., *op. cit*., 100-105.
18. Plutarco, *Antonio* 25.3; César, *Guerra civil* 3.4 y 40; Apiano, *Guerra civil* 2.49 y 71.
19. Fue llamado de vuelta por César, pero murió probablemente a finales de 49 o principios de 48 a. C. (Dion Casio *op. cit*., 42.11).
20. *Supra*, 16; César, *Guerra civil* 3.108; Dion Casio *op. cit*., 42.35.4; Lucano, *Farsalia* 8.448-449.
21. Plutarco (*Antonio* 25.3) le considera un romano influido personalmente por la reina, en la misma medida que César y Antonio.
22. Dion Casio *op. cit*., 42.12. Pompeyo padre fue criticado por no emplear sus fuerzas navales con efectividad: Plutarco (*Pompeyo* 76) considera que este fue su mayor error estratégico.
23. Lucano, *op. cit*., (5.58-64 y 8.448) juzga que se trató de una actuación especialmente despreciable; *vid*. Heinen, H., *op. cit*., 18-20.
24. Malalas 9.217.
25. César, *Guerra civil* 3.103 y 107; Livio, *op. cit.*, 111; Apiano, *Guerra civil* 2.84; Estrabón, *Geografía* 17.1.11.
26. *Supra*, 12; Sullivan, R. D., 1990, 204-205.
27. Estas conexiones perduraron probablemente durante todo su reinado; por ejemplo, un tal Seleuco ejerció como uno de sus comandantes en Egipto tras Accio (Plutarco, *Antonio* 74.1).
28. César, *Guerra civil* 3.102.
29. Brett, A. B., 1937, 452-463; Spaer, A., 1999, 347-350; *supra*, 12.
30. César, *Guerra civil* 3.99; Apiano, *Guerra civil* 2.82-84; Plutarco, *Pompeyo* 73-76; Dion Casio *op. cit*., 42.2-3. Huzar, E. G., 1978, 56-62, desgrana un buen resumen de la batalla.
31. César, *Guerra civil* 3.103-104 y 110; Dion Casio *op. cit*., 42.3-5; Apiano, *Guerra civil* 2.84-86; Plutarco, *Pompeyo* 77-80. Véase también la extensa y vívida descripción poética de

Lucano (*op. cit.*, 8.472-712).

32. Resulta imposible concretar la cronología hasta el punto de poder determinar si Cleopatra se hallaba todavía en Siria cuando César alcanzó Egipto, tal y como Estrabón insinúa (*op. cit.*, 17.1.11).
33. Apiano, *Guerra civil* 2.84.
34. César, *Guerra civil* 3.106-107 y 112; Apiano, *Guerra civil* 2.89.
35. César, *Guerra civil* 3.107; Suetonio, *Vidas de los doce césares* (*Divino Julio* 35); Plutarco, *César* 48.4.
36. Dion Casio *op. cit.*, 42.34.3-6; véase también Lucano, *op. cit.*, 10.56-60 y 82-84.
37. Plutarco, *César* 49.1-2 (*infra*, 203-205). La palabra στρωματόδεσμος (*stromatodemos*) no es frecuente, pero se emplea desde al menos el siglo V a. C. (*vid. LSJ*). Su significado es claro y no puede confundirse, como la imaginación popular sostiene, con una alfombra. *Vid*. Whitehorne, J., 2001, 1287-1893.
38. Gruen, E. S., 2003, 265.
39. Apiano, *Guerra civil* 4.40.
40. Un indicio en Lucano (*op. cit.*, 10.67) sugiere que esta fue una de las posibilidades que se barajaron; véase también Floro 2.13.55-57.
41. Criscuolo, L., 1989, 325-329.
42. César, *Guerra civil* 3.108-110; Dion Casio *op. cit.*, 42.36-38; Plutarco, *César* 49.2-3.
43. Dion Casio *op. cit.*, 42.38.2; Amiano Marcelino *Historias* 22.16.13; Séneca, *Sobre la tranquilidad* 9.5; Aulo Gelio, *Noches áticas* 7.17.3; Orosio 6.15.31-32. Es interesante comprobar que el incendio no se menciona en *Guerra de Alejandría*. Véase también Fraser, P. M., 1972, vol. I, 334-335; Casson, L., 2002, 45-47; Barnes, R., 2002, 70-72.
44. César, *Guerra civil* 3.112; Plutarco, *César* 49.2-3; Apiano, *Guerra civil* 2.90; *Guerra de Alejandría* 4-9 y 23-25; Dion Casio *op. cit.*, 42.39-40. Según Apiano, fue César quien mató a Aquilas.
45. *Guerra de Alejandría* 1 y 26; Josefo, *Guerra de los judíos* 1.187-194 y *Antigüedades judías* 14.127-137.
46. *Guerra de Alejandría* 31-33; Livio, *op. cit.*, 112; Floro 2.13.60; Josefo, *Antigüedades judías* 15.89; Dion Casio *op. cit.*, 43.19.2.
47. Plutarco, *Pompeyo* 80.6.
48. *Guerra de Alejandría* 33.
49. Dion Casio *op. cit.*, 42.20-21.
50. Suetonio, *op. cit.*, 35.
51. *Guerra de Alejandría* 33; Estrabón, *op. cit.*, 17.1.11; Dion Casio *op. cit.*, 42.44; Hölbl, G., *op. cit.*, 237; Criscuolo, L., *op. cit.*, 325-329.
52. Estrabón, *op. cit.*, 14.6.6.
53. Dion Casio *op. cit.*, 48.40.6.
54. Apiano, *Guerra civil* 5.9.
55. Bicknell, P. J., 1977, 325-342.
56. Dion Casio *op. cit.*, 42.45.1; Huzar, E. G., *op. cit.*, 64-67.
57. Cicerón, *Cartas a Ático* 226 y 229-231. Estas misivas se suceden entre el 14 de mayo y el 5 de julio, cuando se difunde el rumor de la partida de César.
58. Hillard, T. W., 2002, 549-55; Lord, L. E., 1938, 19-40; Sullivan, R. D., 1990, *op. cit.*, 260; pero *vid*. Heinen, H., *op. cit.*, 148-158.
59. Lucano, *op. cit.*, 10.268.
60. Suetonio, *op. cit.*, 52.1; Apiano, *Guerra civil* 2.90.
61. Calixeno de Rodas (*FGrHist*. 627), *Sobre Alejandría* F1 (=Ateneo, *Banquete de los eruditos* 5.204-206); para un recuento más detallado del *thalamegos*, *vid*. Nielsen, I., 1999, 136-138

(con un plano hipotético de la cubierta); Hillard, T. W., *op. cit.*, 549-554.

62. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.16.
63. César, *Guerra de las Galias* 6.24; Roller, D. W., 2006, 116-117. A finales del siglo III a. C., Eratóstenes había redactado un primer estudio sistemático de la geografía mundial, sentando, básicamente, los cimientos de la disciplina. Piteas había viajado a las islas británicas, el Ártico y el Báltico a finales del siglo IV a. C. y Posidonio escribió un gran tratado geográfico a principios del siglo I a. C.
64. La meta de las fuentes del Nilo se sugiere en el relato ficticio de Lucano (*op. cit.*, 10.189-192). El extenso discurso que el poeta atribuye al sacerdote Acoreo trata del asunto.
65. Malalas 9.217; Estrabón, *op. cit.*, 17.1.9; Sjöqvist, E., 1954, 86-108; Fishwick, D., 1984, 131-134.
66. Lord, L. E., *op. cit.*, 19-40.
67. Apiano, *Guerra civil* 2.91, 3.78 y 4.59; Plutarco, *César* 49.5; *Guerra de Alejandría* 33; Suetonio, *op. cit.*, 76.3. A la altura de marzo de 43 a. C., había cuatro legiones (carta de L. Casio Longino a Cicerón [*Cartas a los familiares* 12.11]).

* N. del T.: En el original, *peches*, trasliterado del griego original πῆχυς.

5

Parece improbable que a este último, que todavía se encontraba en Asia cuando nació el niño, le hiciera mucha gracia todo aquello. De hecho, cuando regresó a Roma un año más tarde, hubo de hacer frente a una fuerte contestación pública, aunque su relación con Cleopatra no fue, ni de lejos, su único problema, dada la larga ausencia de la urbe y la inestabilidad general que se había apoderado de la ciudad.[6] Aunque era de dominio público que el general había tenido a lo largo de su vida diversos escarceos con mujeres de la realeza, aquellas relaciones nunca habían tenido descendencia, o al menos las madres de las posibles criaturas no habían publicitado de una forma tan vehemente la paternidad. Además, César estaba casado. Eso no era un problema en sí mismo, pero su esposa era la distinguida Calpurnia, hija del cónsul de 58 a. C. y miembro de una prominente familia tardorrepublicana que continuó siendo poderosa en los comienzos del Imperio. Se habían desposado más de diez años antes, en 59 a. C., pero, en todo aquel tiempo, no habían tenido hijos, una complicación adicional que victimizaba todavía más a Calpurnia. Así pues, a su regreso a Roma, César se vio anegado en una pesadilla de relaciones públicas. Además, tenía buenos motivos para desconfiar de la paternidad de Cesarión, aunque, con el tiempo, empezó a propalarse que el niño tenía su misma apariencia y gestos.[7] La cuestión de la filiación del hijo de Cleopatra, a la larga, quedó tan imbricada en la propaganda de guerra esgrimida por Antonio y Octaviano a finales de los años 30 a. C. –para el primero, resultaba esencial probar la paternidad de César; para el segundo, refutarla–, que hoy es imposible discriminar cuál fue la verdadera postura de César al respecto. Las fuentes conservadas resultan contradictorias, pues sostienen que César negó en su testamento ser el padre de Cesarión, pero que lo reconoció en privado y le permitió emplear su nombre.[8] Es más, el partidario de César C. Opio llegó a redactar un panfleto en el que pretendía probar que Cesarión no era hijo de César y sabemos que C. Helvio Cinna –el poeta asesinado por los alborotadores tras el funeral de Antonio– preparaba en 44 a. C. una ley que le hubiera permitido a César casarse con tantas mujeres como quisiera para tener descendencia. Aunque la mayoría de estas informaciones se generaron tras la muerte de César, todo apunta a que el dictador deseaba que se hablara lo menos posible del niño, aunque tuvo que vérselas con las continuas declaraciones de Cleopatra. De hecho, la reina y su primogénito tuvieron una relación extraordinariamente cercana, única en la historia tolemaica (recordemos que el padre de Cleopatra había mandado ajusticiar a su hermana mayor); una relación que no solo se materializó en los ímprobos esfuerzos por dar a conocer su paternidad, sino también en numerosas referencias al pequeño en la epigrafía y el arte egipcios, que incluso sugieren un paralelo con la divina madre soltera Isis y su hijo.[9]

Figura 4: Bajorrelieve de la parte meridional del Templo de Hathor, en Dendera, que representa a Cleopatra VII (izda.), con su hijo Cesarión (delante de ella) y Julio César presentando ofrendas a Hathor. Junto a la cabeza de Cleopatra aparecen los cartuchos con su titulatura completa.

Durante más de un año tras el alumbramiento del niño, todo lo que sabemos acerca de las actividades de Cleopatra se reduce a su campaña propagandística. En los últimos meses de 46 a. C., la reina y Tolomeo XIV acudieron a Roma, es probable que tras el gran triunfo que César había celebrado aquel verano y en el que había tenido que desfilar su hermana Arsínoe.[10] Ignoramos si Cesarión los acompañó en aquel viaje. Al fin y al cabo, la visita a Roma de los tolomeos reinantes o de cualquier otro monarca oriental no tenía nada de raro, sino que, más bien al contrario, se había convertido en algo común y corriente durante las últimas generaciones. De hecho, Cleopatra y Tolomeo XIV no fueron los únicos reyes presentes en Roma en aquella época: Ariarates de Capadocia trataba por entonces de arrebatarle el trono a su hermano, para lo que acudió a la urbe en primavera.[11] Sin embargo, la relación de Cleopatra con César dotó a la visita de unas implicaciones desacostumbradas. La pareja real fue alojada en la villa que César poseía en los Horti Caesaris, al otro lado del Tíber.[12] Al albergarlos allí, César no solo reconoció su estatus (como reina, no como amante), sino que, en cierta medida, la protegió del Senado y al Senado de ella: al fin y al cabo, todavía nadie habría olvidado que Tolomeo VI hubo de vivir en la miseria junto con un artista hasta que el Senado se dio por enterado de su presencia y desactivó el potencial incidente diplomático.[13] No sabemos con certeza durante cuánto

tiempo permanecieron en la ciudad Cleopatra y Tolomeo XIV. Aunque la reina se encontraba en Roma cuando César fue asesinado año y medio después, tenemos indicios de la existencia de dos visitas y resulta difícil imaginar que la joven pareja dejara su reino desatendido durante un periodo tan largo.[14] En todo caso, la proximidad de Cleopatra no contribuyó a mejorar la reputación de César, aunque este no vio impedimento en otorgar a la pareja el estatus legal de monarcas amigos y aliados y, quizá, en permitir que Cesarión llevara su nombre.[15] Por otra parte, como cualquier otro forastero regio de paso por Roma, la soberana egipcia despertó el interés de la población y recibió la visita de no pocos de sus distinguidos prebostes. Por supuesto, Antonio se contó entre ellos.[16] También Cicerón, que, al parecer, sintió una inmediata aversión por la reina.[17] A buen seguro, tanto Cleopatra como el orador habían oído hablar el uno del otro –máxime dado que Cicerón llevaba ya mucho tiempo involucrado en las relaciones de Roma con Egipto–, pero ignoramos si había llegado a existir algún contacto previo entre ambos. Sabemos que Cicerón, siempre al acecho de nuevos libros, se había aproximado en el pasado a uno de los sirvientes de la reina, Amonio, que tiempo atrás había servido a Tolomeo XII como su agente en Roma, para solicitarle algunas copias de la Biblioteca de Alejandría, pero algo debió de salir mal y Cicerón nunca llegó a recibir los preciados volúmenes. Pues bien, lo que más le llamó la atención al orador de Cleopatra tras visitarla en su morada del otro lado del Tíber fue su excesiva arrogancia: una percepción, por otra parte, bastante típica de los romanos en lo concerniente a la realeza griega.

Mientras permaneció en Roma, Cleopatra se apercibiría de algunos de los efectos que su influencia tenía sobre César. Debió de tener noticia, por ejemplo, de los preparativos que se estarían efectuando para la puesta en marcha de la reforma cesariana del calendario, que finalmente se implementó el 1 de enero de 45 a. C., cuyo diseño se sirvió de los cálculos de Sosígenes de Alejandría, un miembro de la corte egipcia (*vid.* pág. 148). Los planes para la creación de la primera biblioteca pública en Roma y la designación cesariana del destacado erudito M. Terencio Varrón como bibliotecario también fueron consecuencia, a buen seguro, de la estadía del dictador en Alejandría[18] y otro tanto puede decirse del interés particular que César demostró por la hidráulica.[19] El Foro de César, con su templo consagrado a Venux Genetrix, había sido inaugurado el 25 de septiembre de 46 a. C. en el marco de las festividades triunfales, seguramente antes de la llegada de Cleopatra, pero es posible que esta se encontrara ya en la urbe cuando en el recinto se colocó una estatua de oro de la reina egipcia que, al parecer, todavía permanecía en pie en el siglo III d. C.[20] Aquella escultura estableció un paralelo, físico y cultural, entre Cleopatra y Venus: la madre primigenia del pueblo romano quedó asociada a la madre del hijo de César, puede que socavando el distanciamiento entre este último y la reina. Y es que aquella estatua no solo sugirió que Cleopatra, como Venus, era una diosa madre,

sino que además conectó sutilmente a Isis, la deidad históricamente asociada a los tolomeos, con la religión romana. Es verosímil que César también planeara la erección en Roma de un templo de Isis, pues un año después de su muerte se aprobó la construcción de uno, lo que quizá daba así cumplimiento a otro de sus proyectos inconclusos.[21] Hasta el desastroso incidente de los Lupercalia, acaecido el mes antes del asesinato de César, pudo reflejar la influencia de la reina. Como es bien sabido, Antonio trató de colocarle al dictador una corona real en la cabeza, lo que dio lugar a un forcejeo en el que Antonio intentó salirse con la suya en repetidas ocasiones, aunque César le desairó en todas ellas.[22] El episodio, sin duda premeditado, pudo haber sido diseñado para sondear la predisposición del populacho romano a la posible instauración de una monarquía helenística en Roma. Es probable que Cleopatra se encontrara en la ciudad por aquellos días e incluso puede que fuera testigo de los hechos. Cicerón, que también los presenció, le preguntó tiempo después a Antonio, con toda intención: «¿De dónde habías sacado la corona?».[23] La respuesta parece obvia, pero el caso es que el público desaprobó el gesto y la muerte de César, seis semanas después, determinó que sus planes, fueran cuales fuesen, nunca llegaran a cumplirse. No sorprende que Cicerón aborreciera a la reina.

Figura 5: Vista del Foro de César en Roma. Cortesía de Duane W. Roller.

En todo caso, las cuestiones diplomáticas que condujeron a Cleopatra a Roma en 46 a. C. no debieron de tardar en solventarse y la monarca tenía motivos más que suficientes para regresar a su reino sin tardanza.[24] Suetonio señala que dejó Roma cuando César aún vivía,[25] presumiblemente antes de que este partiera rumbo a Hispania a finales de año. Por cierto que, durante aquella campaña, impulsada para acabar con los últimos apoyos que los pompeyanos conservaban en la región, César mantuvo una relación amorosa, como acostumbraba, con otra mujer de la realeza: en este caso, con Eunoé Maura, reina de Mauritania.

Así pues, Cleopatra se encontraría de vuelta en Alejandría antes de que acabara 46 a. C. El año 45 a. C. constituye una auténtica laguna en su biografía, seguramente porque nuestra protagonista se centró en consolidar su reino con las herramientas que César le había facilitado. Sin embargo, a principios de 44 a. C. realizó un nuevo viaje a Roma. El propio César había regresado de Hispania el año anterior, tras sofocar todo conato de oposición. Carecemos de datos explícitos que nos indiquen el porqué de este segundo desplazamiento, pero es probable que la reina no pretendiera otra cosa que hacer valer sus necesidades en el nuevo orden romano que acababa de establecerse, precisamente en unos momentos en los que César se encontraba activamente implicado en su programa de reformas. Quizá Cleopatra temiera que la anexión de Egipto –un proyecto que se llevaba acariciando en Roma desde hacía veinte años– pudiera figurar en aquel programa. El hecho de que se viera obligada a realizar aquella singladura en pleno invierno demuestra hasta qué punto consideraba inaplazable su presencia en la urbe. En este caso, acudió sin su hermano Tolomeo XIV, cuya importancia, al parecer, se iba desdibujando.

Fuera cual fuese la razón que empujó a Cleopatra a personarse en Roma en los comienzos de 44 a. C., su relación con César figuró entre los factores que precipitaron la conspiración de M. Bruto y L. Casio Longino, la misma que terminó provocando el magnicidio de los Idus de Marzo. Los comentarios de Cicerón durante las semanas siguientes indican hasta qué punto su presencia en Roma se había tornado incómoda.[26] En cualquier caso, la reina no partió de inmediato de la ciudad tras la muerte de César –un nuevo indicio de que lo que le había llevado allí era la necesidad de negociar con el gobierno romano y no solamente con su dictador–, quizá porque vio la oportunidad de proponer a Cesarión como el heredero del finado. Sin embargo, tal esperanza se vio truncada tan pronto como se puso de manifiesto que, en su testamento, César no solamente no lo había reconocido como hijo suyo, sino que incluso había desmentido de forma explícita la paternidad del pequeño. Así las cosas, la reina abandonó Roma a mediados de abril, al mismo tiempo que su futura némesis, Octaviano, el sobrino nieto de César, desembarcaba en Italia rumbo a la ciudad tras haber sido nombrado principal heredero del dictador. A las pocas semanas corrió el rumor de que Cleopatra en efecto se había quedado embarazada de

César, pero que había sufrido un aborto que había provocado la muerte del nonato Cesarión, aunque aquella habladuría no tardó en olvidarse. Unos meses después, la propia reina abordó personalmente el asunto de la sucesión al trono egipcio asesinando a Tolomeo XIV, supuestamente mediante un veneno, al tiempo que promocionaba a su hijo.[27] De sus cuatro hermanos ya solo quedaba viva Arsínoe, desterrada en Éfeso.

En 43 a. C., Antonio (que, a la muerte de César, había quedado como el cónsul superviviente), Octaviano y M. Emilio Lépido (el cónsul de 46 a. C.) se autonombraron triunviros para la restauración de la República, cargo cuya duración establecieron en cinco años, y se pusieron en marcha para dar cuenta de los asesinos de César. A principios de aquel mismo año, P. Cornelio Dolabela, el procónsul de Siria y un leal cesariano, le solicitó a Cleopatra las cuatro legiones que el dictador había dejado estacionadas en Egipto. Pero no fue el único en considerar que aquellas tropas podían resultar útiles en la reanudación de la guerra civil, pues Casio, uno de los asesinos de César, también le envió un mensaje a la reina en el que se interesaba por ellas, puede que incluso se planteara invadir Egipto.[28] Cleopatra intentó ganar tiempo con Casio y le respondió que no podía prestarle ayuda debido a los problemas internos que asolaban su propio reino y, en cambio, le envió las legiones a Dolabela. Es posible que sus sentimientos se inclinaran más por el bando cesariano, pero, al parecer, prefería no tener que romper todavía con los cesaricidas. Asimismo, armó una flota para enviársela a Dolabela, pero esta nunca llegó a levar anclas debido al mal tiempo. Sin embargo, tan pronto como las legiones abandonaron Egipto camino de Siria comandadas por el legado de Dolabela, A. Alieno, fueron capturadas en Palestina por Casio. El gobernador tolemaico de Chipre, Serapión, también se unió a Casio y le envió algunas naves. Mientras tanto, Cleopatra aprovisionó una nueva flota y ella misma se hizo a la mar, rumbo a la costa oeste de Grecia para ayudar a Antonio y a Octaviano. Su desempeño como comandante naval (un papel que volvió a ejercer durante la batalla de Accio) la convirtió en una *rara avis* entre las reinas griegas y evocaba con su actitud a la gran Artemisia de Halicarnaso de principios del siglo V a. C. Es más, su gesto también enfatizó la identificación con Isis, pues dos de los festivales de la diosa tenían una clara orientación náutica.[29] Casio, por su parte, envió a L. Estaio Murco al frente de 60 naves para acecharla frente al cabo Ténaro, la punta más meridional del Peloponeso, pero ambas flotas nunca llegaron a encontrarse porque las galeras de la reina resultaron dañadas de gravedad durante una tormenta y ella misma se vio postrada por el mareo. Para cuando por fin se recuperó, sus fuerzas ya no eran necesarias. Pese a todo, como recompensa por sus servicios le solicitó a Dolabela el reconocimiento oficial de Cesarión, algo que este no tenía autoridad para conceder, pero que, en última instancia, fue aprobado por los triunviros. No poseemos más datos acerca de la intervención de la reina en esta fase de la contienda, que, con la batalla de

Filipos, librada en otoño de 42 a. C., se selló con la victoria de Antonio sobre Bruto y Casio y con el suicidio de estos dos últimos. Una vez más, la guerra civil parecía haber concluido.

Antonio emergió de Filipos como el miembro más poderoso del triunvirato. Él y Octaviano se repartieron los poderes y territorios –ninguneando a Lépido– de tal manera que, en apenas un año, Octaviano quedó firmemente establecido en occidente y Antonio en oriente.[30] Sabemos que a finales de 42 a. C. se encontraba en Atenas y que, a continuación, se trasladó a las provincias orientales para reparar los daños que Bruto y Casio habían infligido. Mientras ponía en orden los asuntos de Asia Menor, mantuvo una relación personal con Glafira, la esposa de Arquelao, rey-sacerdote de Comana, a resultas de la cual convirtió al hijo de esta, también llamado Arquelao, en rey de Capadocia.[31] En el verano de 41 a. C., Antonio se encontraba ya en la antigua ciudad de Tarso.

A sus 42 años, Antonio había llegado al momento álgido de su carrera. Le respaldaba su gran reputación militar, que había comenzado a labrar catorce años antes operando al servicio de Gabinio en Levante y Egipto. Había desempeñado el consulado junto con César en 44 a. C. y, desde finales de 43 a. C., se había convertido en triunviro, cargo que le había conferido amplísimos poderes ejecutivos. Además, estaba casado con la dinámica Fulvia, quien, al parecer, participó de forma activa en las maniobras políticas y militares que siguieron a la batalla de Filipos. Según se cuenta, Fulvia no sentía el menor interés por las ocupaciones que la tradición consideraba propias de las matronas, como el hilado o el mantenimiento del hogar, y ni siquiera se hubiera contentado con gobernar como un hombre, sino que lo que ansiaba era imperar sobre los propios gobernantes y comandantes. También se llegó a decir que la convivencia con Fulvia preparó a Antonio para tratar con Cleopatra, al habituarlo a vivir en un entorno controlado por una mujer.[32] La pareja tuvo dos hijos, M. Antonio Antilo y Julo Antonio, y crio además a una hija de un matrimonio anterior de Fulvia. Por lo demás, Antonio se había labrado ya fama de impredecible, bebedor y mujeriego, aunque también era un extraordinario orador –como se puso de manifiesto en el discurso que pronunció durante los funerales de César– así como un brillante estratega militar.[33] En cualquier caso, la propaganda de guerra de los años 30 a. C. insistió en los defectos de su carácter, que, según tradición posterior, lo tornaron vulnerable ante Cleopatra: la egipcia no tuvo más que halagar su ego, actuar con prontitud en un momento de crisis y convertirse en su compañera de juegos y correrías para terminar beneficiándose de todas estas diversiones y bromas.[34] Aunque, al menos en parte, esta lectura parece fruto del revisionismo posterior, también es posible que encierre amplias dosis de verdad.

Durante el verano de 41 a. C., Antonio emplazó a Cleopatra –cuyas actividades desde los prolegómenos de Filipos desconocemos– a reunirse con él en Tarso. En un principio, esta se mostró reacia a acudir a la cita e ignoró las

sucesivas cartas del triunviro.[35] Es muy posible que semejante actitud respondiera a una cuestión de estatus, pues no era propio que un magistrado romano le ordenara a una monarca que abandonara su reino sin ofrecerle mayores explicaciones. En efecto, Cleopatra solo se puso en marcha cuando Antonio envió ante ella a su lugarteniente de confianza, Q. Delio, para rogarle en persona que concurriera. Delio, por cierto, se pasó la siguiente década actuando de enlace entre Antonio, Cleopatra y Herodes el Grande. Ya en época augustea, redactó una crónica del periodo, que es probable que constituya una de las principales fuentes para la última década de la vida de Cleopatra. A Delio se le recordaría, sin embargo, por su habilidad a la hora de cambiar de bando, pues apoyó sucesivamente a los cesarianos, a Casio, a Antonio y a Octaviano.[36] No bien hubo llegado a la corte de Cleopatra, Delio comprendió que la reina podría influir en Antonio gracias al carisma y la oratoria y la urgió a acudir a Tarso tal y como Hera había concurrido a su cita con Zeus.[37] La propia Cleopatra, a sus 28 años, debía saberse más madura y sofisticada que cuando había conocido a Pompeyo el Joven o incluso a Julio César, por lo que, al más puro estilo de los monarcas helenísticos emplazados por los magistrados romanos, se proveyó bien de dinero y regalos y se puso en marcha sabedora de que sus propias habilidades constituirían su mejor arma.

La razón explícita por la que Antonio convocó a Cleopatra a Tarso fue la de pedirle explicaciones por el supuesto apoyo reciente a Casio, más falaz que real. Pero resulta inevitable pensar que detrás de aquella entrevista hubo también una motivación personal: ambos habían mantenido un contacto ocasional 14 años antes y, aunque la pretensión de Antonio de haber caído enamorado tan pronto como la había visto en 55 a. C. suena a confidencias de pareja,[38] no hay duda de que ahora se le había presentado la oportunidad, vedada hasta entonces, de volver a verla y de entablar una relación personal si es que se sentía inclinado a hacerlo. Cleopatra, por lo que parece, albergaba sentimientos similares, aunque a buen seguro ninguno de los dos dejó de lado sus respectivas necesidades políticas.

Cleopatra creía necesario reforzar su posición en el nuevo régimen instaurado en Roma. Pensemos que, por entonces, la guerra civil se daba por concluida y que Octaviano, en occidente, aún era una incógnita, mientras que Antonio era, sin lugar a dudas, quien detentaba el poder en la República. Es más, es posible que las repercusiones de la guerra civil hubieran desestabilizado la posición de Cleopatra. Había quienes sostenían que su hermana Arsínoe, todavía refugiada en Éfeso, era la legítima reina de Egipto y uno de los aliados más poderosos de la reina, Antípatro de Ascalón, había sido envenenado durante un banquete en 43 a. C.;[39] peor aún, Casio le había prometido el reino de Judea al hijo de este, Herodes, aunque a la conclusión de la guerra aquella oferta había quedado, evidentemente, obsoleta. Pese a todo, el futuro del Levante meridional continuaba siendo una cuestión de vital interés para Cleopatra. Ella misma era

sospechosa de haber socorrido a Casio, acusación de la que Antonio le exigió rendir cuentas.

La reina, en definitiva, respondió a la llamada del triunviro y remontó el río Cidno a bordo de su *thalamegos*[40] en una singladura que se convirtió en uno de los episodios más célebres de la historia grecorromana. En la actualidad, Tarso se halla a unos 16 kilómetros de la costa, pero en la Antigüedad estaba algo más próximo. El Cidno, por su parte, era un río importante, con una anchura que, al menos en el siglo IV a. C., alcanzaba los dos *plethra*, es decir, unos 60 metros.[41] Nada que ver, pues, con la casi invisible corriente que en la actualidad atraviesa una Tarso calurosa y polvorienta, que, pese a todo, todavía recuerda su bullicioso pasado. En el siglo I a. C., aquella aproximación remontando el anchuroso río debió de constituir un acontecimiento apoteósico. La descripción de Plutarco se basa en el testimonio de primera mano de alguien que pudo contemplar, escuchar y oler el paso de la comitiva desde la ribera. Es probable que se tratara de un individuo próximo a Antonio, dada la perspectiva y los comentarios personales acerca del triunviro que se suceden tras la narración del episodio; acaso fuera su cronista Delio, o bien el historiador Sócrates de Rodas, también integrante de su séquito.[42] En todo caso, la secuencia, cuidadosamente orquestada, puso de manifiesto el poderoso sentido de las puestas en escena de Cleopatra y provocó en Antonio el efecto planeado. Este último, junto con sus oficiales y allegados, fue invitado a cenar a bordo y se le agasajó con un menú de una indescriptible magnificencia, enfatizada por la iluminación del camarote, cuyas paredes habían sido forradas con tapices entretejidos de oro y púrpura. Comieron en doce triclinios y utilizaron una vajilla bellamente labrada en oro con incrustaciones de piedras preciosas. A la noche siguiente, Cleopatra celebró un banquete aún más espléndido en el que permitió a los comensales que se llevaran consigo buena parte del menaje, además de hacerlos escoltar en literas o a caballo en el regreso.[43] Al tercer día, Antonio correspondió a la invitación, pero su banquete resultó de una simplicidad embarazosa. Pero Cleopatra no había terminado. Al cuarto día, su comedor apareció recubierto con espirales decorativas de rosas que alcanzaban una altura de un *codo* (unos 60 centímetros).[*] Los romanos siempre se solían quedar impresionados con la prodigalidad de las cortes orientales, pero no hay duda de que Cleopatra estaba decidida a aprovechar la oportunidad al máximo y superar todo lo que Antonio pudiera haber escuchado de ella a través de César o de cualquier otro. Es muy probable que la reina también estuviera al tanto del gusto del triunviro por la extravagancia y el lujo.

Figura 6: Vista de la actual Tarso. Cortesía de Duane W. Roller.

Durante todas aquellas reuniones, Cleopatra negó haber ayudado a Casio e insistió en que en realidad había socorrido a Dolabela. Ella misma había partido en persona al frente de su flota rumbo a Grecia tras eludir las peticiones de Casio. El cargo contra ella no tenía demasiada solidez, pero es posible que las informaciones de Antonio no fueran precisas, dado que Dolabela se había suicidado un año antes cuando, a pesar de los socorros de Cleopatra, no había conseguido resistir el ataque que Casio había lanzado contra Laodicea, en Siria.[44]

Pero Cleopatra acudió a aquellos banquetes con su propia agenda en mente. Para empezar, convenció a Antonio para que eliminara a Arsínoe, su última hermana superviviente y la única persona que podía disputarle el trono.[45] La joven fue arrastrada fuera del templo de Artemisa en Éfeso y asesinada. Al sacerdote de Artemisa también se le convocó para que diera explicaciones por haberla reconocido como reina, pero los efesios intercedieron con éxito por él ante Cleopatra. En cuanto a Serapión, el gobernador renegado de Chipre, fue hallado en Tiro y puesto a disposición de Cleopatra, en tanto que Antonio es probable que asumiera el control directo de la isla hasta que la situación volviera a tranquilizarse (*vid*. págs. 66-67). Por último, la reina también consiguió la eliminación de un nuevo pretendiente, un individuo residente en la ciudad fenicia de Árados que decía ser Tolomeo XIII, el hermano de Cleopatra, quien, recordemos, supuestamente había fallecido a la conclusión de la Guerra de Alejandría. La mera existencia de un rival como este, refugiado, como Arsínoe, en espera de su oportunidad, demuestra que la posición de Cleopatra todavía era insegura. Todas aquellas disposiciones se tomaron en virtud de los amplios

poderes de Antonio como triunviro y resultaron vitales para la organización de oriente tras la derrota de Bruto y Casio. Pero, al mismo tiempo, le allanaron a Cleopatra el camino para convertirse en la gobernante aliada más poderosa de la región. Nunca sabremos hasta qué punto las motivaciones de Antonio fueron personales, pues Cleopatra, no lo olvidemos, no fue la única mujer preeminente a la que favoreció en oriente.

Una vez congraciada con Antonio y verificada su buena conducta durante la guerra civil, es probable que la reina no permaneciera durante mucho tiempo en Tarso. Pronto emprendió el camino de regreso hacia el país del Nilo, pero no sin antes invitar a Antonio a visitarla. En consecuencia, cuando llegó la hora de cobijar a las tropas en sus cuarteles de invierno, quizá en noviembre de 41 a. C., el triunviro se presentó en Alejandría.[46] Al instante, fue aclamado por la población, debido, en parte, a que todavía muchos alejandrinos recordarían su visita de catorce años atrás y las actuaciones casi heroicas para restaurar a Tolomeo XII. Además, a diferencia de César, no acudió acompañado de sus legiones, gracias a lo cual nadie lo percibió como el jefe de un ejército de ocupación, como sí le había ocurrido años atrás al entonces cónsul. Y es que, aunque Antonio todavía era triunviro, ya no se encontraba en territorio romano, por lo que constituía un mero ciudadano privado que había acudido a Egipto como el invitado personal de Cleopatra.

Con el establecimiento de aquel vínculo con Antonio, Cleopatra seguía la misma pauta de comportamiento que había guiado sus pasos con César, es decir, se alió con el romano más prominente del momento, algo que los tolomeos llevaban haciendo desde hacía más de un siglo. Y es que la egipcia comprendía a la perfección que la supervivencia de su reino dependía de la aquiescencia de Roma, tal y como la trayectoria de su padre había probado con creces. Su relación con César, bien es cierto, no había acabado como ella había esperado: aunque había contribuido a consolidar su posición, también la había involucrado en la guerra civil romana. Cesarión había sido reconocido oficialmente por Roma, pero se trataba del único heredero de la reina y tal circunstancia suponía una debilidad crítica en lo que se refería a la cuestión sucesoria. Evidentemente, los potenciales herederos siempre constituían un problema: eran necesarios para la continuidad del reino, mas podían terminar rebelándose contra el gobierno de sus padres o hermanos, como la historia de los tolomeos había demostrado una y otra vez. Ahora bien, depender de un único heredero también resultaba peligroso. Cleopatra necesitaba más hijos, pero el tradicional matrimonio fraternal tolemaico ya no era una opción para ella y, aunque es posible que en algún momento previo de su vida hubiera intentado desposarse con un marido seléucida, aquella posibilidad tampoco estaba ya sobre la mesa. Además, en su condición de mujer gobernante, Cleopatra debía afrontar ciertas dificultades añadidas que sus homólogos masculinos desconocían. Aunque las crónicas

mencionan a un buen puñado de mujeres poderosas pertenecientes a las distintas dinastías helenísticas, muy pocas de ellas llegaron a reinar en solitario. Entre los tolomeos solo lo hicieron, y durante breves lapsos, la tía y la hermana de Cleopatra, Cleopatra Berenice III (en 81 a. C.) y Berenice IV (tras 58 a. C.). Sus respectivos reinados fueron turbulentos, en ambos la cuestión de encontrar un consorte para la reina se tornó capital y los dos regímenes concluyeron con la muerte violenta de las soberanas. Los intentos de convertir a la otra hermana de Cleopatra VII, Arsínoe IV, en reina en solitario también habían resultado infructuosos y habían desatado oleadas de violencia. La situación no era muy distinta fuera del valle del Nilo, donde las mujeres solo habían gobernado por sí mismas de manera episódica y a menudo sus reinados se redujeron al momento entre los sucesivos matrimonios. Ninguna soberana había gobernado en solitario ni en Macedonia ni en el Imperio seléucida. De hecho, los casos conocidos en todo el mundo grecorromano son escasísimos. En Halicarnaso (donde prosperaron más mujeres gobernantes que en ningún otro lugar, salvo Egipto), conocemos a Artemisia I, la heroína de las Guerras Médicas de principios del siglo V a. C., y a su posterior tocaya, la hermana y esposa de Mausolo, a mediados del siglo IV a. C., así como a la hermana de estos dos últimos, Ada, que gobernó brevemente en solitario tras la muerte de su hermano y marido Hidrieo en la década de 340 a. C.[47] La gestión de estos cuatro hermanos constituye uno de los momentos cumbre de la historia de la región, en el que, entre otras cosas, se edificó uno de los mayores monumentos de la Antigüedad, el Mausoleo. Sin lugar a dudas, su teoría de gobierno, que pasaba por el patrocinio de las artes, los matrimonios fraternales y la prominencia de las mujeres en el trono, influyó sobremanera en los tolomeos. Y, más allá de Egipto y de Halicarnaso, las únicas mujeres que rigieron en solitario en el periodo helenístico fueron posteriores a Cleopatra: Dinamia del Bósforo (17 a. C.–7/9 d. C.) y Pitodoris del Ponto (3/2 a. C.–33 d. C.), esta última, por cierto, nieta de Antonio.[48] La única reina célebre de la Antigüedad clásica que nos resta mencionar es Zenobia de Palmira (262-272 d. C.), quien, al parecer, consideró a Cleopatra su modelo a seguir. Repárese en que todas ellas estuvieron casadas durante la mayor parte de sus trayectorias políticas. No conocemos ningún otro caso como el de Cleopatra VII, que gobernó durante 22 años pese a estar desposada solo sobre el papel y que quizá volvió a matrimoniar únicamente al final de su vida. De hecho, dada su ascendencia, es posible que Cleopatra encontrara su principal fuente de inspiración en la pequeña plétora de reinas egipcias que gobernaron de manera autónoma, de entre las que brilló con luz propia Hatshepsut (1479/1473-1458/1457 a. C.).

Además, en su condición de reina, Cleopatra debía acometer por sí misma la tarea de dotarse de un heredero. Un monarca varón podía solventar el asunto con una implicación personal mínima, e incluso tenía la posibilidad de engendrar un

elevado número de vástagos en un breve lapso. Para una reina, sin embargo, gestar un heredero suponía un proceso de casi un año, etapa durante la cual la soberana no se encontraría en plenas facultades físicas y sería vulnerable a la usurpación. Además, a diferencia de lo que ocurría con los reyes varones, con sus habituales abanicos de esposas y consortes, Cleopatra no podía descartarse a sí misma si sobrevenía algún problema durante el embarazo. La reina vería peligrar su propia salud, en un trance que, a menudo, resultaba fatal para las madres. Y, tras el nacimiento del niño, la soberana, en su papel de madre, tendría una responsabilidad sobre el pequeño de la que el padre carecía. Parece evidente que Cleopatra programó cuidadosamente sus embarazos (48 a. C., es posible que 44 a. C., 41 a. C. y 37 a. C.), espaciándolos en lo posible para limitar las repercusiones médicas y minimizar los momentos de debilidad política. Tres o cuatro gestaciones en 18 años son muchas menos de las esperables, incluso teniendo en cuenta los intervalos en los que la reina careció de compañeros conocidos. Mas, recordemos que, además de la perenne opción del aborto, en la época se conocía un buen número de métodos anticonceptivos.[49] Además, Cleopatra solo barajaría la posibilidad de quedarse encinta si contaba para ello con la pareja adecuada, labor a la que la reina se dedicó con esmero. Así pues, es probable que todos estos criterios operaran en la selección de Antonio. El régimen de Cleopatra era por entonces relativamente estable, el mundo estaba en paz y habían pasado ya algunos años desde su último alumbramiento. En cuanto a Antonio, era el hombre más poderoso de Roma, lo que le convertía en un candidato idóneo para engendrar herederos y la intimidad con un romano de su talla constituía una estrategia eficaz para conseguir útiles vínculos en el escenario político romano.

Conservamos muchas anécdotas acerca de los pocos meses que la pareja compartió en Egipto. Aunque la adversa tradición posterior pudo colorear los acontecimientos con tintes negativos para la pareja, parece claro que Antonio, al menos, contempló aquel momento básicamente como unas vacaciones, en las que se dedicó a ejercitarse, a cazar, a pescar e incluso a pasear disfrazado por la ciudad. Su vida juntos fue extremadamente suntuosa, hasta el punto de que se llamaban a sí mismos los Amimetobioi [Hígados Inimitables], un apodo con fuertes connotaciones dionisíacas.[50] El médico Filotas de Ámfisa, miembro de la corte real y, tiempo después, conocido de Lamprias, el abuelo de Plutarco, nos proporciona ciertos detalles de primera mano en cuanto al funcionamiento de las cocinas regias durante el periodo: señala que se llegaron a aderezar ocho jabalíes para una cena de doce comensales y que siempre había comida preparada para servirla en cuanto se requiriera.

Las prioridades de Cleopatra en lo concerniente a César habían sido asegurar su propia posición en el trono neutralizando a sus rivales y engendrar un heredero. Con Antonio, la agenda cambió ligeramente, aunque la cuestión

sucesoria continuó siendo un factor clave. En aquellos momentos de su vida tenía ya pocos rivales políticos, pues todos sus hermanos habían muerto y su único hijo contaba solo 7 años. Ninguno de los demás dinastas orientales se le podía comparar en estatus ni aspirar siquiera a ser digno de su atención. Pero el Imperio tolemaico era solo una fracción de lo que había llegado a ser durante los siglos III y II a. C. y Cleopatra aspiraba a restaurar sus antiguas fronteras.[51] El primer paso para ello se había dado cuando César había reintegrado Chipre a Egipto tras varios años de control romano, aunque todo apunta a que Antonio se había vuelto a apoderar temporalmente de la isla (*vid*. págs. 66-67). Justo al norte de esta se encontraba Cilicia, la montañosa zona costera del sur de Asia Menor, asociada históricamente a Chipre y con sólidos vínculos suplementarios con los tolomeos. Ya durante las guerras entre los Diádocos, Tolomeo I habría tratado de conquistarla, aunque sin éxito. Fue Tolomeo II quien consiguió anexionarse la región, aunque la perdió poco después en favor de los seléucidas.[52] Desde finales del siglo II a. C., Cilicia había permanecido básicamente bajo control romano, aunque un rey indígena, Tarcondimoto, administraba algunas de sus comarcas. Las fuentes no mencionan si Cleopatra recibió alguno de los territorios controlados por el monarca, lo que probablemente signifique que no fue así, máxime cuando sabemos que Tarcondimoto murió en Accio combatiendo al servicio de la reina egipcia. Pero el encuentro de Cleopatra y Antonio en la antigua ciudad cilicia de Tarso pudo inspirar a la primera para proponer que la región les fuera devuelta a los tolomeos, una manera obvia de comenzar a reconstruir su imperio que además solventaba el problema que Cilicia, un importante foco de inestabilidad política durante los últimos cincuenta años, representaba para Roma. Cilicia, además, le proporcionaría a Egipto la madera que tanto necesitaba para su industria naval. Y tal y como César había reintegrado Chipre al control tolemaico en 47 a. C., Antonio podía hacer otro tanto con Cilicia, por mucho que las pretensiones tolemaicas sobre esta última hubieran sido efímeras. Sabemos que la transferencia del territorio se había producido ya el 19 de noviembre de 38 a. C., fecha en la que un tal Diógenes ejercía de gobernador militar tolemaico sobre Chipre y Cilicia, por lo que lo más probable es que la anexión se acordara durante el invierno de 41-40 a. C., el mismo que Antonio y Cleopatra compartieron en Alejandría.[53] El traspaso fue perfectamente legal, acorde con los amplios poderes de los que gozaba Antonio como triunviro.

Así como los romanos contaban con monarcas favorables distribuidos a lo largo de sus fronteras, todo apunta a que Cleopatra trató de seguir idéntica estrategia. Tarcondimoto de Cilicia pudo ser uno de estos reyes aliados. El antiguo Estado sacerdotal de Olba (actual Ura), célebre por su santuario de Zeus y situado justo al oeste de los territorios cilicios de Cleopatra, fue puesto en manos de una tal Aba, emparentada con la familia real local y cuyas aptitudes, al

parecer, impresionaron tanto a Cleopatra como a Antonio.[54] Su pequeño reino serviría de colchón entre el imperio de Cleopatra y los Estados y ciudades libres de la Anatolia occidental. Aunque no tardó en ser depuesta, esta misteriosa Aba, por lo demás desconocida, constituye un intrigante caso de una mujer gobernante y un nodo más de la red de monarcas aliados proyectada por Cleopatra.

Al llegar la primavera de 40 a. C., Antonio vio necesario poner fin a sus vacaciones. Un tal Q. Labieno, enviado por Casio a Partia antes de la batalla de Filipos y que desde entonces actuaba al servicio del gobierno parto, había invadido Siria y asesinado a su gobernador, L. Decidio Saxa, recién nombrado por Antonio el otoño previo. Labieno también se había hecho con el control del ejército de Saxa, algo que había inclinado decisivamente la balanza a favor de los partos en la región. Antonio probablemente era conocedor de todas estas noticias desde hacía tiempo, así como de los preocupantes indicios de creciente inestabilidad en Italia, pero pospuso la partida todo lo que pudo.[55] Al final, no obstante, hubo de dejar Alejandría para retomar sus obligaciones como triunviro. Cleopatra le dotó para ello con 200 barcos, seguramente en pago a las concesiones que Roma había tributado a las ambiciones territoriales egipcias. La reina y el triunviro no volvieron a verse en tres años y medio, pero permanecieron en contacto; se dice, incluso, que Cleopatra siempre dispuso de un espía en el séquito de Antonio.[56]

Con una sola excepción, las fuentes escritas acerca de la vida de Cleopatra adolecen de una laguna entre la primavera de 40 y finales de 37 a. C. La situación se asemeja mucho a la que siguió a la partida de César siete años antes, entre principios de 47 y finales de 46 a. C. Ambos vacíos pudieron estar motivados por sendos embarazos. Durante estos periodos, la administración egipcia se haría cargo de la dirección del reino mientras la monarca gestaba, daba a luz y amamantaba a sus hijos recién nacidos. Aunque ignoramos la fecha exacta del alumbramiento, parece que, al menos en este último caso, Cleopatra continuó retirada de la vida pública durante casi dos años, un año más que cuando parió a Cesarión. En definitiva, el silencio de nuestras fuentes puede atribuirse en parte a las deficiencias de un registro poco proclive a detallar las actividades de una mujer sin hombres en su vida, pero es muy probable que también tuvieran mucho que ver los embarazos de la reina y las primeras fases de la crianza. En tales momentos, ejercer de madre era más importante que actuar como reina.

Así pues, en algún momento entre la partida de Antonio en la primavera de 40 a. C. y finales de año, Cleopatra dio a luz a una pareja de gemelos. Los llamó Alejandro Helios y Cleopatra Selene, aunque es posible que no recibieran sus sobrenombres hasta que sus padres no se volvieron a encontrar en 37 a. C.[57] Para Cleopatra, atribuirle su propio nombre a su primera (y única) hija no tendría nada de extraordinario, pues tal había sido la costumbre desde que el nombre

había irrumpido en la dinastía tolemaica en los inicios del siglo II a. C., cuando Tolomeo V se había casado con la princesa seléucida Cleopatra I. En cambio, el nombre del niño, a pesar de las distinguidas resonancias, había sido mucho menos habitual entre los tolomeos. Solo dos de los reyes egipcios, Tolomeo X y Tolomeo XI (el tío abuelo y el primo de Cleopatra), habían utilizado el nombre de Alejandro como apelativo, lo que no constituía unos precedentes particularmente significativos. Así pues, parece indiscutible que el nombre del niño derivó de su precursor más obvio, Alejandro Magno, cuya hermana, no lo olvidemos, había sido la primera Cleopatra. En cuanto a los sobrenombres, Helios y Selene, el Sol y la Luna, anunciaban la nueva era que sus padres pretendían inaugurar con ellos, inspirada en el papel de Cleopatra como la nueva Isis. Este tipo de planteamientos en torno al rejuvenecimiento de la sociedad, al fin y al cabo, no eran nuevos: pensemos que los gemelos vieron la luz en la misma época en la que Virgilio publicaba su *Égloga* 4, en la que se hablaba de la renovación del mundo a través del nacimiento de un niño. Ignoramos, sin embargo, hasta qué punto toda esta nomenclatura profética puede retrotraerse hasta el momento en el que nacieron los hermanos y no reflejaría más bien la situación que se dio en 37 a. C., cuando Antonio y Cleopatra se reencontraron de nuevo y el primero, que no había podido ver todavía a sus hijos, reconoció de manera oficial su paternidad.[58]

En verano de 40 a. C., los planes de Antonio con respecto a Labieno y los partos se vieron interrumpidos por las noticias recién llegadas de Italia, donde la situación comenzaba a deteriorarse una vez más, de la mano, entre otros actores, de Fulvia, la esposa de Antonio. Es probable que, al igual que sucedía con la amenaza parta, Antonio conociera todos estos movimientos desde bastante tiempo atrás. El caso es que la tensión entre Fulvia, que había quedado a cargo de los asuntos de su marido en Italia, y Octaviano se había ido incrementando hasta estallar en el episodio conocido como la Guerra de Perusia, orquestada en buena medida por la propia Fulvia.[59] Se dice que la confrontación no fue más que un intento de fomentar los disturbios en Italia para obligar a Antonio a abandonar a Cleopatra y regresar a casa, pero semejante hipótesis es cronológicamente imposible, pues los problemas en Italia habían comenzado mucho antes del encuentro entre ambos en Tarso.[60] Es posible que Fulvia hubiera oído rumores acerca de la anterior relación de su marido con Glafira;[61] a fin de cuentas, antes incluso de que Antonio y Cleopatra comenzaran su relación, Octaviano había redactado ya un poema escatológico en el que criticaba la relación de Antonio con la anatolia,[62] que preconizaba el aluvión de propaganda literaria que estallaría con violencia una década más tarde. Con independencia de las motivaciones de Fulvia, la Guerra de Perusia fue catastrófica para ella. En última instancia, ella y Lucio Antonio (el hermano de Marco Antonio) terminaron sitiados por Octaviano en Perusia (la actual Perugia) y, acto seguido, fueron expulsados de

Italia. Fulvia trató de reunirse con su marido, pero la muerte le sobrevino en Sición, en el golfo de Corinto. Puesto que ella había sido la principal responsable de las recientes convulsiones en Italia, tal fallecimiento fortuito posibilitó la reconciliación de los dos principales triunviros, que ambos se apresuraron a ratificar reuniéndose en Brundisium en septiembre de aquel mismo año.[63]

Dos de las decisiones acordadas en aquel encuentro tuvieron una repercusión directa sobre Cleopatra, precisamente en la época en la que esta se hallaba todavía embarazada o acababa de ser madre de gemelos. En primer lugar, Antonio y Octaviano se repartieron el mundo entre ambos. El primero se quedó con oriente y el segundo con occidente, con el mar Jónico como frontera. Aquello debió de ser una buena noticia para Cleopatra, pues la reina ya sabía que podía confiar en Antonio para satisfacer sus aspiraciones y, gracias a la alianza personal que había creado con él a través de sus hijos, estaba segura de que podría contar con su respaldo.

La segunda consecuencia de la reunión en Brundisium fue bastante menos halagüeña. Como era costumbre en Roma, la nueva alianza entre los triunviros se selló con un matrimonio. Antonio se desposaría con la hermana de Octaviano, Octavia, que acababa de enviudar del distinguido C. Claudio Marcelo, cónsul de 51 a. C. Octavia –una «maravilla de mujer» en palabras de Plutarco– era célebre por su carisma y por su don para la mediación. Tenía la misma edad que Cleopatra y contaba con la legitimidad añadida de ser una matrona romana en vez de una reina extranjera. Es más, desde el primer momento se hizo patente que Octavia no se contentaría con quedarse en Italia mientras Antonio recorría el mundo y flirteaba con las mujeres de la realeza. A diferencia de Calpurnia y Fulvia, acompañaría a su marido en su viaje de regreso a oriente. Aunque nuestras fuentes tienden a contrastar, puede que hasta el punto de la exageración, a la virtuosa Octavia con la seductora y extranjera Cleopatra, todo parece apuntar a que la primera era, en efecto, una mujer singular –sus acciones tras la muerte de Antonio así lo demuestran: (*vid.*, pág. 184)–, por lo que, por primera vez en sus relaciones con los prebostes romanos, Cleopatra hubo de vérselas con una auténtica rival. Bien es cierto que el retrato que Plutarco desgrana de Octavia, el más prolijo de nuestras fuentes en torno al personaje, continúa siendo elusivo y a menudo estereotipado. Pero, fueran cuales fuesen los planes que Cleopatra tenía para Antonio a finales de 40 a. C., cuando nacieron sus gemelos, Octavia representaría para ella un serio obstáculo.

Como ya se ha dicho, apenas conservamos datos de Cleopatra durante los meses de embarazo y los primeros momentos tras dar a luz. Sin embargo, sabemos que, durante esta etapa, probablemente en diciembre de 40 a. C., recibió un visitante inesperado.[64] Este no fue otro que el tetrarca de Judea, Herodes, hijo de Antípatro de Ascalón, el antiguo aliado de Cleopatra. Por aquel entonces, a Herodes aún no se le motejaba el Grande y quedaban todavía muchos años para

que se viera involucrado en el episodio de la natividad cristiana. Pero es probable que constituyera una prometedora dinasta títere que, además, atravesaba por severas dificultades. Su padre había sido asesinado tres años antes, durante el inestable periodo subsiguiente a la muerte de César, y, cuando Herodes había recurrido a Antonio a finales de 41 a. C., el triunviro lo había convertido en tetrarca de Judea. Este último nombramiento se había producido en Dafne, en las proximidades de Antioquía, poco después de que Antonio se reuniera con Cleopatra en Tarso.[65] Antonio, no en vano, confiaba en la palabra del joven y habló en su defensa ante varias delegaciones de notables judíos empecinados en acusarle de traición. En su condición de ciudadano romano, Herodes era merecedor del respaldo romano, pues representaba un potencial aliado en el siempre volátil Levante meridional. Sin embargo, al año siguiente de ser nombrado tetrarca, la situación se había deteriorado significativamente. La rivalidad entre la familia de Herodes y los asmoneos, que venían gobernando la región desde hacía más de un siglo, había alcanzado cotas peligrosas. El hermano de Herodes, Fasael, a quien Antonio también había nombrado tetrarca, había sido encarcelado por el rey asmoneo Antígono II y todo hacía pensar que Herodes sería el siguiente. Entonces, en diciembre de 40 a. C., Herodes decidió huir de Judea y acudió en primer lugar junto a su primo Malicos, el rey de los nabateos, pero este lo rechazó a instancias de los partos. Fue entonces cuando el tetrarca decidió recurrir a Cleopatra, lo que reconocía así su hegemonía sobre los demás gobernantes de la región. Cuando se encontraba de camino, tuvo noticia de que su hermano finalmente había sido ejecutado.

Aunque Cleopatra le recibió con el boato al que acostumbraba, no es fácil adivinar cuál sería su verdadera opinión acerca de aquella visita inesperada. Sus pasos ya se habían cruzado antes debido a los contactos entre la reina y el padre de Herodes y es probable que Antonio, que ya conocía a Herodes y le había manifestado su apoyo, hubiera hablado del joven tetrarca con Cleopatra. Años más tarde, cuando Herodes se convirtió en rey, la egipcia hizo todo lo posible para anexionarse sus territorios, pero ignoramos hasta qué punto Cleopatra acariciaría ya estos proyectos en 40 a. C. Tampoco sabemos qué era lo que Herodes esperaba de la monarca egipcia, aunque es probable que creyera que esta se encontraba en deuda con su familia debido al apoyo que su padre Antípatro les había brindado tanto a ella como a su padre, Tolomeo XII, para afianzarse en el trono. En cualquier caso, Cleopatra, como le había sucedido a Antonio, supo reconocer el potencial de Herodes y le ofreció un mando militar que nuestras fuentes no llegan a especificar, pero que, probablemente, se enmarcaría en los preparativos de la campaña contra los partos. Sin embargo, el joven declinó la oferta y, pese a los denuedos de la reina, deseosa al parecer de que permaneciera en Alejandría, decidió recurrir directamente a Antonio, por lo que no tardó en hacerse a la mar rumbo a Roma. A su llegada a la urbe tras una ardua travesía –el

invierno, como es bien sabido, no es la mejor época para navegar por el Mediterráneo–), los triunviros, recientemente reconciliados, le nombraron rey de Judea. Aquella noticia debió de caerle a Cleopatra como un jarro de agua fría para. El paso de Herodes por Alejandría, en definitiva, inauguró una conflictiva relación entre ambos dinastas que perduró hasta la muerte de la egipcia. Esta, al fin y al cabo, no tardó en verse envuelta en las complejas políticas del linaje herodiano.[66]

22. Plutarco, *Antonio* 12.
23. Cicerón, *Filípicas* 2.85.
24. *Vid*. la inteligente argumentación acerca de la necesidad de dos viajes de Gruen, E. S., *op. cit*., 267-273.
25. Suetonio, *op. cit*., 52.1.
26. Cicerón, *Cartas a Ático* 362, 374, 377, 381 y 393-394. La cara 362, del 16 de abril, menciona su partida; en la 374, del 11 de mayo, se deja entrever que Cleopatra sufrió un aborto.
27. Tolomeo XIV es mencionado por última vez el 26 de julio (*OxyPap* 1629); véase también Josefo, *Antigüedades judías* 15.89; Porfirio (*FGrHist*. 260) F2.16-17; *OGIS* 194.
28. Dion Casio, *op. cit*., 47.31; Apiano, *Guerra civil* 3.78, 4.59, 61, 63, 74, 5.8; y carta de Casio a Cicerón del 7 de marzo de 43 a. C. (Cicerón, *Cartas a los familiares* 12.11).
29. Brenk, F. E., 1992, 159-182.
30. Huzar, E. G., 1978, 129-147.
31. Apiano, *Guerra civil* 5.7; Marcial 11.20.
32. Plutarco, *Antonio* 10.3. El «gobierno de las mujeres» (γυναικοκρατία [ginecocracia]) es un concepto desarrollado por Aristóteles (*Política* 2.6.6 y 5.9.6), que lo contempló desde una perspectiva negativa y lo consideró característico de Estados como Esparta.
33. Plutarco, *Antonio* 2-3 y *Bruto* 20.4.
34. Pelling, C. B. R., 1988, 181-182.
35. Plutarco, *Antonio* 26.1.
36. Estrabón, *Geografía* 11.13.3; Séneca, *Suasorias* 1.7; Roller, D. W., 1998, 28.
37. Homero, *Ilíada* 14.161-165.
38. Apiano, *Guerra civil* 5.8.
39. Josefo, *Guerra de los judíos* 1.226.
40. Acerca del *thalamegos*, *supra*. 68. La nave era capaz de realizar singladuras marítimas si se manejaba con precaución (Apiano, *Prefacio* 10).
41. Jenofonte, *Anábasis* 1.2.23.
42. Plutarco, *Antonio* 26 (*infra*, 204-205). Sócrates de Rodas (*FGrHist*. 192) F1 (=Ateneo, *Banquete de los eruditos* 4.147-148).
43. Estas escenas constituyeron una de las fuentes de Virgilio para el banquete entre Dido y Eneas (*Eneida* 1.723-727); Pelling, C. B. R., *op. cit*., 190.
44. Dion Casio, *op. cit*., 47.30.5; Apiano, *Guerra civil* 4.62 y 5.8.
45. Josefo, *Autobiografía. Contra Apión* (*Contra Apión* 2.57) y *Antigüedades judías* 15.89; Apiano, *Guerra civil* 5.9; Dion Casio, *op. cit*., 48.24.2. Las excavaciones en Éfeso sugieren que el octógono situado en el espacio central del yacimiento podría ser la tumba de Arsinoe (Thür, H., 1990, 43-56 y Thür, H., 1995, 178-183).
46. Plutarco, *Antonio* 28-30; Apiano, *Guerra civil* 5.10-11.
47. Carney, E. D., 2005, 65-91.
48. Leon, E., 1958-1959, 61-65.
49. Hopkins, K., 1965, 124-151.
50. Plutarco, *Antonio* 28.2, repetido en 71.3: no tenemos la palabra documentada en ningún otro sitio, aunque se alude a ella satíricamente en *OGIS* 195, una inscripción del 28 de diciembre de 34 a. C. en la que «Hígado Inimitable» ha derivado en «Afrodisio Inimitable» (es decir, «Amante», ἀ□ί□ητον Ἀφροδίσιος). *Vid*. Fraser, P. M., 1957, 71-73; también Pelling, C. B. R., *op. cit*., 195. El banquete que, según Lucano (*Farsalia* 10.136-171), Cleopatra ordenó servir para César, aunque ficticio, pudo inspirarse en datos de este periodo.

51. Intinsky, H. U., 1951-1953, 975-979.
52. Diodoro, *op. cit.*, 20.19.5; Teócrito 17.86-90; Hölbl, G., *op. cit.*, 53; Pouilloux, J. *et alii*, 1987.
53. Estrabón, *op. cit.*, 14.5.3 y 6; Michaelidou-Nicolau, I., 1976, 53; Pouilloux, J. *et alii*, *op. cit*.
54. Estrabón, *op. cit.*, 14.5.10.
55. Pelling, C. B. R., *op. cit.*, 197-198.
56. Plutarco, *Antonio* 30.2 y 33.2; Dion Casio, *op. cit.*, 48.24.3-8.
57. Roller, D. W., 2003, 77-79.
58. Plutarco, *Antonio* 36.3.
59. Apiano, *Guerra civil* 5.32-49.
60. Pelling, C. B. R., *op. cit.*, 197-199.
61. Apiano, *Guerra civil* 5.7.
62. Augusto F4 (= Marcial 11.20); Scott, K., 1933, 24-25.
63. Plutarco, *Antonio* 30-31; Apiano, *Guerra civil* 5.64-65.
64. La fecha exacta de este viaje es incierta. Para una discusión detallada de la cronología que seguimos aquí (finales de 40 a. C.), *vid*. Roller, D. W., 1998, 11-12, aunque para la hipótesis de que la visita se produjo un año antes, a finales del invierno de 41-40 a. C.), *vid*. Kokkinos, N., 1998, 367-368. Es imposible alcanzar una conclusión más allá de toda duda, pero la cronología más temprana presenta más problemas que la posterior, pues exige que Antonio hubiera abandonado Alejandría lo suficientemente pronto como para que Herodes pudiera partir, como sostienen las fuentes, «en mitad del invierno» y que, además, el triunviro, que tras salir de Egipto se involucró de inmediato en el asunto de Labieno, llegara a Roma cuando Herodes (que permaneció brevemente en la ciudad) todavía se encontraba allí (Josefo, *Guerra de los judíos* 1.279-285).
65. Josefo, *Guerra de los judíos* 1.242-245 y *Antigüedades judías* 14.324-326.
66. Para más información acerca de Cleopatra y Herodes, *vid. infra*, 135-140.

* N. del T.: En el original, *peches*, trasliterado del griego original πῆχυς.

6

Antonio regresó a oriente dispuesto a encabezarla, acompañado de dos de las legiones de Octaviano y de 1000 soldados adicionales proporcionados por Octavia. Dado que resultaba imposible que esta lo acompañara a la guerra, cuando su marido partió hacia Antioquía la matrona hubo de permanecer en Italia. Al poco de llegar a la ciudad siria, Antonio despachó a su legado C. Fonteyo Capitón para solicitar la presencia de Cleopatra.

Figura 7: Vista de Antioquía desde Dafne. Cortesía de Duane W. Roller.

Aunque las fuentes nos presentan a un Antonio perdidamente enamorado, cuyos instintos primarios habían caído presa de las artimañas de la reina, seguramente no fue ese el caso. Por supuesto, la ausencia de Octavia resultó de lo más conveniente para el triunviro, pero tanto este como la reina se necesitaban mutuamente más allá de lo personal. Para entonces, Herodes ya había zanjado la guerra civil, lo que significaba que se había convertido en una grave amenaza para las ambiciones de Cleopatra. En cuanto a Antonio, contaba con unos recursos claramente insuficientes para la inminente expedición contra los partos, pero la reina podía ayudarle a solventar el problema.

Cleopatra llegó a Antioquía a finales de 37 a. C. acompañada de sus gemelos de 3 años, a los que Antonio, recordemos, todavía no conocía. Es probable que fuera entonces cuando recibieron los apodos, Helios y Selene, en referencia a los grandiosos planes de sus progenitores, los cuales puede que aún no hubieran terminado de concretar.[5] Desde luego, en la reorganización de oriente que Antonio tenía en marcha, y que pasaba necesariamente por la redistribución de territorios y la creación de varios reinos con gobernantes afines a Roma,

Cleopatra había resultado la monarca más beneficiada. Pero reparemos en que aquel reparto tenía lógica con independencia de la relación personal que pudiera existir entre la reina y el triunviro: Cleopatra, al fin y al cabo, era la única gobernante del Mediterráneo oriental que había demostrado eficacia. Herodes, en cambio, acababa de consolidarse en el trono y los otros soberanos no eran más que dinastas títeres con territorios limitados. Es más, la facilidad con la que Bruto y Casio habían logrado interferir en los gobiernos romanos de la región pudo alentar a Antonio a tratar de consolidar una presencia romana más compacta en oriente, que pasaba por dejar vastas extensiones de terreno en manos de una serie de monarquías locales en deuda con Roma. De esta manera, Antonio instituyó una red de Estados afines gobernados por nuevas dinastías creadas, en lo sustancial, por él mismo, a menudo obviando para ello a los pretendientes al trono preexistentes. Así, por ejemplo, en Galacia, la zona central de Asia Menor, el antiguo aliado de Roma Deyótaro falleció de muerte natural en 40 a. C., sin haber recibido castigo alguno por su apoyo a Bruto y a Casio. Pues bien, Antonio le otorgó aquel reino y los territorios circundantes al secretario del monarca fallecido, Amintas, que lo rigió hasta su muerte en 25 a. C.[6] Al norte de Galacia, se extendía el reino del Ponto, en el que un tal Polemón fue instalado en el trono tras la conveniente muerte del rey Darío. Que sepamos, Polemón no tenía vínculos con ninguna dinastía reinante local, de hecho, su padre, Zenón, era un rétor. No obstante, con el tiempo acabó emparentando con la realeza, primero mediante su matrimonio con Dinamia y después con Pitodoris, nieta, nada menos, que de Antonio. Polemón perduró en el trono hasta la última década del siglo I a. C. y, tras su muerte, la viuda, Pitodoris, asumió el gobierno en solitario hasta que se casó con el tercero de los reyes aliados de Antonio, Arquelao de Capadocia.[7] Este último tampoco pertenecía a ninguna de las casas reinantes afianzadas en la región, aunque es posible que estuviera lejanamente emparentado con Mitrídates el Grande. Entre sus méritos, seguramente no influyó demasiado la relación personal que Antonio había mantenido con su madre, Glafira: el triunviro era lo bastante astuto como para no conceder un trono por esta sola razón y, tras deponer al anterior monarca de Capadocia, Ariarates X, seguramente nombró rey a Arquelao valorando, ante todo, sus aptitudes personales y su linaje.[8] El cuarto monarca aliado al que entronizó Antonio fue Herodes el Grande, quien, como es bien sabido, tampoco formaba parte de la familia real preexistente, la de los asmoneos, aunque no tardó en emparentar con ellos por vía matrimonial. Así pues, estos cuatro monarcas, ninguno de los cuales había figurado hasta entonces entre los herederos previstos de sus respectivos reinos, forjaron una red dinástica en torno a la cual se instituyó el nuevo orden de oriente.[9] Con el tiempo, todos ellos entablaron alianzas matrimoniales entre sí, salvo Amintas, que murió demasiado pronto.

Ahora bien, en los planes de Antonio figuraba un quinto monarca aliado. Se

trataba, evidentemente, de Cleopatra. A primera vista, la reina no parecía ajustarse al patrón establecido, pues sus ancestros llevaban gobernando Egipto desde hacía casi 300 años. Pero ella también constituía una anomalía en sí misma si se la comparaba con los dinastas helenísticos tradicionales. Estaba vinculada personalmente con Antonio –aunque, como en el caso de la realeza capadocia, este factor por sí solo no hubiera bastado para afianzarla en el trono– y, lo más importante de todo, era una mujer. Al tratarse de la única reina en todo el sistema dinástico helenístico que gobernó en solitario durante un periodo prolongado, se la puede considerar tan apartada de la tradición como los otros cuatro monarcas impuestos por Antonio. De hecho, si la ponemos en relación con Glafira, Dinamia y Pitodoris, observaremos que el sistema creado por el triunviro facilitó el acceso de las mujeres a los puestos de mayor prominencia. A esto se suma que, aunque así lo hubiera deseado, Antonio no lo hubiera tenido fácil para instalar un nuevo gobernante en Egipto ajeno a la dinastía tolemaica (su única posibilidad hubiera sido optar por alguno de los príncipes seléucidas desposeídos). Pero, al respaldar a Cleopatra y ampliar de forma sustancial su reino, siguió exactamente la misma filosofía de gobierno que con Amintas, Polemón, Arquelao y Herodes: creó un nuevo orden cuyos jerarcas, en deuda con él, se encargarían de convertir oriente en una región estable del universo romano. Y tuvo éxito: con la sola excepción de Cleopatra, resulta significativo que todos los demás monarcas continuaron reinando tras la muerte de Antonio. Arquelao, de hecho, durante medio siglo.

En cualquier caso, Cleopatra sacó una tajada mayor que sus colegas varones de los reajustes territoriales operados, hasta el punto de que estuvo próxima a alcanzar su meta de devolver el Imperio tolemaico a su máxima extensión. Durante los años siguientes –la cronología concreta es dudosa–, Antonio amplió una y otra vez el reino egipcio. La lista de adquisiciones, por ende, es extensa.[10] Es probable que la más importante de todas fuera la costa de Fenicia y Palestina, pese a que cabe la posibilidad de que Cleopatra recibiera tan solo las ciudades, de las que los antiguos centros fenicios de Tiro y Sidón quedaron excluidos. La frontera norte del reino quedó fijada en el río Eleutero (el actual Nahr el-Kebir, en la frontera siriolibanesa) y la soberana se anexionó un buen puñado de importantes ciudades costeras levantinas, tales como Gaza, Tolemaida y Biblos. La posible adquisición de Ascalón, la patria ancestral de Herodes, habría agravado las discordias con el dinasta, quien, de hecho, se apresuró a solicitarle a la reina el arriendo del territorio para retener de ese modo la posesión nominal de las tierras de su familia. Quizá por ello Cleopatra no parece acuñar moneda en Ascalón desde el año 38 a. C., lo que sugiere que a partir de esa fecha su control sobre la ciudad fue mínimo.[11] La mayor parte de todo este territorio costero había sido tolemaico hasta su pérdida en 200 a. C., como resultado de la agresiva política que Antíoco III puso en marcha contra Tolomeo IV, y las pretensiones de

Cleopatra se veían reforzadas todavía más por el hecho de que ella descendía de ambos reyes. La ciudad de Tolemaida, por ejemplo, había sido fundada por Tolomeo II sobre el solar de la antigua Acre; su recuperación, por consiguiente, hubo de resultarle a la reina especialmente gratificante.

Gracias a la previa desaparición del Imperio seléucida, Antonio no tuvo mayor impedimento para cederle a Cleopatra algunas otras regiones históricamente tolemaicas, pero que llevaban desde el siglo II a. C. en manos de los monarcas sirios. La egipcia podía reivindicarlas en su condición de descendiente reinante de los seléucidas, o incluso presentándose como la legítima monarca seléucida, tal y como subrayaba en las monedas que acuñó en la región.[12] Hablamos, en este caso, de territorios circunscritos al interior sirio, la llamada Celesiria [Siria Hundida], es decir, el alto valle del Orontes, que abarcaba la importante ciudad de Apamea, fundada por Seleuco I y afamada como núcleo comercial y cultural, aparte de por constituir la patria del famoso erudito Posidonio. En la vecindad se enclavaba el reino independiente de Calcis, hasta entonces independiente, gestionado, hasta su fallecimiento poco tiempo atrás, por un tal Lisímaco;[13] y también se encontraba en las inmediaciones Iturea, cuyo monarca, Lisanias, fue suprimido por Antonio debido a su supuesto posicionamiento a favor de los partos.[14] Sabemos que el hijo de Lisanias, Zenodoro, consiguió que Cleopatra le arrendara aquel territorio, el cual retuvo a la muerte de la egipcia.[15] Más allá de cuáles fueran las fronteras exactas entre estos tres distritos, todo apunta a que eran contiguos y a que constituirían para la reina un rico y fértil dominio territorial en la Siria interior, que, como demuestran las acuñaciones, se extendió hacia el sur hasta la misma ciudad de Damasco.[16] La propia Celesiria había constituido uno de los principales motores económicos del Imperio tolemaico durante los primeros tiempos de este, gracias a sus recursos madereros, fundamentales para la construcción naval; y agrícolas, comenzando por sus extensas regiones vitivinícolas. A lo largo del siglo III a. C., se estableció en Celesiria una serie de grandes latifundios pertenecientes a los altos cargos del gobierno tolemaico. Es muy posible, pues, que Cleopatra aspirara a volver a poner en marcha este resorte tradicional de la economía regia tolemaica.[17]

Figura 8: Palmeral de Jericó. Cortesía de Duane W. Roller.

Al sur, la reina recibió la comarca de Jericó –que, en origen, formaba parte de los dominios de Herodes–, próspera gracias a la producción de palmeras datileras y de un bálsamo medicinal compuesto a partir de unas hierbas que, al parecer, no crecían en ningún otro sitio.[18] Es más, las donaciones también pudieron incluir algunas de las comarcas bituminosas del mar Negro.[19] Al final, Cleopatra terminó por arrendar Jericó a su propietario original, Herodes.[20]

Todavía más al sur, Cleopatra recibió «la parte de Arabia Nabatea que se extiende hasta más allá del mar externo».[21] Con esta precisión terminológica, Plutarco nos hace ver que no hablaba de las regiones de Arabia lindantes con el Mediterráneo o con el mar Muerto, sino del territorio costero del golfo Ailanático, que incluía la ciudad portuaria de Ailana (actual Áqaba), de gran trascendencia económica, pues vehiculaba el comercio con oriente, y militar, ya que, históricamente, los nabateos se habían servido de la región para atacar Egipto.[22] Sin embargo, el rey de los nabateos, Malicos (primo de Herodes, probablemente), que llevaba en el trono desde principios de la década de 50 a. C., no perdonó fácilmente esta merma de sus territorios, como Cleopatra acabó descubriendo al final de su vida (*vid*. pág. 169).

La monarca egipcia también recibió algunos enclaves en Creta. Aunque desconocemos los detalles, es posible que se tratara de las dos antiguas bases navales tolemaicas del extremo oriental de la isla, Itanos y Olunte, establecidas por Patroclo, el almirante de Tolomeo II.[23] Creta venía funcionando como provincia romana desde los inicios del siglo I a. C., pero Antonio debió de desligar estas dos ciudades de la provincia para ponerlas, una vez más, bajo

control tolemaico. Finalmente, Cleopatra se hizo asimismo con Cirene, que, como hemos venido viendo, había pertenecido a los tolomeos durante la mayor parte de la historia de la dinastía.

Así pues, Cleopatra logró que su imperio recuperara la mayoría de sus posesiones pretéritas. Lo único que no consiguió fueron los antiguos dominios tolemaicos en el Egeo y el sudoeste de Asia Menor, la mayoría de los cuales se había perdido a principios del siglo II a. C. ante la pujanza de Pérgamo y Rodas y que en tiempos de Antonio seguramente se encontraban ya demasiado próximos al eje medular grecorromano como para que el triunviro se planteara siquiera el reintegro. Pese a todo, las disposiciones de Antonio cosecharon un intenso rechazo en Roma y marcaron el comienzo del fin de su popularidad, entre otras cosas gracias a la hábil campaña propagandística de Octaviano. Antonio subestimó la importancia que la opinión pública podía llegar a tener en la urbe y la capacidad de Octaviano para movilizarla en su propio beneficio. Es más, no le atribuyó importancia alguna al vínculo moral contraído con su cuñado Octaviano ni a la manera en la que los desacuerdos con este acerca del futuro de la República se estaban entreverando con la disputa familiar derivada del maltrato que, a ojos de Octaviano –deseoso de adoptar su propia agenda política–, estaba sufriendo su hermana.[24] Tan es así que, a finales de 35 a. C., en una decisión prácticamente sin precedentes, Octaviano les otorgó a su hermana y a su mujer, Livia, varios privilegios extraordinarios, entre ellos la sacrosantidad y el derecho a administrar sus propios asuntos sin la tutela de ningún varón.[25] Además, ordenó la erección de estatuas en su honor, privilegio este casi inédito, pues la única mujer romana a la que se le había dedicado un monumento en vida había sido Cornelia, la hija de P. Cornelio Escipión el Africano, el vencedor de Aníbal, y madre de los reformistas hermanos Graco, además de, como ya vimos, la fémina que había sido cortejada sin éxito por Tolomeo VIII, el bisabuelo de Cleopatra.[26] El hecho de que unos ochenta años más tarde Octavia y Livia recibieran este mismo honor excepcional, además de algunos otros, no solo demuestra su relevancia y el emergente estatus de las mujeres en la naciente familia imperial, sino que también constituyó una respuesta explícita a la dimensión que había cobrado Cleopatra, cuya imagen podía contemplarse en el Foro de César, recinto este en el que es posible que también se colocaran las dos nuevas estatuas.[27] Los otros privilegios que Octaviano atribuyó en esta época a su hermana y a su mujer beneficiaron sobre todo a Octavia, cuya dependencia financiera y legal con respecto a Antonio se rebajó de manera significativa.

El dominio de Cleopatra sobre la mayoría de sus nuevos territorios no pasó nunca de ser meramente nominal, o incluso inexistente, bien fuera porque la reina los arrendó a sus antiguos dueños o bien porque, como sucedió en Cirene, hubo de contentarse con reestructurar la cadena de mando existente, compuesta por magistrados romanos locales (a menudo designados por Antonio) que, en lo

sucesivo, tendrían que responder ante ella en lugar de ante Roma.[28] Obtuvo, eso sí, un fuerte impulso financiero, gracias, entre otros motivos, a los ingresos derivados del bálsamo y el betún de Judea, de los distritos agrícolas de Cirene y el interior de Siria, de los enclaves comerciales de Ailana, Gaza y Fenicia y de las minas de cobre chipriotas. La restauración de las bases cretenses, por su parte, es un claro indicio de sus planes a largo plazo. Y es que, cuando se completaron las disposiciones de Antonio –no está claro si todas ellas se tomaron durante el invierno de 37-36 a. C. o durante los dos años siguientes–, Cleopatra se había convertido en la monarca más poderosa del Mediterráneo oriental. Sin embargo, en torno a su figura nunca dejaron de cernirse los rumores más amenazadores, provenientes no solo de Roma, sino también de quienes se habían visto desposeídos de todos aquellos territorios, en especial Herodes y sus primos nabateos. A pesar de todo, la reina contempló la nueva coyuntura como el inicio de una nueva era para el Estado tolemaico, por lo que en algún momento entre finales de 37 y principios de 36 a. C. empezó a datar sus acuñaciones con una doble cronología, con un nuevo Año 1 equivalente a su Año 16 tradicional.[29]

Finalmente, durante la primavera de 36 a. C. se puso en marcha la expedición pártica tantas veces postergada. Los romanos contaban ya en su haber medio siglo de tormentosas relaciones con los partos, que, en 53 a. C., habían culminado en el desastre que Craso había sufrido en Carras.[30] A lo largo de los 17 años transcurridos desde entonces, el proyecto de guerrear contra los partos se había mantenido como eje central de la política romana, aunque la implementación había tenido que posponerse una y otra vez debido a la contienda civil, en la que los partos habían terminado por involucrarse. La potencial expedición, sin embargo, se había contado entre los planes no realizados de César, lo que la había convertido en prioritaria para sus herederos. En lo que respecta a la campaña de Antonio, la tenemos bien documentada gracias a que Delio, uno de sus comandantes de campo, escribió una crónica que, probablemente, es la principal fuente de las detalladas narraciones existentes.[31] Los sucesivos movimientos tácticos no son relevantes para la biografía de Cleopatra, a excepción de las consecuencias derivadas del resultado. Sabemos que la reina financió parte de la campaña y que acompañó a Antonio hasta el Éufrates, seguramente hasta Zeugma (actual Balkis, en Siria), el vado por el que, tradicionalmente, atravesaban quienes viajaban hacia el interior de Asia. Es muy probable que no esperara volver a ver a Antonio en un tiempo, pero antepuso el gobierno del reino a cualquier relación personal con el triunviro. Y es que, para poder coronarse con éxito, una expedición contra los partos tenía que ser larga y compleja: el propio Julio César había planeado permanecer tres años sobre el terreno.[32] Así pues, la afirmación de Plutarco de que Antonio proyectaba finiquitar aquella guerra en una sola estación para regresar con prontitud junto a Cleopatra[33] resulta descabellada desde el punto de vista estratégico (únicamente la marcha hasta

Armenia suponía unos 8000 estadios, varios cientos de kilómetros, y exigía unas cuantas semanas) y no concuerda con el intento de Antonio de establecer sus cuarteles de invierno en Armenia. Es decir, o bien la aseveración derivó de una perspectiva revisionista basada en lo que realmente ocurrió, o bien constituyó una calumnia en toda regla contra las aptitudes militares del triunviro.

Cleopatra, tras despedirse de Antonio en Zeugma, emprendió una gira por algunos de sus nuevos territorios, como Apamea, en Siria. Seguidamente, continuó hacia el sur, pasó por Damasco y se entrevistó en Judea con Herodes, que trató de reconciliarse con ella, accedió a abonarle un canon por la posesión de Jericó y la escoltó con honores reales hasta la frontera egipcia en Pelusio. Es evidente que el dinasta fue lo bastante inteligente como para comprender que no le convenía ofender a la reina, aunque no parece probable que aquella situación le agradara un ápice.[34]

Aunque tuvo que interrumpir aquel viaje y regresar a casa sin tardanza, pues volvía a estar embarazada. Es probable que este cuarto hijo naciera durante el verano de 36 a. C., mientras Antonio combatía en el frente parto. Fue un niño, así que se le llamó Tolomeo, pero además recibió el sobrenombre Filadelfo, en referencia explícita al más célebre de los reyes tolemaicos, Tolomeo II Filadelfo, y a la magnificencia del imperio que había gobernado.[35] El apelativo resultó especialmente adecuado en aquella coyuntura, pues gracias a los recientes ajustes territoriales Cleopatra casi había logrado restaurar las fronteras geográficas edificadas por su antepasado. En definitiva, los tres vástagos de Antonio y Cleopatra contaron con apodos proféticos alusivos al vigente proceso de restauración del Imperio tolemaico, llamado a recuperar las glorias de antaño y a convertirse en un auténtico rival para Roma.

Entretanto, la expedición contra los partos resultó un completo desastre. La tradición posterior defiende que Cleopatra fue la verdadera responsable de todo, pues Antonio se encontraba tan ensimismado –puede que incluso bajo la influencia de la magia y de las drogas– que no mostraba el más mínimo interés por lo que acontecía a su alrededor, anhelante tan solo de regresar junto a ella. Semejante lectura resulta sumamente improbable, pero se trata de uno de los primeros ejemplos de la tradición contraria a Cleopatra que empezó a colmar las crónicas de sus últimos años de vida. Pensemos que, si bien es cierto que Antonio era un consumado estratega, las expediciones romanas que se adentraron en territorio parto estuvieron siempre condenadas al fracaso. Aunque las ingentes fuerzas romanas superaron en número a las de los partos,[36] Antonio se vio sorprendido por el clima y perdió a unos 24 000 hombres, más de la mitad de ellos a causa de las enfermedades. La traición del rey armenio Artavasdes II tampoco facilitó las cosas.[37] A finales de otoño, Antonio comprendió que la expedición ya no podría resultar victoriosa y le envió un mensaje a Cleopatra en el que le solicitaba que compareciera en la costa. Acto seguido, se retiró a toda

prisa; cubrió casi 500 kilómetros en tres semanas y perdió otros 8000 hombres. En diciembre[38] llegó a Leucocome, entre Bérito y Sidón, y allí dejó pasar los días emborrachándose y contemplando el mar mientras esperaba la llegada de la reina. Al final, Cleopatra hizo acto de aparición, bien pertrechada de dinero y vestimentas para los soldados.

Aquel desastre, aunque en buena medida inevitable, fue un punto de no retorno tanto para la carrera de Antonio, como para su relación con la reina. Aunque Octavia se ofreció a financiar una nueva expedición, es probable que Antonio se sintiera incapaz de regresar a Roma, al menos por el momento. Los optimistas informes que le había estado enviando a Octaviano durante toda la campaña no habían engañado a nadie:[39] el reputado estratega era el único responsable de uno de los mayores desastres militares de la historia de Roma, hasta el punto de que, si bien entre los objetivos de su expedición había figurado vengar la muerte de Craso y de varios miles de soldados en 53 a. C., el triunviro había perdido aún más hombres que su predecesor. Pero Antonio tampoco tenía ningún otro sitio al que dirigirse, por lo que, a finales de 36 a. C., regresó al palacio de Alejandría para conocer a su nuevo hijo y comenzar a trazar otros proyectos para el año siguiente.

En primavera de 35 a. C., la nueva expedición pártica se puso en movimiento.[40] Uno de los principales problemas del año anterior había sido la imposibilidad de establecer cuarteles de invierno en Armenia, desde donde Antonio hubiera quedado mejor posicionado para atacar Partia al año siguiente, debido a la deserción de Artavasdes II, el rey armenio, en el momento menos indicado. Así pues, la nueva campaña se planteó contra su territorio, con el objetivo explícito de tomar venganza de tan voluble monarca. Antes de abandonar Alejandría, Antonio recibió un mensaje de Octavia en el que le anunciaba que se dirigía rumbo a Atenas con vituallas y con 2000 soldados de refuerzo, por iniciativa, seguramente, de su hermano, deseoso de avergonzar a Antonio. Huelga decir que Cleopatra contempló aquella aproximación de Octavia como una amenaza de primer orden, por lo que presionó a Antonio con todos los medios a su alcance para convencerlo de que su relación con Octavia era únicamente una cuestión de conveniencia política, mientras que la que compartían ellos dos se fundaba en el amor y el afecto mutuos. Plutarco describe la escena mencionando las oportunas lágrimas de la reina, radicales cambios de humor y el inicio de un alarmante proceso de pérdida de peso, relacionado, quizá, con el final de un nuevo embarazo. Incluso nos deja entrever ciertas veleidades suicidas en el ánimo de la reina. Ignoramos hasta qué punto fueron verídicas, pues concuerdan demasiado bien con la imagen de Cleopatra como seductora prototípica, por lo que pudieron ser inventadas exprofeso para explicar las enigmáticas actuaciones posteriores de Antonio. En cualquier caso, sea o no certero este retrato de la reina, la situación empujó a Antonio a abandonar de

manera definitiva su vida en Italia, lo que, por una parte, le ofreció a Octaviano la oportunidad de controlar el diálogo político (y la opinión pública) en Roma, pero, por otra, dejó a Cleopatra como la única alternativa posible para Antonio, no solo en el plano emocional sino también en el financiero y en el militar. Si durante los años siguientes el triunviro hubiera pasado algún tiempo en Italia, el final de su carrera y el de la de la reina hubiera sido muy distinto.[41] Pero Antonio, aunque aceptó los soldados y los suministros, le pidió a Octavia que, una vez en Atenas, no continuara viaje hacia el este; una sugerencia que, como en el pasado, resultó de lo más razonable para mantener a su esposa fuera de una zona de guerra. Acto seguido, el triunviro viajó a Antioquía, puede que acompañado por Cleopatra. Mas, por alguna razón, al poco tiempo desistió de iniciar la campaña aquel año y regresó a Alejandría. Es posible que, aunque se hubiera visto impelido a realizar un gesto en respuesta al respaldo militar y financiero de Octavia, Antonio nunca hubiera albergado auténticas intenciones de emprender otra operación tan larga y ardua como la del año previo.

No bien Octavia hubo regresado a Roma, su hermano la convirtió en víctima agraviada y le pidió que abandonara la casa de Antonio y que regresara a la suya, algo a lo que Octavia se negó en redondo. Pese a todo, la polarización entre Octaviano y Antonio resultaba cada vez más palpable. Recordemos que los dos últimos años habían presenciado la eliminación de todos los adversarios de Octaviano en occidente, entre ellos Sexto Pompeyo, el último hijo superviviente de Pompeyo Magno, y al infortunado tercer miembro del triunvirato, Lépido. El primero, de hecho, había huido a oriente y mantenía por entonces un doble juego entre Antonio y los partos en el que, quizá, logró involucrar incluso a Cleopatra, vieja conocida de su familia. Aquel mismo verano, fue asesinado en Mileto.[42] En cuanto a Lépido, tras una imprudente revuelta en Sicilia, había sido expulsado del triunvirato –aunque los dos miembros restantes continuaron llamándose a sí mismos triunviros– y se contentó con vivir tranquilamente, aunque bajo vigilancia, durante otros veinticinco años. A la altura de 35 a. C., el mundo romano se repartía ya solamente entre Antonio y Octaviano y este último había decidido utilizar con astucia el maltrato del que era objeto su hermana como una poderosa arma contra su oponente.

Por lo demás, Antonio ya nunca volvió a poner en marcha una expedición contra los partos. Tras el desastre de 36 a. C. y la no campaña de 35 a. C., en 34 a. C. los esfuerzos del triunviro se circunscribieron en lidiar con Artavasdes II de Armenia. Delio fue comisionado para negociar con el rey y ofrecerle al hijo mayor de Cleopatra y Antonio, Alejandro Helios, como marido para su hija. Artavasdes, sin embargo, supo reconocer la trampa que se agazapaba tras aquella propuesta y la declinó. Antonio, entonces, marchó sobre Armenia y arrestó al rey, al que envió, junto con su familia, a Alejandría. En su condición de miembros de la realeza, se les permitió viajar cargados de cadenas de oro.[43]

A su nuevo regreso a la capital egipcia, Antonio celebró un triunfo.[44] El triunfo, recordemos, era una institución romana venerable, tan vieja como el propio Estado. Heredero, en última instancia, del *thriambos* griego, una parte del festival dionisíaco, y asimilado en Roma a través de los etruscos, la celebración del triunfo se articulaba en torno a la procesión del general romano victorioso hasta el templo de Júpiter de la colina Capitolina, en Roma, acompañado de los soldados enemigos cautivos y de todos los magistrados romanos en ejercicio, así como de un elaborado despliegue de acompañamientos visuales y sonoros.[45] Las resonancias dionisíacas del ritual y la exaltación del general a la esfera de lo divino debieron de complacer en especial a alguien como Antonio. Sabemos que este condujo su carro por las calles de Alejandría para entregar a Artavasdes y a su familia, junto con el botín de guerra capturado, a Cleopatra, que le recibió sentada en un trono de oro sobre una tribuna de plata. Ahora bien, todo el episodio tuvo más de sainete que de solemnidad religiosa: Antonio se disfrazó para la ocasión de Dioniso, las amenazas no lograron que los cautivos mantuvieran la actitud deferente y servil que se esperaba de ellos y, por supuesto, aquel triunfo sui géneris ni celebró una auténtica victoria de las armas romanas ni tuvo lugar en la urbe. En cambio, la procesión no hizo otra cosa que darle un nuevo argumento a Octaviano en sus críticas, tal y como demuestran las fuentes conservadas, unánimes en su repugnancia por lo que denominaron «una especie de triunfo» y en subrayar que los más bellos y sagrados ritos ancestrales romanos se habían pervertido y entregado a los egipcios para mayor gloria de Cleopatra, algo por lo que la ciudadanía romana se sintió particularmente ofendida. Es posible que la reina, sensible al poder de la religión y la tradición, y muy consciente de todo lo que había detrás de un triunfo romano, empezara a preguntarse en esos momentos hasta qué punto Antonio seguía siendo un activo valioso para su causa.

Sin embargo, todos los recelos de Cleopatra se aplacaron momentáneamente con la ceremonia que tuvo lugar poco después en el Gimnasio de Alejandría, planteada, quizá, como la gran culminación del pseudotriunfo de Antonio. Nuestras dos fuentes principales, Plutarco y Dion Casio, difieren en los detalles y ni siquiera concuerdan en si todos los reajustes territoriales formaron parte de la ceremonia de 34 a. C., o si bien algunos de ellos habían sido decretados ya durante los dos años previos. De lo que sí podemos estar seguros es de que las popularmente llamadas Donaciones de Alejandría fueron una fastuosa y teatral demostración de los planes de futuro que compartían Cleopatra y Antonio, orquestada a partir de ciertos precedentes tolemaicos, que empezaban por la elaborada ceremonia que Tolomeo II había oficiado en un momento temprano de su reinado.[46] Cotejando las fuentes, podemos concluir que una gran multitud se concitó en el Gimnasio para dar cuenta de un banquete, en el que participaron la reina y Antonio acomodados sobre tronos de oro y acompañados de sus cuatro

hijos en tronos más bajos. Cleopatra, ataviada como la diosa Isis, fue declarada reina de reyes y soberana de Egipto, Chipre, Libia y Celesiria. Cesarión, de cuyas actividades durante la década anterior apenas sabemos nada, fue nombrado a sus 13 años rey de reyes y cogobernante junto con su madre.[47] Alejandro Helios, de 6 años y vestido para la ocasión con atuendos medos, recibió el título de rey de reyes y fue declarado señor de Armenia, Media y, sorprendentemente, Partia. De hecho, Iotape, la hija del rey de Media Atropatene (actual Azerbaiyán), acudió a Alejandría para comprometerse con el niño. Tolomeo Filadelfo, que por entonces apenas contaba 2 años y que había sido vestido al estilo de los Diádocos, fue saludado igualmente como rey de reyes y recibió Siria y Cilicia, además de, según una de nuestras fuentes, Asia Menor. Además, Alejandro recibió una escolta de honor meda y Tolomeo una macedonia. Por último, Cleopatra Selene, de solo 6 años, recibió Creta y Cirene. A cambio, parece que Cleopatra le confirió a Antonio amplias propiedades en Egipto, aunque el triunviro no tuvo mucho tiempo para disfrutar de sus rentas. A su muerte, estas pasaron a su hija, Antonia la Menor. La documentación en papiro demuestra que las posesiones de esta en Egipto eran extensas, sobre todo en El Fayum, donde sus latifundios llegaron a ser tan considerables que todo un distrito terminó recibiendo su nombre. Si bien es cierto que Antonia pudo conseguir todas estas tierras por otros medios, la herencia de su padre parece, a todas luces, la más probable.[48]

Es posible que Cleopatra y Antonio contrajeran nupcias con ocasión de las Donaciones de Alejandría, aunque nuestras fuentes al respecto son tan escasas y polémicas que resulta difícil aseverarlo.[49] Cabría preguntarse, en todo caso, qué propósito hubiera tenido un matrimonio semejante, el cual hubiera minado seriamente la posición de Antonio en Roma. En este mismo sentido, es significativo que ni Josefo ni Dion Casio aludan al supuesto matrimonio, que Plutarco lo refiera solo de pasada[50] y que no aparezca documentado en las fuentes egipcias.[51] Es más, el propio Antonio se encargó de acentuar lo ambiguo de la situación al subrayar, con ocasión de las Donaciones, que Cleopatra era la esposa de César.[52] Así pues, el supuesto matrimonio entre Antonio y Cleopatra pudo no ser más que una conveniencia semántica que la propaganda octaviana terminó por explotar en beneficio propio. Ahora bien, repárese en que, en las monedas acuñadas durante el periodo, la pareja se hizo representar en la disposición habitual de los matrimonios regios helenísticos.[53] Por aquellos mismos años, la reina asumió el título de Filopatris [La que ama a su país],[54] en alusión tanto a sus orígenes helenos –pues se trata de un concepto enraizado en la historia política griega–,[55] como a su condición de reina *egipcia* y no solo alejandrina –a diferencia de sus ancestros, según se colige de las limitaciones lingüísticas de estos–. Su compromiso con todo el valle del Nilo había sido manifiesto desde los primeros años de su reinado, entre otras cosas en virtud de sus determinantes actuaciones para mejorar la economía del país.

Aunque la atribución de todos estos honores y concesiones territoriales se atuvo a los poderes de los que Antonio gozaba como triunviro, su implementación literal entrañaba despojar a Roma de todos sus territorios al este del Asia Menor central. Huelga decir que tales disposiciones no fueron bien vistas en la ciudad. Antonio, siguiendo el cauce administrativo apropiado, envió una carta a la ciudad en la que solicitaba la ratificación de todas sus decisiones, pero, aunque Octaviano intentó apuntarse un gran tanto propagandístico haciendo pública la misiva, los dos cónsules de aquel año, ambos leales a Antonio, la mantuvieron prudentemente en secreto.[56]

23. Hölbl, G., 2001, 42-43.
24. Pelling, C. B. R., 1998, 30.
25. Dion Casio, *op. cit.*, 49.38.1; Reinhold, M., *op. cit.*, 72.
26. Plutarco, *Cayo Graco* 4.3-4; Plinio, *Historia natural* 34.31; Dixon, S., 2007, 29-31.
27. Flory, M. B., 1993, 287-308.
28. Hölbl, G., *op. cit.*, 242.
29. Porfirio (*FGrHist*. 260) F2.17; *vid*. Sherk, R. K., 1984, 88; Forrer, L., 1969, 120. Acerca de la improbable hipótesis de que esta doble cronología derive de una regencia o gobierno conjunto con Cesarión, *vid*. Samuel, A. E., 1971, 73-79.
30. Pelling, C. B. R., 1988, 193-194.
31. Plutarco, *Antonio* 37-51; Estrabón, *op. cit.*, 11.13.3; Livio, *Periocas* 130; Pelling, C. B. R., 1979, 87-88.
32. Dion Casio, *op. cit.*, 43.51.2.
33. Plutarco, *Antonio* 37.4.
34. Josefo, *Antigüedades judías* 15.96-103.
35. Livio, *op. cit.*, 132; Dion Casio, *op. cit.*, 49.32.5.
36. Plutarco, *Antonio* 37.3; Justino 41.2.6.
37. Plutarco, *Antonio* 50.2-3 y *Comparación entre Demetrio y Antonio* 5.2.
38. Buttrey, Th. V., Jr, 1954, 95-109.
39. Dion Casio, *op. cit.*, 49.32.1.
40. Plutarco, *Antonio* 52-53; Dion Casio, *op. cit.*, 49.33.
41. Huzar, E. G., 1978, 191.
42. Apiano, *op. cit.*, 5.142-144.
43. Livio, *op. cit.*, 131; Plutarco, *Antonio* 50.3-4; Veleyo Patérculo 2.82.3.
44. Plutarco, *Antonio* 50.4; Dion Casio, *op. cit.*, 49.40.3-4.
45. Versnel, H. S., 1970, 235-354.
46. Plutarco, *Antonio* 54.3-6; Dion Casio, *op. cit.*, 49.41 y 44. Para la ceremonia de Tolomeo II, *vid*. *infra*, 133.
47. Pudo ser homenajeado en Delos en esta misma época (*CIL* 3.7232).
48. Para una discusión detallada, *vid*. Kokkinos, N., 1992, 70-86.
49. Por ejemplo, *vid*. la expresión «Aegyptia coniunx» de Virgilio (*Eneida* 8.688), el recuento de Suetonio (*Vidas de los doce césares* [*Augusto* 69.2]) de una carta explícitamente descriptiva que Antonio remitió a Octaviano acerca de su relación, o la locución «Romam dotalem stupri turpis» de las *Elegiae in Maecenatem* 1.53-54. Véase también Estrabón, *op. cit.*, 17.1.11 y Reinhold, M., *op. cit.*, 220-222. Se ha escrito mucho acerca de este matrimonio. *Vid*., en particular, Huzar, E. G., *op. cit.*, 106-111; Volterra, E., 1978, 205-212; Ors, Á. d', 1979, 639-642; Kraft, K., 1967, 496-499.
50. Plutarco lo menciona brevemente en la *Comparación de Demetrio y Antonio* (1.3 y 4.1). Acerca de los problemas a la hora de comprender si realmente hubo o no un matrimonio, muchos de ellos de índole semántica, *vid*. Syme, R., 1960, 273-275 y Pelling, C. B. R., 1988, 219-220. La ambigüedad en torno al matrimonio es otro rasgo de la relación entre Cleopatra y Antonio transferido a la de Dido y Eneas (Virgilio, *op. cit.*, 4.172 y 338-339).
51. Ashton, S.-A., 2003, 27.
52. Dion Casio, *op. cit.*, 49.41.2; véase también Livio, *op. cit.*, 131: «[Antonio] había comenzado a tratar como esposa [a Cleopatra]».
53. Baldus, H. R., 1983, 5-10.
54. El título se documenta por primera vez en un contrato de marzo de 35 a. C. (Thompson, D. J., 2003, 31-34; Bingen, J., 1999, 118-123).
55. Lo empleó Demóstenes (Plutarco, *Carta a Apolonio* 33) y Licurgo de Esparta (Plutarco,

Cleómenes 10.5); véase también Polibio *Historias* 1.14.4.

56. Dion Casio, *op. cit.*, 49.41.4.

7

graneros reales entre la población. Tiempo después, fue acusada de haber dejado fuera de este programa de ayudas contra el hambre a la comunidad judía,[6] pero ello no parece verosímil, pues de su aperturismo religioso da buena cuenta, por ejemplo, su decisión de renovar la inviolabilidad de una sinagoga, seguramente en Leontópolis.[7]

Ignoramos hasta qué punto resultaron efectivos estos intentos de estabilizar la economía del reino, pero resulta significativo que las noticias acerca de desórdenes civiles parezcan disminuir tras sus primeros años de mandato.[8] Los gastos, por supuesto, fueron altos, pero es probable que no mucho más de lo que lo habían sido los de sus predecesores. Los esfuerzos romanos por subrayar el fastuoso estilo de vida de la reina derivan, ante todo, de las apabullantes diferencias de escala entre la economía egipcia y la romana. Tanto César como Octaviano comprendieron que el reino tolemaico era peligrosamente rico para los estándares romanos –es decir, constituía una influencia corruptora en potencia– y, aunque no tuvieron empacho en valerse de los recursos egipcios para sus propios fines, también se esforzaron en restringir el acceso romano al territorio. Pensemos además que, para las arcas egipcias, el estilo de vida de la reina no resultaría tan gravoso como los complejos y continuados preparativos militares, desde el respaldo a la expedición parta de Antonio a los 200 navíos que tomaron parte en la batalla de Accio. No obstante, la progresiva expansión del reino le reportaría unos ingresos cada vez mayores, una parte de los cuales llevaba tiempo sin estar al alcance de los tolomeos. Por ejemplo, el reintegro de Chipre, que su padre había perdido en favor de los romanos, supuso para Cleopatra la recuperación de los ingresos derivados tradicionalmente de sus minas de cobre, aunque estos al final le serían atribuidos a Herodes el Grande.[9] Tanto Chipre como Cilicia le proporcionarían a la reina madera abundante para su ambicioso programa de construcción naval, aunque las posesiones cilicias también le obligarían a realizar esfuerzos para controlar el problema de la piratería, perenne en la zona.[10] Los romanos, de hecho, no habían logrado erradicarla, algo de lo que Antonio sería particularmente consciente, pues tanto su padre como su abuelo se habían implicado infructuosamente en el asunto.[11] Quizá por ello decidió que quienes estaban en mejor disposición para lidiar con el problema eran los reyes aliados, por lo que les encomendó la tarea a Cleopatra y a su colega Arquelao de Capadocia. Pese a todo, nada parece indicar que los monarcas cosecharan mayores éxitos que los que habían tenido los romanos.

Otras nuevas fuentes de ingresos para Cleopatra fueron los vastos arrendamientos de tierras –y, presumiblemente, de las materias primas producidas en ellas– en Celesiria, Judea y el territorio nabateo. Aunque no olvidemos que también tendría a su disposición los tradicionales ingresos tolemaicos. Egipto era célebre por la riqueza cerealística, aunque no es fácil cuantificar hasta qué punto esta se habría visto mermada debido a las escasas crecidas del Nilo. Teócrito había

afirmado tiempo atrás que ningún otro lugar de la tierra era tan productivo desde el punto de vista agrícola, aunque también subrayó que el país debía toda su prosperidad al Nilo; y, en el siglo I d. C., sabemos que el cereal egipcio bastaba para abastecer Roma durante cuatro meses al año.[12] Otros productos agrícolas no resultaban tan significativos; de hecho, la calidad del vino egipcio se solía criticar sin ambages.[13] Pese a todo, el gobierno tolemaico contaba con numerosos monopolios regios, tales como el del aceite vegetal (el aceite de oliva no se producía en grandes cantidades), el del papiro, el de los textiles o el de las sustancias aromáticas, estas últimas importadas de Arabia.[14] También era propietario de ingentes cantidades de tierras, que podía explotar directamente o bien arrendar a terceros. Sabemos que la fábrica textil regia de Cleopatra estaba administrada por un senador romano, Q. Ovinio, a quien Octaviano mandó ajusticiar tras la caída de Alejandría, supuestamente porque involucrarse en un negocio como aquel era una conducta impropia para un senador.[15] No es difícil sospechar que detrás de aquello tuvo que haber algo más.

El gobierno egipcio, por otra parte, mantenía lucrativas relaciones comerciales con regiones ajenas a sus territorios, sobre todo hacia el sur y hacia el este. Ya en el siglo III a. C., los exploradores tolemaicos habían remontado el Nilo para contactar con la ciudad de Meroé, en la que se estableció una presencia egipcia permanente que facilitó la indagación del interior africano. Otros agentes establecieron varios puertos de comercio y estaciones de caza de elefantes a orillas del mar Rojo.[16] Y, como ya se ha comentado, las sustancias aromáticas se importaban desde la región rica en incienso que se extendía al sudoeste de Arabia. El desenvolvimiento de Cleopatra en las diversas lenguas concernidas (etíope, troglodita y árabe) es evidente que favorecería el progresivo desarrollo de todos estos contactos. Por último, las relaciones con la India también se contaron entre las prioridades de la reina: las reiteradas referencias al país como posible refugio para Cleopatra tras el descalabro de Accio demuestran que la reina tenía al menos ciertos conocimientos sobre este. El comercio directo entre los tolomeos y la India había comenzado a finales del siglo II a. C., gracias a las empresas del aventurero Eudoxo de Cícico, y a en los inicios de la centuria siguiente ya transitaban entre el mar Rojo y la India veinte naves anuales, un número que Estrabón consideraría irrisorio en comparación con el drástico aumento del tráfico naval en su época –los años inmediatamente posteriores a la muerte de Cleopatra– presumiblemente debido a la paz romana.[17] Para facilitar el comercio con la India, Tolomeo XII consiguió un permiso para desembarcar en la isla de Dioscórides (actual Socota), frente al cuerno de África;[18] un enclave esencial para la ruta naval, que, por lo que parece, continuó controlado por sus gobernantes árabes sin convertirse en una posesión permanente tolemaica ni, tiempo después, romana.[19] El detallado recuento de la actividad comercial entre Egipto y la India conocido como el *Periplo del mar Eritreo*, fechado en torno a un siglo después de

la época de Cleopatra, ofrece una amplia panorámica de los procesos implementados y los bienes intercambiados, que, a buen seguro, no habrían cambiado mucho desde los tiempos tolemaicos. Se trasegaban hacia oriente productos tales como aceite, aceitunas, cereal, vino, textiles y metales, y a cambio se obtenía azúcar, mantequilla india, arroz, algodón en rama, seda, piedras preciosas, sustancias aromáticas y especias. De hecho, si Cleopatra llegó a vestir realmente atuendos de seda china, se trataría de una de las primeras evidencias de la llegada de este producto textil al Mediterráneo.[20] El comercio tolemaico con la India alcanzó tales proporciones que se designó a un miembro específico de la administración real para encargarse de la gestión, el «supervisor de los mares Eritreo e Indio». Desde los comienzos del reinado de Tolomeo XII, y hasta bien entrado el de Cleopatra, el puesto lo desempeñó un tal Calímaco, documentado entre 74/73 y 39 a. C. Es más, puede que debido a la posible naturaleza hereditaria de las magistraturas tolemaicas, sabemos que su hijo Cronio le sucedió en, al menos, una parte de las responsabilidades hacia 51 a. C. (quizá con el cambio de régimen) y que otro de sus hijos, llamado también Calímaco, formaba parte del gobierno egipcio todavía en 39 a. C.[21]

En cualquier caso, a pesar de todo este florecimiento del comercio y de la agricultura, Cleopatra se vio acosada por los problemas financieros. Los ingresos netos de Tolomeo XII habían fluctuado entre los 6000 y los 12 500 talentos, aunque desconocemos qué significarían realmente tales cifras. Estrabón, que menciona la más elevada, apunta con ironía que se trataba de una suma extraordinaria para un reino atrozmente gestionado desde el punto de vista financiero.[22] Como es bien sabido, los gobiernos son expertos en ocultar los excesos presupuestarios, por lo que no podemos determinar cómo se articularían los mencionados ingresos con las ingentes deudas contraídas con los banqueros romanos, aunque resulta significativo que tanto Tolomeo XII como su hija tuvieron que devaluar sus acuñaciones.[23] En cambio, las noticias acerca de confiscaciones y robos descarados en la última etapa del reinado de Cleopatra están tan insertas en la propaganda contra la reina, predominante en aquella época, que resulta difícil discriminar si derivarían realmente de auténticos ahogos financieros. Máxime cuando tales estrecheces parecen contradictorias con el empeño de Octaviano en conquistar Egipto debido a sus magníficas riquezas.

La amplia extensión geográfica de las acuñaciones de Cleopatra es indicativa tanto de sus intentos de garantizar la solvencia económica, como de sus amplias ambiciones territoriales.[24] Sus monedas reflejan la imagen que la reina pretendía dar de sí misma; a menudo incluían también representaciones de Isis. Las series egipcias se distribuyen a lo largo de todo su reinado, desde el Año 1 (51 a. C.) hasta el 22 (30 a. C.), con solo unos pocos años sin ejemplares conocidos. Las emisiones reflejan los problemas económicos del periodo, pues no conocemos ninguna acuñación en oro y las fabricadas en plata se devaluaron a un 40 por

ciento o incluso menos.[25] Cleopatra también recuperó las acuñaciones en bronce en Alejandría, ausentes desde los tiempos de Tolomeo IX.[26] La ausencia de series monetales de oro, en todo caso, no es particularmente significativa, pues el metal llevaba sin emplearse desde la época de Tolomeo V.[27] De hecho, las acuñaciones en oro fueron cada vez más raras entre los reyes aliados, hasta que finalmente fueron prohibidas por Roma.[28] Desde luego, la relación de Cleopatra con la urbe era lo suficientemente relajada como para que la reina no se considerara atada por tales regulaciones, a diferencia de su nieto Tolomeo de Mauritania, cuyas acuñaciones en oro terminaron motivando su ejecución,[29] y si no acuñó en oro es probable que fuera porque hacía tiempo que los tolomeos se habían habituado a no hacerlo. Por el contrario, conocemos emisiones en bronce para la mayor parte de los años de reinado de Cleopatra, así como series de plata para dos de ellos, el sexto y el undécimo (47-46 y 42-41 a. C.). El énfasis en la acuñación de divisores da buena prueba de los problemas financieros por los que atravesaba el país. En este sentido, quizá no sea casualidad que la propia reina redactara, al parecer, un tratado acerca de pesos y medidas.[30] Pero, además de las piezas egipcias, también conocemos otras series de Antioquía, Ascalón, Bérito (Fig. 11d/f), Calcis de Siria, Chipre, Damasco, Ortosia, Patras y, ya en Fenicia, Tolemaida y Trípoli. Cesarión aparece en una moneda acuñada probablemente en Chipre en la que se le representa como a Eros, en compañía de su madre (Fig. 11a). Otras emisiones, por su parte, imitaron los tipos de Arsínoe II, la más célebre de las primeras reinas tolemaicas.[31] Un denario de ceca desconocida muestra a Antonio junto a la leyenda «Armenia devicta» en una de sus caras y a la reina acompañada del rótulo «Cleopatrae reginae regum filiorum regum» por la otra, lo que prueba la historicidad de la titulatura manejada durante las Donaciones de Alejandría. Aunque no está claro si esta última pieza es romana, si así fuera se trataría de la primera ocasión en la que una mujer extranjera aparecería en una acuñación de la República y acompañada de una inscripción en latín, novedad que pudo ser esgrimida fácilmente contra Antonio.[32] Por último, también se vincula con la reina una serie de monedas cirenaicas con la representación de un cocodrilo acuñadas bajo la autoridad de P. Canidio Craso, probablemente el gobernador regio designado cuando las Donaciones le atribuyeron a Cleopatra Selene el control de la región.[33] Sea como fuere, las monedas de Cleopatra no solo han aparecido en las regiones en las que se acuñaron, sino que también se han hallado ejemplares en Split (a orillas del Adriático) y en Este (en el Véneto, en la Italia septentrional), indicativos, quizá, de los esfuerzos comerciales de la reina por abrirse paso en los mercados adriáticos y del valle del Po.[34]

En muchos casos, Cleopatra heredó los administradores regios de su padre, como pone de manifiesto la prolongada carrera del citado Calímaco. Algunos, como Potino, que ejercía de jefe supremo de las finanzas, acabaron en el bando equivocado durante la Guerra de Alejandría, lo que puso un abrupto fin a sus

carreras, pero muchos otros continuaron sirviendo a la nueva reina, como pone de manifiesto la prosopografía de unos 100 nombres atestiguados para la administración de Cleopatra. Prácticamente todo ellos aparecen reflejados en los papiros y en las inscripciones y solo rara vez en las fuentes literarias.[35] Sin embargo, en la mayoría de los casos tan solo conservamos los nombres. Así, conocemos a un tal Diomedes que ejerció como secretario de la reina en 30 a. C.;[36] a un tal Numenias, que en 38 a. C. la sirvió como mayordomo; a alguien llamado Quelidón, que se contaba entre los eunucos de la corte y cuyo papel, aunque relevante, se nos escapa, aunque se hizo famoso por la ingente fortuna que llegó a amasar;[37] y a un tal Apolodoro de Sicilia, del que solo sabemos que ayudó a Cleopatra a llegar a hurtadillas ante la presencia de César, pero que, lógicamente, debía de ser un íntimo colaborador de la reina, dado lo delicado de la tarea que se le encargó (*vid.* págs. 203-206). Dexífanes de Cnido fue su arquitecto real; puesto que conocemos a un Dexífanes anterior, padre de Sóstrato, el arquitecto del faro, es posible que este nombre nos esté indicando que el cargo era hereditario.[38] Al menos durante el periodo 46-41 a. C., alguien llamado Teón trabajó como magistrado al frente de la gestión ordinaria –esto es, el jefe de personal– y se encargaba de implementar las órdenes reales.[39] Conocemos también a más de una veintena de sus gobernadores regionales, algunos de ellos con nombres griegos puramente helenísticos, como Alejandro, Leonnato, Tolemaios o Seleuco; y otros con nombres egipcios, como Pachom o Pamenques. Por lo que parece, todavía era habitual que los funcionarios superiores fueran griegos y que los egipcios se vieran relegados a los escalafones inferiores: Calímaco, entre sus muchos cargos, era el gobernador real (*epistrategos*) de la Tebaida, pero sus subordinados (*strategoi*) eran egipcios: Haremefis en el nomo de Panópolis, Pachomios en los de Dendera y Edfú (su estatua puede visitarse hoy en Detroit)[40] y Monkores en el de Peritebas.[41] Entre los demás funcionarios conocidos, se cuentan algunos responsables de finanzas regionales, gerentes de graneros, recaudadores fiscales y escribas. A quienes, por supuesto, habría que añadir las damas de compañía de la reina, Ira y Carmión, a las que las fuentes aluden de forma periódica durante toda la vida de Cleopatra y que terminaron viéndose radicalmente involucradas en su muerte.[42] La lista es interesante, aunque no particularmente esclarecedora. En todo caso, sabemos que, cuando Octaviano se anexionó Egipto en 30 a. C., no solo se convirtió en el gobernante oficial, sino que, además, preservó buena parte de la vieja administración real al contentarse con colocar a un puñado de burócratas romanos al frente de sus estructuras.

EL PROGRAMA DE EDIFICACIÓN DE LA CORONA

Los programas de grandes obras públicas eran parte fundamental de la política de todo monarca helenístico. Los ancestros de Cleopatra, Tolomeo I y II en especial,

habían construido y ampliado la ciudad de Alejandría y habían prodigado el mecenazgo arquitectónico fuera de los límites del país, como evidencia el gimnasio levantado en Atenas por Tolomeo VI o, más probablemente, Tolomeo III.[43] La némesis de Cleopatra, Herodes el Grande, emprendió en 40 a. C. el mayor programa real de edificación que se había visto hasta la fecha, cuyas obras se prolongaron durante tres décadas y se extendieron a lo largo y ancho del Mediterráneo oriental. Sin embargo, pese a todos estos precedentes, la reina no destacó precisamente como una gran constructora. Ello se debió, en parte, a que Alejandría no requeriría ya de nuevas construcciones grandiosas. Reparemos en que, cuando Cleopatra ascendió al trono, la capital tolemaica llevaba concentrando el patronazgo regio desde hacía más de 250 años; en tiempos de Tolomeo XII, de hecho, se había ampliado de manera desmesurada, hasta convertirse en la ciudad más extensa del mundo.[44]

Sin embargo, en los inicios del reinado de Cleopatra, la capital sufrió graves daños a causa de la Guerra de Alejandría. Zonas enteras fueron demolidas para fines militares. Sabemos por ejemplo que César abatió todas las estructuras de la isla de Faros, levantó fortificaciones en ella y modificó el trazado de la calzada que la conectaba con tierra firme. El famoso faro que se alzaba en el pequeño islote de Proteo, en el extremo oriental de la isla, resultó parcialmente destruido. Los defensores alejandrinos, por su parte, convirtieron las vigas de los grandes edificios públicos de la ciudad, incluido el gimnasio, en remos para sus naves.[45] Durante las hostilidades, un gran incendio se desató en el distrito del astillero y se propagó por los almacenes, sobre todo por los que acopiaban cereal, y terminó afectando a la Biblioteca, aunque los detalles y la gravedad del suceso resultan todavía controvertidos.[46]

Así pues, una vez consolidada Cleopatra en el trono tras la partida de César en la primavera de 47 a. C., fue necesario emprender en la ciudad un ambicioso programa de reconstrucción, de cuya supervisión se encargó el arquitecto real, Dexífanes de Cnido. El principal gimnasio de Alejandría, cuya historia previa ignoramos por completo, fue restaurado en esa fase y se convirtió en sede de los principales acontecimientos celebrados a lo largo del reinado e incluso después de este. Aproximadamente en la época en la que falleció Cleopatra, Estrabón lo describe como un edificio particularmente bello, con columnatas de un estadio de longitud, situado en la principal arteria este-oeste de la urbe.[47]

Cleopatra hubo de ocuparse también de la isla de Faros, sobre todo, del faro adyacente.[48] La primera era un distrito residencial egipcio, fundamentalmente, por lo que es probable que no estuviera entre los objetivos prioritarios del patronazgo regio y permaneciera desolada incluso en época romana. El faro, en cambio, tuvo que ser reconstruido, pues se encontraba en muy malas condiciones, si es que no prácticamente derruido. Levantado por Sóstrato de Cnido en 280 a. C. por encargo de Tolomeo II para guiar a las embarcaciones

por la difícil y peligrosa entrada a los puertos,[49] era el edificio más célebre y visible de Alejandría, lo primero que contemplaban los viajeros que llegaban a la ciudad, por lo que su inmediata reparación resultaba esencial. Esta fue tan completa que, años después, a Cleopatra se le terminó atribuyendo la construcción de toda la estructura.[50] La isla de Faros estaba conectada a tierra firme mediante una calzada asentada sobre una escollera, el Heptastadion, así denominado por su longitud de 7 estadios, mencionado por primera vez en tiempos de Tolomeo II. Sabemos que César hubo de reformarlo con fines defensivos y que Cleopatra lo reconstruyó en tan solo siete días, al cabo de los cuales lo inauguró con un recorrido ceremonial montada en su carro.[51]

Las fuentes, por el contrario, no detallan las reparaciones que fue necesario implementar en la Biblioteca. La noticia de que Antonio huyó de Pérgamo y se llevó consigo los fondos de la biblioteca local para depositarlos en la de Alejandría,[52] derivada de una fuente poco fiable, resulta inverosímil, mas podría reflejar de alguna manera las gestiones llevadas a cabo para reemplazar los volúmenes perdidos. Nada sabemos de los propios edificios. En todo caso, parece que la Biblioteca continuó prosperando en época romana, tal y como evidencian por ejemplo los trabajos de Estrabón y Juba II.

El desarrollo arquitectónico más relevante de la Aleandría de Cleopatra fue el Cesareion, un recinto dedicado a Julio César, quien, como ya se ha dicho, fue quien ideó el proyecto durante su estancia en la ciudad.[53] Recordemos asimismo que el dictador, un gran innovador arquitectónico, ya por entonces había emprendido su vasto programa de edificación en Roma y que poco después de abandonar Alejandría pasó por Antioquía y encargó allí la erección de otro Cesareion.[54] Todas estas estructuras fueron pórticos cerrados inspirados en el de Pérgamo, un hito fundamental en el fecundo intercambio entre la arquitectura helenística y la romana. Puesto que César nunca regresó a Alejandría, fue Cleopatra quien tuvo que encargarse de supervisar los progresos del Cesareion, a imitación, quizá, del Foro de César, con el que la reina estaría familiarizada desde al menos 46 a. C. Ignoramos hasta qué punto habrían progresado los trabajos en 30 a. C., pero debían de estar ya lo suficientemente avanzados como para que el recinto albergara una estatua de César, pues sabemos que aquel verano Antilo, el hijo de Antonio y Fulvia, se refugió en vano a sus pies, pues no pudo evitar que lo asesinaran.[55] Es posible que la cabeza de César labrada en diorita verde que se conserva actualmente en Berlín perteneciera a esta escultura.[56] Por lo demás, contamos con algunos indicios de que el complejo también pudo llegar a estar dedicado a Antonio, pero parecen derivar de una lectura incorrecta de la crónica de Dion Casio, perpetuada a través de la enciclopedia del siglo X que conocemos como *Suda*.[57] El recinto se situó en el centro de la ciudad, frente al puerto y al este del Heptastadio. Algunas evidencias apuntan a que Cleopatra pudo ampliar el proyecto inicial hasta convertirlo en un nuevo Foro Julio, o bien a que levantó

en sus inmediaciones un complejo independiente que bautizó con ese nombre. Nuestra principal fuente al respecto es la inscripción original del obelisco que hoy se yergue enfrente de la basílica de San Pedro, en Roma (trasladado a la ciudad en 37 d. C. por el emperador Calígula), en la que se alude a un Foro Julio edificado por C. Cornelio Galo, de quien sabemos que colaboró con Octaviano en la caída de Alejandría y que poco después fue designado prefecto de Egipto.[58] Puesto que el epígrafe no se refiere a Galo con ese título, es probable que fuera redactado antes de que Octaviano abandonara la capital egipcia a finales de 30 a. C.; y, dado que resulta poco verosímil que Galo levantara un foro en los pocos meses transcurridos entre la muerte de Cleopatra y la partida de Octaviano, seguramente no hizo sino completar una estructura que ya estaba en construcción. Aunque reconocemos que las pruebas no son irrefutables, todo parece apuntar a que fue Cleopatra quien comenzó el proyecto que se concluyó en el nuevo régimen, ya que para la reina ensalzar la figura de César resultaba tan provechoso como para el mismísimo Octaviano. Y es evidente que no porque fuera su antiguo amante, sino porque su memoria era un elemento fundamental del posicionamiento de la soberana egipcia en el mundo romano contemporáneo. A la muerte de Cleopatra, el complejo –ya estuviera constituido por una estructura o por dos– se convirtió en un templo consagrado al culto imperial. A finales de los años 30 d. C., Filón lo describió ya completo, con *stoas*, bibliotecas y su rica colección artística, aunque desconocemos qué parte de todo ello cabe imputar a la iniciativa de Cleopatra.[59] En 13/12 a. C., cuando Augusto se convirtió en pontífice máximo, se erigieron frente al complejo, junto a la línea de costa, los dos célebres obeliscos del Reino Nuevo que en la actualidad se conocen como las Agujas de Cleopatra.[60] En la segunda mitad del siglo XIX, uno de ellos aún permanecía en pie, mientras que el otro yacía enterrado junto a él. Este último fue llevado a Londres en 1877, en tanto que el primero se trasladó a Nueva York en 1880.

La otra estructura de la ciudad asociada con Cleopatra fue su tumba, el lugar en el que la reina mandó dar sepultura a Antonio y en el que, pocos días después, Octaviano la enterró a ella.[61] Era un recinto independiente al que albergaba las tumbas de sus ancestros tolemaicos, el Tolemaion, que, a su vez, estaba separado de la sepultura de Alejandro Magno, aunque los tres se encontraban inscritos en el complejo palacial.[62] Nuestras fuentes no mencionan la tumba de Cleopatra hasta las últimas semanas de su vida, por lo que desconocemos si la estructura fue el resultado de una edificación prolongada o si más bien debió improvisarse durante el verano de 30 a. C., cuando la reina comprendió que su muerte era inminente.[63] Al fin y al cabo, sabemos que, cuando esta se produjo, la tumba no se había llegado a completar, por lo que fue Octaviano quien, supuestamente, tuvo que encargarse de la labor. El posible apresuramiento de los trabajos, además, obligaría a que la construcción no fuera demasiado significativa, lo que

también explicaría que, en apariencia, no perdurara mucho en el tiempo. Por lo que sabemos, la tumba se situó junto al templo de Isis –no en vano, Cleopatra se consideraba la Nueva Isis–, un edificio cuya ubicación había sido elegida por el propio Alejandro en el contexto de la planificación inicial de la ciudad,[64] pero que hoy nos resulta desconocida, máxime cuando, en tiempos de Cleopatra, en Alejandría coexistirían numerosos templos de la diosa. Seguramente tenía una ventana que se asomaba sobre el mar y también un ingenioso mecanismo que imposibilitaba la reapertura de las puertas tras su sellado, reminiscente de las tumbas egipcias tradicionales y que explica por qué hubo que izar por la ventana o por el techo al moribundo Antonio para introducirlo en el recinto. Resulta imposible determinar si la reina murió realmente aquí o en su palacio, pues en la sepultura disponía, al parecer, de una sala acondicionada como vivienda. Sorprendentemente, nada de ello obsta para que estemos hablando de uno de los monumentos menos conocidos de la antigua Alejandría. De hecho, todo apunta a que no se conservó más allá del siglo I d. C. La última referencia al mismo data de finales de dicha centuria y se reduce a una alusión poética para la que ni siquiera es posible determinar un marco temporal concreto.[65] Entre las hipótesis barajadas acerca de su temprana desaparición, se ha propuesto que la sepultura pudo ser destruida de forma deliberada por los propios alejandrinos o por los funcionarios romanos (algo incongruente con el cuidado con el que Octaviano garantizó el uso y con la reputación que Antonio retuvo tras su muerte), o bien que pudo tratarse solamente de una tumba temporal, desde la que poco tiempo después el cadáver de la reina sería trasladado para su descanso eterno junto a sus ancestros (una especulación que, a decir verdad, no encuentra refrendo alguno en la literatura antigua). Incluso si en algún momento hubiera resultado conveniente olvidar la figura de Cleopatra, la tumba era también la de Antonio y lo esperable hubiera sido que aquello hubiera garantizado la supervivencia, dado que entre los descendientes del triunviro hubo tres emperadores y no pocos individuos relevantes durante casi un siglo tras su muerte. Sin embargo, aunque su nieto Germánico visitó Egipto en 19 d. C., la detalladísima crónica de su viaje no hace referencia alguna a que visitara la tumba de su abuelo y ello pese a que sus recientes visitas a Accio y al campamento de Antonio delatan su interés por rescatar la memoria de este.[66] Lo más probable es que la tumba de Cleopatra y Antonio desapareciera al poco de sus fallecimientos, aunque hoy el insólito enigma continúa sin respuesta. Es posible incluso que el cadáver de Antonio no tardara en ser trasladado a Roma y que la tumba de Cleopatra fuera rápidamente olvidada o hasta demolida, quizá previo traslado de sus restos mortales para reunirlos con los de sus antepasados.[67]

Sin embargo, la sepultura llegó a tener en su momento una importancia simbólica capital. Y es que, a su regreso a Roma, Octaviano –que muy pronto pasó a llamarse Augusto– emprendió casi de inmediato la construcción de su

propia tumba dinástica en el límite septentrional del Campo de Marte. Al igual que Cleopatra, prefirió abandonar el lugar de enterramiento de sus ancestros y erigir una nueva estructura para él y los suyos. Estrabón, que pudo verla en construcción, la denominó *mausoleo*, en la que es la primera ocasión conocida en la que se empleó el término para referirse a un edificio distinto de la célebre tumba de Mausolo de Caria. A los pocos años, Herodes el Grande emprendió las obras de su tumba en Herodión y Juba II hizo lo propio en Tipasa, al este de Cesarea de Mauritania.[68] Los tres complejos resultan llamativamente visibles en nuestros días. Pues bien, la tumba de Cleopatra y Antonio, poco conocida y tempranamente desaparecida, fue el prototipo tanto de las sepulturas dinásticas de la familia imperial romana como de las de los demás reyes aliados.

No poseemos datos fidedignos acerca del palacio de Cleopatra, que la reina heredó de su padre y que, seguramente, no alteró de manera significativa. Se alzaba sobre el promontorio de Loquias y al sudoeste del mismo, al este de los puertos[69] y sabemos que su construcción fue impulsada por el mismísimo Alejandro Magno.[70] La mejor descripción del recinto se la debemos a Estrabón, que escribió, como ya hemos dicho, pocos años después de la muerte de Cleopatra. Abarcaba casi una tercera parte de la ciudad y había sido ampliado por cada uno de los Tolomeos reinantes –presumiblemente, eso incluiría a Cleopatra–, por lo que, en realidad, comprendía distintos complejos interconectados. El Museo, con sus salas de lectura y sus comedores, era uno de ellos, y lo mismo sucedía con el espacio sepulcral regio, en el que se incluían la tumba de Alejandro, la de los Tolomeos y la de Cleopatra y Antonio. El palacio albergaba también numerosos jardines y pabellones y contaba con puerto privado propio. Frente a la costa, un pequeño islote daba cabida a un segundo complejo palacial. Todo el conjunto estaba dotado de la mayor magnificencia de la que era capaz la arquitectura helenística, rematada con decoraciones de la máxima calidad. Los hallazgos arqueológicos en la zona del promontorio de Loquias, datados, como era de esperar, a partir de finales del siglo IV a. C., incluyen magníficos mosaicos, columnatas, tejas griegas y restos de jardines.[71] Por lo demás, el palacio continuó en servicio en época romana: el Museo siguió funcionando gracias al mecenazgo imperial y, con toda probabilidad, la administración romana hizo buen uso de sus áreas burocráticas.[72]

Aunque conocemos pocos detalles específicos del palacio que Cleopatra remodeló y habitó, conservamos una descripción de este en la epopeya que Lucano dedicó a la guerra civil romana, compuesta, aproximadamente, un siglo después de la muerte de la reina y centrada en la poética recreación de su relación con César.[73] Obviamente, hemos de tratar este material con mucha precaución, pues buena parte de él cae en el estereotipo y se basa en la visión romana de la opulencia de los dinastas helenísticos, así como en los palacios de Nerón que Lucano seguramente sí llegó a conocer. En todo caso, el poeta nos habla de

paredes de mármol, de un comedor del tamaño de un templo, de ornamentos de marfil y esmeraldas, de hierbas aromáticas y de una gran profusión de flores. Incluye también algunos detalles decorativos concretos, como el ébano de Etiopía, las mesas de madera de tuya* de Mauritania o el carey de la India. Pese a todos sus problemas, el pasaje nos proporciona la mejor perspectiva del lujo que debió de caracterizar el palacio de Cleopatra, el cual, como su tumba, acabó por convertirse en prototipo para las generaciones futuras, de poderosa influencia, por ejemplo, para muchos de los palacios herodianos o incluso para el complejo residencial romano del Palatino.

Conservamos además algunos indicios de construcciones impulsadas por Cleopatra a lo largo y ancho del territorio egipcio, perfectamente acordes a los arraigados cánones de la arquitectura local. Así, por ejemplo, un relieve de la reina junto a Cesarión, ambos vestidos con los atavíos regios tradicionales egipcios, aparece por duplicado en el muro trasero del templo de Hathor en Dendera, en la Tebaida (Fig. 4), cuyas obras había emprendido Tolomeo XII y fueron completadas por la reina. El relieve enfatiza el papel de madre y la representa con los atributos de Isis y con Cesarión ante ella.[74] El simbolismo de la escena no puede resultar más significativo. Cleopatra y Cesarión aparecen brindándole ofrendas a Hathor, la diosa del templo, y a su hijo Ihy. El consorte de Hathor, Horus, no estaba presente, pues residía en Edfú, a un centenar de kilómetros río arriba, aunque en ocasiones visitaba Dendera. Así pues, el esquema compositivo contenía una metáfora de la situación personal de Cleopatra, que tenía que criar a su hijo a pesar de la ausencia del padre de este (Julio César). La reina bien pudo valerse de su propia trayectoria vital para enfatizar los vínculos con una de las principales diosas egipcias y fortalecer así su posición entre las élites religiosas y entre la población en su conjunto.[75] Curiosamente, tras la muerte de Cleopatra, Augusto amplió este templo y añadió su nombre para evidenciar que, fuera cual fuese el discurso oficial en Roma, en Egipto la reina aún era una fuente de poder. En Coptos, encontramos también un templo barca que podría conmemorar su viaje con César por el Nilo.[76] Río arriba, en Hermontis, se levanta el Kiosco inacabado, impulsado por la reina,[77] y, en la misma localidad, sabemos que existió un santuario considerado, por lo general, un «templo de nacimiento», demolido en 1861 pero en el que Cleopatra aparecía representada mientras asistía al nacimiento del hijo de Isis, Horus, en clara referencia al alumbramiento de Cesarión.[78] Nuestra protagonista también construyó un templo de Isis en las proximidades de Tolemaida Hermia, en el Alto Egipto; de tal proyecto se encargó en 46 a. C. Calímaco, el inveterado gobernador de la región.[79]

Otra de las prerrogativas de la realeza helenística fue la fundación de ciudades y no es casual que conozcamos al menos tres localidades llamadas Cleopatra/Cleopatris en suelo egipcio.[80] La más célebre se sitúa en la cabecera del golfo de

Suez, en las proximidades de la actual ciudad de Suez y junto a la desembocadura del antiguo canal que conectaba el Mediterráneo con el mar Rojo.[81] Constituyó, probablemente, la base naval tolemaica para las operaciones con el mar Rojo y la India y, aunque no haya podido localizarse (más allá del emplazamiento en el sector del mar Rojo más próximo a Alejandría), sabemos que continuó en uso hasta el siglo XIX. Fue aquí, por ejemplo, donde Elio Galo, prefecto de Egipto, se embarcó en su infausta expedición árabe en 26 o 25 a. C., con Estrabón a su servicio. Tradicionalmente, la ciudad se había llamado Arsínoe, pero es posible que Cleopatra decidiera eliminar del mapa egipcio el nombre de su detestada hermana, sobre todo al tratarse de un emplazamiento de tanta importancia estratégica, sin reparar acaso en que el topónimo seguramente haría referencia a Arsínoe II. Otra Cleopatris o Cleopatra (no está claro si se trataba de un único enclave o de dos distintos) se situaba al oeste del Nilo, junto a Hermópolis; la arqueología apenas ha encontrado rastro de ella, pero sabemos que el topónimo aún se conocía en el siglo VIII.[82] Por supuesto, nada demuestra de forma fehaciente que ninguna de estas ciudades se relacionara en concreto con Cleopatra VII, pero resulta mucho más probable que fuera la reina y no alguna de sus predecesoras quien se encargara de su fundación.

ISIS Y DIONISO

Isis y Dioniso se vincularon al régimen tolemaico desde el mismo inicio de la dinastía, en un proceso que culminó con la adopción de sus atributos divinos por Cleopatra y Antonio. Isis, recordemos, era una deidad sumamente popular, relacionada no solo con la agricultura y las cosechas, sino también con el matrimonio y la maternidad, asimilada a la griega Démeter. En su condición de madre soltera, además, su figura encontraría un fácil paralelo en la de Cleopatra. Y el hermano de Isis y padre del hijo de esta, Horus (llamado Harpócrates en las versiones más helenizadas), era Osiris, al que los griegos concebían como una variante de Dioniso, el más célebre de las deidades helenas, dada su asociación con las vides. Su eufórico séquito constituía una parte clave de la cultura griega desde tiempos inmemoriales. Por consiguiente, tan pronto como los griegos entraron en contacto con la cultura egipcia, consideraron que Isis/Démeter y Osiris/Dioniso conformaban una pareja divina merecedora del máximo interés y respeto.[83] Por otra parte, las dos deidades estaban relacionadas con la figura de Alejandro Magno, pues Isis desempeñó un papel relevante en sus planes para la ciudad de Alejandría y el macedonio consideraba a Dioniso no solo como a uno de sus ancestros, sino también como un modelo al que imitar.[84] Por consiguiente, resultó lógico que los monarcas tolemaicos alimentaran una relación estrecha con ambas divinidades. En sus acuñaciones, Tolomeo I hizo representar en primer lugar a Alejandro y después a sí mismo, caracterizados ambos como Dioniso.[85]

De igual modo, el patrocinio tolemaico de Isis impulsó su culto en las posesiones ultramarinas,[86] aunque ya en un momento tan temprano como el siglo V a. C. la diosa era identificada con Démeter,[87] así como es muy probable que fuera venerada en Atenas antes de la época tolemaica,[88] puede que por influencia de los mercaderes egipcios. Cuando Arsínoe II, la esposa de Tolomeo II, fue declarada diosa tras su muerte en 270 a. C. asumió el vínculo con Isis como uno de sus atributos. La extensión del culto a la reina a lo largo y ancho de los territorios tolemaicos incluiría también el de Isis, sobre todo en las ciudades llamadas Arsínoe, pero también en lugares tan diversos como Halicarnaso y Tera.[89] A Isis se la conocía en Italia desde al menos el siglo II a. C., en las ciudades portuarias en especial. Los romanos siempre mostraron cierta ambigüedad en relación con su culto –como les sucedía, en general, con todos los cultos extranjeros–, aunque en las décadas de 50 y 40 a. C. se sucedieron las reacciones contrarias a la diosa y las expulsiones de sus adeptos, lo que coincide, quizá no por casualidad, con la época en la que Tolomeo XII y Cleopatra frecuentaron Roma.[90]

Con la asociación de Arsínoe II, la más famosa de las primeras reinas tolemaicas, con Isis, se sentó un precedente que recuperaron varias de sus sucesoras, más que dispuestas a reivindicar el vínculo con la diosa, como hizo, por ejemplo, Cleopatra III a finales del siglo II a. C.[91] Tenemos documentada la identificación entre Cleopatra VII e Isis en un momento tan temprano como 47/46 a. C. –significativamente, el año en el que, como le sucediera a la diosa, Cleopatra se convirtió en madre soltera–,[92] pero, con el tiempo, la reina se habituó a vestir como ella en todos los actos oficiales.[93] Desconocemos qué implicaría exactamente esta práctica, aunque es probable que su atuendo incluyera una corona con una diadema de cobras, cuernos de vaca y un disco solar, una peluca egipcia y un gran nudo entre sus pechos que sostendría su *himation* o manto externo. Es posible que en tales ocasiones también se presentara sosteniendo el *sistro*, un sonajero de bronce ritual, y la *sítula*, un recipiente de bronce. Con el fin de ahondar un poco más en su conexión con Isis, cabe atribuirle también a la reina la iniciativa de alentar a César a ordenar la construcción de un templo de Isis en Roma,[94] probablemente, en la parte central del Campo de Marte, junto a la Saepta Julia.[95] La función de este templo era reemplazar y ampliar la capilla de Isis del Capitolio que había sido demolida en 48 a. C., según parece, porque un enjambre de abejas se había adueñado de ella.[96]

El culto tolemaico a Dioniso se documenta ya en tiempos de Tolomeo II, cuando, durante los Tolemaia, un gran festival celebrado en un momento temprano de su reinado, el dios desempeñó un papel relevante: su gigantesca estatua, según relatan las fuentes, fue transportada en un carro adornado con ricas ofrendas y acompañado de una multitud de oficiantes y fieles provistos de recipientes de vino.[97] Puesto que Dioniso era un dios tradicional griego, no había ninguna necesidad de extender el culto por el Mediterráneo oriental, pero parece

claro que los tolomeos le atribuyeron un reconocimiento especial, quizá debido a su vinculación con Alejandro. Recordemos que Tolomeo XII se arrogó el título de Nuevo Dioniso[98] y que fue conocido como Auletes [el Flautista], un apodo con claras connotaciones dionisíacas. Además, el monarca se hacía representar identificado con el dios,[99] aunque, entre la realeza helenística, la ostentación de títulos divinos no significaba la divinización del sujeto en un sentido teológico, exactamente, sino tan solo un reconocimiento expreso de que el gobernante en cuestión tenía cualidades y méritos singulares que le otorgaban un carácter divino.[100] Los romanos también estaban interesados en Dioniso, una vez más debido a la vinculación del dios con Alejandro Magno, a quien muchos de los líderes más prominentes del siglo I a. C. consideraron un auténtico modelo que seguir. Así, el triunfo africano de Pompeyo en 79 a. C. se orquestó como una singular imitación del supuesto triunfo indio celebrado por Dioniso y parece que César no vaciló en crear un santuario de Dioniso en sus propiedades.[101] De hecho, se nos especifica que este último santuario se instaló en los «jardines del emperador», mención que, dado su contexto –29 a. C., en relación con el regreso de Octaviano a Roma–, no puede referirse a un palacio imperial todavía inexistente, sino probablemente a los Horti Caesaris, los jardines que César poseía al otro lado del Tíber.

Así pues, Dioniso e Isis confluyeron en la Roma de Julio César. Es bien sabido que el dictador se adjudicó ciertos atributos divinos incluso antes de su muerte, tal y como Antonio señaló con elocuencia en su oración fúnebre, pasando por alto la circunstancia de que semejante pretensión es posible que contribuyera a su asesinato.[102] La propia Cleopatra, cuando acudió a Roma, vivió en los Horti Caesaris junto al mencionado santuario de Dioniso y muy poco después se le erigió una estatua en el Foro de César al lado de la de Venus, la divina matriarca romana (Fig. 10). La identificación con Venus (Afrodita) ya se había explorado en las acuñaciones de la época en la que nació Cesarión.[103] En estas, la reina fue representada en compañía de su hijo a imitación de la diosa y Eros (Fig. 11a). Es más, Cleopatra insistió en esta conexión durante su acercamiento a Antonio en Tarso, que escenificó con cuidado y a partir del cual llegó a circular el rumor de que Afrodita había acudido para retozar con Dioniso; metáfora que, sin duda, habían alimentado las diversiones dionisíacas a las que el triunviro se había entregado previamente en Éfeso.[104] Y es que el propio Antonio, como sucesor de César, asumió el papel de Dioniso en el encuentro de Tarso de 41 a. C., si es que no lo había hecho ya antes: la predilección del dios por el vino y su naturaleza eminentemente festiva resultarían de un gran atractivo para el lado más oscuro del triunviro. Poco después, se denominó a sí mismo Nuevo Dioniso y, supuestamente, instruyó a los demás para que le otorgaran dicho tratamiento[105] con motivo de la celebración en Atenas, a instancias de los propios habitantes, de un matrimonio simbólico con la diosa Atenea; una iniciativa sumamente rentable

para el romano, pues la dote de la diosa fue inmensa. Antonio también se identificó con el dios Osiris, quizá más por conveniencia que por buena fe, aunque no olvidemos que, desde mucho tiempo atrás, los griegos asimilaban al dios egipcio con Dioniso.[106] En deferencia a su padre, Cleopatra se llamaba a sí misma «hija de Dioniso»[107] y tanto a ella como a Antonio se les dedicaron retratos y estatuas como si fueran divinidades.[108] Hasta el punto de que, cuando sus esculturas de la Acrópolis de Atenas fueron alcanzadas por un rayo antes de la batalla de Accio, el suceso se consideró un presagio de mal agüero.[109] El supuesto triunfo de Antonio tras su fracasada aventura parta fue otra extravagancia dionisíaca, en tanto que Cleopatra, como ya se ha dicho, no tuvo reparos en acuñar moneda en la que se representaba a sí misma como Isis.[110] Para cuando la pareja perdió la vida, sus roles divinos estaban ya firmemente arraigados e incluso los magistrados romanos respetaron la identidad de la reina como Isis, como hizo C. Julio Papio en una dedicación en el templo de la diosa en Filé en 32 a. C.[111] En cambio, a primera hora de la mañana del 1 de agosto de 30 a. C., el día en el que Octaviano entró en Alejandría, se escucharon rumores de jolgorio dionisíaco que recorrían la ciudad y atravesaban la puerta este, más allá de la cual acampaba el heredero de César.[112] Era habitual entre los romanos incitar a los dioses enemigos a cambiarse de bando[113] y los griegos siempre habían creído que las ciudades, antes de caer en manos enemigas, eran abandonadas por las deidades.[114] Por ende, el episodio, orquestado con eficacia, fue visto como el peor augurio posible: Dioniso había abandonado a Antonio. La muerte de Cleopatra por la mordedura de un áspid, si es que realmente sucedió, reforzaría su vinculación con Isis y pudo constituir la versión oficial egipcia de su final.[115] Al fin y al cabo, puede que Octaviano se permitiera ridiculizar la divinidad de la pareja, como había hecho justo antes de Accio,[116] y puede que se negara a recibir él mismo honores divinos al tiempo que se los otorgaba al difunto Julio César, pero la identificación de Cleopatra con Isis era, a esas alturas, un asunto muy serio para los egipcios.[117] En todo caso, el propio Octaviano fue deificado tras su muerte y parece indudable que la noción helenística del culto al gobernante fue un precedente directo del culto imperial, que no tardó en arraigar en Alejandría muy poco después de la desaparición de la pareja.[118]

LA POLÍTICA EXTERIOR Y LA CUESTIÓN DE HERODES EL GRANDE

La política exterior de Cleopatra estuvo tan mediatizada por la relación con Roma –como les llevaba sucediendo a los tolomeos desde generaciones atrás– que no es fácil distinguir iniciativas que no afectaran directamente a la urbe. Las principales metas de la reina fueron la recuperación de la máxima extensión territorial que su reino había poseído antaño y la supervivencia de este último mediante una transición pacífica entre ella y el heredero. Este último objetivo,

pese a sus ímprobos esfuerzos, terminó resultando inalcanzable, algo que, por otra parte, no debe sorprendernos, dado el largo historial de transiciones violentas de la dinastía tolemaica durante los últimos doscientos años. Sin embargo, a lo largo de todo su reinado, nuestra protagonista se preocupó hasta la obsesión por determinar quién debía sucederla en el trono, algo que ni sus antagonistas romanos, ni quizá el propio Antonio, llegaron a comprender del todo.

Cleopatra tuvo más éxito en lo referente a sus ambiciones territoriales. Como ya sabemos, logró persuadir a César y, más tarde, a Antonio para que ambos ampliaran los territorios tolemaicos, comenzando con el reintegro de Chipre en 47 a. C. y continuando con las extensas concesiones de la década siguiente. Todos estos reajustes no fueron meros caprichos de los embelesados amantes romanos, sino que se enmarcaron en la política romana del momento, un decidido intento de refrenar la rápida y casi incontrolable expansión romana por el Mediterráneo oriental iniciada con la adquisición del reino de Pérgamo en 130 a. C., tras la que sobrevino la anexión del Imperio seléucida y algunos otros territorios menores sesenta años más tarde (como Chipre, incorporado en 58 a. C.). Tanto César como Antonio, aunque puede que sin la claridad de la que gozamos quienes estudiamos el periodo en retrospectiva, comprendieron que todas esas adquisiciones estaban generando desajustes internos en el Estado romano, por lo que trataron de crear una red de reyes y reinas aliados que gobernaran aquellos territorios por delegación de Roma, pero sin perder las conexiones locales. Cleopatra fue tan solo la más célebre de todos estos dinastas, entre los que también se contaron Arquelao de Capadocia, Malicos de Nabatea y Herodes el Grande.[119]

Sin embargo, puede que los romanos subestimaran las ambiciones y objetivos propios de los monarcas aliados y las múltiples formas en las que sus respectivos intereses podían llegar a entrar en colisión fuera de la esfera de influencia romana. En este sentido, Herodes el Grande y Cleopatra fueron los más litigantes, pues el primero se reveló como el principal obstáculo para las ambiciones territoriales de la egipcia. Superado solo por Cleopatra en poder y prestigio –y, con el correr de los siglos, también en celebridad–, Herodes ascendió al trono en 40 a. C., es decir, mediado el reinado de Cleopatra y la sobrevivió a esta durante 26 años. En la última fase de su vida, se hizo tristemente notorio en la literatura cristiana por ciertas actuaciones relacionadas con el nacimiento de Jesús de Nazaret, pero su relación con Cleopatra, la que a nosotros nos interesa en esta etapa, tuvo lugar en la primera década de reinado. Durante aquellos años, 40-30 a. C., ambos monarcas protagonizaron desencuentros constantes y el reino herodiano se convirtió en la vía muerta en la que terminó por descarrilar el sueño egipcio de reeditar la antigua grandeza territorial tolemaica.

Para Cleopatra, la relación con Herodes fue, sin duda, la más frustrante de todo su entramado de conexiones diplomáticas. Nuestra única fuente al respecto

es Josefo, cuyos datos derivan, en buena medida, de los escritos de alguien al que ambos monarcas conocieron bien, Nicolás de Damasco, tutor de los hijos de Cleopatra y, tiempo después, veterano consejero de Herodes. Gracias a él, sabemos que las familias de ambos monarcas habían contactado por vez primera cuando el padre de Herodes, Antípatro de Ascalón, había colaborado en la restauración de Tolomeo XII en 55 a. C. (*vid*. pág. 13), momento en el que tanto Herodes como Cleopatra eran apenas adolescentes. Ocho años después, Antípatro socorrió a César en la Guerra de Alejandría y vio recompensados sus esfuerzos con la concesión de la ciudadanía romana (*vid*. pág. 65). Sin embargo, cuando la nueva generación llegó al poder y tanto Cleopatra como Herodes quedaron al frente de sus respectivos Estados, ambos se contemplaron desde el principio con gran suspicacia. Y es que, aunque Herodes debía su reino al respaldo de Octaviano y Antonio, las sucesivas disposiciones territoriales dictadas por este último entre 37 y 34 a. C. favorecieron claramente a la rival del monarca judío, Cleopatra, que hubiera preferido, al parecer, anexionarse todo el reino herodiano.

La crónica de Nicolás de Damasco, que, a su vez, hizo un prolijo uso de las memorias del propio Herodes,[120] es muy positiva e incluso encomiasta con el monarca y proyecta una imagen excesivamente negativa de Cleopatra. Aunque, aun así, nos proporciona una vívida imagen de la pugna de dos dinastas por unos territorios en conflicto.[121] Para Herodes, resultaba perfectamente razonable suponer que la reina planeaba su ruina, pues la consideraba agresiva y cruel, debido, sobre todo, a la manera en la que había tratado a sus hermanos.[122] Habida cuenta de su comportamiento posterior, resulta irónico que Herodes le imputara tales cargos a la egipcia, pero la suya era una interpretación aceptable de los hechos acaecidos a principios de los años 30 a. C., máxime a ojos del monarca judío y, sobre todo, en unos momentos en los que Cleopatra le estaba arrebatando una parte importante de sus territorios muy poco tiempo después de que él mismo los hubiera conseguido. Las tortuosas relaciones del propio Herodes con su primo, el rey nabateo Malicos,[123] se entrelazaron también en la política de Cleopatra, ya que el monarca judío entendió, de nuevo no sin razón, que la reina hacía todo lo posible para enfrentar a los dos primos, con el fin, seguramente, de precipitar el estallido de una guerra entre ellos. De hecho, Herodes llegó a temer tanto las ambiciones de Cleopatra, seguro como estaba de que la reina terminaría pidiéndole a Antonio que le arrebatara la vida y el trono, que mandó fortificar Masada para convertirla en un posible refugio.[124]

Por su parte, y pese a toda la animadversión entre los dos dinastas, Cleopatra se vio arrastrada por las turbulentas relaciones familiares de Herodes. En 37 a. C., mientras sitiaba Jerusalén, con cuya toma logró por fin consolidarse en el trono, Herodes contrajo matrimonio con la princesa asmonea Mariamna.[125] El tío de esta, Antígono II, era el monarca reinante en Judea, es decir, el oponente de

Herodes, lo que no fue óbice para que, tras derrotarlo, el propio Herodes lo pusiera en manos de Antonio para que lo ejecutara. Ahora bien, Antígono era también el sumo sacerdote judío, por lo que, a su muerte, el cargo quedó vacante. Mas, en lugar de conferírselo al sobrino de Antígono (y hermano de Mariamna), Aristóbulo III, *a priori* el candidato idóneo por ser el varón elegible de más edad dentro de la familia asmonea, Herodes arguyó que su cuñado era demasiado joven y le concedió el puesto a un oscuro sacerdote de Babilonia llamado Ananel, en un intento de debilitar tanto a la institución sacerdotal como a la propia familia asmonea.[126]

Fue entonces cuando la matriarca del linaje, Alejandra, cuñada del difunto Antígono y madre de Mariamna y Aristóbulo, entró en acción e instó a Cleopatra a que socorriera a su familia ante Herodes, con el que sabía que la reina egipcia estaba enemistada.[127] A buen seguro, el monarca judío no debió de ver con buenos ojos aquella singular alianza entre su mayor antagonista y su formidable suegra. Alejandra, al parecer, se valió de un miembro de confianza de su entorno más inmediato para hacerle llegar una misiva a Cleopatra, en la que le rogaba que intercediera ante Antonio para que este le confiriera el sumo sacerdocio a su hijo. El triunviro, como era de esperar, se mostró reacio a involucrarse en el asunto, pero para informarse mejor envió a Delio de incógnito, aunque al parecer este se centró más en las mujeres asmoneas que en la misión. Por su parte, Herodes, que seguramente tenía espías en la corte alejandrina,[128] estuvo siempre al tanto de todo lo que sucedía y, si bien acusó con dureza a Alejandra y a Cleopatra de conspirar para arrebatarle el trono, al final accedió a nombrar sumo sacerdote a Aristóbulo. No obstante, acto seguido, puso bajo arresto a Alejandra, que al momento volvió a escribir a Cleopatra. Ante la deriva de los acontecimientos, la reina propuso que tanto Alejandra como su hijo Aristóbulo abandonaran Judea para refugiarse en Egipto. Una vez más, sabedor de los planes que se fraguaban a sus espaldas, Herodes los apresó a ambos cuando se preparaban para partir. No tomó ninguna medida contra la madre, pero muy poco después Aristóbulo apareció ahogado misteriosamente en la piscina del palacio que el monarca tenía en Jericó y Ananel recuperó el sumo sacerdocio. Alejandra le envió entonces una nueva carta a Cleopatra, la cual presionó a Antonio para que interviniera de forma más activa en la disputa. El triunviro convocó a Herodes en Laodicea de Siria, donde se hallaba para ultimar los preparativos de la malograda expedición contra los partos de 35 a. C. Sin embargo, según la versión del propio Herodes, tras la entrevista, Antonio reprendió a Cleopatra por involucrarse en los asuntos judíos y, en cambio, exoneró al monarca de todas las acusaciones vertidas contra él; decisión que, con mucha probabilidad, se vio facilitada por el ofrecimiento de Herodes a colaborar en la financiación de la campaña pártica.

Todo el episodio debe tomarse con cautela debido a la perspectiva abiertamente proherodiana de nuestra fuente, dependiente, seguramente, al

menos en parte, de los escritos del propio monarca. Sin embargo, parece indiscutible que Cleopatra no sacó demasiado provecho del intento de terciar en las vidas disfuncionales de asmoneos y herodianos. Ninguna de las dos familias necesitaba de terceros para destruirse mutuamente, pero cualquier tercero podía acabar destruido si trataba de mediar en sus disputas. Los recelos de Antonio así lo sugieren y es posible que su «reprimenda» a Cleopatra pasara por señalárselo. La reina no había hecho otra cosa que intentar ejercer su papel como soberana hegemónica en la región –con un ojo puesto en la posible anexión de nuevos territorios herodianos–, pero resulta significativo que, tras el incidente, nuestras fuentes no vuelvan a mencionar ninguna otra tentativa de intervenir en la vida doméstica herodiana. Años después, de hecho, las continuas trifulcas de la familia llegaron a desesperar al propio emperador Augusto durante buena parte de su larguísimo mandato.

Por el contrario, y pese a que Josefo así lo deja entrever, es improbable que Cleopatra tratara realmente de seducir a Herodes para salirse con la suya.[129] Una vez más, nuestra única fuente es el propio Herodes, que se supone que eludió las insinuaciones e incluso consideró la posibilidad de asesinarla, aunque no lo hizo porque no consiguió adivinar si aquello le granjearía la gratitud o la ira de Antonio. El relato conservado de Josefo combina la idea del gran atractivo que al parecer Herodes ejercía en las mujeres y su proverbial astucia ante el peligro, con la célebre promiscuidad de Cleopatra. En cambio, ignora lo inverosímil que resultaría desde el punto de vista político que la reina hubiera dado ese paso. Ignoramos, además, cuándo se supone que tuvo lugar tal intento de seducción. Del contexto de la historia se deduce que Cleopatra habría visitado a Herodes en Judea y Josefo, cuya cronología dista de estar clara, parece situar la entrevista en 36 a. C., el único momento en el que, efectivamente, sabemos que la reina pasó por la corte herodiana. Aunque, para entonces, según sabemos, ella estaba embarazada.

Otro foco de disputas entre Cleopatra y Herodes era Idumea, la región situada al sudoeste del mar Muerto, potencialmente inestable dado que lindaba con las posesiones nabateas al sur y con las ciudades costeras de Cleopatra al oeste. Como territorio asmoneo, había pasado en 37 a. C. a manos de Herodes, que había designado gobernador a un potentado local llamado Costobaro, al que, además, el monarca había casado con su hermana, Salomé.[130] Durante un breve periodo, Costobaro también se había encargado de la gestión de Gaza, pero esta última región no había tardado en convertirse en territorio egipcio. El nacionalismo idumeo del gobernador pronto prevaleció sobre la lealtad a Herodes, lo que le llevó a contactar con Cleopatra como la única líder capaz de amparar los intereses idumeos. La reina le solicitó entonces a Antonio la cesión de Idumea, pero el triunviro se la negó, sabedor de que el valor de la región para Cleopatra sería mínimo, pero la pérdida ofendería y debilitaría a Herodes, un importante aliado.

Además, seguramente, adivinó que lo que realmente pretendía Costobaro era convertir Idumea en un Estado independiente de ambos dinastas. Parece claro, en definitiva, que Antonio se esforzaba por mantener un equilibrio entre los intereses contrapuestos de Cleopatra y Herodes, por lo que, tras los reajustes territoriales de 37 a. C., ampliamente favorables, como hemos visto, a la egipcia, sus decisiones comenzaron a decantarse a menudo a favor del judío. A fin de cuentas, el Imperio de Cleopatra era ya amplio y estable, en tanto que un nuevo desmembramiento del reino herodiano provocaría graves problemas en la región que se extendía entre la Siria romana y Egipto. Incluso si la agresividad territorial de Cleopatra alcanzó alguna vez las cotas que las fuentes proherodianas le atribuyen, satisfacer sus pretensiones hubiera resultado desastroso. En cualquier caso, es probable que la reina continuara a la expectativa de poder aprovecharse de la creciente animosidad entre Herodes y Malicos; al menos, así lo creía Herodes, que, cuando finalmente entró en guerra contra los nabateos en 32 a. C., no dudó en culpar del conflicto a Cleopatra.[131] El detonante de la contienda, no en vano, fue la incapacidad de Malicos de abonar el tributo –el arrendamiento de sus tierras, probablemente– exigido por Cleopatra y del que Herodes había sido designado garante. A aquellas alturas, sin embargo, los problemas que Cleopatra y Antonio tenían entre manos eran otros y mucho más acuciantes.

Tolomeo XII parece la única opción plausible.

19. Casson, L., 1989, 169-170.
20. Lucano, *Farsalia* 10.141-143.
21. Ricketts, L. M., 1980, 46-47 y 139-140.
22. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.13.
23. *BMC Ptolemies*, lxxx-lxxxi.
24. Las monedas aparecen en los volúmenes relevantes de la *BMC*, aunque contamos con una oportuna síntesis en Forrer, L., 1969, 31-42; muchas aparecen también en Walker, S. y Higgs, P. (eds.), 2001.
25. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 177-178.
26. *BMC Ptolemies*, 105-106, n.º 5-6, 20-35.
27. *BMC Ptolemies*, 74, n.º 62. Es posible que Tolomeo VIII acuñara unas cuantas series de oro con el nombre de su célebre antepasada Arsinoe II: *vid*. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 78.
28. Braund, D. C., 1984, 123-128.
29. Roller, D. W., 2003, 253.
30. *Supra*, 49-51. Acerca de la metrología de las acuñaciones de Cleopatra, *vid*. Reinach, Th., 1928, 170-190.
31. Grant, M., 1972, 48.
32. Sutherland, C. H. V., 1974, 114.
33. *BMC Cyrenaica*, 117, n.º 24-26; Roller, D. W., 2003, 80-81. Cleopatra VII también formó parte de la titulatura de las monedas emitidas por su hija Cleopatra Selene cuando esta se convirtió en reina de Mauritania en 25 a. C.: *vid*. Mazard, J., 1981, 1-2.
34. Visonà, P., 1983, 47.
35. Ricketts, L. M., *op. cit.*, 137-149.
36. Plutarco, *Antonio* 76.5.
37. Séneca, *Cartas* 87-16; Suda, *Quelidón*.
38. Malalas 9.218; Luciano, *Cómo debe escribirse la Historia* 62. Acerca del asunto, *vid*. Fraser, P. M., 1972, vol. II, 48-49.
39. Minnen, P. van, 2003, 36.
40. La estatua se encuentra en el Detroit Institute of Arts (51.83).
41. Chaveau, M., 2000, 74.
42. Plutarco, *Antonio* 67.4, 77.1v y 85.4.
43. Travlos, J., 1971, 233-241; Roller, D. W., 2003, 136-137.
44. Diodoro, *Biblioteca Histórica* 17.52.
45. *Guerra de Alejandría* 13 y 19.
46. Plutarco, *César* 49.3; Dion Casio, *Historia romana* 42.38.2; *supra*, 64-65.
47. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.10.
48. La noticia de Amiano Marcelino (*Historias* 22.16.10-11) de que los rodios controlaban la isla de Faros y recibían tributo de Cleopatra parece fruto de una corrupción del recuerdo de las estrechas relaciones comerciales entre Alejandría y Rodas, especialmente en el siglo III a. C. (Fraser, P. M., *op. cit.*, vol. I, 162-171) y de la ocupación de Faros por parte de Eufránor, comandante de la flota rodia al servicio de César, durante la Guerra de Alejandría (*Guerra de Alejandría* 15 y 25), quien, por cierto, pereció durante la lucha. No conservamos evidencia alguna de una presencia rodia tras la guerra.
49. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.6; Plinio, *op. cit.*, 36.83.
50. Amiano, *op. cit.*, 22.16.9; Malalas 9.218.
51. Josefo, *Antigüedades judías* 12.103; Amiano Marcelino, *op. cit.*, 22.16.10-11; McKenzie, J., 2007, 45-47.

52. Plutarco, *Antonio* 58.5.
53. Malalas 9.217 señala que este no fue el único edificio proyectado por César en Alejandría, aunque no proporciona más detalles al respecto.
54. Richardson, L., Jr., 1992, 165-167; Malalas 9.216.
55. Suetonio, *Vidas de los doce césares* (*Augusto* 17.5); Dion Casio, *op. cit.*, 51.15.5.
56. Kleiner, D. E. E., 1992, 45-46.
57. Suda, ἡ⊠ίεργον; Estrabón, *op. cit.*, 17.1.9; McKenzie, J., *op. cit.*, 177-178.
58. Fishwick, D., 1987, 65-69; McKenzie, J., *op. cit.*, 77-79; Fraser, P. M., *op. cit.*, vol. I, 96-97.
59. Filón, *Embajada a Gayo* 151. Para una reconstrucción, *vid.* Pfrommer, M., 1999, 135.
60. Plinio, *op. cit.*, 36.69.
61. La atribución a la reina de un templo de Hermes deriva probablemente de una confusión tardía: *vid.* Dunand, F. y Zivie-Coche, Ch., 2004, 242-244; McKenzie, J., *op. cit.*, 406-407.
62. Suetonio, *op. cit.*, 18.1.
63. Plutarco, *Antonio* 74, 76-77 y 86; Dion Casio, *op. cit.*, 51.10.4-15.1; Suetonio, *op. cit.*, 17.4; McKenzie, J., *op. cit.*, 78-79. Una reconstrucción en Pfrommer, M., *op. cit.*, 142-144.
64. Arriano, *Anábasis* 3.1.5.
65. Marcial 4.59.5-6.
66. Tácito, *Anales* 2.53 y 59-61.
67. Fraser, P. M., *op. cit.*, vol. II, 33-34; Bickel, E., 1950, 191-192. Véase también Malalas 9.219.
68. Estrabón, *op. cit.*, 5.3.8; Roller, D. W., 1998, 72-73 y 164-168, y Roller, D. W., 2003, 128-130.
69. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.8-9; Nielsen, I., 1999, 130-133.
70. Diodoro, *op. cit.*, 17.52.4.
71. McKenzie, J., *op. cit.*, 68-71; Grimm, G., 1996, 509-512.
72. Se ha sugerido que la compleja estructura figurada en la pared de la habitación M de la villa de Boscoreale, hallada en las proximidades de Pompeya y hoy en Nueva York (Metropolitan, 03.14.13), podría representar el palacio de los Tolomeos (*vid.* Pfrommer, M., *op. cit.*, 138-140).
73. Lucano, *op. cit.*, 10.111-171. Otra recreación poética del palacio de los tolomeos de una época anterior (siglo III a. C.) se recoge en la descripción de Apolonio del palacio de Eetes en la Cólquide (*Argonáuticas* 3.210-244).
74. Kleiner, D. E. E., 2005, 85-87; Quaegebeur, J., 1991, 49-72.
75. Ray, J., 2003, 9-11.
76. Porter, B. y Moss, R. L. B., 1937, 128; Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 170; Ashton, S.-A., 2003, 25-26.
77. McKenzie, J., *op. cit.*, 131; Weill Goudchaux, G., 2001, 136-137; para los detalles arqueológicos, *vid.* Porter, B. y Moss, R. L. B., *op. cit.*, 151-157.
78. Weill Goudchaux, G., *op. cit.*, 136.
79. Lenger, M.-Th., 1964, 67.
80. Mueller, K., 2006, 205, recoge seis localidades con ese nombre, pero no todas ellas datan de la época de Cleopatra VII; véase también Calderini, A., 1966, vol. III, parte 1, 124-126.
81. Estrabón, *op. cit.*, 16.4.23 y 17.1.26. Acerca de las cuestiones topográficas y onomásticas relativas a la ciudad, *vid.* Agatárquides, 1989, 134; Mayerson, Ph., 1995, 17-24.
82. Talbert, R. J. A. (ed.), 2000, mapa 77; Drew-Bear, M., 1979, 141-144.
83. Heródoto 2.42 y 59.
84. Arriano, *op. cit.*, 3.1.5; Tarn, W. W., 1948, vol. II, 49-62 y 358.
85. Hölbl, G., 2001, 93-94.
86. Weill Goudchaux, G., *op. cit.*, 130-131.

87. Heródoto 2.59 y 156.
88. *IG* 2.2.4994.
89. Se conocen en torno a una docena de lugares llamados Arsínoe: *vid*. Talbert, R. J. A. (ed.), *op. cit.*, índice; Hölbl, G., *op. cit.*, 101-104.
90. Alfano, C., 2001, 279-285.
91. Hölbl, G., *op. cit.*, 286.
92. Ricketts, L. M., *op. cit.*, 39.
93. Plutarco, *Antonio* 54.6; Ashton, S.-A., *op. cit.*, 27. Para una figuración de Isis en tiempos de la reina, *vid*. la figurilla de bronce conservada en el British Museum (GR 1824.4-51.3 [Bronze 1467]), del siglo I a. C. (Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 338).
94. Dion Casio, *op. cit.*, 47.15.4; en realidad, fue aprobado por los triunviros en 43 a. C., pero a buen seguro se contaba entre los planes de César.
95. Richardson, L., Jr., *op. cit.*, 211-212.
96. Dion Casio, *op. cit.*, 42.26.1-2.
97. Calíxeno de Rodas (*FGrHist*. 627) F2 (= Ateneo, *Banquete de los eruditos* 5.197-200). Para profundizar, *vid*. Erskine, A., 1995, 43-44.
98. Fraser, P. M., *op. cit.*, vol. I, 244.
99. Malalas 8.197; Nock, A. D., 1928, 30-41.
100. Chaniotis, A., 2005, 432-433.
101. Plinio, *op. cit.*, 8.4; Pausanias, *Descripción de Grecia* 8.46.5.
102. Apiano, *op. cit.*, 2.144.
103. Forrer, L., *op. cit.*, 111.
104. Plutarco, *Antonio* 24 y 26.3.
105. Dion Casio, *op. cit.*, 48.39.2; Séneca, *Suasoria* 1.6-7; Plutarco, *Antonio* 60.2-3; Veleio 2.82.4; Nock, A. D., *op. cit.*, 30-38.
106. Heródoto 2.42; Dion Casio, *op. cit.*, 50.5-3; Brenk, F. E., 1992, 159-182.
107. Malalas 8.197.
108. Dion Casio, *op. cit.*, 50.15.2; Plutarco, *Antonio* 60.3.
109. Estas estatuas se erigieron en el monumento de Pérgamo (Plutarco, *Antonio* 60.3) cuya base todavía resulta claramente visible a la izquierda de la entrada a la Acrópolis.
110. Forrer, L., *op. cit.*, 135.
111. *OGIS* 196.
112. Plutarco, *Antonio* 75.4.
113. Para los numerosos ejemplos al respecto, *vid*. Pelling, C. B. R., 1988, 303-304.
114. Por ejemplo, *vid*. Esquilo, *Tragedias* (*Siete contra Tebas* 217-218.),
115. Hölbl, G., *op. cit.*, 293; *infra*, 76-177.
116. Dion Casio, *op. cit.*, 50.25.3-4.
117. Nock, A. D., *op. cit.*, 36.
118. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.9.
119. Acerca del fenómeno de los reyes amigos y aliados, *vid*. el estudio detallado de Braund, D. C., *op. cit*.
120. *FGrHist*. 236.
121. Acerca del retrato negativo de Cleopatra en las obras de Josefo, *vid*. Simões Rodrigues, N., 1999, 217-260.
122. Josefo, *Guerra de los judíos* 1.360.
123. Acerca de Malicos, *vid*. Sullivan, R. D., 1990, 211-213.
124. Josefo, *Guerra de los judíos* 1.364-365 y 7.300-303.
125. *Ibid*. y *Antigüedades judías* 14.407.
126. Josefo, *Antigüedades judías* 15.9 y 22.

127. *Ibid.*, 15.23-28.
128. Kokkinos, N., 1998, 185.
129. Josefo, *Antigüedades judías* 15.97-103, pero *vid*. Kokkinos, N., 2001, 17.
130. Josefo, *Antigüedades judías* 15.254-258.
131. Josefo, *Guerra de los judíos* 1.360 y 365.

[*] N. del T.: En el original, *citron* («cidra»), arbusto de origen asiático cuyos frutos se consideraban de uso medicinal en la antigua Roma, pero cuya madera no parece haber sido empleada como material de construcción. En cambio, la referencia de Lucano, aunque poco explícita: «mesas redondas cortadas en los bosques de Atlante», se suele pensar que aludiría a la madera de tuya, una conífera aromática abundante en la Mauritania romana y de cuya madera, según Plinio, se fabricaban las mesas más lujosas y caras.

8

que la medicina fue la disciplina más destacada en época de la reina; incluso ella contribuyó a su desarrollo con escritos propios. El prestigio de este campo en la Alejandría del momento pudo derivar, en buena medida, de los trabajos de Heráclides de Taras, uno de los partidarios del empirismo médico (en oposición a la especulación y la teoría) más decididos y autor de un tratado acerca de esta cuestión, así como de una célebre obra farmacológica. Conservamos sus textos a través de un centenar de fragmentos, citados en su mayoría por Galeno y Ateneo.[1] Entre su alumnado, se contó una tal Antioquis, originaria seguramente de Tlos, en Asia Menor, y considerada una de las médicas más célebres de la Antigüedad.[2]

La siguiente generación de eruditos incluyó a Filotas de Anfisa, que, en 30 a. C., ejercía de galeno del hijo de Antonio, Antilo, el cual a menudo almorzaba en su casa. Tras sobrevivir a las convulsiones y al colapso del reino, que, entre otras cosas, le costaron la vida a su paciente, se trasladó a Delfos, donde habitó al menos hasta 15 d. C. Allí trabó amistad con el abuelo de Plutarco, Lamprias, al que proporcionó detalles, especialmente culinarios, en relación con el entorno de Cleopatra y que, años después, el historiador recogió en su biografía de Antonio.[3] Por lo demás, sabemos muy poco del resto de los médicos de la corte.[4] El nombre Sóstrato aparece en varias de nuestras fuentes como ginecólogo, cirujano, farmacólogo y zoólogo, aunque no todas estas menciones podrían aludir a la misma persona.[5] Además, parece que redactó un estudio acerca de los aspectos farmacológicos de la muerte de la reina. Otro galeno y tratadista médico fue un tal Dioscórides Facas ([Verrucoso], seguramente debido a su apariencia física), nacido en Alejandría y autor de más de veinte obras, médicas en su mayoría.[6] Es posible que se trate del mismo Dioscórides que acudió a Roma como embajador de Tolomeo XII y que prestaba sus servicios a Tolomeo XIII cuando César desembarcó en Alejandría a finales de 48 a. C., en lo que sería un nuevo ejemplo de un intelectual de cámara al que se le encargaron tareas diplomáticas. Aunque estuvo a punto de morir en los enfrentamientos de aquellos años, sobrevivió y continuó trabajando durante la década siguiente. Y no podemos dejar de mencionar a Olimpo, el médico personal de la reina, algunos de cuyos remedios se han conservado hasta nuestros días, ni a un galeno llamado Glauco, del que lo único que sabemos es que fue amigo de Delio.[7]

Además de por Eudoro, Aristón y Ario Dídimo, la filosofía estaba representada en la capital tolemaica por Enesidemo de Cnoso, un antiguo miembro de la Academia que se reveló contra sus postulados y fundó una nueva escuela escéptica en Alejandría en la década de 40 a. C., en sustitución de la que había desaparecido en el siglo III a. C. Su principal tratado, *Discursos pirrónicos* –en el que desarrolló las ideas de Pirrón, el fundador del escepticismo–, incluyó una dedicatoria a L. Elio Tuberón, probablemente el amigo y pariente de Cicerón, además de un buen exponente de la influencia de la filosofía alejandrina

sobre la República romana tardía.[8]

En la Alejandría de la época de Cleopatra también se dio un fuerte impulso a la filología y a las disciplinas asociadas, como la gramática y la lexicología. El estudioso más importante en este campo fue Dídimo de Alejandría, apodado Chalcentero [Tripas de Bronce] por su reputada fortaleza y laboriosidad, gracias a las cuales se convirtió en uno de los eruditos más prolíficos.[9] Se dice que llegó a escribir cerca de 4000 tratados en torno a numerosas disciplinas, que incluían cuestiones homéricas, lexicología, terminología médica, oratoria y gramática, y sabemos que, además, reunió un sinfín de comentarios acerca de autores arcaicos y clásicos. De hecho, en muchos sentidos, fue más un compilador de la sabiduría precedente que un pensador original, pese a lo cual su obra fue profusamente empleada en épocas posteriores y nos ha llegado a través de numerosos fragmentos. El recuento biográfico que conservamos de su carrera refiere que vivió «entre la época de Antonio y Cicerón, y la de Augusto», sin mencionar explícitamente a Cleopatra, pero no deja de ser curioso que su trabajo se compare con el del yerno de esta, Juba II.

Otros filólogos del periodo fueron Trifón, un seguidor o discípulo de Dídimo y, como él, un fecundo gramático y lexicólogo,[10] y Teón, cuya contribución más valiosa fue la de redactar los primeros comentarios en torno a poetas helenísticos como Calímaco y Teócrito. Tales comentarios constituyeron la base de los escolios posteriores que conservamos de dichos autores.[11] El padre de Teón, Artemidoro de Tarso, había sido discípulo de Aristófanes de Bizancio. Este, a su vez, había recibido las enseñanzas del gran pensador Eratóstenes, quien, como sabemos, había ejercido de bibliotecario en Alejandría en el siglo III a. C. Nos encontramos, pues, ante una intrigante cadena ininterrumpida de pensamiento durante los doscientos años que transcurrieron desde la época más gloriosa de Alejandría hasta el ocaso de la dinastía tolemaica; o incluso más allá de esta, pues los discípulos de Teón trabajaron hasta un momento bastante avanzado de la época romana. Es posible que, mientras permaneció en su cuartel general de Tarso en 41 a. C., el propio Antonio se preocupara por respaldar a esta familia. Por lo demás, sabemos que tanto los alumnos de Trifón como los de Teón permanecieron activos en la Roma julioclaudia: Teón, por ejemplo, fue el maestro de Apión, la némesis de Josefo, el cual lo inmortalizó en su polémico *Contra Apión*.[12]

En cambio, la investigación en ciencias físicas parece haber sido mínima. Solo conocemos algunos pequeños indicios de actividades contemporáneas en estos campos, algo que no es de extrañar pues, tras las expulsiones ordenadas por Tolomeo VIII, el saber científico nunca llegó a recuperarse en Alejandría. Rodas, que tomó el testigo como principal centro neurálgico de todo este tipo de saberes, amparó tanto a Hiparco como a Posidonio. Conocemos la labor geográfica de Eudoro y Aristón, educados ambos en la escuela de Antíoco de Ascalón, solo

gracias a su disputa en torno a un posible caso de plagio que Estrabón investigó, pero no pudo resolver.[13] En cambio, ignoramos si el propio Estrabón llegó a formar parte del entorno que rodeó a Cleopatra. Sabemos con seguridad que se encontraba en Alejandría en los años 20 a. C. formando parte del personal del prefecto Elio Galo, pero parece poco probable que el breve mandato de este bastara para explicar cierta afirmación explícita de Estrabón en la que confiesa haber disfrutado de una «larga estancia» en la ciudad.[14] Además, por poco que sepamos acerca de la biografía de Estrabón, su prolija *Geografía*, compuesta gracias a una pléyade de fuentes poco conocidas, tuvo que ser por necesidad el fruto de numerosísimas horas de trabajo en la Biblioteca. Sin embargo, resulta imposible discriminar si toda esta investigación se desarrolló antes o después de su etapa al servicio de Galo, pues lo único que sabemos es que en 29 a. C., como mínimo, se encontraba en Grecia. Su carrera investigadora había comenzado a principios de la década de 30 a. C., pero desconocemos si llegó a Alejandría cuando Cleopatra todavía estaba en el poder, aunque su *Geografía* contiene detalles personales de la reina que no se documentan en ningún otro lugar.[15] En cualquier caso, reparemos en que, como sucede con los escritos de su coetáneo Dídimo Chalcentero, la obra de Estrabón es típica de las exhaustivas recopilaciones de datos que marcaron la época de nuestra protagonista.

Hasta nosotros llegan también algunas evidencias acerca del estudio de la astronomía y las matemáticas en la corte de Cleopatra. Eudoro –quizá el mismo que se instruyó en geografía– extractó la obra de un tal Diodoro, que, a su vez, era un comentario del poema astronómico del siglo III a. C. de Arato de Solos,[16] lo que nos brinda otro ejemplo de la importancia que la erudición del momento otorgaba a la exégesis de los trabajos previos. Del estudio de las matemáticas y de la astronomía en la corte, al menos en 48-47 a. C., también se encargaba Sosígenes, el asesor de César en lo concerniente a la reforma del calendario.[17] Por entonces, el calendario romano había acumulado un desfase de dos meses con respecto al año solar, de tal manera que el solsticio de invierno caía en febrero, pero César no se contentó con insertar varios días adicionales en 46 a. C., que armonizaban el almanaque con el paso de las estaciones, sino que, además, implementó algunas pequeñas modificaciones para minimizar los desajustes futuros. Pues bien, los cálculos técnicos sobre los que se sustentó su reforma, puesta en marcha de inmediato después de la estancia de César en Alejandría, fueron obra de Sosígenes. Es muy posible que el sabio se integrara en el séquito del dictador cuando este partió rumbo a Italia y que impulsara el proyecto desde entonces. Aunque, como casi era de esperar, los datos disponibles de Sosígenes son escasos, sabemos que fue un astrónomo destacado que redactó al menos tres tratados, uno en torno al planeta Mercurio y, quizá, otro relacionado con sus teorías en relación con el calendario. En este sentido, la discusión que Lucano recrea con todo lujo de detalles en su epopeya entre César y el sacerdote egipcio

Acoreo acerca de los fenómenos naturales del país del Nilo, que incluían las cuestiones astronómicas, aunque ficticia y basada en fuentes posteriores, podría constituir una intrigante dramatización de los intercambios que, a buen seguro, se produjeron entre los magistrados romanos y los intelectuales orientales.[18]

De la producción literaria alejandrina en esta época apenas sabemos nada, salvo por la exigua y dudosa evidencia de un epigrama de cuatro versos atribuido a Antípatro de Tesalónica, en el que se menciona un camafeo de amatista perteneciente a la reina Cleopatra.[19] Si la atribución fuese correcta, y si la Cleopatra referida fuera realmente Cleopatra VII –hipótesis ambas discutidas, aunque Cleopatra VII fue la única reina con ese nombre–, el epigrama podría constituir el único fragmento lírico conservado vinculable a la corte, a pesar de que ningún otro de las docenas de poemas de Antípatro sugiera una posible conexión con Egipto. Al fin y al cabo, lo que sí sabemos con certeza es el que el poeta fue contemporáneo de la reina.[20]

Por el contrario, conocemos bastante mejor la actividad historiográfica de la corte de Cleopatra. Puesto que Nicolás de Damasco, tutor de los hijos de la reina, fue uno de los principales historiadores del periodo augusteo, no sería de extrañar que hubiera cultivado su talento mientras permaneció en Alejandría. Asimismo, Sócrates de Rodas redactó una historia de las guerras civiles romanas que, aparentemente, empleó fuentes procedentes de la propia corte, por lo que resultó mucho más favorable a Antonio que las crónicas augusteas. Al parecer, su obra se perdió o suprimió durante el gobierno de Augusto, aunque reapareció a finales del siglo II d. C.[21]

En cambio, apenas sabemos de las artes visuales y escénicas, en relación con las cuales tan solo se conservan dos nombres. Los artistas tienden a ser invisibles en las fuentes antiguas, aunque en algunas frustrantes ocasiones lleguemos a entreverlos, como en la noticia acerca de la familiaridad que Tolomeo VI compartía con el pintor Demetrio (*vid*. pág. 35). Para la época que nos ocupa, el único representante de las artes visuales que conocemos es un lapidario llamado Gnaios, que firmó un retrato de Antonio conservado hoy en Londres y que, según parece, terminó al servicio de la hija de Cleopatra y Antonio, Cleopatra Selene, en la corte mauritana.[22]

En el séquito de Cleopatra VII también figuraba un tal M. Tigelio Hermógenes, un músico relacionado con la reina, con César y con Augusto.[23] Los datos disponibles en torno a su figura resultan contradictorios y oscuros, pero podría tratarse del mismo músico sardo temperamental y llamativo, de vida personal ostentosa, cuya muerte refiere Horacio,[24] si bien parece que este personaje no alcanzó la época augustea. También podría tratarse del individuo que tuvo desavenencias con Cicerón en el verano de 45 a. C.[25]

Si hablamos de la vida cultural de la corte de Cleopatra, no podemos concluir sin mencionar a los tutores reales. El cargo gozó de un enorme prestigio desde los

primeros días del régimen tolemaico, hasta el punto de que, a menudo, este lo desempeñaba la misma persona al cargo de la Biblioteca. De hecho, la lista de tutores incluye a algunos de los eruditos más destacados de cuantos trabajaron en Alejandría, como el distinguido científico Estratón de Lámpsaco, sucesor de Teofrasto en la dirección de la escuela peripatética y célebre por sus teorías acerca de la formación de la tierra, además de tutor de Tolomeo II; el pensador Eratóstenes de Cirene, creador de la geografía como disciplina y tutor, seguramente, de Tolomeo IV; o Aristarco de Samotracia, especialista en Homero y tutor de Tolomeo VIII, así como, con toda probabilidad, de sus hermanos.

Cleopatra VII tuvo a su primer hijo tres años y medio después de ascender al trono, por lo que, a su muerte, las edades de sus vástagos oscilarían entre los 7 y los 17 años. Requirió de los servicios de tutores reales, sobre todo durante la última década de mandato. No obstante, quizá fuera un signo de los tiempos que tres de los cuatro tutores que conocemos no poseyeran un marcado perfil académico. Eufronio, por lo que parece, poseía ciertas dotes diplomáticas, pues se contó entre los delegados que negociaron con Octaviano tras la batalla de Accio. De Rodón, en cambio, lo único que mencionan nuestras fuentes es su implicación en la muerte de su pupilo Cesarión. Y lo mismo sucede con Teodoro, tutor del hijo de Antonio, Antilo, al que también traicionó.[26] El relativo anonimato de los tres, por no hablar de la presteza a la hora de unirse a Octaviano a costa de las vidas de sus discípulos, sugiere que carecían de todo reconocimiento académico y que es probable que ninguno de ellos llegara a ejercer nunca de bibliotecario en Alejandría. Pero, por fortuna, Cleopatra sí que contó en su corte con los servicios de alguien como Nicolás de Damasco, que por entonces estaría dando todavía los primeros pasos de su carrera pero que, con el tiempo, se convertiría en uno de los eruditos más relevantes del periodo. Es posible que Nicolás llegara a la corte por recomendación de su maestro, Timágenes de Alejandría, quien, a su vez, se había trasladado a Roma junto con Gabinio en 55 a. C. y se había convertido en un buen aliado de Antonio. En los años posteriores, cuando los servicios prestados a Cleopatra y a Antonio se convirtieron en algo de lo que más valía no vanagloriarse, Nicolás trató de ocultar esta indiscreción de juventud, con relativo éxito.[27] Tras el colapso de la corte de Cleopatra, el historiador fue acogido en la de Herodes, al que sirvió como embajador en Roma y como cronista personal. También se convirtió en amigo íntimo de Augusto, en virtud de lo cual se pasó más de un cuarto de siglo viajando entre Roma y Judea. Se vio involucrado en las luchas sucesorias que estallaron a la muerte de Herodes en 4 a. C., pero, después, no tardó en retirarse de la política. Durante su carrera escribió una autobiografía, una semblanza de Augusto (que conservamos) y una extensa crónica universal, de la que subsisten numerosos fragmentos y que constituyó la principal fuente de Josefo para reconstruir el reinado de Herodes. Sin las páginas de Nicolás, sabríamos muy

poco acerca del turbulento ambiente que imperó en Judea durante aquellos años, y menos aún del papel que en el mismo desempeñó Cleopatra. Es más, a buen seguro el historiador influyó en la decisión de su discípula, Cleopatra Selene, de crear un gobierno tolemaico en el exilio en Cesarea de Mauritania: lo más probable es que ambos se mantuvieran en contacto en Roma tras la debacle de 30 a. C. En definitiva, aunque Nicolás de Damasco escribió siempre con unos intereses muy marcados, claramente apologéticos con respecto a la figura de Herodes, constituye la fuente literaria coetánea más extensa en relación con Cleopatra VII y quien, con más probabilidades, ejerció como bibliotecario de Alejandría durante su reinado.

poema atribuido a Antípatro de Tesalónica (*supra*, 148-149).

23. Porfirio, *Comentario a Horacio, Sátiras* 1.2.
24. Horacio, *Sátiras. Epístolas. Arte Poética* (*Sátiras* 1.2 y 3.).
25. Cicerón, *Cartas a Ático* 347 y *Cartas a los familiares* 7.24.
26. Plutarco, *op. cit.*, 72.1 y 81.
27. Pese a la copiosa información de la que disponemos de Nicolás y su vida, y pese a los numerosos fragmentos conservados de sus obras (*FGrHist*. 90), esta parte de su carrera solo la menciona Sofronio de Damasco, patriarca de Jerusalén en el siglo VII, en su *Crónica de los Milagros de los Santos Ciro y Juan* (54 = Nicolás, T2). Sofronio pudo tener acceso a cierta información local de su paisano.

9

Antonio, el matrimonio no tardó en asumirse en Roma como un hecho y propició una animosidad popular que pretendía defender los intereses de Octavia y de su hermano. Cuando Antonio empezó a representar a Cleopatra en sus monedas (Fig. 11b), el gesto se vio como una prueba de sus intenciones de convertir Roma en una monarquía helenística. A partir de un determinado momento difícil de precisar, todos los actores intervinientes comprendieron que la cuestión iba a desembocar de manera ineludible en un nuevo enfrentamiento armado.

Por el momento, las hostilidades se encauzaron a través de una guerra de propaganda,[5] cuyo auténtico pistoletazo de salida se produjo a finales de 34 a. C., tras las Donaciones. Aunque muchas de las acusaciones lanzadas durante aquellos meses son inverosímiles o meras exageraciones, incluyen buena parte de las anécdotas más célebres en relación con las vidas de Cleopatra y Antonio. Hablamos en su mayoría de chismes procaces y difamatorios dirigidos fundamentalmente contra la reina, aunque los demás actores del drama no se salvaron de la quema. Todos estos ataques y rumores cuidadosamente diseñados se convirtieron en la base de la tradición negativa acerca de Cleopatra que alimentó la producción literaria del periodo augusteo, la cual ha impregnado el imaginario popular en torno a la reina desde entonces. La egipcia fue retratada como una hechicera peligrosa al estilo de Medea, como una fornicadora alcohólica o, sencillamente, como una deshonra de la dinastía tolemaica sin otro objetivo en la vida que conquistar Roma. Resultaba tan destructiva para la civilización como Helena de Troya, o incluso como las Furias, personificaciones de la venganza.[6] La locución de Horacio, redactada poco después de la muerte de la reina, según la cual Cleopatra había sido un «fatale monstrum», sintetiza los prejuicios populares contra ella –o al menos lo que Octaviano intentó que fueran los prejuicios populares contra ella–, puso en tela de juicio su humanidad y la comparó con las criaturas mitológicas. De ella se llegó a decir que se valía de monstruos, magia y hechicería para conseguir sus fines, así como que era una infame envenenadora que había estado a punto de engañar a Antonio para que se bebiera una de sus pociones.[7] Significativamente, también se sostuvo que Cleopatra había incluido en sus juramentos oficiales una frase con la que se comprometía a dispensar justicia algún día desde el Capitolio romano.[8] El extravagante estilo de vida de la pareja –se decía que Cleopatra le enviaba cartas de amor a Antonio inscritas en tablillas de ónice o de cristal– constituyó un persistente motivo de crítica, pues los romanos, aunque deseaban con avidez la prosperidad egipcia, también la veían con desconfianza.[9] A fin de cuentas, la opulencia y el lujo de la corte de Cleopatra eran tenidos por inusuales incluso para los estándares de las monarquías helenísticas, circunstancia de la que los austeros romanos pudieron aprovecharse con facilidad. Su yerno, Juba II, reveló tiempo después que, a partir de un momento dado, la reina había comenzado a

denominar «pucheros» a su vajilla de oro y plata, haciendo gala tanto de su inconmensurable riqueza, como de su desdén por ella; una riqueza que, según el propio Juba, por mucho que los romanos se hubieran enriquecido y helenizado en los últimos tiempos, continuaba estando muy lejos de su alcance.[10] De hecho, la expresión «festín cleopátrico» se tornó proverbial y fue empleada durante siglos.[11] En una de sus detalladas descripciones, por ejemplo, Lucano relata el banquete que Cleopatra le ofreció a César en 48 a. C.,[12] que se caracterizó por un profuso despliegue de vajilla de oro, cristalería tachonada de piedras preciosas, jarras de agua de cristal, alimentos exóticos, flores de todas clases e incluso el mejor vino itálico (falerno) en lugar del brebaje egipcio de inferior calidad. Aunque compuesto un siglo después de la muerte de Cleopatra, y claramente basado en el banquete con el que Dido agasajó a Eneas, el pasaje podría reflejar los rumores que llegaban a Roma a finales de la década de 30 a. C., convenientemente exagerados por el poeta. Es posible incluso que el propio Virgilio tuviera estas noticias en mente cuando redactó su epopeya.[13] En cualquier caso, la denuncia más completa y concisa fue la que publicitó Josefo en su *Contra Apión*:[14] Cleopatra cometió todo tipo de crímenes, asesinó a sus hermanos, saqueó tumbas, corrompió a Antonio para después abandonarlo e incluso se negó a socorrer a la comunidad judía cuando esta fenecía de hambre.

Antonio, por lo general, que todavía tenía poderosos amigos en Roma, se libró de los peores ataques y gracias a ello sus descendientes continuaron ocupando puestos preeminentes en la sociedad romana durante casi de un siglo tras su muerte. Si se le llegaba a mencionar, era solo para afirmar que había perdido el juicio por Cleopatra, que había sido víctima de la magia y la hechicería o que se había subordinado a una mujer y a sus costumbres extranjeras, lo que no obsta para que también se rumoreara que él era más extravagante aún que la reina en sus dispendios. Algo irónico, por cierto, pues en su juventud el ahora triunviro había impulsado la aprobación de una ley suntuaria. En la urbe había quien pensaba que Antonio había alineado a todo oriente contra Roma, incluyendo regiones con las que ni siquiera había llegado a contactar, como Bactria o la India.[15] Sin embargo, los partidarios de Antonio en Roma también lograron dar pábulo a sus propias habladurías, la mayoría de ellas referidas a la vida amorosa de Octaviano y a su supuesta promiscuidad sexual. Este tipo de acusaciones se convirtió en una de las armas arrojadizas más recurrentes para ambos bandos;[16] un tipo de arma que el propio Octaviano había comenzado a utilizar años antes con ocasión de la Guerra de Perusia, cuando compuso un poema obsceno acerca de las relaciones íntimas de Antonio y Glafira y la consiguiente reacción de Fulvia.[17] Muchas de las calumnias, en especial las de índole sexual, se difundían mediante grafitis que aparecían en las paredes de Roma. Incluso Delio, el legado de Antonio, de quien sabemos que tuvo problemas en la corte alejandrina por criticar el gusto de Cleopatra para el vino, fue acusado de escribirle cartas lascivas

a la reina, que llegaron a difundirse por Roma convertidas en una auténtica obra literaria epistolar.[18]

Como era de esperar, las murmuraciones también recurrieron a los fenómenos naturales y el nivel del Nilo, sistemáticamente bajo durante estos años, fue considerado un presagio de un desastre inminente. Sin embargo, parte de la propaganda discurrió en un sentido distinto, mucho más elevado. Como solía suceder en los momentos más difíciles, se desveló por entonces un conveniente oráculo sibilino que afirmaba que Cleopatra obligaría a Roma a pagar por los pecados que la ciudad había cometido contra ella, pero que, en última instancia, la paz emanaría de Asia y la reina impondría sobre el mundo una época dorada de reconciliación.[19] Basado en los ideales que Alejandro Magno había establecido largo tiempo atrás y que habían impregnado el pensamiento helenístico.[20] En esta profecía, se materializaron las ideas orientales –ajenas al imaginario romano– en torno a Cleopatra, por lo que, en el fondo, las predicciones dicen menos de la reina que de la época de la que brotaron, la misma en la que surgió el pensamiento mesiánico en Judea, la cuarta *Égloga* de Virgilio o incluso los nombres proféticos que la egipcia dio a sus hijos. Desde los tiempos de Alejandro Magno, había persistido la noción de que la humanidad debía tender hacia la unidad internacional, una teoría política que se atribuía al propio Alejandro y que fue comúnmente aceptada durante buena parte del periodo helenístico.[21] Cleopatra, en todo caso, estaría más que dispuesta a poner en práctica este tipo de ideas.

Aunque la mayoría de las anécdotas barajadas durante la guerra de propaganda puede descartarse como meras calumnias, algunas nos ofrecen ocasionales perspectivas acerca de las actividades de Cleopatra en esos años, tanto más importantes cuanto que conservamos muy pocas informaciones directas de ella entre finales de 34 y comienzos de 32 a. C. Es probable que muchas de las historias más célebres en relación con su vida palacial se forjaran en esos años, sobre todo a través de los informes de L. Munacio Planco, gobernador de Siria seguramente en 34 a. C. y que, a continuación, ejerció en Alejandría como secretario de Antonio. Es decir, quizá se encargaba, entre otras tareas, de empaquetar y enviar los comunicados que el triunviro remitía a Roma. Fue Planco quien dio cuenta de uno de los episodios mejor conocidos de la biografía de Cleopatra, su iniciativa de disolver una perla en vinagre.[22] La reina, ya célebre por lo fastuoso de sus banquetes, anunció que podía derrochar 2,5 millones de dracmas en una sola cena. Para demostrarlo, mandó preparar un banquete ordinario, es probable que ya caro de por sí, y, acto seguido, se quitó uno de sus pendientes y lo sumergió en vinagre –o fingió hacerlo valiéndose de un juego de manos, dada la lentitud con la que opera en realidad el proceso químico correspondiente–.[23] Pero Planco evitó que hiciera lo mismo con el otro, pues los pendientes se adornaban con las perlas más caras que se conocían y constituían

una antigua reliquia familiar. La perla superviviente, de hecho, terminó engastada en los pendientes que adornaron la estatua de Venus en el Panteón de Roma. Aunque se trata de uno de los episodios más famosos de la vida de la reina, es probable que se basara en una anécdota similar atribuida a un tal Clodio[24] y a su amiga Metela que circulaba en Roma en aquella época.[25] La historia, recogida por primera vez en las *Sátiras* de Horacio, sugiere quizá que, tal y como era de esperar, Cleopatra estaba al tanto de la literatura latina contemporánea. A Planco se le menciona asimismo en relación con otro banquete, al que asistió disfrazado de Glauco, una divinidad acuática.[26] Con el tiempo, sin embargo, el burócrata terminó creyendo que Antonio no se esforzaba lo suficiente a la hora de refutar las acusaciones que se vertían sobre él desde Roma, por lo que se pasó al bando de Octaviano. En el verano de 32 a. C. se encontraba ya de regreso en Roma, sin duda bien provisto de un sinfín de útiles anécdotas relacionadas con la corte de Cleopatra.

Todos estos relatos en torno a los banquetes reflejan no solo la aversión que los romanos sentían por los despilfarros característicos de los monarcas orientales, sino también el creciente descontento con que un magistrado romano participara en semejantes dispendios, entretenidos aunque sin duda triviales. Para nuestra mentalidad moderna, muchas de estas historias pueden parecer banales, pero lo cierto es que reflejan la percepción contemporánea (o, al menos, así lo intentaba Octaviano) de hasta qué punto había llegado la degradación de Antonio en Alejandría. Tal es el caso, por ejemplo, de la noticia según la cual el triunviro le había masajeado los pies a Cleopatra en público, gesto este que se consideraba propio de los esclavos. Acaso más serias, y puede que, en alguna ocasión, certeras, fueran las constantes acusaciones de robos y sacrilegios vertidas contra la pareja, ejecutados en su mayoría por Antonio, pero siempre en favor de Cleopatra.[27] La más célebre de estas acusaciones fue la referida al traslado a Alejandría de los 200 000 volúmenes de la biblioteca de Pérgamo como obsequio para la reina.[28] El relato no puede aceptarse de manera literal, pues sabemos que la biblioteca de Pérgamo continuó floreciendo sin cesura aparente. De hecho, la terminología plutarquea parece referirse solamente a copias de sus fondos. Además, si la anécdota tuvo algún fundamento histórico, podría estar reflejando un intento de reaprovisionar la Biblioteca de Alejandría tras el incendio de 47 a. C. Pero el hecho es que la persona que propaló la historia terminó confesando que se la había inventado. Hablamos de C. Calvisio Sabino, cónsul en 39 a. C., un antiguo cesariano que tiempo después llegó a ser gobernador de Hispania. Parece que fue él el autor de muchos de los embustes que se difundieron en torno a la pareja, que el propio Sabino publicó en una compilación que años más tarde acabó en manos de Plutarco.

Con frecuencia, a Antonio se le atribuyó el grave delito de robar obras de arte, con particular predilección, al parecer, por las piezas del escultor clásico Mirón.

En efecto, el Apolo labrado por este fue retirado de Éfeso, así como un Zeus, una Atenea y un Heracles del santuario de Hera de Samos. También se relacionó a Antonio con la desaparición de una escultura de Áyax –cuyo autor desconocemos– procedente de su templo-tumba de Retio (actual Baba Kale, justo al norte de Troya), así como con muchas otras «adquisiciones» no especificadas.[29] Y es que no era raro que los magistrados romanos con mando en provincias requisaran obras de arte para sus propios fines, pero el crimen de Antonio fue hacerlo en provecho de Cleopatra. La mayoría de las piezas sustraídas fue devuelta tras la muerte del triunviro, salvo el Zeus de Samos, que Augusto ordenó trasladar a Roma.

Más allá de todos estos incidentes anecdóticos, Cleopatra continuó dedicada en cuerpo y alma a la administración del reino. En este sentido, uno de sus actos oficiales ha suscitado la atención de la historiografía en los últimos tiempos. En febrero de 33 a. C., la reina aprobó un decreto que eximió del pago de ciertos impuestos a P. Canidio Craso, colaborador de Antonio desde hacía una década y que unos años después ejerció como comandante en jefe de las fuerzas terrestres en Accio. El papiro en el que se recogió la orden nos ha llegado formando parte de las envolturas de una momia y se publicó por primera vez en el año 2000.[30] A Canidio se le permitió importar 10 000 artabas de trigo y 5000 ánforas de vino libres de impuestos e igualmente se le dispensó de pagar gravamen alguno por las tierras que poseía en Egipto. Pero lo que más interés ha suscitado del documento es la suscripción que lo remata, realizada por una mano distinta que la que había redactado el resto del texto: γινέσθωι [que se cumpla]. Parece indudable que se trata de una palabra escrita por la propia reina, pues en el Egipto tolemaico era tradición que el monarca sancionara todos los documentos oficiales, entre otros motivos para evitar falsificaciones.[31] Nos encontramos, sin duda alguna, ante uno de los descubrimientos más espectaculares de los últimos años, máxime teniendo en cuenta que los otros dos únicos autógrafos regios conocidos para toda la Antigüedad son los de Tolomeo X y Teodosio II, personajes ambos, en muchos sentidos, menos relevantes que la reina. El documento también resulta indicativo de la dicotomía que todavía existía a finales de la era tolemaica entre gobernantes (y sus aliados romanos) y gobernados, en virtud de la cual los primeros continuaban gozando de ciertos privilegios especiales ante los segundos.

A finales de 33 a. C., el triunvirato expiró. Huelga decir que, en esta ocasión, no fue renovado. El 1 de enero de 32 a. C., dos partidarios de Antonio accedieron al consulado: C. Sosio, que hasta la fecha había servido a Antonio en diversos puestos y que como gobernador de Siria había instalado a Herodes en el trono en 37 a. C., y Cn. Domicio Ahenobarbo, que, en su momento, se había visto involucrado en el asesinato de César, pero que ya había conseguido redimirse e incluso había participado en la expedición de Antonio contra los

partos. Desde su primer día al frente de la institución (1 de febrero),[32] Sosio habló con vehemencia contra Octaviano y trató de impulsar leyes contra él. Unos días más tarde, Octaviano entró en el Senado rodeado de una escolta y profirió una serie de contraacusaciones contra ambos cónsules. Al día siguiente, lógicamente intimidados por la presencia armada, los dos magistrados y el resto de los partidarios de Antonio en el Senado abandonaron Roma en secreto y emprendieron viaje para reunirse con él en oriente, donde constituyeron un nuevo Senado.[33] Se consumaba de este modo la ruptura definitiva entre Octaviano y Antonio, así como la renuncia de este último a continuar interviniendo en la política itálica. En aquel momento, sin embargo, el final del triunvirato no modificó de manera sustancial la situación legal de Antonio –que conservaba el mando militar y el estatus de antiguo cónsul, y que de hecho se negó a dimitir de su condición triunviral–, aunque su dependencia con respecto a Cleopatra no hizo sino acrecentarse. La pareja viajó a Éfeso a primeros de 32 a. C. para reunir una gran fuerza naval, a la que la reina aportó 200 naves (es probable que 140 transportes y 60 galeras) de las 800 congregadas, así como todos los suministros de la flota.[34] También se convocó al cónclave a los distintos reyes aliados. Antonio se obstinaba todavía en ignorar los consejos de muchos de sus oficiales de mayor rango, que consideraban que la egipcia se había convertido en una carga para su causa. El propio Domicio Ahenobarbo, integrado ya en el séquito de Antonio y sabedor, dado que acababa de abandonar Roma, de la efectividad de la guerra propagandística puesta en marcha contra su líder, insultaba en público a Cleopatra y sostenía que esta no debía desempeñar papel alguno en las inminentes operaciones militares.[35] Ahora bien, la reina también contaba con adeptos entre el personal de Antonio. Canidio Craso insistía en que Cleopatra no solamente estaba financiando aquella guerra, sino que además llevaba ya largo tiempo gobernando en solitario un gran reino y sus aptitudes no eran menores que las de los reyes aliados varones.[36] Antonio trató de persuadir a Cleopatra para que regresara a Egipto, pero ella insistió en quedarse: aunque su objetivo principal era la defensa de su reino, estaba convencida de que lo mejor que podía hacer para evitar que Octaviano cayera sobre Egipto era aguardarlo con su flota en Grecia. Su terca determinación, sin embargo, provocó las primeras defecciones en las filas de Antonio, entre las que se contó no solo Domicio Ahenobarbo, sino también Munacio Planco.

En primavera, la pareja se trasladó a Samos, donde se celebró un gran festival, y, a continuación, a Atenas. La más venerable de las ciudades griegas se había mostrado siempre favorable a los tolomeos, y en especial a Cleopatra, que puede que residiera allí de niña. Sabemos que al menos una de las mujeres de su personal doméstico era ateniense y que la madre de esta había viajado a Alejandría para atenderla durante la enfermedad a la que terminó sucumbiendo. Después la anciana retornó a Atenas acompañada por los restos mortales de su

hija.[37] Cuando Cleopatra desembarcó en Atenas en 32 a. C., la ciudad le dispensó grandes honores, aunque se rumoreó que estos fueron en parte obligados por la extorsión de la propia reina, celosa de las atenciones análogas que Atenas le había otorgado a Octavia tiempo atrás. En todo caso, Cleopatra pudo aprovechar aquella estancia para impulsar la creación de un santuario de Isis en Titra (actual Pikermi, al este de Atenas, cercana a la costa),[38] además de inducir a Antonio a enviarle una carta formal de divorcio a Octavia, misiva que, como era de esperar, fue a parar directamente a manos de Octaviano. Fue entonces cuando Munacio Planco, ya de vuelta en Roma, le propuso a este examinar el testamento de Antonio. Contraviniendo las costumbres religiosas y legales romanas, Octaviano requisó el documento atesorado por las vírgenes vestales y publicó el contenido, sumamente útil para su causa, tanto que, desde hace mucho tiempo, se piensa que pudo tratarse de una falsificación. Reparemos en que una impostura de este tipo podría haberse desenmascarado con facilidad, sobre todo de la mano de las escandalizadas vestales, máxime cuando el propio Antonio tuvo noticia de la incautación.[39] Aunque la referencia que Dion Casio proporciona al respecto –enmarcada en el discurso que le atribuye a Antonio antes de la batalla de Accio– podría ser un constructo literario ideado para profundizar en la obtención del documento por Octaviano. No fue esta la última vez que el futuro Augusto descubrió en un templo un documento útil para sus propios intereses: unos años más tarde, se dijo la única persona capaz de leer una deteriorada inscripción del templo de Júpiter Feretrio que resultó respaldar sus pretensiones.[40] Falsificado o no, Octaviano celebró una lectura pública del testamento muy selecta, en la que se puso de manifiesto que este designaba a Cesarión como el heredero de César, daba carta de ley a las Donaciones de Alejandría y establecía que Antonio fuera enterrado en Egipto junto a Cleopatra, incluso si fallecía en Roma. Hasta se sugirió que Antonio planeaba transferir la capital de la República romana a Alejandría, proyecto del que, en su momento, también se le había acusado a César y que, quizá, representaba para los romanos uno de sus peores miedos.[41] La lectura tuvo el efecto deseado y muy poco después la República romana le declaró la guerra a Cleopatra.[42] En un momento posterior de su vida, Octaviano, un tanto exagerado, aseguró que aquella empresa había concitado el apoyo decidido de «tota Italia».[43]

La amplia pléyade de injurias levantadas contra Cleopatra supuso un fundamento jurídico bastante pobre para una guerra, pero generó una conveniente corriente de opinión pública que respaldó la decisión.[44] Tal y como Octaviano además se ocupó de precisar,[45] habían sido las actuaciones de la propia Cleopatra las que habían precipitado la conflagración; en otras palabras, la egipcia se había comportado de un modo impropio para una reina aliada. Además, la circunstancia de que desde finales de 33 a. C. Antonio no fuera más que un ciudadano privado (aunque todavía con cierta autoridad, debido al peso

acumulativo de su carrera, como era tradicional en Roma) debilitaba la posición de Cleopatra, pues el antiguo triunviro ya no podía confirmar sus actuaciones como monarca aliada. En teoría, su política exterior requeriría ahora de la aprobación del Senado o bien de la del propio Octaviano, algo que la reina no se molestó en solicitar. Se encontraba ahora en el mismo atolladero que el resto de los monarcas aliados, necesitada de compatibilizar sus pretensiones (y las de su Estado) con los requerimientos legales que Roma les exigía a cambio de casi veinte años de protección.[46] De hecho, aunque impopular, todo lo que Antonio había hecho en pro de la reina había sido perfectamente legal en virtud de su condición de triunviro –algo en lo que Octaviano, por supuesto, estuvo en desacuerdo– y, además, tal y como hemos venido viendo, sus decisiones no siempre la favorecieron a ella, sobre todo en lo concerniente a las cuitas con Herodes. Sin embargo, desde finales de 33 a. C. Cleopatra había quedado abandonada a su suerte o, como mínimo, necesitada de reestablecer la relación con el gobierno romano, tal y como Herodes hizo, como es bien sabido, tras la batalla de Accio. Por mucho que Antonio hubiera hecho oficiales sus decisiones a través de las Donaciones de Alejandría, el cese de este como triunviro obligaba ahora a Cleopatra a conseguir la ratificación de todas ellas si pretendía que continuaran vigentes. Cirene, por ejemplo, había sido provincia romana hasta que fue transformada en un reino gobernado por su hija; Armenia, al menos en teoría, había quedado en posesión de uno de sus vástagos, pese a que, en el pasado, durante un breve lapso, también había funcionado como provincia romana. Sin embargo, debido a estas y otras disposiciones de las Donaciones, Octaviano aseguró que Cleopatra había logrado desposeer a Roma de parte de sus provincias para el único beneficio de sus hijos y que ansiaba aún más territorios romanos, puede que un argumento débil, pero técnicamente legal.[47] Más grave resultaba el apoyo militar que Cleopatra le continuaba brindando a Antonio, a pesar de que este se había convertido en un ciudadano privado y, por tanto, no tenía derecho a ello. Esto sí era un motivo del calado suficiente como para iniciar una guerra. Pero Octaviano fue lo bastante cauto como para no limitarse a alentar el respaldo patriótico contra Cleopatra, sino que también puso buen cuidado en respetar los rituales bélicos más antiguos y sagrados de Roma, como el consistente en arrojar una lanza contra (o, en este caso, más probablemente *hacia*) el territorio enemigo. Sabía, al fin y al cabo, que se movía sobre un terreno minado y que su verdadero enemigo no era Cleopatra, sino Antonio. De hecho, aunque la guerra se declarara solo contra la reina, todo el mundo era consciente de que también habría que combatir a Antonio, al que se le privó de lo que le quedaba de autoridad, incluyendo el consulado acordado para el año 31 a. C., lo que no obstó para que ese año Antonio acuñara moneda arrogándose el título (*vid*. pág. 221). El antiguo triunviro quedó así desposeído de todo cargo oficial, lo que puso en cuestión la legalidad de cualquier decisión que pudiera tomar en lo sucesivo,

en particular con respecto a Cleopatra.

Una vez se comprendió que la guerra era inevitable, ambos bandos se esforzaron por reunir fuerzas colosales. Octaviano congregó 200 naves y 80 000 soldados, en tanto que Cleopatra y Antonio dispusieron de 800 barcos y más de 100 000 soldados, además del respaldo y los recursos de, al menos, once reyes aliados, entre ellos Herodes, Malicos, Arquelao, Amintas y Polemón. Para garantizar el abastecimiento de las tropas, la reina y el antiguo triunviro reclutaron en la Grecia Central a un sinfín de trabajadores, entre los que parece que figuró Nicarco, el bisabuelo de Plutarco.[48] Es muy posible que Cleopatra recurriera a los oficiales y a las tripulaciones de su flota del mar Rojo y la India para gobernar las naves,[49] pero los efectivos navales de la pareja, que eran superiores, se vieron lastrados por el hecho de que la dotación de muchas de sus galeras no llegó nunca a estar completa y porque los tripulantes que las gobernaban –más comerciantes que soldados, seguramente– no estaban bien adiestrados, mientras que la flota de Octaviano sí que acudió a la cita en perfecto estado de revista y con las dotaciones completas. Antonio propuso arremeter contra Octaviano mientras sus barcos se encontraban aún fondeados en Tarento y Brundisium, un movimiento que, desde el punto de vista estratégico, podría haber sido inteligente, pero al que Cleopatra renunció convencida de que atacar Italia no contribuiría a defender Egipto, su única y fundamental preocupación. Por el contrario, persuadió a Antonio a replegarse para invernar en Patras.

En la primavera de 31 a. C., la pareja trasladó sus fuerzas a los alrededores del promontorio de Aktion (más comúnmente conocido como Accio), en la entrada meridional del golfo de Ambracia, en el noroeste de Grecia. Una vez más, la decisión fue fruto de la obsesión de Cleopatra por defender Egipto, pues desde aquella posición la flota podría detectar los movimientos de los barcos de Octaviano por la costa griega. Por las mismas fechas, Octaviano ocupó Corcira (Corfú) y las costas del Epiro, lo que le permitió cortar las líneas de suministros de sus adversarios y desmoralizar a los aliados de estos. Entre estos últimos, aquel año no comparecieron ni Herodes ni Malicos, pues la vieja animadversión que los separaba, supuestamente alentada por Cleopatra, había degenerado en una guerra abierta entre sus respectivos reinos.[50] Herodes terminó haciéndose a duras penas con la victoria y a pesar de la traición de un tal Atenión, uno de los generales de Cleopatra que, al parecer, durante aquella contienda combatió al servicio del rey de Judea. La pérdida del respaldo de ambos reyes constituyó un grave error estratégico por parte de Cleopatra y Antonio. Para empeorar la situación, la guerra contra los nabateos coincidió en el tiempo con un terrible terremoto que devastó Judea. Y Herodes, que a aquellas alturas ya habría comprendido que Cleopatra y Antonio luchaban por una causa perdida, encontró en aquel seísmo la excusa perfecta para mantenerse lejos de Accio.

A lo largo del verano, en los alrededores de Accio se sucedieron las

escaramuzas, que Cleopatra y Antonio contaron por derrotas. Octaviano, además, había logrado infiltrar espías en el campamento enemigo, cuya actividad contribuyó a promover unas defecciones cada vez más frecuentes, comenzando por la de Delio, leal hasta entonces. Amintas de Galacia y Deyótaro de Paflagonia fueron los primeros reyes aliados en cambiarse de bando.[51] El propio Antonio estuvo a punto de resultar capturado en una de las reyertas. Todo ello coadyuvó a que Cleopatra comenzara a temer de nuevo por la seguridad de Egipto, por lo que le propuso a Antonio dejar parte de sus fuerzas estacionadas sobre el terreno mientras ellos se replegaban al país del Nilo con el grueso de la hueste. También que se encadenaran funestos augurios registrados en torno a la pareja parecía apoyar los argumentos: de la cera de las velas manaron leche y sangre y unas golondrinas construyeron sus nidos en la nave insignia de la flota, presagio este último especialmente agorero, aunque probablemente inventado *a posteriori* para explicar el enigmático comportamiento de la reina durante la batalla, que a los romanos debió de parecer enigmático.[52] En realidad, las susodichas golondrinas, asociadas a Isis, es probable que formaran parte de la decoración del buque, pero los romanos, tan interesados como siempre en el poder profético de las aves, interpretaron interesadamente su presencia como un signo del inminente desastre de la flota enemiga. Aunque Cleopatra no fue la única que trató por todos los medios de evitar la batalla. Otras voces sugirieron abandonar las operaciones navales, enviar a la reina de regreso a su país y que las legiones de Antonio se replegaran al interior de Grecia para combatir por tierra. Pero esa estrategia no satisfizo a la egipcia, pues hubiera supuesto cederle a Octaviano el control del mar y dejarle el camino expedito hacia Egipto. Ante semejante alternativa, Cleopatra optó finalmente por precipitar un gran combate naval. El 2 de septiembre de 31 a. C. pasó a la historia como la jornada en la que se combatió la batalla de Accio.

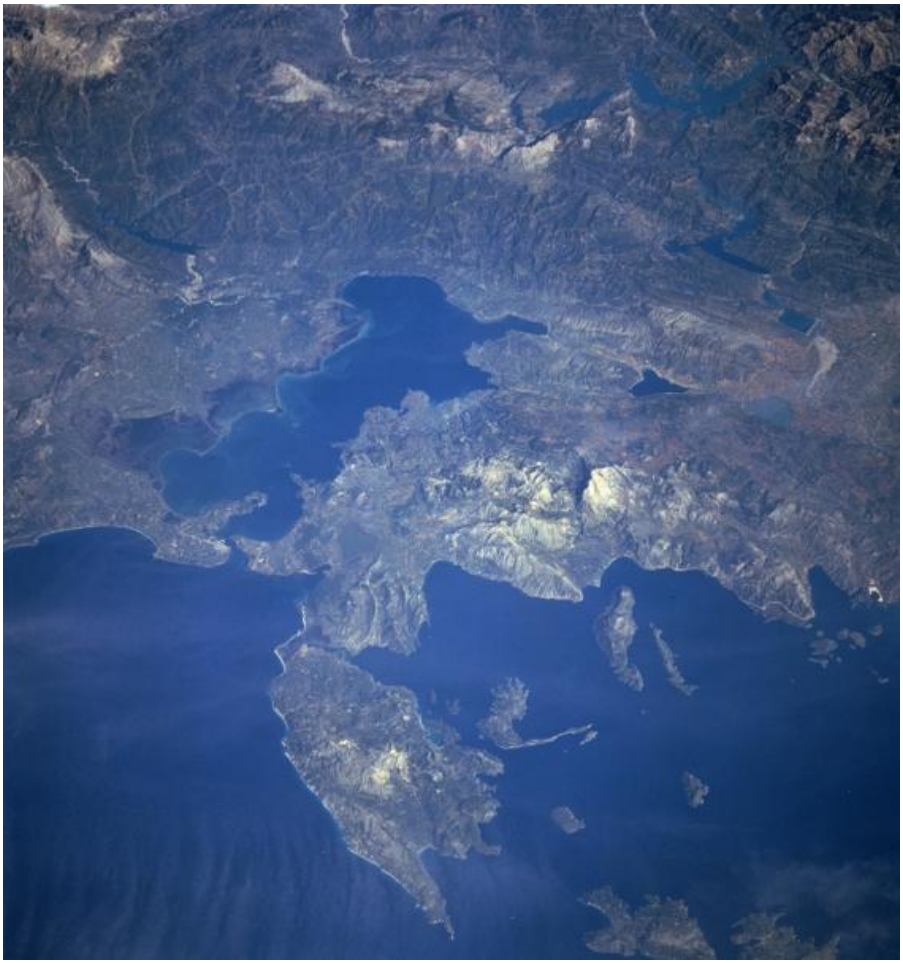


Figura 9: Vista aérea completa del golfo de Ambracia, escenario de la batalla de Accio –cuadrante inferior izquierdo de la fotografía– librada en 31 a. C. entre las flotas de Octavio y de Marco Antonio y su aliada Cleopatra, que se saldó con la victoria de Octavio.

El episodio se convirtió de inmediato en uno de los hitos legendarios más relevantes de la historia universal, presentado por los vencedores –y por sus partidarios literatos– como el triunfo definitivo de la civilización frente a la barbarie. Lo cierto es que, aunque seguramente exageran quienes la conciben como un gran punto de inflexión, la batalla puso fin a los planes de futuro de Antonio y Cleopatra, fueran cuales fuesen estos.[53] El resultado del enfrentamiento fue el que cabía esperar: los espías y las fuerzas mejor adiestradas de Octaviano le aseguraron la victoria. Cuando las dos escuadras entraron en combate, Cleopatra se hallaba comandando las 60 naves destacadas en la desembocadura del golfo de Ambracia, justo al oeste de la península de Accio y a retaguardia del grueso de su flota, en una posición que no era la mejor para luchar por la defensa de Egipto, pero que es probable que respondiera al intento

de los oficiales de Antonio por apartarla del principal teatro de operaciones. El buque insignia se llamaba Antonias, uno de los pocos nombres de barcos que conocemos para el periodo helenístico y que, al parecer, se atenía a la costumbre vigente de bautizar a las naves con el nombre de los personajes más poderosos de la época.[54] Antonio había dado orden de que las naves no se desembarazaran de sus velas antes de presentar batalla para aligerar peso, como solían hacer, sino que trabaran combate con el aparejo presto, en teoría para perseguir con mayor eficacia a sus enemigos, pero posiblemente también para huir con más facilidad si lo necesitaban.[55] Aquello dotó a Cleopatra de una singular libertad de movimientos, gracias a la cual, en cuanto sopló viento favorable, atravesó con sus galeras el epicentro de los combates y, para sorpresa general, puso rumbo hacia el Peloponeso. Cuando Antonio se apercibió de lo que estaba sucediendo, fue tras ella y abordó su barco, fácil de reconocer gracias al velamen púrpura (el mismo que había empleado en Tarso).[56] Meses después se dijo que el antiguo triunviro se había visto obligado a subirse al buque de la reina porque su propia nave insignia había quedado inmovilizada por culpa del pez *echeneïs* [retenedor de barcos], que acostumbraba a enredarse en los cables de los timones.[57] Es evidente que esto no fue sino una mera excusa con buenos precedentes históricos.[58] Un destacamento de la flota de Octaviano partió en pos de las naves de Cleopatra y logró capturar a dos de ellas antes de regresar al núcleo de la batalla, pero la reina y Antonio consiguieron escapar y tres días después atracaron en Ténaro, en el extremo meridional del Peloponeso. Aunque la tradición literaria establecida por Octaviano y sus partidarios interpretó que, con aquella retirada, Cleopatra había traicionado a su ejército y que el enamorado Antonio la había seguido por estupidez amorosa, lo más probable es que la reina, en pleno fragor del combate, comprendiera que desde aquella posición no podía defender Egipto –su objetivo primordial, algo que los romanos nunca llegaron a comprender– y que Antonio, necesitado de saber qué era lo que se proponía la egipcia, hubiera abordado su barco y, sin pretenderlo, se hubiera visto arrastrado rumbo al sur. De hecho, durante los tres días de travesía entre Accio y Ténaro, permaneció sentado a proa, rehuyendo la compañía de la reina hasta que en Ténaro las damas de compañía de esta, Ira y Carmión, le convencieron para que hablara con ella.[59] Nos encontramos con la primera evidencia definitiva de que Antonio sufría una profunda depresión, enfermedad que le acompañó ya durante el resto de su vida.

La batalla de Accio se prolongó todavía durante un tiempo tras la huida de la pareja, pero las defecciones masivas, protagonizadas primero por los oficiales de mayor rango y después por la tropa, terminaron por decantar la victoria, que en la mañana del 3 de septiembre se dio ya por definitiva. Octaviano, quizá deseoso de neutralizar el sostén que Atenas había brindado siempre a los tolomeos, no tardó en establecerse en la ciudad –Nicarco, el bisabuelo de Plutarco, fue testigo de su llegada– y desde allí se adueñó rápidamente de la Grecia continental. En

cuanto a los reyes aliados, no tardaron en repudiar a Antonio.

Desde Ténaro, la pareja cruzó a Egipto y desembarcó en Paraitonion (actual Marsa Matruh, en el desierto occidental), donde se separaron. Los primeros informes de Accio anunciaron que la batalla aún no se había decantado, sobre todo por tierra, por lo que Antonio decidió viajar a Cirene, donde, sorprendentemente, aún permanecían estacionadas cuatro legiones que puede que el antiguo triunviro se propusiera movilizar para disponer de una fuerza armada próxima a Egipto.[60] Cleopatra, en cambio, deseaba más que nunca regresar a su capital, temerosa del impacto que las noticias relacionadas con Accio pudieran tener en la opinión pública alejandrina. Así pues, accedió al puerto de Alejandría navegando como si estuviera celebrando una victoria y, una vez allí, comenzó a planear los siguientes pasos que dar. Se dice que mandó ajusticiar a muchos ciudadanos ricos para confiscar sus propiedades y que saqueó los tesoros de los templos para reunir tantos fondos como le fue posible. Sin embargo, estas medidas desesperadas no concuerdan con las grandes riquezas que, según nuestras fuentes, estibaban los barcos que combatieron en Accio,[61] ni tampoco con las reiteradas referencias al tesoro que la reina conservaba durante los últimos días de su vida, o con la gran suma de dinero de la que Octaviano se apropió tras la muerte de Cleopatra mediante regalos y confiscaciones.[62] No resulta fácil determinar cuál era la situación financiera de la reina al final de su vida. En ocasiones, se ha sacado a colación un comentario de Ateneo según el cual Tolomeo XII había dilapidado todas las riquezas de su dinastía para argumentar que Cleopatra se encontraría en bancarrota, prácticamente.[63] La cita, desde luego, podría no ser más que una calumnia contra el monarca. Lo más probable es que la reina nunca llegara a recuperarse por completo de la pésima situación financiera que había heredado de su padre y que sus recientes y elevadísimos gastos militares hubieran empeorado severamente el balance. Aunque hemos de entender todo esto en términos relativos, pues, en aquella época, la pobreza en Egipto se consideraría opulencia en cualquier otro lugar del mundo. Es muy posible que las citadas ejecuciones estuvieran más encaminadas a sofocar posibles rebeliones políticas que a recaudar fondos, o incluso que no fueran otra cosa que un embuste de la propaganda augustea que hubiera quedado cristalizado en la tradición histórica posterior.[64] Según las crónicas, Cleopatra también intentó granjearse nuevos aliados, para lo cual mandó ejecutar a Artavasdes II de Armenia, que todavía permanecía preso en la corte, cuya cabeza envió al rival de aquel, Atropatene, el rey de Media, también llamado Artavasdes, con la esperanza de ganarse su apoyo. Una vez más, ignoramos hasta qué punto son ciertas tales informaciones.

Entretanto, Antonio no consiguió ningún apoyo en Cirene. El gobernador de la provincia, L. Pinario Escarpo, designado en el pasado por el propio Antonio, había tenido noticias de lo sucedido en Accio antes de que los emisarios del

antiguo triunviro llegaran a su presencia, por lo que se limitó a mandarlos asesinar, rehusó recibir a Antonio y puso a sus cuatro legiones al servicio de Octaviano. Antonio trató de quitarse la vida, pero sus asistentes se lo impidieron y le condujeron a Alejandría, donde el romano, deseoso de recluirse lejos de la sociedad, se construyó él mismo una cabaña en la playa, puede que en la isla de Faro, a la que denominó Timoneion, en homenaje al famoso misántropo Timón de Atenas, y emprendió una vida en solitario, interrumpida de tanto en tanto por unos informes cada vez más deprimentes.[65] La peor noticia de todas fue seguramente la traición de Herodes el Grande, quien, pese a su ausencia en la batalla de Accio, había continuado remitiendo consejos a Antonio, en los que le sugería una y otra vez que si quería salvarse la solución pasaba por eliminar a Cleopatra.[66] Pero Herodes sabía que corría serio peligro, al ser el aliado más poderoso de Antonio después de la propia Cleopatra, por lo que no dudó en viajar a Rodas, en la que Octaviano se había instalado tras dejar Atenas, y allí cumplimentó al vencedor de Accio en un discurso que aún hoy celebramos como una auténtica obra maestra de la retórica. El monarca admitió su devoción a Antonio y señaló con toda franqueza que, si no se lo hubieran impedido otros compromisos más acuciantes, habría combatido en Accio del lado de aquel, ya que, para él, la lealtad primaba por encima de cualquier otra virtud. Así pues, una vez concluida la batalla y en vista del resultado, ponía su reino a disposición de Octaviano y aceptaba renunciar al trono si así lo deseaba este. Mas su interlocutor, que precisaba de los servicios de Herodes tanto como Antonio y que respetaba sus muestras de lealtad, rechazó la oferta del monarca judío y le confirmó en el cargo y en su territorio. Por consiguiente, y dado que Octaviano ya había colocado a su propio gobernador, Q. Didio, al frente de la provincia siria, Cleopatra y Antonio quedaron totalmente desprovistos de aliados entre Grecia y Egipto.

Durante el último año de sus vidas, Cleopatra demostró ser, de largo, el miembro más fuerte de la pareja.[67] Antonio no cejó en sus tendencias suicidas y permaneció retirado durante la mayor parte del tiempo, por lo que su figura fue cada vez más irrelevante en el curso de los acontecimientos. Esto, paradójicamente, no fue obstáculo para que constituyera una grave traba en cualquier posible acuerdo entre Cleopatra y Octaviano. La reina, en cambio, dio un paso al frente y encabezó varias iniciativas para encontrar una solución a la situación que permitiera la supervivencia de su reino, sin ni siquiera considerarse a sí misma imprescindible. El primer intento en este sentido, a finales del verano de 31 a. C., consistió en facilitar la sucesión de su hijo al trono egipcio y abandonar ella misma el reino de manera permanente, sabedora de que su figura era la que, en última instancia, focalizaba la hostilidad romana.[68] Asimismo, comprendía que Antonio suponía un lastre para sus propósitos, por lo que comenzó a distanciarse de él. Si todo hubiera funcionado según lo planeado,

Antonio no la hubiera encontrado ya en Alejandría cuando regresó de Cirene, pues la reina había armado un complejo proyecto para traspasarle el trono a Cesarión y para trasvasar su flota del Mediterráneo al mar Rojo a través del istmo (o, lo que resulta más verosímil, para construir una nueva flota en la base naval de Cleopatris, la actual Suez), flota en la que pretendía embarcarse para, bien provista de tropas y dinero, empezar una nueva vida en algún otro sitio, quizá incluso en India. La necesidad de reunir barcos en el mar Rojo, donde cabría esperar que se encontrara la gran flota egipcia empleada para el comercio con la India, demuestra que todas aquellas naves habían sido movilizadas previamente para combatir en Accio. Sin embargo, Cleopatra subestimó la proximidad de la costa nabatea y los sentimientos de Malicos, cuyas pérdidas en la guerra contra Herodes, supuestamente instigada por ella, habían sido enormes y que además todavía estaba resentido con la reina por haberle arrebatado los territorios costeros en 37 a. C. Así pues, Malicos, a instancias de Didio, incendió su flota, lo que abocó a Cleopatra a permanecer en Egipto y a entablar negociaciones con Octaviano.

Pasado un tiempo, Antonio abandonó su vida misantrópica y regresó al palacio.[69] Para levantar la moral de los súbditos, Cleopatra alistó a Cesarión entre los efebos –los jóvenes en edad militar– y Antonio hizo lo propio con Antilo, el hijo que había tenido con Fulvia y que había permanecido junto a él en Alejandría. Aquello ofreció a los egipcios una alternativa, pues evidenció que Cleopatra estaba preparando a su hijo para sucederla. Lo mismo cabe colegir de una estela de Coptos, conservada en la actualidad en el Museo Británico y fechada el 21 de septiembre de 31 a. C. –esto es, diecinueve días después de la batalla de Accio– en la que Cesarión [Tolomeo llamado César] ocupa un lugar destacado. En la inscripción, un contrato entre unos fabricantes de lino y unas autoridades religiosas,[70] solo se alude a Cleopatra para establecer la datación, mientras que Cesarión aparece hasta en dos ocasiones. Al parecer, fueran cuales fuesen las dinámicas desatadas tras la batalla de Accio, se estaban llevando a cabo los preparativos necesarios para convertir a Cesarión en el nuevo gobernante en solitario de Egipto, sin el concurso de su madre. Entretanto, estos acontecimientos sirvieron de excusa para una sucesión de fiestas en las que los Hígados Inimitables se dieron por disueltos y fueron reemplazados por los *Synapothanoumenoi* [Los que mueren juntos], puede que en alusión al título de una comedia.[71] Se dice que, por entonces, Cleopatra hacía acopio de todo un arsenal de venenos, noticia que no ha de extrañarnos, pues desde siempre las mujeres griegas habían ponderado la habilidad de las egipcias en la materia.[72] De hecho, una nutrida tradición sostiene que Cleopatra probaba sus venenos en los prisioneros condenados o incluso en los sirvientes,[73] algo que parece poco probable, pero que concuerda con la aversión romana por las prácticas médicas egipcias, que deriva, seguramente, de la estrecha línea entre el envenenamiento y

la curación. Pese a todo, la pareja no dejó de buscar posibles refugios, incluso contemplaba aún la opción del mar Rojo, pero sin desestimar tampoco la Galia o Hispania, esta última ya con un largo historial como destino de romanos enfrentados al gobierno central de la República, y célebre, además, célebre por sus riquezas.

Cleopatra y Antonio se pusieron en contacto con Octaviano, todavía en Rodas. Enviaron para ello a Eufronio, uno de los tutores de sus hijos, para transmitirle a Octaviano el ruego de Cleopatra de que Egipto le fuera entregado a sus descendientes, así como la súplica de Antonio de que se le permitiera continuar residiendo en Egipto o en Atenas como ciudadano privado. En paralelo, Cleopatra mantuvo negociaciones secretas con Octaviano y le envió un cetro de oro, una corona y un trono, gesto simbólico con el que le dio a entender que estaba dispuesta a reconciliarse con el nuevo régimen romano como reina amiga y aliada, tal y como Herodes había hecho unas pocas semanas antes. Por supuesto, también le prometió enormes sumas de dinero. Por su parte, Antonio puso en manos de Octaviano a un tal Publio Turulio, uno de los últimos cesaricidas supervivientes, que había permanecido hasta entonces viviendo en Alejandría, pero que en los últimos tiempos se había atrevido a talar la arboleda sagrada de Asclepios en Cos para fabricar tablones para barcos de cara a la batalla de Accio. Octaviano lo mandó ejecutar de inmediato por tal sacrilegio, pero le dio a Antonio la callada por respuesta.[74] Así pues, Antonio le envió a su hijo Antilo para entregarle una suculenta suma de dinero, que Octaviano aceptó para, a continuación, enviar a Antilo de vuelta sin contestación alguna. Aunque las fuentes no son demasiado claras en cuanto al número de embajadas despachadas, ni a en qué momentos la pareja actuó conjuntamente o por separado, todo apunta a que las misivas de Cleopatra recibieron puntual respuesta, mientras que las de Antonio fueron ignoradas por sistema. De cualquier manera, Octaviano comenzó a temer la posibilidad de que la pareja escapara, que lograran hacerle frente o, peor aún, que terminara dilapidando sus riquezas en el intento, algo que el vencedor de Accio no se podía permitir porque necesitaba con desesperación aquel dinero para pagar a sus tropas. Parece que Cleopatra incluso llegó a amenazarle con inmolarse junto a su tesoro en una tumba que estaba acondicionando en los jardines de su palacio. Por ello, Octaviano le envió a la reina a un liberto de su confianza, Tirso, para negociar en persona y a través de él le planteó una única exigencia: Cleopatra debía eliminar a Antonio. Ignoramos qué fue exactamente lo que le ofreció a cambio: su vida, sin duda, pero no queda claro si también su riqueza o su reino. Ahora bien, Tirso pasó tanto tiempo hablando en privado con la reina que Antonio –que seguramente comenzaba a darse cuenta de que se había convertido en una pieza prescindible en aquel tablero– receló, le hizo azotar y le mandó de vuelta con Octaviano sin darle tiempo a concertar acuerdo alguno.

Lo más notable de todas estas negociaciones interminables, que por lo que parece duraron varios meses, hasta finales de 31 a. C., básicamente, fue que no llevaron a ninguna parte. El quid de la cuestión fue, como siempre, la necesidad obsesiva de Cleopatra de salvaguardar su reino, incluso a costa de su propia persona. Aunque resulta obvio que barajó la idea de deshacerse de Antonio, es probable que, hasta entonces, prefiriera posponer tan difícil decisión. Había muchos precedentes de individuos derrotados en confrontaciones civiles romanas que sencillamente habían marchado al exilio o a un retiro bajo vigilancia –Lépido era el ejemplo más reciente–, pero Octaviano no cedía en la pretensión de que Antonio fuera eliminado. Es más, por mucho que Cleopatra se hiciera a un lado y cediera el trono, algo en lo que puede que ni la reina ni Antonio cayeran en la cuenta fue que la mera existencia de Cesarión resultaba intolerable para Octaviano, el cual había iniciado aquella guerra precisamente para determinar quién era el auténtico heredero de César. Recordemos que los demás hijos de Cleopatra no tenían todavía edad suficiente para gobernar, aunque no parece que la egipcia llegara a plantearse siquiera que su sucesor pudiera ser otro que Cesarión. Es probable además que Cleopatra no se sintiera particularmente entusiasmada con la idea de marchar al exilio en compañía de Antonio. Ella había nacido para ser reina y su país era Egipto, mientras que Antonio había ostentado a lo largo del tiempo un alto número de cargos en la República romana y se había pasado media vida viajando por el Mediterráneo. Puede que la reina barajara la idea de marchar a un exilio opulento si con ello conseguía que su hijo fuera entronizado en Egipto, pero no necesariamente se planteaba hacerlo con Antonio.

A finales de 31 a. C., Octaviano recibió recado de sus colabores en Italia, que reclamaban su atención en relación con ciertos asuntos acuciantes. Con las negociaciones en torno a Egipto estancadas, no dudó en trasladarse a Brundisium durante un mes,[75] pero a principios de 30 a. C. se encontraba ya de regreso en Grecia, más dispuesto que nunca a resolver la cuestión egipcia por la fuerza de las armas. En primavera, puso en marcha a sus tropas rumbo al sur. A la altura de la ciudad fenicia de Tolemaida, fue recibido por Herodes,[76] que lo acogió y alojó con gran boato, pasó revista a las tropas, avitualló al ejército, al que proporcionó sobre todo una gran cantidad de vino y agua, y le ofreció a Octaviano una dádiva personal de 2000 talentos. La hueste prosiguió el avance por la costa hasta la frontera egipcia a la altura de Pelusio, que cayó sorprendentemente rápido. Su comandante, es probable que muerto en la refriega, fue un tal Seleuco, último oficial conocido del otrora glorioso ejército tolemaico que había dominado el Mediterráneo oriental durante los últimos 275 años.[77] Se cuenta que Cleopatra dio orden de no defender Pelusio, pero que Antonio mandó ajusticiar a la familia de Seleuco por su derrota, un claro ejemplo de hasta dónde llegaba la incomunicación y la diversidad de pareceres estratégicos de la pareja durante sus

últimas semanas. Octaviano, mientras tanto, había despachado a C. Cornelio Galo a Cirene para que se pusiera al frente de las cuatro legiones de las que Antonio no había conseguido apoderarse y comenzó la marcha en cabeza hacia el este hasta caer sobre Paraitonion. Antonio partió al punto para tratar de contener al ejército de Galo, mas fue repelido. Octaviano avanzó entonces sobre Alejandría, pero Antonio, en un veloz regreso, le cortó el paso junto al hipódromo de la ciudad, donde consiguió una primera victoria sobre las exhaustas tropas de su oponente. A la mañana siguiente, el 1 de agosto de 30 a. C., Antonio envió a la flota fuera del puerto, aunque esta no tardó en pasarse al bando de Octaviano. Poco después, la caballería le siguió los pasos y, con su desbandada, la célebre maquinaria militar tolemaica terminó de desmoronarse. Antonio llegó a creer que la propia Cleopatra se hallaba detrás de ambas defecciones. La reina, por su parte, se ocultó en su propia tumba junto a Ira y a Carmión y dio orden de que se le hiciera llegar a Antonio un mensaje para anunciarle que había fallecido. Cleopatra sabía que el antiguo triunviro ya había amenazado con suicidarse en al menos dos ocasiones y que era probable que la idea se le volviera a pasar por la cabeza al recibir una noticia semejante. Y así fue: tras leer el mensaje, Antonio se apuñaló a sí mismo en el estómago. Por una de las ironías típicas de su biografía, le asistió en el trance un esclavo llamado Eros y el heroísmo del episodio pronto degeneró en patetismo. Plutarco, por ejemplo, emplea un léxico bastante imaginativo para subrayar que con aquel método es difícil que pudiera conseguir una muerte rápida.[78] A diferencia de Cleopatra y su búsqueda de una muerte dulce, Antonio optó por una particularmente violenta. Las noticias del nuevo intento de suicidio no tardaron en difundirse por el palacio y en llegar a oídos de Cleopatra, que ordenó que trajeran al moribundo a su presencia. La reina se hallaba entonces asomada a una ventana de la planta superior de la tumba y, en una emotiva escena que sugiere una vez más que la narración plutarquea se nutrió de las impresiones de un testigo ocular, ella y sus dos asistentes recurrieron a unas sogas y a un denodado esfuerzo para izar al ensangrentado Antonio hasta el recinto, ante la expectante mirada de la multitud. El romano murió muy poco después. Erró por última vez cuando exhortó a Cleopatra a no confiar en nadie del entorno de Octaviano, salvo en un tal C. Proculeyo,[79] y, acto seguido, dedicó sus últimas palabras a articular su propio panegírico, en el que se consideraba afortunado por haber obtenido fama y poder y por haber fallecido de manera honorable, derrotado tan solo por otro romano. Murió a los 53 años. Aunque la consternación de Cleopatra pudo ser sincera, parece evidente que la reina, perfectamente conocedora de las tendencias suicidas de Antonio, había manipulado el curso de los acontecimientos para precipitar aquel desenlace. La muerte del antiguo triunviro ampliaba sobremanera sus propias opciones de supervivencia.[80]

Octaviano, acampado junto al hipódromo, no tardó en tener noticia de lo

acontecido y se sintió disgustado por la desaparición de su antiguo colega y cuñado. También él comprendió que aquello cambiaba de manera sustancial el escenario en el que se movía, pero no por eso la situación dejaba de resultar delicada. Una buena opción podría ser respetar la vida de Cleopatra tras despojarla de su reino, puesto que, de aquel modo, Octaviano podría apoderarse de su tesoro y, llegado el momento, podría obligarla a desfilar por las calles de Roma en su proyectado triunfo. Sin embargo, la reina derrocada también podía terminar convirtiéndose en un foco de resistencia ante el nuevo régimen que, tras la muerte de Antonio, Octaviano había quedado en disposición de instituir. No en vano, Cleopatra contaba con elementos legitimadores de los que Octaviano siempre carecería: era la madre del único hijo conocido de Julio César, representaba una figura religiosa de primer orden y constituía la única descendiente viva de las dos dinastías griegas más longevas. Además, había dado a luz a tres de los hijos de Antonio, aunque es muy posible que la verdadera importancia de esto último todavía no resultara obvia para nadie. Eliminarla, por otra parte, desestabilizaría el país del Nilo, con independencia de que este se convirtiera o no en provincia romana, y convertiría en mártires a sus hijos huérfanos. En todo caso, en aquel momento, lo más importante para Octaviano era que la situación no se le escapara de las manos, por lo que envió a Proculeyo a entrevistarse con la reina. Este reconoció la situación, se retiró y regresó poco después junto a Cornelio Galo para, con la ayuda de una escalera, penetrar en la tumba y apoderarse de las ocupantes; traicionaba de ese modo la confianza que Antonio había depositado en él. Entre Procuyelo y Galo evitaron el suicidio de la reina y le requisaron todo aquello que esta hubiera podido utilizar para quemar los tesoros que acumulaba en la tumba o para quitarse la vida. Pese a que tanto los asistentes de Antonio como, quizá, la propia Octavia,[81] reclamaron el cadáver, a Cleopatra se le permitió embalsamarlo –si aceptamos la literalidad de nuestras fuentes, lo hizo ella misma, haciendo gala de un nuevo talento hasta entonces desconocido– y depositarlo en la tumba que la reina había ordenado levantar para ella misma. A continuación, regresó al palacio.

Por su parte, Octaviano había accedido a la ciudad propiamente dicha, se había dirigido al gimnasio y, una vez allí, había pronunciado ante el pueblo un discurso de reconciliación, tras lo cual se había aposentado en las proximidades del palacio, o puede que en el propio palacio. Parece que Cleopatra trató entonces de suicidarse con un puñal, pero Octaviano prendió a sus tres hijos menores como rehenes, por lo que la reina se vio obligada a parlamentar. Su médico, Olimpo, escribió un informe acerca de aquellos últimos días de Cleopatra[82] que, a todas luces, parece mucho más honesto y creíble que las románticas versiones que se relataron años después; no es casual, pues, que la terminología médica impregne el relato de Plutarco en este punto. Cuando Cleopatra recibió a Augusto, lo hizo pobremente vestida y evidenciando los estragos de los terribles

acontecimientos de los últimos días. Pero, así y todo, destilaba el carisma y el aplomo por el que era célebre. Ambos debatieron acerca de su posible culpabilidad y Cleopatra le imputó a Antonio todo lo ocurrido. Detalló además ante Octaviano un inventario de sus riquezas y les ofreció suntuosos regalos a Octavia y a Livia para que intercedieran por ella. Incluso parece que le mostró a Octaviano algunas de las cartas y recuerdos de César, quizá en un intento de ensalzar su estatus al destacar la relación que la había unido al dictador, tal y como acostumbraba a hacer el propio Octaviano. Ahora bien, la reina también se permitió aseverar ante el romano que nunca sería «llevada por otro en un desfile triunfal», uno de los pocos casos en los que conservamos su las palabras literales que realmente pronunció.[83] A pesar del estado físico, sus habilidades retóricas continuaban intactas, hasta el punto de que Octaviano, seducido por completo, terminó sintiéndose incapaz de mirarla a los ojos. El romano se comprometió a respetar su vida, aunque no le dijo nada en cuanto a su reino. Sin embargo, Cleopatra pronto comenzó a sospechar que se la mantenía viva tan solo para exhibirla en el triunfo, algo que consideraba una completa humillación. Sin duda, tendría presente el triste destino de su hermana Arsínoe y no estaba dispuesta a ser la segunda hija de Tolomeo XII en tener que desfilar en un triunfo romano. De hecho, si había llegado a contemplar a su hermana durante el triunfo de César en 46 a. C. –algo que en absoluto es seguro–, aquel recuerdo no haría sino reafirmarla en su resolución. Así las cosas, cuando un espía le informó de que tres días después ella y sus hijos iban a ser embarcados rumbo a Roma, no vaciló en pasar a la acción.

Cleopatra pidió permiso para visitar la sepultura de Antonio y realizar libaciones en su honor. El lamento que Plutarco pone en boca de la reina en este punto obedece más a la tragedia que a la historia y no aparece en ninguna otra fuente. En cualquier caso, no está claro si a continuación nuestra protagonista regresó a palacio o si los acontecimientos desencadenados se produjeron en la propia tumba.[84] Cleopatra se bañó y dio cuenta de una comida elaborada, en la que, entre otros alimentos, consumió unos suculentos higos que un campesino acababa de traer en una cesta para brindárselos a su soberana, no sin antes ofrecérselos también a los guardias que la vigilaban. Tras el banquete, Cleopatra le envió una misiva a Octaviano y se encerró junto con Ira y Carmión. Cuando Octaviano recibió el mensaje, en el que Cleopatra le rogaba que la hiciera enterrar en compañía de Antonio, comprendió lo que estaba sucediendo y despachó a sus emisarios al encuentro de la egipcia, mas estos, después de forzar la puerta tras la que se ocultaba, lo único que hallaron fue su cadáver, cuidadosamente engalanado y recubierto de las insignias reales, junto a Ira y Carmión, que también se encontraban ya próximas a la muerte. Poco después, irrumpió en escena el propio Octaviano que, aunque furioso por aquel último giro de los acontecimientos, ordenó que la reina fuera sepultada con honores regios en su

propia tumba, junto a Antonio. También Ira y Carmión recibieron un enterramiento digno. La extraña historia relatada por Teófilo, el agente de Antonio en Corinto, según la cual Octavia solicitó que se le enviara a Roma el cadáver de Cleopatra, resulta sumamente improbable y podría derivar de una confusión con el cadáver de Antonio. Aunque sugiere que, en aquellos momentos, pudo barajarse una miríada de alternativas que hoy desconocemos.[85] De hecho, aunque la tradición contraria a Cleopatra terminó predominando en la literatura del periodo augusteo, algunas de nuestras fuentes consideraron que el suicidio fue una demostración de supremo coraje. Murió el 10 de agosto de 30 a. C., a los 39 años.[86]

La narración que hace Olimpo de los hechos ni siquiera menciona el que se convirtió en el elemento más célebre del fallecimiento de Cleopatra: el áspid o cobra egipcia. De hecho, el galeno no explicita cuál fue la causa de la muerte. Plutarco solo alude al áspid en un momento posterior de su crónica, cuando parece que ya ha dejado de seguir el informe de Olimpo, aunque lo hace aparentemente asumiendo que los lectores ya conocen la historia. La discusión está llena de reparos y de versiones alternativas, no solo en torno al propio reptil sino, más en general, a la causa de la muerte, puede que ocasionada por un veneno oculto en algún utensilio hueco, un método más razonable, pero, qué duda cabe, mucho menos romántico. De hecho, la palabra con la que Plutarco se refiere al susodicho utensilio, κνηστίς (*knestís*), no es nada habitual –prueba de que derivaría de un relato meticuloso de la muerte de la reina– y parece referirse a algo que araña.[87] El término empleado por Dion Casio, βελόνη (*belone* [aguja]), confirma, en cierto modo, las noticias de Plutarco.[88] Además, Dion Casio precisó que las únicas marcas detectadas en el cadáver de la reina fueron unos pinchazos, lo que concuerda bien con el empleo de una aguja o de un alfiler. No debió de ser difícil, en todo caso, que estas marcas terminaran convirtiéndose en la mordedura de un áspid. Nuestras fuentes reconocen que nadie logró localizar al reptil, pero precisan que Octaviano y sus acompañantes vislumbraron unas minúsculas punciones en el brazo de la monarca,[89] lógicamente compatibles con un alfiler o una aguja. Añaden también que la curiosa canasta de higos pudo emplearse para introducir el áspid en la cámara de la reina, pero no ofrecen ninguna explicación racional para tal súbita aparición y obvian el hecho de que, para dar cabida al animal, la cesta hubiera tenido que ser gigantesca (reparemos en que la cobra egipcia puede llegar a superar los dos metros de longitud). Y todo ello por no hablar de que, si el recipiente hubiera contenido un áspid en su interior, parece improbable que el campesino les hubiera invitado a los guardias a probar los higos antes de ofrecérselos a la reina. Sin embargo, es posible que los higos fueran, en última instancia, la base de la historia en torno al áspid.

Tengamos en cuenta la omnipresencia de las serpientes en las tradiciones egipcias. En cambio, ninguna de nuestras fuentes se planteó siquiera la dificultad que entrañaría introducir el áspid en la cámara de la reina y conseguir que este actuara ciñéndose a lo previsto. Se hubiera necesitado disponer para ello de un experto manipulador de serpientes. Además, la mordedura de la cobra egipcia puede resultar fatal, pero solo si el veneno se inyecta en un punto vital del organismo; de lo contrario, lo más probable es que la víctima termine recuperándose.[90] De hecho, los efectos de las mordeduras llevaban estudiándose en Egipto desde, como mínimo, el Reino Nuevo y Cleopatra, supuestamente, era toda una experta en la materia. Así pues, todo apunta a que se trataría de un método muy complejo para suicidarse con escasa garantía de éxito. El primer autor conservado que menciona la historia del reptil, Estrabón, quien, como ya sabemos, visitó Alejandría por aquella misma época o muy poco después, y trabajó libre de prejuicios ideológicos, puso el acento en la diversidad de las versiones que circulaban acerca de la muerte de la reina, alusivas al empleo de un áspid o bien a un ungüento envenenado.[91] Pero, tan solo unos años más tarde, los poetas augusteos comenzaron a escribir acerca del áspid –que, de hecho, de la noche a la mañana se había convertido en dos áspides– y desecharon cualquier otra explicación posible.[92] La historia ganó en dramatismo; tanto, que un solo reptil ya no fue suficiente. Evidentemente, la poesía no es propensa a las versiones alternativas, pero el episodio pronto dejó el ámbito de la historia para internarse en el de lo teatral, en el que todavía permanece. Muy pronto, su influencia se reflejó en la obra de los historiadores, aunque Veleyo Patérculo volvió a hablar de una única serpiente.[93] En cuanto a Plutarco, como ya hemos visto, ni siquiera mencionó el áspid en su recuento oficial de lo ocurrido, pero lo añadió después presentándolo como una explicación alternativa. Su coetáneo Suetonio, en cambio, aportó un nuevo elemento a la discusión al referir que Octaviano convocó a los misteriosos psiloi –una tribu africana experta en revivir a quienes habían sido víctimas de una mordedura de serpiente–, pero, al mismo tiempo, expresó dudas en torno a la historia de la serpiente.[94] Galeno la aceptó a pies juntillas, pero Dion Casio propuso una lectura más matizada, mencionando a la cobra y a los psiloi, pero señalando que lo más probable era que Cleopatra recurriera al veneno para quitarse la vida.[95]

Otros elementos podrían ser igualmente relevantes para el problema que nos ocupa. Cleopatra estaría al tanto de que Demetrio de Falero, consejero de Tolomeo I, había muerto a causa de la mordedura de un áspid. Es más, incluso se rumoreaba que la reina transportaba este tipo de reptiles en sus barcos para emplearlos como armas.[96] Es muy posible, pues, que el relato del áspid tuviera connotaciones metafóricas, alusivas a la victoria definitiva de Egipto sobre Roma.[97] Puede incluso que fuera la propia Cleopatra quien, en su nota de suicidio dirigida a Octaviano –un documento cuidadosamente redactado por una

maestra en el arte de la comunicación y del que, sin embargo, no conservamos más que una mención de pasada en la biografía de Plutarco–, afirmara que pensaba valerse de un áspid para quitarse la vida. Fuera como fuese, la anécdota se tornó rápidamente en canónica, bien porque Octaviano la creía correcta o porque resultaba convenientemente dramática. En su triunfo del año siguiente, de hecho, parece ser que exhibió una imagen de Cleopatra con un áspid enroscado en el cuerpo.[98] Este último dato, citado únicamente por Plutarco (Dion Casio describe la efigie sin mencionar el reptil), podría ponernos sobre la pista de una posible malinterpretación de alguno de los atributos reales serpentiformes vestidos por la estatua, como el *uraeus* o alguna joya. Es posible que la contemplación durante el triunfo llevara a la gente a creer que la reina había muerto a causa de una mordedura de serpiente.[99] En todo caso, en apenas una década, el episodio se consagró en la literatura e incluso llegó a hacerse hueco en los tratados médicos.[100] Mas, como Plutarco señaló, «la verdad, nadie la sabe».[101]

Con la muerte de Cleopatra, el trono recayó de forma oficial en Cesarión, que durante dieciocho días gobernó con el nombre de Tolomeo XV.[102] Tal reinado, sin embargo, no fue más que una ficción ideada por los cronógrafos egipcios para completar la laguna existente entre la desaparición de nuestra protagonista y la integración oficial de Egipto en el Estado romano, con Octaviano como su nuevo faraón.[103] En realidad, a Cesarión se le había dotado de cuantiosos fondos y se le había enviado lejos, al Alto Egipto, acaso con Etiopía o la India como destinos definitivos. Aquella había sido una de las últimas disposiciones de Cleopatra, que, a la postre, deseosa de preservar su reino, pero también de salvaguardar la vida de sus hijos, no había podido reconciliar la condición de reina con la de madre y había antepuesto la segunda a la primera.[104] De camino, Cesarión recibió la noticia de que Octaviano, tras profundas reflexiones, había decidido coronarle nuevo rey de Egipto. En última instancia, el romano comprendió que le sería imposible tolerar la competencia de otros potenciales herederos de Julio César, por lo que, tan pronto como su primo regresó a Alejandría, ordenó su asesinato. Para esta decisión, Octaviano contó con el asesoramiento del filósofo de la corte Ario Dídimo, que señaló con astucia que en el mundo solo había hueco para un único César.[105] Antilo, el hijo de Antonio y Fulvia, también fue ejecutado. Y una tercera víctima, quizá menos célebre, pero también significativa, fue el sacerdote de Ptah de 16 años Petubastes IV, asesinado el 31 de julio. Se trataba de un primo de la reina, por lo que su muerte supuso la eliminación del candidato egipcio al trono más destacado.[106] El 29 de agosto de 30 a. C., coincidiendo con el Año Nuevo egipcio, el régimen tolemaico tocó a su fin de manera definitiva.

NOTAS

1. Kleiner, D. E. E. y Buxton, B., 2008, 79-86.
2. Plutarco, *Antonio* 55; Dion Casio, *Historia romana* 50.1-2; Scott, K., 1933, 36-49.
3. Dion Casio, *op. cit.*, 49.41.6.
4. Pomeroy, S. B., 1975, 187.
5. Reinhold, M., 1988, 222-223.
6. Murgia, Ch. E., 2003, 405-426.
7. Horacio, *Odas. Canto Secular. Epodos* (*Odas* 1.37.21); Plinio, *Historia natural* 21.12; Luce, J. V., 1963, 251-257.
8. Propercio 3.11.46; Ovidio, *Metamorfosis* 15.825-828.
9. Plutarco, *Antonio* 58.5-6; Horacio, *Odas. Canto Secular. Epodos* (*Odas* 1.37); Virgilio, *Eneida* 8.689-700.
10. Juba (*FGrHist*. 275) F87 (= Ateneo, *Banquete de los eruditos* 6.229c); Thompson, D. J., 2000, 83-84.
11. Sidonio, *Cartas* 8.12.8 («dapes Cleopatricas»).
12. Lucano, *Farsalia* 10.107-171; Tucker, R. A., 1975-1976, 17-20; Weber, C., 2002, 338-339.
13. Virgilio, *op. cit.*, 1.697-756.
14. Josefo, *Autobiografía. Contra Apión* (*Contra Apión* 2.56-60.).
15. Macrobio, *Sátiras* 3.17.14; Veleyo Patérculo 2.84; Horacio, *Odas. Canto Secular. Epodos* (*Epodos* 9.10-12); Virgilio, *op. cit.*, 8.685-688; Apiano, *Guerra civil* 4.38, 5.1; Josefo, *Guerra de los judíos* 1.243; Plinio, *op. cit.*, 33.50; Dion Casio, *op. cit.*, 49.34.1; Floro 2.21.11.
16. Suetonio, *Vidas de los doce césares* (*Augusto* 69).
17. Augusto, F4 (= Marcial 11.20); Hallett, J. P., 1977, 151-171.
18. Plutarco, *Antonio* 59.3-4; Séneca, *Suasorias* 1.6-7; Russell, D. A., 1973, 135.
19. *Oráculos sibilinos* 3.350-380; Tarn, W. W., 1932,139-143; *infra*, 205-206.
20. Plutarco, *Alejandro* 27.6 y *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro* 8.
21. Tarn, W. W., 1948, vol. II, 414-415.
22. Plinio, *op. cit.*, 9.119-121; Macrobio, *op. cit.*, 3.17.14. Acerca de Planco, *vid*. Watkins, Th. H., 1997, 100-109.
23. Ullman, B. L., 1957, 195-196.
24. Clodio era el hijo de Clodio Esopo, el actor trágico más famoso de mediados del siglo I a. C., mencionado en varias ocasiones por Cicerón (para las referencias al respecto, *vid*. Bloedhorn, H., 2002, 261-262).
25. Horacio, *Sátiras. Epístolas. Arte Poética* (*Sátiras* 2.3.239-241); Plinio, *op. cit.*, 9.122; Flory, M. B., 1988, 498-504.
26. Veleyo Patérculo 2.83.2.
27. Josefo, *Antigüedades judías* 15.90.
28. Plutarco, *Antonio* 58.5.
29. Plinio, *op. cit.*, 34.58; Estrabón, *Geografía* 13.1.30; 14.1.14.
30. *Vid*. los trabajos de Minnen, P. van, 2000, 29-34; Minnen, P. van, 2001, 74-80 Minnen, P. van, 2003, 35-42. El documento aparece fotografiado en Walker, S. y Higgs, P. (eds.), 2001, 188.
31. Turner, E. G., 1980, 138.
32. Según el sistema rotatorio entonces vigente, Domicio fue el cónsul de mayor categoría en enero y Sosio lo fue en febrero (Gray, E. W., 1975, 17).
33. Dion Casio, *op. cit.*, 50.2-3.
34. Para el periodo que condujo a la batalla de Accio, nuestras principales fuentes son Plutarco,

Antonio 56-68; Dion Casio, *op. cit.*, 50.2-51.5; véase también Livio, *Periocas* 132.

35. Veleyo 2.84.2.
36. Plutarco, *Antonio* 56.2-3.
37. Kaibel, G., 1878, 118; Lefkowitz, M. R., 1983, 40-41.
38. Oliver, J. H., 1965, 291-294.
39. Dion Casio, *op. cit.*, 50.20.7; Johnson, J. R., 1978, 494-503.
40. Livio, *op. cit.*, 4.20.5-11.
41. Nicolás de Damasco, *Vida de Augusto* 20.
42. Dion Casio, *op. cit.*, 50.4.5; Fontana, F., 1989-1990, 69-82.
43. Augusto, *Res Gestae* 25.
44. Reinhold, M., 1981-1982, 97-103.
45. Dion Casio, *op. cit.*, 50.26.3.
46. Braund, D. C., 1984, 98-99.
47. Dion Casio, *op. cit.*, 50.26.2; 28.5.
48. Plutarco, *Antonio* 68.4.
49. Weill Goudchaux, G., 2003, 109-112.
50. Josefo, *Guerra de los judíos* 1.364-385 y *Antigüedades judías* 15.131-132. Es posible que Antonio, a instancias de Cleopatra, animara a Herodes a marchar a la guerra en esos momentos, pues no deseaba tenerle como aliado (Josefo, *Antigüedades judías* 15.110-111).
51. Plutarco, *Antonio* 63.3.
52. *Ibid.*, 60.3 e *Isis y Osiris* 16; Dion Casio, *op. cit.*, 50.15.1-2; Minucio Félix, *Octavio* 23.1; McDonough, Ch. M., 2002-2003, 251-258.
53. Plutarco, *Antonio* 65-69; Dion Casio, *op. cit.*, 50.6-51.3; Suetonio, *op. cit.*, 17.3; Veleyo Patérculo 2.85.
54. Plutarco, *Antonio* 60.3; Casson, L., 1971, 354-355.
55. Plutarco, *Antonio* 64.2; Grant, M., 1972, 208.
56. Plinio, *op. cit.*, 19.22. Las velas púrpuras terminaron identificando la nave del emperador romano.
57. Plinio, *op. cit.*, 32.2-4; Aristóteles, *Investigación sobre los animales* 2.14.
58. *Vid.*, por ejemplo, Esquilo, *Tragedias* (*Agamenón* 149).
59. Plutarco, *Antonio* 67.4.
60. Pelling, C. B. R., 1979, 289.
61. Plutarco, *Antonio* 67.6.
62. *Ibid.*, 86.5; Dion Casio, *op. cit.*, 51.4.8.
63. Ateneo, *op. cit.*, 5.206c-d; Broughton, T. R. S., 1985, 115-116.
64. Weill Goudchaux, G., 2001, 128.
65. Plutarco, *Antonio* 69-71.
66. Josefo, *Guerra de los judíos* 1.386-400 y *Antigüedades judías* 15.187-201.
67. Johnson, W. R., 1967, 387-402.
68. Plutarco, *Antonio* 69.2-3.
69. *Ibid.*, 71-77; Dion Casio, *op. cit.*, 51.6-10.
70. British Museum EA 1325; Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 173; Andreae, B. *et alii* (eds.), 2006, 14.
71. Pelling, C. B. R., *op. cit.*, 295-296.
72. Suetonio, *op. cit.*, 17.3. Helena, reina de Esparta, se instruyó acerca de los venenos en Egipto (Homero, *Odisea* 4.220-232).
73. Esta noticia se menciona por primera vez en el vívido *Carmen de bello Actiaco*, escrito probablemente poco después de su muerte (Benario, H. W., 1983, 1657-1662). Véase también Eliano, *Historias de los animales* 9.11; Galeno 14.235-236; Marasco, G., 1995,

317-325.

74. Dion Casio, *op. cit.*, 51.8.2-3; Valerio Máximo 1.1.19.
75. Suetonio, *op. cit.*, 17.3; Dion Casio, *op. cit.*, 51.5.3-5.2.
76. Josefo, *Guerra de los judíos* 1.394-396 y *Antigüedades judías* 15.199-200.
77. Plutarco, *Antonio* 74.1-2.
78. οὐκ εὐθυθάνατος, palabra esta última sin paralelos conocidos (Plutarco, *Antonio* 76.5).
79. Proculeyo, fiel partidario de Octaviano durante los últimos años, continuó ejerciendo como consejero del *Princeps* en el nuevo régimen, pero el suyo fue un ejemplo raro y notable de alguien que, pese a ocupar una posición tal, no se involucró nunca directamente en política (Tácito, *Anales* 4.40).
80. Plutarco, *Antonio* 78-86; Dion Casio, *op. cit.*, 51.11-15.
81. Semejante solicitud no pudo llegar a Egipto en el intervalo entre la muerte de Antonio y su sepelio, pero pudo tratarse de una instrucción permanente dictada en previsión de que aquel pudiera fallecer lejos de Roma.
82. *FGrHist*. 198.
83. Livio, *op. cit.*, F63. Sus palabras fueron οὐ θριαβεύσοαι.
84. Plutarco, *Antonio* 84-86; Dion Casio, *op. cit.*, 51.13-14. Estas noticias son ambiguas en lo referente a la localización, pero *vid*. Floro 2.21.10-11.
85. Malalas 9.219; Plutarco, *Antonio* 67.7.
86. *Vid*. especialmente Horacio, *Odas. Canto Secular. Epodos* (*Odas* 1.37); Dion Casio, *op. cit.*, 51.11-14; y, para profundizar más, Baldwin, B., 1964, 171-182. Véase también Skeat, T. C., 1953, 98-101; Levi, M. A., 1954, 293-295.
87. Plutarco, *Antonio* 86.2. El significado homérico original (*Ilíada* 11.640) alude a un rallador de comida.
88. Dion Casio, *op. cit.*, 51.14.2.
89. Eliano, *Historias de los animales* 9.61.
90. Tronson, A., 1988, 33-36.
91. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.10.
92. Virgilio, *op. cit.*, 8.697; Horacio, *Odas. Canto Secular. Epodos* (*Odas* 1.37); Propercio 3.11.53.
93. Veleyo Patérculo 2.87.1. La versión de Livio se conserva únicamente en *op. cit.*, 133 y es demasiado breve como para proporcionar detalles de la muerte.
94. Suetonio, *op. cit.*, 17.4: «putabatur».
95. Galeno 14.237; Dion Casio, *op. cit.*, 51.14.
96. Malalas 9.219.
97. Hölbl, G., 2001, 293.
98. Plutarco, *Antonio* 86.3. La descripción de Dion Casio del triunfo (51.21.8) no menciona el áspid.
99. Tronson, A., *op. cit.*, 42.
100. Galeno 14.237; Pelling, C. B. R., *op. cit.*, 296-207 y 319-320.
101. Plutarco, *Antonio* 86.2.
102. Clemente de Alejandría, *Tapices* 21.129.1-2.
103. Skeat, T. C., *op. cit.*, 99-100.
104. Plutarco, *Antonio* 81-82; Dion Casio, *op. cit.*, 51.15.5.
105. Plutarco, *Antonio* 81.2. Ario creó un vocablo para la ocasión, πολυκαισαρίη [demasiados césares], un juego de palabras basado en la *Ilíada* 2.204.
106. Roller, D. W., 2003, 142-143.

cuantas conservamos en Roma es, sin lugar a dudas, la célebre tumba piramidal de C.Cestio, sita al sur del Aventino y fechada hacia 15 a.C.[9] Las pinturas de estilo egipcio impregnaron el arte romano durante las generaciones siguientes,[10] las esfinges se convirtieron en un elemento decorativo habitual[11] y la estatua de la propia Cleopatra continuó en pie en el templo cesariano de Venus Genetrix. Parafraseando a Horacio,[12] el Egipto conquistado, a su vencedor conquistó.

Octavia nunca volvió a casarse. Continuó viviendo en su casa del Palatino, junto a la de su hermano, y, hasta su muerte en 11 a.C., participó activamente en el programa de edificación de Augusto y se consagró al cuidado del abultado número de niños que terminó reuniéndose en torno a ella, incluyendo todos los de Antonio que lograron sobrevivir.

La familia de Antonio siguió siendo una de las más prominentes del Mediterráneo. Su nieta Pitodoris gobernó en el Ponto y sus otros descendientes continuaron siendo miembros destacados de la realeza y la aristocracia de Asia Menor hasta el siglo III d.C.[13] Los hijos que Antonio tuvo con Fulvia y con Octavia se contaron entre los líderes del nuevo régimen romano durante más de medio siglo. La más longeva de todos fue Antonia la Menor, madre del emperador Claudio, abuela de Calígula y bisabuela de Nerón, pues vivió hasta 37 d.C. El último descendiente conocido en Roma del triunviro fue Sergio Octavio Lenas, cónsul en 131 d.C.[14]

Quinto Delio se retiró de la vida pública y escribió una historia acerca de las campañas de Antonio. Como muchos otros de los compañeros de aquel, nunca regresó a oriente. Domicio Ahenobarbo murió justo después de traicionar a Antonio, pero bastantes de quienes, en su momento, rodearon al triunviro lograron protagonizar exitosas carreras en el nuevo régimen. Munacio Planco, por ejemplo, se mantuvo activo durante años en la política romana: desempeñó varias magistraturas, levantó el templo de Saturno en la Urbe y, en 27 a.C., se encargó de proponer que a Octaviano se le atribuyera el nombre de «Augusto». Homenajeado en una oda de Horacio,[15] Planco lideró la misión diplomática que, en 20 a.C., instauró una paz duradera con los partos e incluso encontró tiempo para escribir sus memorias. A su muerte (cuya fecha desconocemos), fue enterrado en Caieta (actual Gaeta), en la costa al sur de Roma, donde su bella sepultura (inspirada en las que había visto en Egipto), sobre la que aparece grabado el panegírico que él mismo escribió para sí, todavía se conserva. Nicolás de Damasco trabajó al servicio tanto de Augusto como de Herodes y sus descendientes durante al menos un cuarto de siglo, y redactó una crónica en torno al reinado del monarca judío. La corte de este último pudo ser también el destino postrero de Filóstrato, el maestro de Cleopatra.[16]

El sino de los reyes que en su momento habían respaldado a Cleopatra y a Antonio fue diverso. Parecía imposible que tanto Malicos como Herodes sobrevivieran y se entendieran para dotar de algo de estabilidad al Levante

meridional, pero el hecho fue que Malicos desapareció del registro histórico poco después de la muerte de Cleopatra, bien porque le sobreviniera una muerte de lo más conveniente, o porque Octaviano decidiera derrocarlo.[17] En cambio, tenemos muchos datos de la posterior trayectoria de Herodes: recuperó los territorios que previamente Cleopatra le había arrebatado y se apropió de la guardia personal de la reina, aunque continuó siendo un aliado problemático para Roma durante los veinticinco años que le quedaban de vida. Irónicamente, se le encomendó la fundación y construcción de Nicópolis, la ciudad que Octaviano estableció en Accio para conmemorar su victoria.[18] Arquelao de Capadocia fue el más longevo de la vieja red de monarcas aliados, pues vivió hasta 17 d.C., y se convirtió en uno de los últimos supervivientes de cuantos militaron junto a Cleopatra y Antonio. Artavasdes de Media Atropatene falleció en 20 a.C. prácticamente arruinado, no sin antes recibir de vuelta a su hija Iotape, que, con el tiempo, se convirtió en la matriarca de la dinastía real de Comagene.[19]

Tres de los hijos de Cleopatra lograron abandonar Alejandría con vida. Tanto los gemelos Alejandro Helios y Cleopatra Selene, de unos 11 años, como el pequeño Tolomeo Filadelfo, de unos 6, fueron enviados a Roma al cuidado de Octavia.[20] Esta es la última ocasión en la que Tolomeo Filadelfo aparece en las crónicas, lo que hace suponer que falleció en el invierno de 30/29 a.C., ya que no participó en el triunfo que Octaviano celebró en agosto de 29 a.C. para conmemorar sus victorias de los años anteriores. Los gemelos, por el contrario, sí que desfilaron: lo hicieron representando al Sol y a la Luna y en compañía de una efigie de su madre con un áspid enroscada.[21] Esta es la última mención que conservamos de Alejandro, que debió de morir poco después, pues se acercaba ya a la edad en la que habitualmente comenzaban a considerarse las distintas opciones matrimoniales y no tenemos noticia de que la cuestión llegara siquiera a abordarse. No hay razón para pensar que pudo suceder algo escabroso con los pequeños: la mortalidad infantil era muy alta en Roma y los inviernos gélidos y húmedos de la urbe pudieron resultar especialmente perjudiciales para unos niños criados en Egipto.

Así pues, a principios de la década de 20 a.C., Cleopatra Selene era la única descendiente de Cleopatra que permanecía con vida. Ella también rondaba ya la edad casadera y Octavia no tardó en encontrarle un candidato adecuado dentro de su propia estirpe. Y es que, desde hacía unos años, la matrona se encargaba de criar a otro refugiado real, Juba II. Su padre, el rey númida Juba I, había muerto en 46 a.C. apoyando la causa pompeyana. En consecuencia, Julio César había provincializado su reino, el territorio situado al sur y al oeste de Cartago, y se había traído a Roma al hijo del monarca, todavía de corta edad. Juba II pertenecía al prestigioso linaje de monarcas helenizados que había gobernado Numidia desde tiempo inmemorial. Sus ancestros incluían al célebre Jugurta, que tantos quebraderos de cabeza había dado a Roma a finales del siglo II a. C., y

también al abuelo de este, Masinisa, amigo íntimo de Tolomeo VIII. De hecho, es probable que Octavia no ignorase que las familias de Juba II y Cleopatra Selene ya habían estado en contacto en el pasado.

Uno de los asuntos que Augusto se traía entre manos a primeros de los años 20 a.C. era la cuestión de Mauritania, el reino situado al noroeste de África (*grosso modo*, los actuales Argelia y Marruecos), cuyos últimos soberanos habían muerto sin herederos a finales de la década anterior. Un territorio como aquel, desestructurado y con una sustancial población de mercaderes itálicos, reclamaba la atención de Roma. Y la solución de Augusto no fue otra que constituir allí un nuevo reino aliado, con Juba II y Cleopatra Selene a su cabeza. Es probable que la pareja real contrajera nupcias en 25 a.C., cuando Juba contaba 22 años y Cleopatra Selene 15, y partieron rumbo a Mauritania, donde convirtieron la deteriorada ciudad comercial cartaginesa de Iol en su magnífica y flamante capital, Cesarea (la actual Cherchell, en Argelia), que muy pronto llegó a ser la urbe más importante del noroeste de África.

Cleopatra Selene reclutó a los últimos miembros del círculo de su madre y, con ellos, creó su propio séquito en Cesarea. Además, importó un gran número de esculturas de Alejandría, que seguramente incluirían los retratos de su madre y de un miembro de la familia sacerdotal de Ptah –uno de sus primos–, así como muchas otras obras de arte egipcias. Junto con ellas, se desplazaron a Mauritania muchos de los artistas que quedaban en Alejandría, comenzando por el lapidario Gnaios, que, recordemos, había trabajado para su padre y que, en lo sucesivo, labró para ella retratos de Diomedes, Heracles y de la propia reina.[22] Asimismo, por mucho que la corte se localizara en una región muy alejada del área histórica helena, Cleopatra Selene potenció el uso del griego, que empleó por ejemplo en sus monedas, en algunas de las cuales honró la memoria de su madre.[23] Y, por supuesto, en torno a los jóvenes monarcas se congregó el inevitable círculo de intelectuales, parte de los cuales provinieron, probablemente, de Alejandría. El propio Juba II se convirtió en un notable erudito, aunque en muchas de sus continuas actividades académicas contó con la inestimable ayuda de su esposa Cleopatra Selene. Fue ella, por ejemplo, quien le facilitó a Juba el acceso a las fuentes alejandrinas que le permitieron redactar su *Líbica*, el tratado más exhaustivo de la Antigüedad acerca del norte de África, completado en 2 a.C.[24] En él se abordó toda una serie de cuestiones que ya habían sido tratadas a fondo por los eruditos tolemaicos, pero que requerían ahora un nuevo análisis desde la perspectiva aportada por el mundo romano, como el problema de las fuentes del Nilo, los elefantes o los límites y dimensiones del continente africano. El siguiente tratado de Juba se tituló *Sobre Arabia*, pues versaba en torno a los territorios situados más al este (se entendía que Arabia comenzaba en la orilla oriental del Nilo), vinculados asimismo a los tolomeos. También en este caso nos encontramos ante la principal fuente de la Antigüedad acerca de la península

arábiga y sus alrededores.[25] Los buenos contactos de Cleopatra Selene, en definitiva, constituyeron una importante baza para la actividad intelectual de Juba; de hecho, en ambos tratados se incluyeron detalles de CleopatraVII que no aparecen en ningún otro lugar.

El único hijo de Cleopatra Selene y Juba, de cuya existencia no albergamos dudas, nació en algún momento entre 13 y 9 a.C.[26] Su madre lo llamó Tolomeo, en lo que constituyó toda una reivindicación del papel de la dinastía mauritana y de su propia herencia egipcia, así como la evidencia más clara de que la reina se consideraba la representante oficial del linaje tolemaico, la heredera legítima de su madre y, por ende, la última tolomea reinante. Como tal, podía hacer valer ciertos derechos dinásticos sobre Egipto, pero también sobre otros territorios como Chipre. Es más, su padre le había concedido la Cirenaica, lo que pudo llevarla a creerse la gobernante legítima de todo el norte de África, a excepción del pequeño territorio romano que circundaba Cartago. Por supuesto, aquello chocaba frontalmente con la interpretación romana de la política contemporánea, de hecho, no tenemos evidencia alguna de que la reina intentara nunca hacer valer tales derechos. Es más, las relaciones de su reino con las élites romanas fueron sólidas a lo largo toda su vida. Pero todo lo que sabemos de sus actividades en Cesarea (la creación de una corte tolemaica en el exilio, la potenciación del griego como lengua oficial, la acumulación de arte tolemaico en la ciudad, la ayuda que prestó a su marido para que escribiera acerca de temas relevantes para el universo tolemaico y la decisión de llamar Tolomeo a su hijo) constituyen una prueba sólida de cuál era la percepción personal de la reina en cuanto al asunto. La existencia de un segundo vástago, una niña llamada Drusila, resulta problemática, pues solo la menciona Tácito, que la considera nieta de Antonio y Cleopatra. De estar Tácito en lo cierto, Drusila necesariamente tendría que ser hija de Juba y Selene; pero también es posible que el historiador errara en parte y que, en realidad, Drusila fuera hija de Tolomeo de Mauritania.[27]

Cleopatra Selene desaparece de las crónicas con el nacimiento de su hijo Tolomeo, lo que no era infrecuente entre las mujeres. El único documento posterior es un panegírico que Crinágoras de Mitilene le dedicó en el momento de su muerte, la cual, por consiguiente, hubo de acaecer en 5 a.C.[28] A sus apenas 35 años, fue enterrada en el mausoleo real que ella y su esposo habían mandado construir inspirándose en la tumba de Cleopatra; mausoleo que todavía hoy resulta visible en las proximidades de Tipasa (Argelia), a unos 40 kilómetros al este de Cesarea.

Cuando Juba II murió treinta años después, en 23 o 24 d.C., le sucedió su hijo Tolomeo.[29] Las crónicas no son favorables a este último, quizá algo inevitable dada la celebridad de sus padres y abuelos, de tal manera que, aunque Roma le confirmó en el trono, las noticias de su reinado insisten una y otra vez en las indecisiones y en un estilo de vida excesivamente ostentoso. Gobernó durante

casi veinte años, aunque sabemos muy poco de su gestión hasta los últimos momentos de la misma, cuando su primo, el emperador Calígula, le convocó a Roma, es probable que en 40 a.C.[30] Al parecer, Tolomeo había estado acuñando monedas de oro, algo que, por lo general, les estaba prohibido a los reyes aliados, y además había asumido algunos otros atributos, como las insignias triunfales, estrictamente reservadas para los emperadores. Esto puede demostrar la percepción que tenía Tolomeo de su estatus –el último rey tolemaico superviviente– y que pensara que era mucho más distinguido que un simple emperador romano. Mas, fuera cual fuese el verdadero motivo de aquella convocatoria, lo cierto es que Calígula aprovechó la estancia de Tolomeo en la corte imperial para hacerlo ejecutar. La población mauritana reaccionó con una rebelión y se requirieron varios años de operaciones militares romanas hasta que se pudo dar el territorio por estabilizado y provincializado.[31]

Así pues, la dinastía de CleopatraVII concluyó con su nieto, que, en sentido estricto, fue el último de los tolomeos. Sin embargo, unos 200 años después de su muerte, Zenobia, la famosa reina de Palmira, se dijo emparentada con Cleopatra y afirmó poseer parte de su vajilla de mesa y de sus joyas.[32] Zenobia se llamaba a sí misma Cleopatra,[33] aunque también aseguraba descender de Dido y de Semíramis, por lo que es muy posible que todas estas pretensiones fueran ficticias. Es más, la fuente que lo relata es la *Historia Augusta*, manifiestamente poco fiable, por lo que la noticia podría no ser más que una amalgama malinterpretada de datos previos.[34] Ahora bien, tampoco sería descabellado que la célebre reina de Palmira sintiera cierta afinidad con su predecesora tolemaica, lo que demostraría el poder simbólico que la figura de Cleopatra todavía conservaba 300 años después de su reinado.

Yes que Cleopatra trascendió al colapso de sus ambiciones. No solo fue objeto de culto en Egipto hasta, como mínimo, el siglo IV d.C., sino que, además, se convirtió en un importante modelo de conducta durante la formación del Imperio romano. Por razones obvias, casi nunca se la recordó en un sentido positivo, pero su concepto de la monarquía y su proyecto de crear un poderoso Estado filoheleno en el Mediterráneo oriental contribuyeron a definir la política romana durante siglos. Su territorio se convirtió en una parte integrante del mundo romano, pero la sensibilidad romana por las prácticas locales, el empleo de la lengua griega y el mantenimiento de una red de monarquías aliadas constituyeron otras tantas continuidades con respecto a la estrategia de gobierno de la reina. Su influencia se dejó sentir incluso en la propia ciudad de Roma, tanto en su arquitectura como en el gusto por lo egipcio o, incluso, en el destacado papel que las mujeres aristocráticas desempeñaron a lo largo del imperio. Cleopatra constituyó una fuerza que ni siquiera la muerte consiguió sofocar.

I

Tolomeo XIII inaugura la cronología de su reinado. Cneo Pompeyo el Joven llega a Alejandría para solicitar ayuda para su padre; los dos monarcas le proporcionan barcos y tropas, aunque el distanciamiento entre ellos va creciendo a lo largo del año. Al final, Cleopatra huye a la Tebaida (quizá en los comienzos de 48 a. C.).

48 a. C.

Cleopatra abandona Egipto rumbo a Siria, donde recluta un ejército. Julio César derrota a Pompeyo Magno en Farsalia (9 de agosto). Pompeyo desembarca en Egipto y es asesinado por los colaboradores de Tolomeo XIII. César llega tras él y se aposenta en Alejandría. Cleopatra regresa de Siria. César fuerza una reconciliación entre los monarcas y convierte a sus dos hermanos pequeños (Tolomeo XIV y Arsínoe IV) en cogobernantes de Chipre. Los consejeros de Tolomeo XIII desencadenan la Guerra de Alejandría, que se prolonga hasta la primavera del año siguiente. Arsínoe se une al bando de Tolomeo XIII (quizá a principios de 47 a. C.).

47 a. C.

Conclusión de la Guerra de Alejandría a primeros de año, con la muerte de Tolomeo XIII. Cleopatra y Tolomeo XIV son nombrados cogobernantes del país, que incluye la isla de Chipre. César permanece en Egipto durante varias semanas y realiza un viaje por el Nilo. En primavera, César abandona Alejandría y regresa a Roma, previo paso por el Ponto. Cleopatra da a luz a su primer hijo, Cesarión (23 de junio).

46 a. C.

César celebra su triunfo, en el que Arsínoe es obligada a desfilar antes de partir a su exilio en Éfeso. Cleopatra y Tolomeo XIV viajan a Roma (finales de verano) y son nombrados por César monarcas amigos y aliados. Se erige una estatua de Cleopatra en el Foro Julio. La reina retorna a Alejandría en otoño.

44 a. C.

Cleopatra regresa a Roma, probablemente para consolidar su posición en un escenario en el que César ya se había deshecho de todos sus adversarios. César es asesinado (15 de marzo). Cleopatra pone rumbo de nuevo hacia Alejandría mientras Octaviano llega a Roma (abril). La reina ordena la muerte de Tolomeo XIV (verano).

43 a. C.

Se constituye el triunvirato. Craso recurre a Cleopatra para solicitarle su ayuda, pero esta se la deniega y, en cambio, le envía a Dolabela las cuatro

legiones que César había dejado estacionadas en Egipto. La reina navega al frente de su flota hasta Grecia para socorrer a los triunviros, pero una tormenta provoca serios daños a la escuadra. Los triunviros reconocen a Cesarión de forma oficial.

42 a. C.

Batalla de Filipos (otoño). Antonio se queda en oriente para reorganizar la situación.

41 a. C.

Antonio fija su cuartel general en Tarso y manda llamar a Cleopatra (verano). La confirma en el trono, puede que le ceda ciertas partes de Cilicia y accede a su petición de mandar ajusticiar a Arsínoe. Acto seguido, se reúne con ella en Egipto (finales de otoño) para tomarse un descanso.

40 a. C.

Antonio deja Egipto (primavera) para solventar los problemas planteados en Siria y Roma. Cleopatra da a luz a Alejandro Helios y a Cleopatra Selene (finales de verano). En Italia, estalla la Guerra de Perusia. Fallece Fulvia, la esposa de Antonio. Los triunviros llegan a un nuevo acuerdo en Brundisium (septiembre): Antonio recibe oficialmente oriente como provincia y se casa con Octavia. Herodes visita a Cleopatra (diciembre).

37 a. C.

Se renueva el triunvirato y se ultiman los preparativos para la guerra contra los partos. Octavia permanece en Italia mientras Antonio fija su cuartel general en Antioquía y convoca a Cleopatra, que lo visita junto con sus gemelos de tres años. Comienzan los importantes reajustes territoriales en favor de Cleopatra, que se prolongan hasta 34 a. C. Las decisiones de Antonio, convenientemente aprovechadas por Octaviano, suscitan el rechazo popular en Roma.

36 a. C.

Arranca la campaña pártica. Cleopatra acompaña a Antonio hasta Zeugma y, a continuación, visita las nuevas posesiones y a Herodes. Da a luz a su cuarto hijo, Tolomeo Filadelfo (verano). La expedición contra los partos resulta un desastre: Antonio se abre paso de vuelta hacia la costa y requiere la ayuda de Cleopatra; una vez conseguida, regresa a Alejandría junto a ella.

35 a. C.

Se planifica una nueva campaña contra los partos. Octavia anuncia su deseo de reunirse con Antonio para proporcionarle el apoyo logístico que necesita,

pero su esposo la prohíbe viajar más allá de Atenas, por lo que regresa a Roma. La animadversión entre Antonio y Octaviano se intensifica. Antonio desiste de emprender la expedición este año, pese a no haber logrado ningún avance significativo.

34 a. C.

Una vez más se emprende la campaña pártica, pero, en este caso, restringida a la captura del rey desleal de Armenia. Cleopatra y Antonio celebran un triunfo contra los partos en Alejandría y orquestan la ceremonia conocida como las Donaciones de Alejandría, con ocasión de la cual codifican una serie de ajustes territoriales y nombran a sus hijos gobernantes de varias regiones. Todo ello suscita una gran indignación en Roma, atizada por Octaviano.

33 a. C.

Ambos triunviros ponen en marcha una intensa propaganda de guerra. A finales de año, el triunvirato expira sin ser renovado.

32 a. C.

Los senadores y cónsules leales a Antonio abandonan Roma y se reúnen con él en oriente (febrero). Cleopatra y Antonio se trasladan a Éfeso y comienzan a reunir fuerzas. Viajan a continuación a Samos y a Atenas, donde la reina es homenajeada por sus habitantes. Octaviano se apodera del testamento de Antonio y, tras una lectura selectiva, declara la guerra a Cleopatra. La pareja concita el apoyo de once reyes aliados. Sin embargo, Cleopatra convence a Antonio de que no ataque a Octaviano en Italia y la pareja se repliega para pasar el invierno en Patras.

31 a. C.

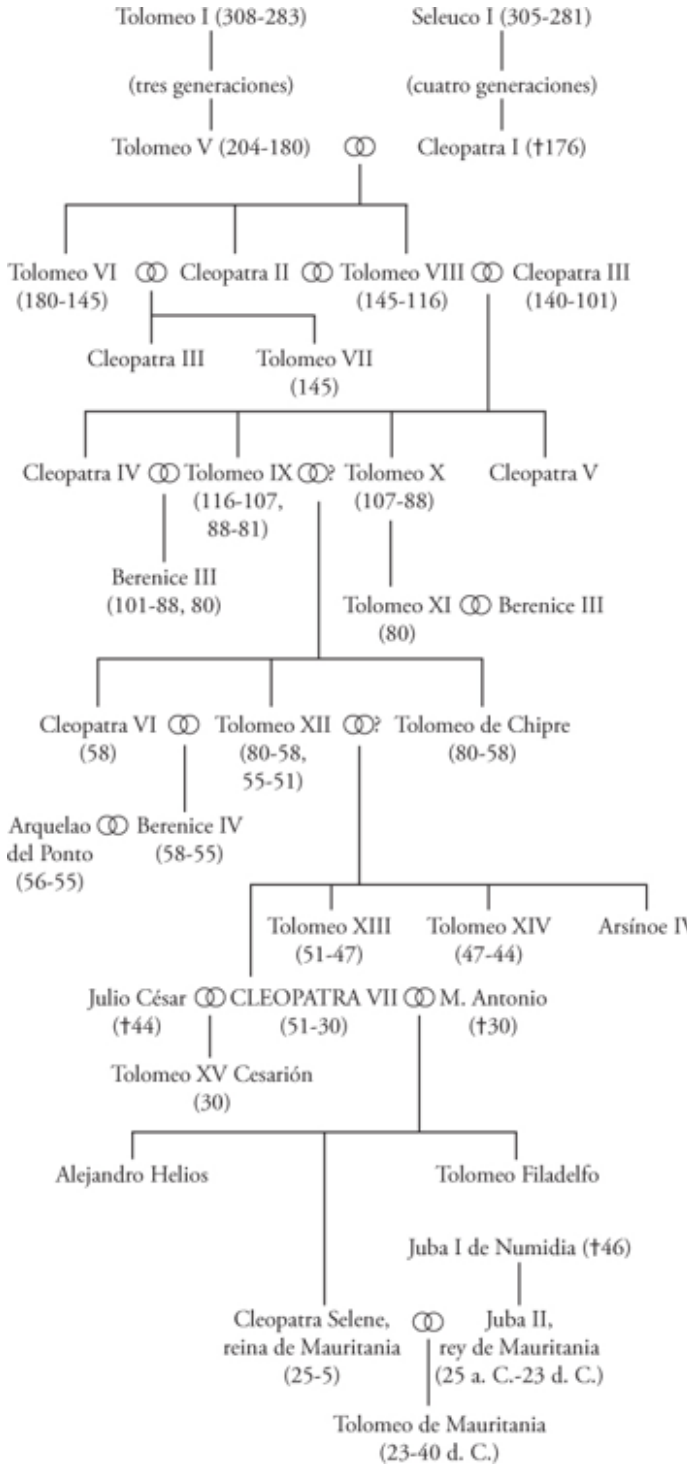
Cleopatra y Antonio se desplazan hasta las inmediaciones de Accio para bloquear cualquier intento de Octaviano de atacar Egipto. Las fuerzas de ambos bandos colisionan el 2 de septiembre, pero Cleopatra retira la flota en plena batalla. Antonio trata infructuosamente de conseguir refuerzos en Cirene; Cleopatra regresa a Egipto y comienza los preparativos para transferir el reino a Cesarión y marchar al exilio, pero Malicos desbarata los planes. Octaviano se traslada a Rodas y entabla negociaciones con la pareja, que se prolongan hasta el año siguiente.

30 a. C.

Ante el fracaso de las negociaciones, Octaviano invade Egipto. Después de una serie de derrotas militares y defecciones, Cleopatra engaña a Antonio para que se suicide y, poco después, ella misma se quita la vida (10 de agosto). Cesarión se convierte en rey, pero solo sobre el papel y no tarda en ser

asesinado. Concluye así el régimen tolemaico y Egipto se integra en el Estado romano (29 de agosto, aunque se fecha con efectos retroactivos el 1 de agosto).

II


Tolomeo I (308-283)
Seleuco I (305-281)
(tres generaciones)
(cuatro generaciones)
Tolomeo V (204-180)
Cleopatra I (†176)
Tolomeo VI (180-145)
Cleopatra II
Tolomeo VIII (145-116)
Cleopatra III (140-101)
Cleopatra III
Tolomeo VII (145)
Cleopatra IV
Tolomeo IX (116-107, 88-81)
Tolomeo X (107-88)
Cleopatra V
Berenice III (101-88, 80)
Tolomeo XI
Berenice III (80)
Cleopatra VI (58)
Tolomeo XII (80-58, 55-51)
Tolomeo de Chipre (80-58)
Arquelao del Ponto (56-55)
Berenice IV (58-55)
Tolomeo XIII (51-47)
Tolomeo XIV (47-44)
Arsínoe IV
Julio César (†44)
CLEOPATRA VII (51-30)
M. Antonio (†30)
Tolomeo XV Cesarión (30)
Alejandro Helios
Tolomeo Filadelfo
Juba I de Numidia (†46)
Cleopatra Selene, reina de Mauritania (25-5)
Juba II, rey de Mauritania (25 a. C.-23 d. C.)
Tolomeo de Mauritania (23-40 d. C.)

III

alguna otra mujer de alto rango en la corte, cuya estirpe fuera lo bastante prestigiosa como para compensar la circunstancia de no ser la esposa oficial del monarca. De hecho, las relaciones de las que nacieron los vástagos de Cleopatra fueron de este último tipo, pues el elevadísimo estatus de sus respectivos padres contrarrestó las sutilezas legales que los nacimientos podrían haber suscitado.

Cleopatra sentía una gran afinidad por la cultura egipcia, mayor que la de cualquiera de sus predecesores en el trono, hasta el punto de que, a diferencia de todos ellos, la reina hablaba egipcio con fluidez. Ello sugiere que, de niña, pudo estar sujeta a ciertas influencias inusuales. Una explicación lógica para todo ello sería que su madre fuera una persona no griega de condición elevada y bien arraigada en la cultura egipcia, perteneciente con toda probabilidad a la aristocracia indígena egipcia, lo que le proporcionaría a su hija un estatus suficientemente alto para aspirar al trono. De hecho, la élite religiosa egipcia había estado estrechamente ligada a los tolomeos como mínimo desde finales del siglo II a. C., cuando Psentais II, sumo sacerdote de Ptah y miembro del linaje sacerdotal hereditario de Petubastes,[5] se casó con una tal Berenice, cuyo nombre sugiere que podría tratarse de un personaje real, acaso la hija de Tolomeo VIII. El hijo de Psentais, Petubastes III, por cuyas venas podría fluir sangre tolemaica, tenía tal estatus que parece que contribuyó a respaldar las pretensiones de Tolomeo XII al trono egipcio. De hecho, sabemos que ofició su coronación en 76 a. C.[6] En su estela funeraria, Petubastes III relata que Tolomeo XII tuvo varias mujeres, todas ellas de una condición lo bastante elevada como para alumbrar potenciales herederos. Una de estas féminas fue, sin duda, la madre de Cleopatra VII. No parece casual, pues, que este linaje sacerdotal hereditario fuera homenajeado por la hija de Cleopatra, Cleopatra Selene, en Cesarea de Mauritania:[7] la singularización del clero egipcio en esta región tan alejada del valle del Nilo resulta peculiar, salvo que sus integrantes fueran parientes de la propia reina. Es imposible encajar a la reina con precisión dentro de esta dinastía sacerdotal, pero el escenario más probable es que su madre fuera hija o nieta de Psentais II y Berenice. Si así fuera, Cleopatra Selene no hizo otra cosa en Cesarea que conmemorar a la familia de su abuela, el linaje sacerdotal del que ella misma era descendiente.

amplias discrepancias en torno a ciertos detalles o incluso a la numeración. Las inscripciones relevantes se discuten (con lecturas y conclusiones muy diferentes) en Reymond, E. A. E. y Barns, J. W. B., 1971, 1-33; Quaegebeur, Jan, 1980, 43-81 y Huss, W., *op. cit.*, 191-203. Pese a las divergencias, las nociones generales parecen claras.

7. Fittschen, K., 1979, 238-239; pero *vid.* Quaegebeur, Jan, *op. cit.*, 61-63.

IV

considerarlo legal y no un mero devaneo de un soldado en campaña. Algo que no se hubiera dado si la reina no hubiera sido ciudadana romana.

Mas, en lugar de recibir la ciudadanía directamente de Antonio, lo más probable es que Cleopatra la poseyera ya desde la cuna. Sus ancestros pudieron recibirla en varias ocasiones: cuando su bisabuelo Tolomeo VIII visitó Roma y cortejó a Cornelia, cuando su padre Tolomeo XII se refugió en Roma, o bien cuando este último fue restaurado en el trono por Gabinio y Antonio. En todos estos casos, era típico que los magistrados romanos de turno aprovecharan para otorgar la preciada ciudadanía. Incluso si Cleopatra no hubiera heredado la ciudadanía, hubiera sido de esperar que Julio César o Antonio se la hubieran otorgado, para asegurarse de ese modo que sus respectivos vástagos contaran con ella. Los reyes títeres y las élites de las ciudades griegas solían recibirla de manos de los magistrados romanos destinados en oriente y resulta difícil imaginar que estos últimos hubieran podido olvidarse, nada más y nada menos, que de los tolomeos. De ser así, el suyo hubiera sido un caso virtualmente excepcional entre las dinastías del periodo tardohelenístico.

Así pues, es casi seguro que Cleopatra VII fue ciudadana romana, algo de lo que, con toda conveniencia, se olvidaron tanto la propaganda de guerra como los escritores augusteos que esbozaron su biografía, ya que reconocerlo hubiera debilitado sustancialmente las acusaciones contra ella. Ahora bien, es muy probable que los tolomeos, a diferencia de otros dinastas títeres, no consideraran que la ciudadanía romana enaltecía de forma trascendente su estatus, mucho más distinguido, al menos a sus propios ojos, que el de cualquier romano. Eso también pudo pesar en el silencio de nuestras fuentes.

V

Plutarco, *César* 49.1-2.
El relato acerca de la primera visita de Cleopatra a Julio César a finales de verano de 48 a. C. debe de basarse en el testimonio del confidente de esta, Apolodoro de Sicilia, del que no sabemos nada más, pero que desempeñó un papel relevante en el incidente.

> Esta, tomando consigo a uno solo de sus amigos, el siciliano Apolodoro, subió a una pequeña embarcación y abordó el palacio real cuando reinaba ya la oscuridad; como no había otro modo de pasar desapercibida, se metió en un fardo de mantas cuan larga era y Apolodoro, atando el fardo con una correa, la introdujo a presencia de César, quien se dice quedó prendado de Cleopatra gracias a esta su primera artimaña, encontrándola descarada, y que después, cautivado por su conversación y su gracia, la reconcilió con su hermano a fin de que compartiera el reino con él.

Plutarco, *Antonio* 26.1-3.
Esta vívida descripción de Cleopatra acudiendo al encuentro de Antonio en Tarso en 41 a. C. es probable que derive de Sócrates de Rodas, que sabemos que se encontraba presente (Ateneo 4.147-148). Quinto Delio, el cronista de Antonio, también pudo aportar sus impresiones. La perspectiva de la fuente es clara: alguien que contemplaba la escena desde la ribera del Cidno, lo bastante cerca para ver a Cleopatra y a su séquito a bordo del *thalamegos* y para escuchar la música y oler el incienso.

> Se puso a surcar el Cidno en una embarcación con la popa dorada, en la que se encontraban desplegadas velas de púrpura y hasta los remos tenían broncíneos asidores, mientras lo envolvía todo una armoniosa melodía de un concierto de flauta, caramillo y cítara. Ella misma reposaba a la sombra de un baldaquín bordado en oro, adornada de la misma forma que Afrodita en las pinturas, mientras dispuestos a ambos lados unos niños, vestidos también como esos Amores de los cuadros, le daban aire; asimismo, las doncellas de más destacado porte de su séquito iban vestidas de Nereidas y Gracias, algunas manejando el timón y otras los cabos; y sugerentes aromas, que exhalaban de ricos perfumes, se fueron vertiendo por las orillas. Así, mientras algunos varones custodiaban la barca desde ambos lados del río, otros salían de las ciudades para contemplar esta maravilla y fue tanta la gente agolpada en el Foro que se precipitó fuera a verlo, que, al final, Antonio se vio solo subido al estrado, a la que vez que, por todas partes, se corría la voz de que Afrodita acudía ante Dioniso por el bien de Asia.

***Oráculo Sibilino* 3.350-380.**

Los *Oráculos Sibilinos* adquirieron su forma definitiva en la Antigüedad tardía, pero constituyen un complejo palimpsesto de datos ensamblados a lo largo de los siglos, trufados a menudo de pensamiento oriental y con numerosas incertidumbres textuales. Como sucede con la mayoría de los oráculos antiguos, no es difícil poner en cuestión su verosimilitud, pues servían claramente a ciertos fines políticos contemporáneos. El oráculo que aquí nos ocupa refleja la situación posterior a 63 a. C. y la intensa implicación romana en el este. Sin embargo, alude a unas nociones de armonía universal que ya habían tomado forma con Alejandro Magno, amalgamadas con el optimismo profético característico de la segunda mitad del siglo I a. C. que impregna la literatura de la época. También se detecta un distintivo tono bíblico, que sugiere que el oráculo pudo componerse en el Levante. La identidad de la mujer que le corta el cabello a Roma no es en absoluto segura, pero, si interpretáramos el verso al pie de la letra, la única opción posible parece ser Cleopatra VII. De ser así, es probable que el oráculo date de los años 30 a. C. y que, por tanto, proporcione una visión positiva de la reina ajena al pensamiento romano, al tiempo que demuestra que una parte del mundo griego y levantino coetáneo contemplaba a la reina como la mayor esperanza para el futuro, teñida incluso de tintes mesiánicos.

> De nuevo Asia habrá de recibir de Roma el triple de todas las riquezas que Roma recibió de Asia, su tributaria, y le hará pagar la perniciosa soberbia que mostró contra ella. Veinte veces más de cuantos, procedentes de Asia, sirvieron como criados en la morada de los ítalos serán los que de estos trabajen como tales en Asia, inmersos en la pobreza, innumerables pagarán su deuda. ¡Ay de ti, refinada hija dorada de la Roma latina, virgen tantas veces embriagada en tus bodas que muchos pretendían, celebrarás tu matrimonio como esclava sin adornos! Repetidas veces tu dueño hará cortar tu delicada cabellera o para castigarte te arrojará a la tierra desde el cielo y desde la tierra te levantará de nuevo hasta el cielo [Omitimos los versículos 362-366 por su carácter intrusivo e irrelevante].
>
> Una paz en calma recorrerá la tierra en Asia; Europa será entonces feliz; un cielo nutricio, durante muchos años, lleno de vigor, sin tormentas ni granizo, producirá toda clase de animales terrestres, tanto las aves como los reptiles. ¡Bienaventurado el hombre o mujer que exista en ese tiempo, mientras que (eso se cuenta de los bienaventurados) tenga agreste morada! Pues toda clase de armonía y buena justicia llegará a los hombres desde el cielo estrellado y, junto con ella, aquella que goza de mayor fervor entre los mortales, la prudente concordia, así como el amor, la fidelidad, la amistad con los extranjeros. De entre los hombres huirán el desgobierno, la censura, la envidia, la cólera, la insensatez y también huirá la pobreza, así como la necesidad, el crimen, las perniciosas rencillas

y las disputas luctuosas, los robos nocturnos y toda clase de mal en esos días.

Plutarco, *Antonio* 85.

El relato de la muerte de Cleopatra deriva de la narración de su médico, Olimpo (*Antonio* 82.2), con la adición de algunos detalles tomados de la *Autobiografía* de Augusto o quizá de las memorias de alguien de su entorno. En esta versión, ni siquiera se menciona el áspid.

> Una vez que se hubo lavado, recostada celebró un banquete deslumbrante. Y entonces vino uno del campo llevando una cesta y al preguntarle los guardias qué era lo que llevaba, tras abrirlo y apartar las hojas, mostró una cesta que estaba llena de higos. Se admiraron de la belleza y de la grandeza de estos higos, así que el hombre sonriente les invitó a tomar uno, pero ellos, confiados, le ordenaron que los introdujera. Después del banquete, Cleopatra tomó una tablilla, ya escrita y sellada, y mandó que se la hicieran llegar a César [es decir, a Octaviano]. Ordenó a todos que se retiraran, a excepción de las dos mujeres, y cerró las puertas. César abrió la carta, en la que pedía con lamentos y súplicas que se le permitiera ser enterrada junto con Antonio y, tras leerla, comprendió rápidamente lo que había hecho. Su primer impulso fue acudir a prestar ayuda, pero después envió a unos cuantos para que acudieran a toda prisa. Debió de ser rápido el fin de Cleopatra, pues los enviados de César, al entrar a la carrera, apartaron a los guardias que no se habían enterado de nada y abrieron las puertas, pero la encontraron ya muerta y tumbada en un triclinio dorado, adornada como una reina. De las mujeres, la llamada Ira yacía sin vida a sus pies, y Carmión, ya desfallecida y con la cabeza vacilante, adornaba la diadema que ceñía la cabeza de su señora. Al decir uno lleno de furia: «¿Te parece esto bonito?»; ella repuso: «¡Pues claro que me parece bien y propio de quien es la última descendiente de una dinastía de prestigiosos reyes!». Pero no pudo decir más, pues cayó allí mismo, al lado del lecho.

Horacio, *Oda* 1.37.21-32.

El poema que Horacio dedicó a la muerte de Cleopatra se escribió poco después del episodio (no más allá de 23 a. C. y seguramente antes). Así pues, se trata de uno de los primeros relatos del deceso, aunque ya refleja la paradigmática visión romana de un personaje peligroso y alcohólico que ha sido eliminado con éxito. Sin embargo, al final de la oda, Horacio alcanza un tono más elevado y muestra un profundo respeto por la reina y por la decisión de morir en lugar de verse obligada a aparecer en el triunfo de Octaviano. La liburna era una galera de dos

niveles de bancos desarrollada a partir de las naves que los habitantes de Liburnia, en la costa de Dalmacia, empleaban para las actividades piráticas; fue empleada con asiduidad por Octaviano en las batallas navales de los años 30 a. C. (*Vid*. Bibliografía: Casson, L., 1971, 141-142).

> Mas ella, queriendo perecer con más nobleza, no mostró un pavor mujeril ante la espada, ni con su escuadra veloz buscó refugio en riberas escondidas. Con rostro sereno osó volver a su abatida corte y, llena de valor, echar mano de las ásperas serpientes para absorber en su cuerpo su veneno negro, y más decidida porque la suya era una muerte voluntaria. Y es que no quiso que las liburnas despiadadas en soberbio triunfo la llevaran, como si fuera una más, aquella mujer incapaz de doblegarse.

VI

diagnósticos que tornan su interpretación sumamente razonable. Con independencia de su propósito específico, puesto que la mayoría de ellas se creó menos de una generación después de la muerte de Cleopatra, podrían incluir una representación visual fidedigna de sus rasgos físicos.[3]

Los retratos escultóricos helenístico-romanos representan la mejor oportunidad de contemplar los rasgos de la reina esculpidos del natural según la tradición artística que nos resulta más familiar. Por desgracia, los ejemplos conservados son escasos y ninguno de ellos es incuestionable. Seguramente, el más célebre es un retrato en mármol de Paros conservado en Berlín (Fig. 2),[4] hallado, según parece, en algún punto al sur de Roma, aunque su historia previa al ingreso en el museo en 1976 –la pieza podría conocerse desde principios del siglo XIX– es, como mínimo, tortuosa.[5] Se trata de una magnífica pieza, bien conservada, en la que Cleopatra aparece representada con un peinado «tipo melón» y una diadema real. Ciertos detalles, como el cabello o la nariz prominente, son similares a los que caracterizan por sistema los retratos de las monedas de la reina. Si la proveniencia itálica fuera correcta, la cabeza de Berlín pudo labrarse durante alguna de las estancias de Cleopatra en Roma en la década de 40 a. C. En definitiva, y a pesar de toda su ambigüedad, esta cabeza constituye el retrato conservado de la reina más probable en el arte helenístico-romano. Se esculpió cuando Cleopatra rondaba los 25 años y destila la dignidad y resolución que caracterizaron cada momento de su vida.

Muy similar a la anterior es una cabeza conservada en el Vaticano, descubierta en una villa de la Via Appia a finales del siglo XVIII y que en los últimos años se ha sugerido que podría constituir el retrato conservado más verosímil de Cleopatra.[6] Magníficamente labrada en mármol de Paros, muestra el mismo peinado, la misma diadema regia e idénticos rasgos que la cabeza de Berlín. Por desgracia, tiene la nariz fracturada, por lo que no proyecta igual solemnidad que su homóloga berlinesa, aunque pertenece, sin duda, a la misma tradición. Un parche áspero e irregular en su mejilla izquierda sugiere que, en origen, habría un segundo elemento adosado a esta parte, quizá un bebé (Cesarión) apoyado en el hombro de su madre.[7] Estos retratos representan a Cleopatra a sus 20 años, aunque le atribuyen ya una excepcional madurez. Ambos podrían ser versiones de la famosa estatua de oro de la reina que César mandó colocar en el Foro de César (*vid.* pág. 77), escultura que, con toda probabilidad, se convirtió en el arquetipo de un buen número de representaciones de la egipcia. De hecho, encontramos, probablemente, una reproducción coetánea de la célebre estatua áurea en una pintura mural del Segundo Estilo de la habitación 71 de la Casa de M. Fabio Rufo en Pompeya. Representa a una mujer de la realeza de rasgos muy similares a los del retrato del Vaticano, tocada con una diadema regia y sosteniendo a Cupido sobre el hombro, ante las gigantescas puertas dobles de un templo.[8] Aunque *a priori* tenderíamos a identificar el grupo con Venus y Cupido, la

diadema señala inequívocamente que la mujer es una soberana y que, por tanto, cualquier atributo divino es solo alegórico. La cronología de la pintura ha sido establecida con certeza en los años 40 a. C., es decir, la época en la que Cleopatra realizó dos viajes a Italia. Parece entonces indudable que nos encontramos ante la representación de Cleopatra y Cesarión ante las puertas del templo de Venus en el Foro Julio y que, por consiguiente, se trataría de la única figuración coetánea a la propia reina que conservamos. Significativamente, quedó cubierta durante una ambiciosa remodelación del edificio en época augustea, quizá no tanto por la aparición de Cleopatra (cuya efigie, después de todo, todavía podía contemplarse en el Foro Julio y es probable que en otros lugares) como por la de Cesarión, cuya condición de supuesto heredero legítimo de Julio César fue siempre un tema delicado para el nuevo régimen.[9]

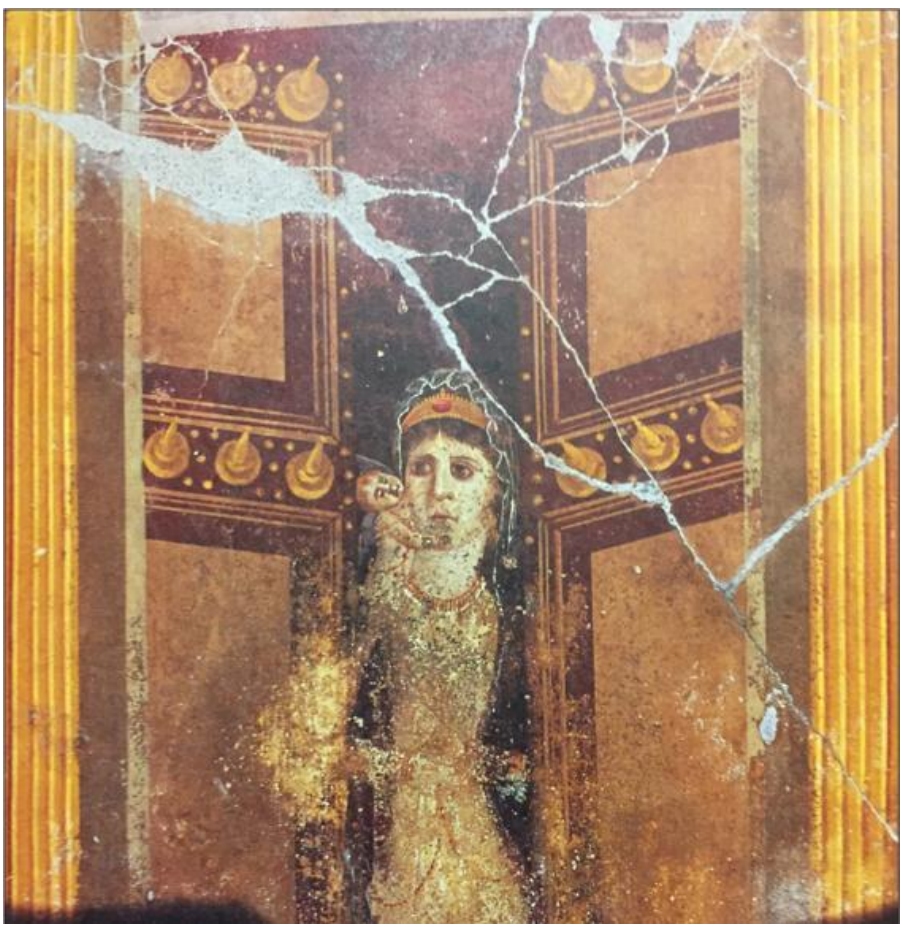


Figura 10: Pintura mural de la habitación 71 de la Casa de M. Fabio Rufo en Pompeya. Muestra a Venus con Cupido en brazos alrededor de ella. Lo más probable es que represente a Cleopatra VII como Venus Genetrix y a su hijo Cesarión como Cupido.

También se ha sugerido en algún momento que la Venus Esquilina podría ser una representación de Cleopatra. La célebre estatua, descubierta en Roma en 1874 y conservada en la actualidad en el Palazzo dei Conservatori,[10] representa a una mujer desnuda cuyo rostro recuerda, en cierto modo, al de las Cleopatras de Berlín y el Vaticano, en especial por el tratamiento de la boca y el mentón, aunque la cara en su conjunto es algo más delgada. También el peinado es similar. A los pies de la mujer se labró una vasija cubierta parcialmente por un manto y en la que se enrosca un *uraeus* a su alrededor. Este último elemento, unido al hecho de que la propia Cleopatra se asimilara en repetidas ocasiones a Venus o Afrodita, constituyen los principales argumentos sobre los que se sustenta la atribución. Por lo demás, se cree que la pieza, fechada hacia 50 d. C., es una copia de una escultura de la escuela de Praxíteles del siglo I a. C. La posible atribución de Cleopatra VII, propuesta por primera vez en la década de 1950, se ha retomado recientemente, pero sigue siendo controvertida.[11] Los detractores de la hipótesis hacen hincapié sobre todo en los diferentes rasgos faciales de la escultura con respecto a las piezas anteriores y se preguntan hasta qué punto hubiera resultado apropiado representar a Cleopatra como una diosa griega desnuda. Así las cosas, la identificación de la pieza, aunque intrigante, continúa siendo muy especulativa.

Más inciertos aún son los demás presuntos retratos de la reina. Uno de ellos, esculpido en mármol de Paros y conservado actualmente en una colección privada, aunque, tiempo atrás, perteneció al coleccionista de El Cairo Maurice Nahman (1868-1948), presenta un llamativo parecido con las cabezas del Vaticano y Berlín, pero carece de la diadema real.[12] Esta omisión hace improbable que se trate de una representación de Cleopatra, pues, como ya sabemos, la reina tenía muy a gala su estatus regio, puede que incluso en exceso.[13] Podría suceder que la cabeza Nahman, seguramente de origen egipcio, perteneciera a un subgénero de retratos cleopátricos en el que las mujeres de la corte (o incluso las ciudadanas privadas) imitaran el estilo de la reina y se hicieran representar con su aspecto, aunque sin portar la corona real, evidentemente. Un retrato de mármol de Paros del Museo Egipcio de El Cairo[14] se encuadraría, probablemente, en esta misma tradición, pues muestra a una relevante figura de la corte deseosa de representarse de la manera más parecida posible a su señora, aunque su característica nariz sugiere que podría tratarse incluso de una imagen de la propia reina. Muy similar es una pieza de origen itálico conservada hoy en el British Museum,[15] de rasgos faciales análogos a los de las cabezas de Berlín y el Vaticano, pero con un peinado totalmente diferente y sin diadema, como sucede también con una cabeza hallada en Roma y preservada en los Musei Capitolini.[16] En estos dos últimos casos podríamos estar incluso ante los retratos de dos mujeres romanas que, en los años 40 a. C., trataron de imitar el estilo de la reina; a fin de cuentas, no todo el mundo compartiría el aborrecimiento de Cicerón hacia

Cleopatra y la presencia de un enérgico personaje regio en Roma podría haber engendrado entre su población cierto grado de adulación, análogo al que en nuestros días suscitan algunos individuos famosos o ciertos personajes de la realeza.

Conservamos asimismo dos camafeos en los que podría aparecer representada la efigie de la reina. Uno de ellos, fechado seguramente en 50 a. C. y custodiado en la Bibliothèque nationale de Francia,[17] muestra un retrato de perfil muy similar a las piezas escultóricas mencionadas. Otro, de origen desconocido, labrado en vidrio azul y perteneciente al British Museum,[18] muestra a una mujer con un peinado y una diadema real análogos a los de las cabezas de Berlín y el Vaticano. Esta última porta además un triple *uraeus*, que recientemente se ha interpretado con brillantez como la reacción de Cleopatra ante la creación del triunvirato romano y como la reivindicación de sus tres hijos.[19] Tenemos noticia de varias estatuas egipcias que enarbolan el triple *uraues* (como, por ejemplo, una de basalto negro conservada en el Hermitage),[20] identificadas, por lo general, con Arsínoe II, pero que, si nos basamos tanto en el *uraeus* como en los rasgos faciales, hoy creemos que podrían representar a Cleopatra VII. Conocemos otras tantas piezas análogas en el Rosicrucian Egyptian Museum de San José, California[21] y en el Louvre.[22] También de estilo egipcio, aunque con algunos rasgos griegos, son las estatuas del Metropolitan Museum of Art[23] y del Brooklyn Museum,[24] ambos de Nueva York. Todas ellas portan el triple *uraeus* y, si bien es cierto que sus rasgos faciales no son idénticos, todas presentan cierto parecido entre sí.[25] De hecho, la estatua del Metropolitan de Nueva York se parece más a las cabezas de Berlín y el Vaticano e incluso en el antebrazo derecho muestra una cartela con el nombre «Cleopatra», aunque de dudosa autenticidad. Ignoramos el origen preciso de todas estas piezas, aunque sabemos que la estatuaria pública de Cleopatra se conservó más allá de su muerte, pues, en aquel momento, un tal Arquibio, miembro de la corte alejandrina, le pagó a Octaviano la inmensa suma de 2000 talentos a cambio de que este no destruyera las estatuas reales.[26]

Aunque los relieves egipcios se adecuan a la plástica tradicional del país del Nilo, proporcionan varios ejemplos curiosos de representaciones indiscutibles de la reina. El más notable de todos es el de la pared sur del templo de Hathor en Dendera (Fig. 4), en el que Cleopatra aparece de perfil realizando ofrendas a los dioses; frente a ella se encuentra el joven Cesarión, que por entonces sería apenas un adolescente, pero que se representa revestido ya de toda la autoridad del faraón.[27] Otras dos estelas muestran a la monarca al estilo egipcio. Una, procedente de El Fayum, conservada hoy en Louvre[28] y datada en el primer año de reinado de Cleopatra Thea Filopátor –que solo puede ser Cleopatra VII–, fue ofrendada por un tal Snonais, presidente de la asociación de Isis. Su fecha nos lleva al 51 a. C., por tanto, podría tratarse de la primera representación conservada de la reina. Ahora bien, esta, sorprendentemente, aparece figurada

como si fuera un varón. Es posible que la dedicación, redactada en el momento exacto de la muerte de Tolomeo XII, fuera proyectada inicialmente para él, pero que tuviera que ser reelaborada en parte cuando su hija subió al trono (no en vano, la inscripción presenta huellas de retoques). Sin embargo, conocemos diversos precedentes de reinas egipcias representadas como varones, que se remontan incluso a los tiempos de Hatshepsut.[29] Es más, la estela del Bujeum en la que se describe la consagración del toro Bujis el 22 de marzo de 51 a. C. también alude a Cleopatra primero como «el rey», aunque, acto seguido, se refiere a ella como «la reina».[30] Es muy posible que, durante los primeros meses del reinado de Cleopatra, la aristocracia egipcia no asimilara bien la idea de tener que someterse a una mujer –las últimas féminas que habían asumido el poder habían conducido el reino al desastre–, aunque lo cierto es que se siguió empleando de manera ocasional la caracterización masculina hasta el momento mismo de su muerte; cuando esta se produjo, de hecho, la doncella Carmión empleó el género masculino para referirse a ella como «descendiente de una dinastía de prestigiosos reyes».[31] Y es que, aunque la imaginación popular ha convertido a la reina en un icono de feminidad, la ortodoxia egipcia no tuvo empacho en crear una Cleopatra masculina, algo que, quizá, se entendiera como todo un elogio para su estatus y su capacidad de gobierno.[32]

Otra estela de cronología incierta, pero fechable probablemente a finales de la década de 30 a. C., conservada en nuestros días en una colección privada de Montpellier, muestra a la divina tríada Amón-Ra, Mut y su hijo Jonsu,[33] un tipo de unidad familiar que fue parte integrante de la religión egipcia desde los tiempos más remotos.[34] En este relieve concreto, sin embargo, los tres personajes aparecen encarnados por Julio César, Cleopatra y Cesarión, con este último (figurado en el centro) presentado deificado y custodiado por sus padres divinos. El formato del relieve recuerda al de otro hallado en Karnak, conservado en el British Museum y fechado hacia 116 a. C., en el que el bisabuelo de Cleopatra, Tolomeo VIII, aparece acompañado por sus esposas Cleopatra II y Cleopatra III (madre e hija), que realizando ofrendas ante la tríada divina original.[35] En este último caso, el trío divino se opone al humano, pero ambos aparecen todavía separados; en la estela de Montpellier, en cambio, los dos grupos se han fusionado en uno solo. Si esta pieza data de una fecha próxima a la de la muerte de Cleopatra VII –el aspecto adolescente de Cesarión así parece sugerirlo–, demostraría probablemente un intento de afianzar al nuevo faraón en el imaginario colectivo del pueblo egipcio.

Como es bien sabido, a principios de los años 30 a. C. un nutrido grupo de literatos romanos se afanó en definir la imagen de Cleopatra para sus compatriotas. En los años inmediatamente posteriores a la muerte de la reina, toda esta literatura, a menudo de la mejor calidad, se empleó para controlar los discursos en torno a su memoria. No es preciso enumerar aquí los múltiples y

famosos ejemplos al respecto, cuyo punto culminante es probable que sea la vívida descripción de la batalla de Accio que encontramos en la *Eneida*,[36] redactada menos de una década tras el fallecimiento de Cleopatra. Menos célebres puede que sean las representaciones artísticas de esta misma época y de los años siguientes del periodo julioclaudio. Algunas de ellas rozan lo escatológico, como una serie de lucernas fechadas en 50-75 d. C. en las que aparece una mujer desnuda con el familiar peinado «tipo melón» en pie sobre un cocodrilo y practicando el acto sexual con un falo exento.[37] Estas lucernas fueron frecuentes a lo largo de la frontera septentrional del Imperio romano y pudieron contarse entre las favoritas de los soldados en campaña.[38] La identificación de la mujer representada en ellas con Cleopatra no es segura, aunque sí probable, y la evolución del tipo hasta 50 a. C. nos resulta desconocida.[39] Por el contrario, algunas de las mejores plasmaciones del arte julioclaudio sí parecen directamente vinculadas con la reina. Del mayor interés es la reciente hipótesis que sostiene que el Vaso de Portland, conservado en el British Museum, representa una alegoría alusiva a nuestra protagonista.[40] Según este convincente análisis, la principal escena del recipiente muestra a Cleopatra atrayendo hacia ella a Antonio, ayudada por la serpiente que se eleva a sus pies y por Eros, que vuela sobre ella. Antón, el ancestro de la familia Antonia, contempla impotente cómo su descendiente se encamina hacia la perdición. En el otro lado del vaso aparece Octavia, en la pose habitual de la amante abandonada, flanqueada por un heroico Octaviano, que la contempla intensamente, y por Venus, la antepasada de la familia Julia, que le ofrece consuelo desde la derecha. Aunque pueden argüirse otras muchas interpretaciones para las escenas del vaso, esta es, sin duda, la más satisfactoria. El episodio representado sería posterior al momento en el que Antonio envió a Octavia de vuelta a Italia, es decir, se encuadraría en la etapa 35-30 a. C. (es más probable que hacia los primeros años de esa horquilla que hacia los últimos), aunque todo hace pensar que el vaso pertenezca ya al periodo augusteo.

Las decoraciones murales de influencia egipcia constituyen uno de los aspectos mejor conocidos de los primeros años de la Roma imperial: el mosaico nilótico de la Casa del Fauno de Pompeya, la célebre pintura nilótica de Herculano[41] o el mosaico nilótico de Praeneste[42] así lo certifican. Aunque muchas de estas obras son anteriores al reinado de Cleopatra y no tienen nada que ver con su figura, evidencian la antigua fascinación que los romanos sentían por la cultura material egipcia, a la que solo pudieron dar rienda suelta en época de la reina. La pintura pudo parecer un instrumento obvio para representar los principales hitos de la biografía de Cleopatra. Así, en Pompeya, además del panel de la Casa de M. Fabio Rufo que ya se ha mencionado, creado antes de la muerte de la reina, un fresco de la llamada Casa di Giuseppe II, fechado en el primer cuarto del siglo I d. C., muestra a una mujer con diadema que se quita la vida mediante un

veneno.[43] La fémina está acompañada de otras cinco personas, dos mujeres y tres hombres; uno de estos últimos se adorna con una diadema y otro parece portar atuendos romanos. A la izquierda, uno de los asistentes masculinos aferra la boca de un cocodrilo, que posiblemente no representaría al animal, sino que fuera la elaborada asa de una bandeja que, por lo demás, se ha perdido. En un punto muy elevado de la pared del fondo, en una posición inusual, se vislumbran unas puertas dobles.

Por convención, esta pintura se ha interpretado como la muerte de Sofonisba, la aristócrata cartaginesa pretendida por el famoso rey númida Masinisa, quien, en las postrimerías de la Segunda Guerra Púnica, le envió un veneno para que no fuera capturada por los romanos.[44] Su romance funesto pudo popularizarse a través de una tragedia –la narración más extensa que poseemos de la misma, la de Apiano, así parece sugerirlo– y terminó por convertirse en un auténtico paradigma de oposición heroica ante Roma. Sin embargo, los paralelismos con la muerte de Cleopatra VII son abundantes, no solo en lo referente al tono general de la historia y el contexto, sino también en cuanto a las conexiones entre la realeza númida y la tolemaica (recuérdese que Masinisa fue un estrecho colaborador de Tolomeo VIII y que su descendiente Juba II se casó con la hija de Cleopatra). Si a ello le sumamos ciertos detalles de la pintura, como la presencia de las dos acompañantes femeninas y la del espectador romano, el motivo con forma de cocodrilo, o incluso las puertas situadas en un punto enigmáticamente elevado de la pared (en posible alusión a la peculiar arquitectura de la tumba de Cleopatra), contaremos con elementos suficientes como para argumentar que podría tratarse de una representación del suicidio de esta, y no del de Sofonisba. En la escena de Pompeya no aparece ningún áspid, bien es cierto, pero muchos testimonios insistían en que Cleopatra, en realidad, se había quitado la vida mediante el veneno (*vid*. pág. 176). Por último, es posible que, pese a todo, el mural representara la muerte de Sofonisba, ya que ningún personaje regio presenció el final de Cleopatra (aunque el artista podría haber aludido a la presencia de Cesarión); pero no olvidemos que, cuando fue pintado, aún viviría mucha gente que recordaría el deceso de la egipcia, por lo que es muy probable que quienes contemplaran la escena pensaran de inmediato en ella en lugar de en un oscuro episodio acaecido más de doscientos años antes. En definitiva, por idealizada, ambigua e imprecisa que resulte, la pintura mural de la Casa di Giuseppe II podría ser lo más parecido que tengamos a una figuración contemporánea del suicidio de Cleopatra.

LOS RETRATOS SOBRE MONEDAS

Las acuñaciones de Cleopatra, por último, incorporan las únicas representaciones seguras de la reina insertas en la tradición artística grecorromana, con la ventaja

añadida de que componen una secuencia que, aunque discutida, se prolonga a lo largo de todo su reinado.[45] Sabemos de emisiones de más de una docena de lugares (mayoritariamente del Levante) y de casi todos los años de reinado, aunque todas ellas tienen en común una leyenda idéntica: ΚΛΕΟΠΑΤΡΑΣ ΒΑΣΙΛΙΣΣΗΣ [Reina Cleopatra]. Los retratos de sus monedas egipcias, llamativamente parecidos a los de su padre,[46] muestran por sistema el perfil derecho de la reina, caracterizado por un peinado «tipo melón», la diadema real y una nariz prominente (Fig. 11c). Aunque detectamos pequeñas variantes y algunas evidencias del paso del tiempo en la reina a lo largo de sus veinte años de reinado, todos los retratos de Cleopatra son muy parecidos. En cuanto a las acuñaciones provinciales, proceden de una gran variedad de cecas. De particular interés son los tetradracmas de plata de Ascalón, emitidos probablemente en 48 a. C., cuando la ciudad aún no era territorio tolemaico y la reina acababa de subir al trono; parecen materializar, por tanto, el apoyo que la ciudad –y su ciudadano más prominente, Antípatro– prestó a la reina en su guerra civil contra su hermano Tolomeo XIII.[47] Aunque es posible que nos encontremos ante uno de los primeros retratos conservados de Cleopatra, que por entonces frisaría los 21 años, la apariencia es sorprendentemente desagradable, con un rostro rígido e hinchado y una nariz desproporcionadamente larga, todo lo cual podría deberse a un error del diseñador o de la ceca,[48] aunque algunas de las piezas alejandrinas muestran idénticas características.[49] Una década más tarde, cuando Ascalón pasó a formar parte de sus territorios, aparecen nuevas monedas con una efigie mucho más madura y atractiva, lo que quizá indique un mayor control por parte de la propia reina en relación con el proceso de acuñación.[50]

Muchas de las acuñaciones de Cleopatra son reflejo de sus ambiciones territoriales, en especial las datadas a principios de la década de 30 a. C. Así, ciudades fenicias anexionadas por aquellos años como Bérito, Damasco, Ortosia[51] y Trípoli comenzaron al punto a emitir monedas con su efigie,[52] con calidad artística desigual, bien es cierto, pero incorporando todas ellas unos rasgos ciertamente familiares. Así, por ejemplo, la serie emitida en Damasco entre 37/36 y 33/32 a. C. constituye la única evidencia conocida de que la ciudad llegó a formar parte de los dominios de la reina, más allá de la visita de esta en 36 a. C.[53]

Merece la pena mencionar también una insólita acuñación en bronce emitida seguramente en Chipre (Fig. 11a).[54] La representación del anverso, muy basta, muestra a la reina con su corona sosteniendo un bebé, casi con toda seguridad Cesarión. Ello sugiere que fue fabricada poco después del nacimiento de este en 47 a. C., coincidiendo en el tiempo con el momento en el que la isla regresó al control tolemaico, lo que quizá explique la aparición del inusual retrato de la reina con una corona. Madre e hijo encarnaban simbólicamente a Afrodita y Eros o a Isis y Harpócrates; el tipo monetal, no en vano, se hacía eco del arquetipo escultórico que mostraba también a la reina con su hijo (*vid.* pág. 211). Por

detrás de Cleopatra, además, aparece un cetro y en el reverso observamos una doble cornucopia, a imitación de las monedas acuñadas por su distinguida antepasada, Arsínoe II, quien, como Cleopatra, se asimilaba a Isis.[55] De hecho, Cleopatra se fijó a menudo en Arsínoe II como modelo para seguir, tanto en la plástica como en la titulatura; ambas reinas, por ejemplo, fueron las únicas en arrogarse la condición de «Hijas de Geb» (el dios creador egipcio).[56]

Varias de las monedas de Cleopatra fueron acuñadas en conjunción con Antonio, comenzando por las series de bronce de Calcis en Celesiria y las de Tolemaida y Dora en Fenicia.[57] Las primeras respetaron el estilo de los gobernantes locales de la región y se emitieron en tres valores, con la reina, revestida de su iconografía habitual, figurando en todas ellas. El valor superior incluye a Antonio en el reverso, en tanto que los más pequeños muestran a Niké o a Atenea. Todo apunta a que se acuñaron en 31/30 a. C., por lo que se cuentan entre las últimas monedas de Cleopatra. También conocemos algunas emisiones conjuntas (Fig. 11f) procedentes de una ceca incierta –que a menudo se ha sugerido sin demasiado convencimiento que podría ser Antioquía, aunque parece más probable que fuera la de alguna de las ciudades fenicias– en las que, junto con el retrato y la titulatura completa de Cleopatra [ΒΑϹΙΛΙϹϹΑ ΚΛΕΟπΑΤΡΑ ΘΕΑ ΝΕΩΤΕΡΑ, «Reina Cleopatra, Joven Diosa»] en el anverso, aparece la imagen de Antonio y su título en griego [ΑΝΤΩΝΙΟϹ ΑΥΤΟΚΡΑΤΩΡ ΤΡΙΤΟΝ ΤΡΙΩΝ ΑΝΔΡΩΝ,«Antonio, Imperator por tercera vez, Triunviro»] en el reverso. En lugar de emplear el genitivo, como era habitual en la numismática griega, estas piezas, datadas con toda probabilidad en el periodo 35-33 a. C.,[58] utilizan el nominativo, propio de la titulatura latina. Por lo que sabemos, ninguna otra reina tolemaica empleó el epíteto «Thea Neotera» y Cleopatra lo hizo solo en sus monedas; se trata de una alusión a Cleopatra Thea, la hija de Tolomeo VI que casó con un rey seléucida, ejerció de reina seléucida hasta en dos ocasiones y fue madre de otros tres monarcas.[59] En su condición de célebre miembro de la dinastía tolemaica y, por vía matrimonial, seléucida, Cleopatra Thea constituyó un afortunado modelo que seguir para Cleopatra VII, quien, al incluir el epíteto de su antepasada en sus monedas, reivindicó su propia identidad como última representante viva de los seléucidas, así como el control de los territorios seléucidas en Siria. Por último, la imagen de Cleopatra en estas monedas también es inusual, pues parece bastante más mayor y adusta que en el resto de sus retratos monetarios y además se adorna con un exuberante collar de perlas alrededor del cuello.[60] Otras emisiones conjuntas similares proceden de las ciudades fenicias de Tolemaida (35-34 a. C.) y Dora (34-33 a. C.).

Figura 11: Monedas de Cleopatra VII:

a) Moneda de bronce, probablemente de Chipre, en la que aparece la reina con el niño Cesarión

en brazos; **b)** Reverso de moneda de oro de Marco Antonio con retrato de Cleopatra; **c)** Dracmas, 51-30 a. C. En el anverso, el busto diademado de Cleopatra VII, en el reverso, águila de pie; **d)** Tetradracma de Cleopatra VII, 51-30 a. C.; **e)** Tetradracma de Seleucis y Pieria en Siria, con Cleopatra VII en el reverso, 32 a. C; **f)** Tetradracma de plata acuñado probablemente en Antioquía, con la imagen de Marco Antonio en el reverso y de Cleopatra en el anverso, identificada con el título de Cleopatra Thea Neotera, *ca.* 37/36 a. C.-33 a. C.

Durante los últimos años de su vida, las acuñaciones de Cleopatra tomaron nuevos rumbos. Así, en las emisiones conjuntas fabricadas durante el teórico tercer consulado de Antonio (31 a. C.) figuraron solo las titulaturas de los gobernantes, pero no sus retratos.[61] Tampoco aparece en las piezas el nombre de la ceca, aunque, dado que solo se han hallado en Cirene, podemos deducir que fueron producidas en este puesto de avanzadilla tolemaico en los meses inmediatamente anteriores a la batalla de Accio y a la subsiguiente defección del gobernador de la ciudad, L. Pinario Escarpo, quien, como hemos visto, tras el enfrentamiento no dudó en brindar apoyo a Octaviano. Cleopatra también figura en algunas emisiones tardías junto con su titulatura en latín, que exhibe el retrato más maduro y serio de todo el repertorio de las imágenes monetarias. Antonio aparece en una de las caras y la reina en la otra –es difícil determinar cuál es el anverso y cuál el reverso– y esta emisión constituye un claro ejemplo de las acuñaciones de doble cara que se tornaron algo más frecuentes a finales del siglo I a. C.[62] También resulta discutible si, a pesar de las leyendas en latín y los patrones romanos, estas monedas pueden considerarse propiamente «romanas», pues parecen más bien el fruto de una fusión de tradiciones griegas y romanas que habría dado lugar a un nuevo estilo numismático, resultado, como otros tantos, del mestizaje característico de la época. La optimista leyenda ARMENIA DEVICTA [Armenia Conquistada] implica que son posteriores a 36 a. C., aunque lo más probable es que se acuñaran en los últimos momentos del reinado de Cleopatra, acaso en Éfeso, ciudad visitada por la pareja en 32 a. C.[63] Hacia el final de sus vidas, los retratos monetarios de Cleopatra y Antonio eran ya casi idénticos: tan es así que, en los denarios de 32 a. C. acuñados en una ceca desconocida, sus dos rostros se parecen tanto entre ellos que es casi imposible afirmar cuál es cuál.[64] Antonio, de hecho, muestra en este retrato el prominente mentón de los tolomeos, lo que sugiere que, al menos en este sentido, se encontraba ya plenamente asimilado.

El último enclave que acuñó moneda bajo la autoridad de Cleopatra fue Patras, en el noroeste del Peloponeso, donde la reina y Antonio invernaron antes de la batalla de Accio.[65] La imagen de estas piezas apenas se conserva, pero, por lo que parece, el busto de la reina aparecía a la manera tradicional junto a la sencilla leyenda ΒΑϹΙΛΙϹϹΑ ΚΛΕΟπΑΤΡΑ. En el reverso, se incluyó el tocado de Isis. Nos encontramos, por consiguiente, ante el último retrato conocido de la reina elaborado en vida de esta.[66]

30. Tarn, W. W., 1936, 187-189.
31. Plutarco, *Antonio* 85.4: τοσούτων ἀπογόνῳ βασιλέων. Véase también Pomeroy, S. B., 1990, 28. Conocemos otros precedentes de mujeres aludidas como varones: Cleopatra y, quizá, Carmión, estarían al tanto seguramente de que Mitrídates el Grande admiraba tanto las habilidades de su compañera, Hipsicrateia, que se refería a ella con la variante masculina de su nombre, Hipsícrates (Plutarco, *Pompeyo* 23.7-8).
32. Ashton, S.-A., 2003, 25-26.
33. Andreae, B. *et alii* (eds.), *op. cit.*, 16.
34. Dunand, F. y Zivie-Coche, Ch., 2004, 30-31.
35. British Musem EA 612; Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 58.
36. Virgilio, *Eneida* 8.671-713.
37. Hay ejemplares en el British Museum (lucerna Q900) y en el Rheinisches Landesmuseum, (3747d). *Vid*. Andreae, B. *et alii* (eds.), *op. cit.*, fig. 144 y 56.
38. Walker, S., 2001, 146-147.
39. Para otros ejemplos de este tipo de plástica, *vid*. Grimm, G., 2006, 176-183.
40. British Museum GR 1945.9-27.1; Walker, S., 2004, 41-59 y Walker, S., 2006, 184-193.
41. Ambos se conservan actualmente en Nápoles (Museo Nationale Archeologico 9990 y 8561).
42. Reproducido en Strong, D., 1988, 72, con la bibliografía previa.
43. La pintura se reproduce en Horn, H. G. y Rüger, Ch. B. (eds.), 1979, lám. 56, con la bibliografía previa.
44. Livio 30.12-15; Apiano, *Historia Romana I* (*Sobre África* 10 y 27-28); Diodoro, *Biblioteca Histórica* 27.7. La hipótesis de que la pintura pudiera representar la muerte de Cleopatra la planteó vagamente en 1955 Olga Elia (*vid*. Elia, O., 1955, 153-157), pero sin apenas análisis.
45. La bibliografía tradicional de sus acuñaciones es *BMC Ptolemies* (1883), 22-23 (escasa y ya muy obsoleta) y Forrer, L., 1969, 32-42. Ambas obras han quedado ya superadas por las de Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 214-246; Weill Goudchaux, G., 2001b y Weill Goudchaux, G., 2006b.
46. *BMC Ptolemies*, lám. 29.
47. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 219.
48. Seltman, Ch., 1955, 244-245.
49. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 179.
50. *Ibid.*, 220.
51. Baldus, H. R., 1973, 19-43.
52. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 225-231.
53. Josefo, *Antigüedades judías* 15.96.
54. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 186.
55. *BMC Ptolemies*, 42, 1.
56. Ashton, S.-A., 2003, 25-28.
57. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 214-218 y 231; Baldus, H. R., 1983, 5-10.
58. Buttrey, Th. V., Jr, 1954, 95-109.
59. Hölbl, G., 2001, 192-193.
60. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 221-222.
61. *Ibid.*, 232-234.
62. Williams, J., 2003, 87-94.
63. Sutherland, C. H. V., 1974, 114.
64. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit.*, 246a-b; Fleischer, R., 1996, 237-240.
65. Forrer, L., *op. cit.*, 135.
66. Algunos sellos impresos hallados en un tesorillo supuestamente proveniente de Edfú, en

Egipto, conservados actualmente en Toronto, muestran una cabeza femenina que se asemeja a los retratos monetarios de Cleopatra, pero apenas sabemos nada de su origen. *Vid*. Walker, S. y Higgs, P. (eds.), *op. cit*., 174-176.

IstMitt: *Istanbuler Mitteilungen*
JBM: *Jahrbuch der Berliner Museen*
JEA: *Journal of Egyptian Archaeology*
JHS: *Journal of Hellenic Studies*
JNG: *Jahrbuch für Numismatik und Geldgeschichte*
JRS: *Journal of Roman Studies*
LSJ: *A Greek-English Lexicon* (Liddell, H. G., Scott, R. y Jones, H. S. (eds.), 1977: 9.ª ed., Oxford, Oxford University Press) *MAAR*: *Memoirs of the American Academy in Rome*
MusHelv: *Museum Helveticum*
OGIS: *Wilhelm Dittenberger, Orientis Graeci Inscriptiones Selectae* (Leipzig, S. Hirzel, 1905) *ÖJh*: *Jahreshefte des Osterreichischen Archäologischen Instituts in Wien*
OpRom: *Opuscula Romana*
OxyPap: *The Oxyrhynchus Papyri* (Grenfell, B. P. y Hunt, A. S. (eds.), 1989, London, Egypt Exploration Fund) *PACA*: *Proceedings of the African Classical Associations*
PBSR: *Papers of the British School at Rome*
PECS: *Princeton Encyclopedia of Classical Sites*
PP: *La Parola del Passato*
RA: *Revue Archéologique*
RAAN: *Rendiconti dell'Accademica di Archeologia*
RE: Pauly-Wissowa, *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*
RÉG: *Revue des Études Grecques*
RhM: *Rheinisches Museum für Philologie*
RINS: *Revista Italiana di Numismatica e Scienze*
SchwMbll: *Schweizer Münzblätter*
SEG: *Supplementum Epigraphicum Graecum*
SNC: *Spink Numismatic Circular*
TAPA: *Transactions of the American Philological Association*

FUENTES CLÁSICAS

Se mencionan las ediciones disponibles en castellano de los textos referidos a lo largo de la obra.

Amiano Marcelino: *Historias*, C. Castillo García, C. Alonso del Real Montes y Á. Sánchez-Ostiz Gutiérrez (trads.), Madrid, Gredos, 2010.
Antología Palatina: M. Fernández-Galiano (trad.), Madrid, Gredos, 1978.
Apiano: *Historia Romana I*, A. Sancho Royo (trad.), Madrid, Gredos, 1980.
Apiano: *Historia Romana II: Guerras civiles*, A. Sancho Royo (trad.), Madrid, Gredos, 1985.
Apolonio de Rodas: *Argonáuticas*, M. Valverde Sánchez (trad.), Madrid, Gredos, 1996.
Aristóteles: *Política*, M. García Valdés (trad.), Madrid, Gredos, 1988.
Aristóteles: *Investigación sobre los animales*, J. Pallí Bonet (trad.), Madrid, Gredos, 1992.
Aristóteles: *Problemas*, E. Sánchez Millán (trad.), Madrid, Gredos, 2004.
Arriano: *Anábasis de Alejandro*, A. Guzmán Guerra (trad.), Madrid, Gredos, 1982.
Ateneo: *Banquete de los eruditos*, L. Rodríguez-Noriega Guillén (trad.), Madrid, Gredos, 1998-2006.
Augusto: *Res gestae*, J. Centenera (trad.), Madrid, Quinquerreme, 2015.
Aulo Gelio, *Noches áticas*, S. López Moreda, M. C. Barrigón Fuentes y J. M. Nieto Ibáñez

(trads.), Madrid, Akal, 2009.
Celso: *Los ocho libros de la Medicina*, A. Blánquez (trad.), Barcelona, Iberia, 1966.
César: *Comentarios a la Guerra de las Galias*, J.J. Caerols (trad.), Madrid, Alianza, 2002.
César: *Guerra Civil. Guerra de Alejandría. Guerra de África. Guerra de Hispania*, J. Calonge y P. J. Quetglas (trads.), Madrid, Gredos, 2005.
Cicerón: *Del supremo bien y del supremo mal*, V. J. Herrero Llorente (trad.), Madrid, Gredos, 1987.
Cicerón: *Cuestiones académicas*, A. Millares Carlo (trad.), Madrid, Gredos, 1972.
Cicerón: *Discursos III*, J. Aspa Cereza (trad.), Madrid, Gredos, 1991.
Cicerón: *Cartas a Ático*, M. Rodríguez-Pantoja Márquez, Madrid, Gredos, 1996.
Cicerón: *Correspondencia con su hermano Quinto*, J. M. Baños Baños y T. Hernández Cabrera (trads.), Madrid, Alianza, 2003.
Cicerón: *Filípicas*, M. J. Muñoz Jiménez (trad.), Madrid, Gredos, 2006.
Cicerón: *Cartas a los familiares*, J. A. Beltrán (trad.), Madrid, Gredos, 2008.
Cicerón*: Discursos VII*, J. M. Requejo Prieto (trad.), Madrid, Gredos, 2011.
Curcio: *Historia de Alejandro Magno*, F. Pejenaute Rubio (trad.), Madrid, Gredos, 1986.
Diodoro: *Biblioteca Histórica*, F. Parreu Alasà y J. J. Torres Esbarranch (trads.), Madrid, Gredos, 2001-2008.
Diógenes Laercio: *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, J. Ortiz y Sanz (trad.), Buenos Aires, Librería Perlado, 1940.
Dion Casio: *Historia romana*, J. M. Candau Morón y M. L. Puertas Castaño (trads.), Madrid, Gredos, 2004.
Esquilo, «Agamenón», en *Tragedias*, B. Perea Morales (trad.), Madrid, Gredos, 1986.
Estrabón: *Geografía*, J. L. García Ramón y J. García Blanco (trads.), Madrid, Gredos, 1991.
Homero, *Ilíada*, E. Crespo Güemes (trad.), Madrid, Gredos, 1991.
Homero, *Odisea*, J. M. Pabón (trad.), Madrid, Gredos, 1982.
Horacio: *Odas*, J. L. Moralejo (trad.), Madrid, Gredos, 2007.
Horacio, *Sátiras. Epístolas. Arte Poética*, J. L. Moralejo (trad.), Madrid, Gredos, 2008.
Josefo, *Antigüedades judías*, J. Vara Donado (trad.), Madrid, Akal, 1997.
Josefo, *Autobiografía. Contra Apión*, M. Rodríguez de Sepúlveda (trad.), Madrid, Gredos, 1994.
Josefo, *Guerra de los judíos*, J. M. Nieto Ibáñez (trad.), Madrid, Gredos, 1997-1999.
Livio: *Periocas*, J. A. Villar Vidal (trad.), Madrid, Gredos, 2008.
Lucano, *Farsalia*, A. Holgado Redondo (trad.), Madrid, Gredos, 1984.
Oráculos sibilinos: E. Suárez de la Torre (trad.), A. Díez Macho (coord.), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1982.
Pausanias: *Descripción de Grecia*, M.C. Herrero Ingelmo (trad.), Madrid, Gredos, 2008.
Plinio, *Historia natural*, Francisco Hernández (trad.), Madrid, Visor, 1998.
Plutarco: *César*, J. Bergua Cavero, S. Bueno Morillo y J. M. Guzmán Hermida (trads.) Madrid, Gredos, 2007.
Plutarco: *Antonio*, J. P. Sánchez Hernández y M. González González (trads.), Madrid, Gredos, 2009.
Polibio *Historias*, M. Balasch (trad.), Madrid, Gredos, 1983.
Séneca, *Diálogos: Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio. Apocolocintosis*, J. Mariné Isidro (trad.), Madrid, Gredos, 1996.
Suetonio, «Augusto» y «Divino Julio», en *Vidas de los doce césares*, R. M. Agudo Cubas (trad.), Madrid, Gredos, 1992.
Tácito, *Anales*, J. L. Moralejo (trad.), Madrid, Gredos, 1979-1980.
Teofrasto, *Historia de las plantas*, J. M. Díaz-Regañón López (trad.), Madrid, Gredos, 1988.
Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, J. J. Torres Esbarranch (trad.), Madrid, Gredos,

1990-1992.
Virgilio, *Eneida*, J. de Echave Sustaeta (trad.), Madrid, Gredos, 1992.

FUENTES SECUNDARIAS

Adamson, P. B., 1982: «Consanguinous (sic) Marriages in the Ancient World», *Folklore* 93, 85-92.
Agatárquides, 1989: *On the Erythraean Sea*, S. M. Burstein (ed.), London, Hakluyt Society.
Alfano, C., 2001: «Egyptian Influences in Italy», en S. Walker y P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt*, London, British Museum, 276-291.
Aly, A. A., 1992: «Cleopatra and Caesar at Alexandria and Rome», en G. Pugliesse Carratelli *et alii* (eds.), *Roma e l'Egitto nell'antichità classica*, Roma, Istituto poligrafico e Zecca dello Stato, 47-61.
Andreae, B., 2006: «Kleopatra und die sogenannte *Venus vom Esquilin*», en B. Andreae *et alii* (eds.), *Kleopatra und die Caesaren*, München, Hirmer, 14-47.
Andreae, B. *et alii* (eds.), 2006: *Kleopatra und die Caesaren*, München, Hirmer.
Ashton, S.-A., 2001: «Identifying the Egyptian-Style Ptolemaic Queens», en S. Walker y P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt*, London, British Museum, 148-155.
Ashton, S.-A., 2003: «Cleopatra: Goddess, Ruler, or Regent?», en S. Walker y S.-A. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed*, London, British Museum, 25-29.
Ashton, S.-A., 2008: *Cleopatra and Egypt*, Oxford, Blackwell Publishing.
Bagnall, R. S., 1988: «Greeks and Egyptians: Ethnicity, Status, and Culture», en R. S. Bianchi, R. A. Fazzini y J. Quaegebeur (eds.), *Cleopatra's Egypt: Age of the Ptolemies*, Brooklyn, Brooklyn Museum, 21-28.
Baldus, H. R., 1973: «Eins Neues Spätporträt der Kleopatra aus Orthosia», *JNG* 23, 19-43.
Baldus, H. R., 1983: «Eine Münzprägung auf das Ehepaar Mark Anton–Kleopatra VII», *SchwMbll* 33, 5-10.
Baldwin, B., 1964: «The Death of Cleopatra VII», *JEA* 50, 181-182.
Balsdon, J. P. D. V., 1958: «The Ides of March», *Historia* 7, 80-94.
Barnes, R., 2002: «Cloistered Bookworms in the Chicken-Coop of the Muses: The Library of Alexandria», en R. MacLeod (ed.), *The Library of Alexandria*, London, I. B.Tauris, 61-77.
Barnes, T. D., 1972: «Some Persons in the Historia Augusta», *Phoenix* 26, 140-182.
Benario, H. W., 1983: «The "Carmen de bello Actiaco" and Early Imperial Epic», *ANRW* 20.30.3, 1657-1662.
Bennet, Ch., 2003: «Drusilla Regina», *CQ* 53, 315-319.
Bevan, E. R., 1985: *The House of Ptolemy: A History of Egypt under the Ptolemaic Dynasty*. Chicago, Ares Publishers.
Bianchi, R. S., 1988: «The Pharaonic Art of Ptolemaic Egypt», en R. S. Bianchi, R. A. Fazzini y J. Quaegebeur (eds.), *Cleopatra's Egypt: Age of the Ptolemies*, Brooklyn, Brooklyn Museum, 55-80.
Bianchi, R. S., Fazzini, R. A. y Quaegebeur, J. (eds.), 1988: *Cleopatra's Egypt: Age of the Ptolemies*, Brooklyn, Brooklyn Museum.
Bickel, E., 1950: «Das Mausoleum der Kleopatra und des Antonius in lateinischer Dichtung», *RhM* 93, 191-192.
Bickerman, E. J., 1980: *Chronology of the Ancient World*, 2.ª ed., New York, Cornell University Press.
Bicknell, P. J., 1977: «Caesar, Antony, Cleopatra, and Cyprus», *Latomus* 36, 325-342.
Bingen, J., 1999: «Cléopâtre VII Philopatris», *CE* 74, 118-123.
Bloedhorn, H., 2002: «Aesopus, Clodius», *BNP* 1, 261-262.

Boardman, J., 1970: *Greek Gems and Finger Rings: Early Bronze Age to Late Classical*, New York, Thames & Hudson [ed. en esp.: *Escultura griega: el periodo clásico tardío*, Barcelona, Destino, 2010].

Boardman, J., 1980: *The Greeks Overseas*, ed. nueva y ampliada, London, Thames and Hudson [ed. en esp.: *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, M.ª L. Balseiro (trad.), Madrid, Alianza Editorial, 1975].

Böhn, R. G., 1985: «Wo war/Was tat Cleopatra an den Iden des März 44? (Cicero, *ad Atticum* XV, 15, 2)», *Gerión* 3, 151-155.

Bowen, A. C., 2002: «Sosigenes (I)», *ENS*, 761.

Bowersock, G. W., 1969: «Review of Becher: *Der Bild der Kleopatra*», *AJP* 90, 252-254.

Bowersock, G. W., 1969b: «Review of Heinen: *Rom und Ägypten von 51 bis 47 v. Chr.*», *AJP* 90, 483-484.

Bowersock, G. W., 1983: *Roman Arabia*, Cambridge, Harvard University Press.

Braund, D. C., 1984: *Rome and the Friendly King: The Character of the Client Kingship*, London, Croom Helm.

Brenk, F. E., 1992: «Antony-Osiris, Cleopatra-Isis: The End of Plutarch's *Antony*», en Ph. A. Stadter, Ph. A. (ed.), 1992: *Plutarch and the Historical Tradition*, London, Routledge, 159-182.

Brett, A. B., 1937: «A New Cleopatra Tetradrachm of Ascalon», *AJA* 41, 452-463.

Broughton, T. R. S., 1985: «Cleopatra and "The Treasure of the Ptolemies": A Note», *AJP* 106, 115-116.

Bulver-Thomas, I., 1971: «Euclid», *DSB* 4, 414-437.

Burstein, S. M., 2007: *The Reign of Cleopatra*, Norman, University of Oklahoma Press.

Bussi, S., 2003: «Zenobia/Cleopatra: Immagine e propaganda», *RINS* 104, 261-268.

Buttrey, Th. V., Jr, 1954: «*Thea Neotera* on Coins of Antony and Cleopatra», *ANSMusN* 6, 95-109.

Calderini, A., 1966: *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto greco-romano* 3, S. Daris (ed.), Milano, Cisalpino-Goliardica.

Carney, E. D., 2005: «Women and *Dunasteia* in Caria», *AJP* 126, 65-91.

Casson, L., 1971: *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton, Princeton University Press.

Casson, L., 1989: *The Periplus Maris Erythraei*, Princeton, Princeton University Press.

Casson, L., 2002: *Libraries in the Ancient World*, New Haven, Yale University Press [ed. en esp.: *Las bibliotecas del mundo antiguo*, Barcelona, Bellaterra, 2003].

Chaniotis, A., 2005: «The Divinity of Hellenistic Rulers», en A. Erskine (ed.), *A Companion to the Hellenistic World*, Oxford, Blackwell Publishing, 431-445.

Chaveau, M., 2000: *Egypt in the Age of Cleopatra*, D. Lorton (trad.), Ithaca, Cornell University Press, 2000 [ed. or.: *L'Egypte au temps de Cléopâtre*, Paris, Hachette, 1997].

Chaveau, M., 2002: *Cleopatra: Beyond the Myth*, D. Lorton (trad.), Ithaca, Cornell University Press [ed. or.: *Cléopâtre au délà du mythe*, Paris, Hachette, 1998].

Cohen, G. M., 2006: *The Hellenistic Settlements in Syria, the Red Sea Basin, and North Africa*, Berkeley, University of California Press.

Crawford, J. W., 1994: *M. Tullius Cicero: The Fragmentary Speeches*, Atlanta, Scholars Press.

Criscuolo, L., 1989: «La successione a Tolemeo Aulete ed i pretesi matrimoni di Cleopatra VII con i Fratelli», en L. Criscuolo y G. Geraci (eds.), *Egitto e storia antica dall'ellenismo all'età araba*, Bologna, CLUEB, 325-339.

Dack, E. van't, 1970: «La date de C. Ord. Ptol. 80-83 = BGU VI 1212 et le séjour de Cléopâtre VII à Rome», *AncSoc* 1, 53-67.

Dixon, S., 2007: *Cornelia: Mother of the Gracchi*, London, Routledge.

Drew-Bear, M., 1979: *Le nome Hermopolite: toponymes et sites*, Missoula, Scholars Press.

Dunand, F. y Zivie-Coche, Ch., 2004: *Gods and Men in Egypt: 3000 B.C.E. to 395 C.E.*, D. Lorton (trad.), Ithaca, Cornell University Press [ed. or.: *Dieux et hommes en Egypte 3000 av. J.-C., 395 apr. J.-C.*, Paris, Armand Colin, 1991].

Eder, W. y Renger, J. (eds.), 2007: *Chronologies of the Ancient World: Names, Dates, and Dynasties. BNP*, supl. 1., W. F. M. Henkelman (trad.), Leiden, Brill [ed. or.: *Herrscherchronologien der antiken Welt: Namen, Daten, Dynastien (Neuer Pauly Supplemente)*, Berlin, J.B. Metzler, 2004].

Elia, O., 1955: «La tradizione della norte di Cleopatra nella pittura pompeiana», *RAAN* 30, 153-157.

Errington, R. M., 1976: «Alexander in the Hellenistic World», *Alexandre le Grand: image et réalité. Entretiens Hardt* 22, 137-179.

Erskine, A., 1995: «Culture and Power in Ptolemaic Egypt: The Museum and Library of Alexandria», *G&R* 42, 38-48.

Fantham, E., 1975: «The Trials of Gabinius in 54 B.C.», *Historia* 24, 425-443.

Fishwick, D., 1984: «The Temple of Caesar at Alexandria», *AJAH* 9, 131-134.

Fishwick, D., 1987: «The Caesareum at Alexandria Again», *AJAH* 12, 62-72.

Fittschen, K., 1979: «Juba II. Und seine Residenz Jol/Caesarea (Cherchel)», en H. G. Horn y Ch. B. Rüger (eds.), *Die Numider*, Köln, Rheinland-Verlag, 227-242.

Fitzmyer, J. A., 1970: «The Languages of Palestine in the First Century A.D.», *CBQ* 32, 501-531.

Fleischer, R., 1996: «Kleopatra Philantonios», *IstMitt* 46, 237-240.

Flory, M. B., 1988: «Pearls for Venus», *Historia* 37, 498-504.

Flory, M. B., 1993: «Livia and the History of Public Honorific Statues for Women in Rome», *TAPA* 123, 287-308.

Fontana, F., 1989-1990: «"Fetialis fui". Note sull'*indictio belli* di Ottaviano contro Cleopatra (32 a.C.)», *AnnIsItS* 1, 69-82.

Forrer, L., 1969: *Portraits of Royal Ladies on Greek Coins*, Chicago, Argonaut.

Fraser, P. M., 1957: «Mark Antony in Alexandria-A Note», *JRS* 47, 71-73.

Fraser, P. M., 1970: «A *Prostagma* of Ptoley Auletes from Lake Edju», *JEA* 56, 179-182.

Fraser, P. M., 1972: *Ptolemaic Alexandria*, 3 vols., Oxford, Clarendon Press.

Grant, M., 1972: *Cleopatra*, New York, Scribner.

Gray, E. W., 1975: «The Crisis in Rome at the Beginning of 32 B.C.», *PACA* 13, 15-29.

Gray-Fow, M. J. G., 1990: «The Mental Breakdown of a Roman Senator: M. Calpurnius Bibulus», *G&R* 37, 170-190.

Griffiths, J. G., 1961: «The Death of Cleopatra VII», *JEA* 47, 113-118.

Griffiths, J. G., 1965: «The Death of Cleopatra VII: A Rejoinder and a Postcript», *JEA* 51, 209-211.

Grimm, G., 1996: «Kleopatra Palast?», *AntW* 27, 509-512.

Grimm, G., 1998: *Alexandria*, Mainz, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Grimm, G., 2006: «Kleopatra-eine Königliche Hure?», en B. Andreae *et alii* (eds.), *Kleopatra und die Caesaren*, München, Hirmer, 176-183.

Gruen, E. S., 1986: *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, Berkeley, University of California Press.

Gruen, E. S., 1995: *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley, University of California Press.

Gruen, E. S., 2003: «Cleopatra in Rome: Facts and Fantasies», en D. C. Braund y Ch. Gill (eds.), *Myth, History and Culture in Republican Rome*, Exeter, University of Exeter Press, 257-274.

Grzybek, E., 1978: «Pharao Caesar in einer demotischen Grabschrift aus Memphis», *MusHelv* 35, 149-158.

Habicht, Ch., 1997: *Athens from Alexander to Antony*, D. L. Schneider (trad.), Cambridge, Harvard University Press [ed. or.: *Athen. Die Geschichte der Stadt in hellenistischer Zeit*, München, Beck, 1995].

Hallett, J. P., 1977: «*Perusinae glandes* and the Changing Image of Augustus», *AJAH* 2, 151-171.

Hammond, N. G. L., 1988: «Which Ptolemy Gave Troops and Stood as Protector of Pyrrhus' Kingdom?», *Historia* 37, 405-413.

Hammond, Ph. C., 1959: «The Nabatean Bitumen Industry at the Dead Sea», *BiblArch* 22, 40-48.

Hazzard, R. A., 1987: «The Regnal Years of Ptolemy II Philadelphos», *Phoenix* 41, 140-158.

Hazzard, R. A., 2000: *Imagination of a Monarchy: Studies in Ptolemaic Propaganda. Phoenix*, supl. 37, Toronto, University of Toronto Press.

Head, B. V., 1911: *Historia Numorum*, Oxford, Clarendon Press.

Heckel, W., 2006: *Who's Who in the Age of Alexander the Great*, Oxford, Blackwell Publishing.

Heinen, H., 1966: *Rom und Ägypten von 51 bis 47 v. Chr.*, Tübingen, Fotodruck Präzis.

Heinen, H., 1969: «Cäsar und Kaisarion», *Historia* 18, 181-203.

Heinen, H., 1984: «The Syrian-Egyptian Wars and the New Kingdoms of Asia Minor», *CAH* 2.ª ed., 7.1, 412-415.

Higgs, P., 2001: «Searching for Cleopatra's Image: Classical Portraits in Stone», en S. Walker y P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt*, London, British Museum, 200-209.

Hillard, T. W., 2002: «The Nile Cruise of Cleopatra and Caesar», *CQ* 52, 549-554.

Hölbl, G., 2001: *A History of the Ptolemaic Empire*, T. Saavedra (trad.), London, Routledge [ed. or.: *Geschichte des Ptolemäerreiches*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buschgesellschaft, 1994].

Hopkins, K., 1965: «Contraception in the Roman Empire», *CSSH* 8, 124-151.

Hopkins, K., 1980: «Brother-Sister Marriage in Roman Egypt», *CSSH* 22, 303-354.

Horn, H. G. y Rüger, Ch. B. (eds.), 1979: *Die Numider*, Köln, Rheinland-Verlag.

Hultsch, F., 1882: *Griechische und Römische Metrologie*, Berlin, Weidmanssche Buchhandlung.

Huss, W., 1990: «Diew Herkunft der Kleopatra Philopator», *Aegyptus* 70, 191-203.

Huzar, E. G., 1978: *Mark Antony: A Biography*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Huzar, E. G., 1985-1986: «Mark Antony: Marriages vs. Careers», *CJ* 81, 97-111.

Intinsky, H. U., 1951-1953: «Bemerkungen Ueber die Ersten Schenkungen des Antonius an Kleopatra», en G. E. Mylonas (eds.), *Studies Presented to David Moore Robinson* 2, St. Louis, Washington University, 975-979.

Irby-Massie, G. L., 2008: «Apollonius Mus», *EANS*, 111-112.

Irby-Massie, G. L., 2008b: «Herakleides of Eruthrai», *EANS*, 370.

Irby-Massie, G. L., 2008c: «Khrusermos of Alexandria», *EANS*, 480.

Irby-Massie, G. L., 2008d: «Olumpos of Alexandria», *EANS*, 598.

Irby-Massie, G. L. y Keyser, P. T., 2002: *Greek Science of the Hellenistic Era*, London, Routledge.

Johnson, J. R., 1978: «The Authenticity and Validity of Antony's Will», *AntCl* 47, 494-503.

Johnson, W. R., 1967: «"A Quean (sic), a Great Queen?" Cleopatra and the Politics of Misrepresentation», *Arion* 6, 387-402.

Kaibel, G., 1878: *Epigrammata graeca ex lapidibus conlecta*, Berlin, Berolini.

Keyser, P. T., 2008: «Antiokhis of Tlos», *EANS*, 95.

Kleiner, D. E. E., 1992: *Roman Sculpture*, New Haven, Yale University Press.

Kleiner, D. E. E., 2005: *Cleopatra and Rome*, Cambridge, Harvard University Press.

Kleiner, D. E. E. y Buxton, B., 2008: «Pledges of Empire: The Ara Pacis and the Donations of Rome», *AJA* 112v, 57-89.

Kokkinos, N., 1992: *Antonia Augusta: Portrait of a Great Roman Lady*, London, Routledge.

Kokkinos, N., 1998: *The Herodian Dynasty: Origins, Role in Society, and Eclipse*, Sheffield, Sheffield Academic Press.

Kokkinos, N., 2001: «Cleopatra and Herod: A Failed Seduction», *British Museum Magazine*, Spring, 17.

Kraft, K., 1967: «Zur Sueton, Divus Augustus 69,2: M. Anton und Kleopatra», *Hermes* 95, 496-499.

Lefkowitz, M. R., 1983: «Wives and Husbands», *G&R* 30, 31-47.

Lenger, M.-Th., 1964: *Corpus des Ordonnances des Ptolémées*, Bruxelles, Academie royale de Belgique.

Leon, E., 1958-1959: «One Roman's Family», *CB* 35, 61-65.

Levi, M. A., 1954: «Cleopatra e l'aspide», *PP* 9, 293-295.

Lintott, A., 2008: *Cicero as Evidence: A Historian's Companion*, New York, Oxford University Press.

Lord, L. E., 1938: «The Date of Julius Caesar's Departure from Alexandria», *JRS* 28, 19-40.

Luce, J. V., 1963: «Cleopatra as *Fatale Monstrum* (Horace, *Carm*. 1.37.21)», *CQ* 13, 251-257.

Maehler, H., 1983: «Egypt under the Last Ptolemies», *BICS* 30, 1-16.

Marasco, G., 1995: «Cleopatra e gli esperimenti su cavie umane», *Historia* 44, 317-325.

Marasco, G., 1998: «Cléopâtre et les sciences de son temps», en G. Arnoud y J.-Y Guillaumin (eds.), *Sciences exactes et sciences appliquées à Alexandrie*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne.

Mayerson, Ph., 1995: «Aelius Gallus at Cleopatris (Suez) and on the Red Sea», *GRBS* 36, 17-24.

Mazard, J., 1981: «Un denier inédit de Juba II et Cléopâtre-Séléne», *SchwMbll* 31, 1-2.

McDonough, Ch. M., 2002-2003: «The Swallows on Cleopatra's Ship», *CW* 96, 251-258.

McKenzie, J., 2007: *The Architecture of Alexandria and Egypt 300 B.C. to A.D. 700*, New Haven Yale University Press.

Meadows, A., 2001: «Sins of the Fathers: The Inheritance of Cleopatra, Last Queen of Egypt», en S. Walker y P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt*, London, British Museum, 14-31.

Meiklejohn, K. W., 1934: «Alexander Helios and Caesarion», *JHS* 24, 191-195.

Michaelidou-Nicolau, I., 1976: *Prosopography of Ptolemaic Cyprus*, Studies in Mediterranean Archaeology 44, Göteborg, P. Åström.

Minnen, P. van, 2000: «An Official Act of Cleopatra (With a Subscription in Her Own Hand)», *AntSoc* 30, 29-34.

Minnen, P. van, 2001: «Further Thoughts on the Cleopatra Papyrus», *ArchPF* 47, 74-80.

Minnen, P. van, 2003: «A Royal Ordinance of Cleopatra and Related Documents», en S. Walker y S.-A. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed*, London, British Museum, 35-42.

Moles, J., 2002: «Reconstructing Plancus (Horace, *C*. 1.7)», *JRS* 92, 86-109.

Mueller, K., 2006: *Settlements of the Ptolemies: City Foundations and New Settlement in the Hellenistic World*, Leuven, Peeters.

Murgia, Ch. E., 2003: «The Date of the Helen Episode», *HSCP* 101, 405-426.

Nardis, M. de, 2008: «Kleopatra of Alexandria», *EANS*, 488-489.

Nielsen, I., 1999: *Hellenistic Palaces: Tradition and Renewal*, 2.ª ed., Aarhus, Aarhus University Press.

Nock, A. D., 1928: «Notes on Ruler Cult, I-IV», *JHS* 48, 21-43.

Oldfather, W. A., 1924: «A Friend of Plutarch's Grandfather», *CP* 19, 177.

Oliver, J. H., 1965: «Attic Text Reflecting the Influence of Cleopatra», *GRBS* 6, 291-294.

Opsomer, J., 2008: «Eudoros of Alexandria», *EANS*, 312-313.

Ors, Á. d', 1979: «Cleopatra, ¿«uxor» de Marco Antonio?», *AHDE* 49, 639-642.

Peek, C., 2000: *She, Like a Good King: A Reconstruction of the Career of Kleopatra VII*, tesis doctoral, Berkeley, University of California.

Pelling, C. B. R., 1979: «Plutarch's Method of Work in the Roman Lives», *JHS* 99, 74-96.

Pelling, C. B. R., 1988: *Plutarch: Life of Antony*, Cambridge, Cambridge University Press.

Pelling, C. B. R., 1998: «The Triumviral Period», *CAH*, 2.ª ed. 10, Cambridge, Cambridge University Press, 1-69.

Peremans, W. y Dack, E. van, 1972: «Sur les rapports de Rome avec les Lagides», *ANRW* 1.1, 660-667.

Pfrommer, M., 1999: *Alexandria im Schatten der Pyramiden*, Mainz, Philipp von Zabern.

Plant, I. M. (ed.), 2004: *Women Writers of Ancient Greece and Rome: An Anthology*, Norman, University of Oklahoma Press.

Plantzos, D., 1996: «Female Portrait Types from the Edfu Hoard of Clay Seal Impressions», en M.-F. Boussac y A. Invernissi (eds.), *Archives et sceaux du monde hellénistique. BCH*, supl. 29, Athēnai, Ecole Française d'Athènes, 301-313.

Pomeroy, S. B., 1975: *Goddesses, Whores, Wives, and Slaves: Women in Classical Antiquity*, New York, Schocken Books [ed. en esp.: *Diosas, rameras, esposas y esclavas: mujeres en la Antigüedad clásica*, R. Lazcano Escudero (trad.), Madrid, Akal, 1987].

Pomeroy, S. B., 1990: *Women in Hellenistic Egypt from Alexander to Cleopatra*, New York, Schocken Books.

Porter, B. y Moss, R. L. B., 1937: *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs, and Paintings* 5. *Upper Egypt: Sites*, Oxford, Clarendon Press.

Pouilloux, J. *et alii*, 1987: *Salamine de Chypre* 13: *Testimonia Salaminia* 2, Paris, E. de Boccard.

Quaegebeur, Jan, 1980: «The Genealogy of the Memphite High Priest Family in the Hellenistic Period», en D. J. Crawford *et alii* (eds.), *Studies on Ptolemaic Memphis*, Leuven, Studia Hellenistica, 43-81.

Quaegebeur, J., 1988: «Cleopatra VII and the Cults of the Ptolemaic Queens», en R. S. Bianchi, R. A. Fazzini y J. Quaegebeur (eds.), *Cleopatra's Egypt: Age of the Ptolemies*, Brooklyn, Brooklyn Museum, 41-54.

Quaegebeur, J., 1991: «Cléopâtre VII et le temple de Dendara», *GM* 120, 49-72.

Queyrel, F., 2006: «Die Ikonographie Kleopatras VII», en B. Andreae *et alii* (eds.), *Kleopatra und die Caesaren*, München, Hirmer,158-163.

Ray, J., 2003: «Cleopatra in the Temples of Upper Egypt: The Evidence of Dendera and Armant», en S. Walker y S.-A. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed*, London, British Museum, 9-11.

Reinach, Th., 1928: «Du rapport de valeur des métaux monétaires dans l'Égypte au temps des Ptolémées», *RÉG* 41, 121-196.

Reinhold, M., 1981-1982: «The Declaration of War against Cleopatra», *CJ* 77, 97-103.

Reinhold, M., 1988: *From Republic to Principate: An Historical Commentary on Cassius Dio's Roman History Books 49-52 (36-29 B.C.)*, Atlanta, Scholars Press.

Reymond, E. A. E., 1981: *From the Records of a Priestly Family from Memphis*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz.

Reymond, E. A. E. y Barns, J. W. B., 1971: «Alexandria and Memphis: Some Historical Observations», *Orientalia* 46, 1-33.

Richardson, L., Jr., 1992: *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Richardson, W. F., 2004: *Numbering and Measuring in the Classical World*, ed. rev., Bristol, Bristol Phoenix Press.

Ricketts, L. M., 1979: «A Chronological Problem in the Reign of Cleopatra VII», *BASP* 16, 213-217.

Ricketts, L. M., 1980: *The Administration of Ptolemaic Egypt under Cleopatra VII*, tesis doctoral, Mineápolis, University of Minnesota.

Roller, D. W., 1998: *The Building Program of Herod the Great*, Berkeley, University of California Press.

Roller, D. W., 2002: «A Note on the Berber Head in London», *JHS* 122, 144-146.

Roller, D. W., 2003: *The World of Juba II and Kleopatra Selene: Royal Scholarship on Rome's African Frontier*, London, Routledge.

Roller, D. W., 2004: *Scholarly Kings: The Writings of Juba II of Mauretania, Archelaos of Kappadokia, Herod the Great, and the Emperor Claudius*, Chicago, Ares Publishers.

Roller, D. W., 2006: *Through the Pillars of Herakles: Greco-Roman Exploration of the Atlantic Ocean*, London, Routledge.

Rostovtzeff, M., 1941: *Social and Economic History of the Hellenistic World*, Oxford, Clarendon Press [ed. en esp.: *Historia social y económica del mundo helenístico*, 2 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1967].

Russell, D. A., 1973: *Plutarch*, New York, Scribner.

Samuel, A. E., 1962: *Ptolemaic Chronology*, München, Beck.

Samuel, A. E., 1971: «The Joint Regency of Cleopatra and Caesarion», *ÉtPap* 9, 73-79.

Scarborough, J., 2008: «Dioskourides Phakas», *EANS*, 272.

Scarborough, J., 2008b: «Philotas of Amphissa», *EANS*, 668.

Schmidt, M. G., 1986: *Caesar und Cleopatra: Philologischer und historischer Kommentar zu Lucan 10.1-171*, Frankfurt am Main, Internationaler Verlag der Wissenschaften.

Schrapel, Th., 1996: *Das Reich der Kleopatra: Quellenkritische Untersuchungen zu den «Landschenkungen» Mark Antons*, Trier, Verlag Trierer Historische Forschungen.

Scott, K., 1933: «The Political Propaganda of 44-30 B.C.», *MAAR* 11, 7-49.

Scullard, H. H., 2003: *From the Gracchi to Nero*, 5.ª ed., London, Routledge.

Seltman, Ch., 1955: *Greek Coins*, 2.ª ed., London, Methuen.

Seyrig, H., 1968: «Un petit portrait royal», *RA*, 251-256.

Shaw, B. B., 1992: «Explaining Incest: Brother-Sister Marriage in Graeco-Roman Egypt», *Man*, n.s., 27, 267-299.

Shenouda, S., 1976: «Naukratis», *PECS*, 609-610.

Sherk, R. K., 1984: *Rome and the Greek East to the Death of Augustus*, Cambridge, Cambridge University Press.

Simões Rodrigues, N., 1999: «O Judeu e a Egípcia: o retrato de Cléopatra em Flávio Josefo», *Polis* 11, 217-260.

Sjöqvist, E., 1954: «Kaisareion: A Study in Architectural Iconography», *OpRom* 1, 86-108.

Skeat, T. C., 1953: «The Last Days of Cleopatra: A Chronological Problem», *JRS* 43, 98-100.

Skeat, T. C., 1962: «Notes on Ptolemaic Chronology III: «The First Year Which Is Also the Third», A Date in the Reign of Cleopatra VII», *JEA* 48, 100-105.

Spaer, A., 1999: «The Royal Male Head and Cleopatra at Ascalon», en M. Amandry *et alii* (eds.), *Travaux de numismatique grecque offerts à Georges Le Rider*, London, Spink, 347-350.

Stähelin, F., 1921: «Kleopatra» (n.º 20), *RE* 21, 750-781.

Stanwick, P. E., 2002: *Portraits of the Ptolemies*, Austin, University of Texas Press.

Stok, F., 2008: «Apollonios of Kition», *EANS*, 113-114.

Stok, F., 2008b: «Herakleides of Alexandria», *EANS*, 373-374.

Stok, F., 2008c: «Zopuros of Alexandria», *EANS*, 860.

Strong, D., 1988: *Roman Art*, 2.ª ed., Harmondsworth, Penguin.

Suerbaum, W., 1980: «Merkwürdige Geburtstage», *Chiron* 10, 327-355.

Sullivan, R. D., 1990: *Near Eastern Royalty and Rome, 100-300 B.C.*, Toronto, University of Toronto Press.

Sutherland, C. H. V., 1974: *Roman Coins*, New York, Putnam.

Syme, R., 1960: *The Roman Revolution*, Oxford, Oxford University Press [ed. en esp.: *La revolución romana*, A. Blanco Freijeiro (trad.), Barcelona, Crítica, 2020].

Talbert, R. J. A. (ed.), 2000: *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton, Princeton University Press.

Tarn, W. W., 1932: «Alexander Helios and the Golden Age», *JRS* 22, 135-160.
Tarn, W. W., 1936: «The Bucheum Stele: A Note», *JRS* 26, 187-189.
Tarn, W. W., 1948: *Alexander the Great*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press.
Thompson, D. J., 1988: *Memphis under the Ptolemies*, Princeton, Princeton University Press.
Thompson, D. J., 1994: «Egypt, 146-31 B.C.», *CAH* 9, 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 310-326.
Thompson, D. J., 2000: «Athenaeus in His Egyptian Context», en D. C. Braund y J. Wilkins (eds.), *Athenaeus and His World*, Exeter, University of Exeter Press.
Thompson, D. J., 2003: «Cleopatra VII: The Queen in Egypt», en S. Walker y S.-A. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed*, London, British Museum.
Thür, H., 1990: «Arsinoe IV, eine Schwester Kleopatras VII, Grabinhaberin des Oktogons von Ephesos? Ein Vorschlag», *ÖJh* 60, 43-56.
Thür, H., 1995: «The Processional Way in ephesos as a Place of Cult and Burial», en H. Koester (ed.), *Ephesos: Metropolis of Asia*, Valley Force, Trinity Press International, 157-187.
Travlos, J., 1971: *Pictorial Dictionary of Ancient Athens*, London, Thames and Hudson.
Tronson, A., 1988: «Vergil, the Augustans, and the Invention of Cleopatra's Suicide-One Asp or two», *Vergilius* 44, 31-50.
Tucker, R. A., 1975-1976: «The Banquets of Dido and Cleopatra», *CB* 52, 17-20.
Turner, E. G., 1980: *Greek Papyri: An Introduction*, Oxford, Clarendon Press.
Ullman, B. L., 1957: «Cleopatra's Pearls», *CJ* 52, 193-201.
Vermeule, E., 1964: *Greece in the Bronze Age*, Chicago, University of Chicago Press [ed. en esp.: *Grecia en la Edad del Bronce*, C. Villegas (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1997].
Versnel, H. S., 1970: *Triumphus*, Leiden, Brill.
Vierneisel, K., 1980: «Die Berliner Kleopatra», *JBM* 22, 5-33.
Visonà, P., 1983: «A Tetradrachm of Cleopatra VII from Este», *SNC* 91, 47.
Volkmann, H., 1958: *Cleopatra: A Study in Politics and Propaganda*, T. J. Cadoux (trad.), New York, Sagamore Press [ed. or.: *Kleopatra: Politik und Propaganda*, München, R. Oldenbourg].
Volterra, E., 1978: «Ancora sul matrimonio di Antonio con Cleopatra», en H. H. Jakobs *et alii* (eds.), *Festschrift für Werner Flume* 1, Köln, O. Schmidt, 205-212.
Walker, S., 2001: «Cleopatra's Images: Reflections of Reality», en S. Walker y P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt*, London, British Museum, 142-147.
Walker, S., 2004: *The Portland Vase*, London, British Museum.
Walker, S., 2006: «Die *Portlandvase*. Ein Dokument augusteischer Propaganda gegen Kleopatra», en B. Andreae *et alii* (ed.), *Kleopatra und die Caesaren*, München, Hirmer, 184-193.
Walker, S., 2007: «Cleopatra in Pompeii?», *PBSR* 74, 35-46.
Walker, S. y Ashton, S.-A., (eds), 2003: *Cleopatra Reassessed*, London, British Museum.
Walker, S. y Higgs, P. (eds.), 2001: *Cleopatra of Egypt: From History to Myth*, London, British Museum.
Watkins, Th. H., 1997: *L. Munatius Plancus: Serving and Surviving in the Roman Revolution*, Atlanta, Scholars Press.
Weber, C., 2002: «The Dionysus in Aeneas», *CP* 97, 322-343.
Weill Goudchaux, G., 2001: «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en S. Walker y P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt*, London, British Museum, 128-141.
Weill Goudchaux, G., 2001b: «Was Cleopatra Beautiful? The Conflicting Answers of Numismatics», en S. Walker y P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt*, London, British Museum, 210-214.
Weill Goudchaux, G., 2003: «Cleopatra the Seafarer Queen: Strabo and India», en S. Walker y S.-A. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed*, London, British Museum, 109-112.

Weill Goudchaux, G., 2006: «Kleopatra Nahman», en B. Andreae *et alii* (eds.), *Kleopatra und die Caesaren*, München, Hirmer, 126-129.

Weill Goudchaux, G., 2006b: «Die Münzbildnisse Kleopatras VII», en B. Andreae *et alii* (eds.), *Kleopatra und die Caesaren*, München, Hirmer, 130-135.

Weill Goudchaux, G., 2006c: «Die *Venus von Esquilin* is nicht Kleopatra», en B. Andreae *et alii* (eds.), *Kleopatra und die Caesaren*, München, Hirmer, 138-141.

Whitehorne, J., 1994: *Cleopatras*, London, Routledge.

Whitehorne, J., 1997: «The Supposed Co-Regency of Cleopatra Tryphaena and Berenice IV (58-55 B.C.)», en B. Kramer *et alii* (eds.), *Akten des 21. Internationalen Papyrologenkongresses, Berlin 1995*, 3, Stuttgart, B.G. Teubner, 1009-1013.

Whitehorne, J., 2001: «Cleopatra's Carpet», en *Attii del XXII Congresso Internazionale di Papirologia, Firenze 1998*, Firenze, Istituto papirologico G. Vitelli, 1287-1293.

Wilhelm, A., 1934: «Ein Grabgedicht aus Athen», en R. Werner, *Mélanges Bidez*, Bruxelles, Institut de Philologie et d'Histoire Orientales, 1007-1020.

Williams, J., 2003: «Imperial Style and the Coins of Cleopatra and Mark Antony», en S. Walker y S.-A. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed*, London, British Museum, 87-94.

Williams, R. F., 1985-1986: «*Rei publica causa*: Gabinius' Defense of His Restoration of Ptolemy Auletes», *CJ* 81, 25-38.

Zucker, A., 2008: «Sostratos of Alexandria», *EANS*, 762.

César:
Guerra civil 3.4; *3.6-18*; *3.40*; *3.99*; *3.102*; *3.103*; *3.103-104*; *3.106-107*; *3.107*; *3.108*; *3.108-110*; *3.109*; *3.110*; *3.112*
Guerra de las Galias 6.24
Cicerón
Acerca de la ley agraria 1.1; *2.41-42*; *2.42*
Cartas a Ático 24; *26*; *92-93*; *119*; *226*; *229-231*; *301*; *347*; *362*; *374*; *377*; *381*; *393*; *394*
Cartas a los familiares 1.1.1; *1.1-8*; *1.7*; *7.24*; *8.4*; *12.11*
Cartas a Quinto 2.2; *2.3*; *3.1-6*
Cuestiones académicas
Del supremo bien y del supremo mal 5.89
En defensa de C. Rabirio Póstumo 4; *6*; *22-28*; *25*; *37-40*; *38*
Filípicas 2.85
Los reyes alejandrinos
Clemente de Alejandría, *Tapices 21.129.1-2*
Cosmas Indicopleustes, *Topografía cristiana 3.65*
Crinágoras de Mitilene *18*; *20*
Curcio *9.8.22*

Diodoro, *Biblioteca*
1.33; *1.83*
3.43.5
11.71; *11.74*
16.91-95
17.52
18.21.6-9
19.94
20.19.5; *20.113.1-2*
27.7;
30.2; 31.18.2
Diógenes Laercio *4.1*; *5.37*; *5.51-53*; *5.78*
Dion Casio
39.12; *39.12-16*; *39.57*; *39.60*
42.2-3; *42.3-5*; *42.11*; *42.12*; *42.20-21*; *42.26.1-2*; *42.34.3-6*; *42.35*; *42.36.3*; *42.36-38*; *42.38.2*; *42.39 40*; *42.42.4*; *42.44*; *42.50*
43.19.2; *43.20-21*; *43.27.3*; *43.51.2*
47.15.4; *47.30.5*
48.24; *48.39.2*; *48.40.6*; *48.54*
49.32; *49.33*; *49.34.1*; *49.38*; *49.40.3-4*; *49.41*; *49.44*
50.1-2; *50.2-3*; *50.2-51.5*; *50.4.5*; *50.5.3*; *50.6-51.3*; *50.15*; *50.20.7*; *50.25.3-4*; *50.26*; *50.28.5*
51.5.3-5.2; *51.4.8*; *51.6-10*; *51.8.2-3*; *51.10.4*; *51.10.4-15.1*; *51.11-14*; *51.11.15*; *51.13-14*; *51.14*; *51.15.5*; *51.17.7-8*; *51.19.6*; *51.21.8*; *51.22.3*
53.2.4
59.25.1
60.8-9
Dioniso de Halicarnaso, *Arqueología romana 20.14.1*

Elegiae in Maecenatem 1.53-54

Eliano, *Historias de los animales 5.27; 6.51; 9.11; 9.61*
Escolios a Aristófanes, Las Tesmoforiantes 1059
Esquilo,
Agamenón 149; Siete contra Tebas 217-218
Estobeo *2.7.2*
Estrabón, *Geografía*
2.1.20; *2.3.4-6*; *2.3.5*
5.3.8
10.5.3
11.13.3
12.3.34
13.1.30
14.1.14; *14.1.34*; *14.5.3*; *14.5.6*; *14.5.10*; *14.6.6*
16.2.41; *16.4.4*; *16.4.18*; *16.4.23*
17.1.5; *17.1.6*; *17.1.8*; *17.1.8-9*; *17.1.9*; *17.1.10*; *17.1.11*; *17.1.12*; *17.1.13*; *17.1.16*; *17.1.26*; *17.1.42*; *17.3.7*
Eusebio, *Crónicas 2.140*

Filón, *Embajada a Gayo 151*
Filóstrato, *Vidas de los sofistas 5*
Floro, *2.13.55-57*; *2.13.60*; *2.21.10-11*; *2.21.11*

Galeno (ed. Kühn) *1.305*; *12.403-405*; *12.434-435*; *12.492-493*; *13.432-434*; *14.235-236*; *14.237*; *19.767-771*
Gelio, *Noches áticas 1.10.4*; *7.17.3*
Guerra de África 8; *26*
Guerra de Alejandría 1; *4-9*; *13*; *15*; *19*; *23-25*; *25*; *26*; *31-33*; *33*

Heródoto *2.38*; *2.42*; *2.59*; *2.156*; *2.92*
Historia Augusta
Aureliano 27
Claudio 1
Probo 9.5
Treinta tiranos 37, 30, 32
Homero
Ilíada 2.204; *9.381-383*; *11.640*; *14.161-165*
Odisea 4.220-232; *4.351-362*; *14.245-286*; *17.426-444*
Horacio
Epístolas 2.1.56
Epodos 9.10-12
Odas 1.7; *1.37*
Sátiras 1.2; *1.3*;
2.3.239-241

Jenofonte, *Anábasis 1.2.23*
Josefo
Antigüedades judías
12.20-23; *12.103*; *12.235*
14.35; *14.98-99*; *14.127-137*; *14.191*; *14.319*; *14.324-326*; *14.394-491*; *14.407*
15.9; *15.22*; *15.23-38*; *15.89*; *15.90*; *15.91-96*; *15.92*; *15.96*; *15.96-103*; *15.97-103*;

15.110-111; *15.131-132*; *15.187-201*; *15.199-200*; *15.254-258*; *15.344*
Contra Apión 2.56-60; *2.57*; *2.60*
Guerra de los judíos
1.175; *1.187-194*; *1.226*; *1.242-245*; *1.243*; *1.279-285*; *1.290-357*; *1.344*; *1.360*; *1.361-363*; *1.364-365*; *1.364-385*; *1.365*; *1.386-400*; *1.394-396*; *1.398-399*; *1.440*
2.386
7.300-303
Juba de Mauritania (*FGrHist*. 275) *F1-3*; *F5-6*; *F28-34*; *F35-40*; *F41*; *F45*; *F47-54*; *F56-61*; *F62-76*; *F67*; *F71*; *F74-77*; *F78*; *F79*; *F87*; *F97*; *F100*; *F107*
Juliano, *Carta a Temistio*
Justino *26.3.2*; *41.2.6*

Livio
4.20.5-11
22.33.3
27.4.10; *27.30.4-12*
28.7.13-16
30.12-15
33.40.3
35.13.4
42.6.4-5
44.19.6-14
F54
Periocas 68; *Periocas 111*; *Periocas 112*; *Periocas 130*;
Periocas 131; *Periocas 132*; *Periocas 133*
Lucano
2.586-587
5.58-64
8.448; *8.448-449*; *8.472-712*
10.56-60; *10.67*; *10.82-84*; *10.107-171*; *10.111-171*; *10.136-171*; *10.141-143*; *10.172-331*; *10.189-192*; *10.268*
Luciano, *Cómo debe escribirse la Historia 62*

Macrobio, *Sátiras 3.17.14*
Malalas
8.197
9.216; *9.217*; *9.218*; *9.219*
Marcial *4.59.5-6*; *4.11-20*
Minucio Félix, *Octavio 23.1*

Nicolás de Damasco, *Vida de Augusto 20*

Oráculos sibilinos 3.350-380
Orosio *6.15.31-32*; *6.19.20*
Ovidio, *Metamorfosis 15.825-828*

Paulo de Egina *3.2.1*
Pausanias *1.6.2*; *1.6.3*; *1.6.8*; *1.7*; *1.9.3*; *8.46.5*
Plinio, *Historia natural*
2.39-40

5.11; *5.58*
6.174; *6.183*
8.4
9.119-121; *9.122*
12.56-81
18.211-212
19.22
21.12
25.5-7
30.4
32.3-4
33.50; *33.136-137*
34.31; *34.58*
36.69; *36.83*
37.24
Plutarco
Alejandro 27.6
Antonio 2.3; *3*; *10.3*; *12*; *24*; *25.3*; *26*; *27*; *28*; *28-30*; *30-31*; *33*; *35*; *36*; *37*; *37-51*; *50*; *52-53*; *54*; *55*; *56-68*; *58*; *59*; *60*; *61.3*; *63.3*; *64.2*; *65-69*; *67*; *68.4*; *69*; *69-71*; *71*; *71-77*; *72*; *73.3*; *75.4*; *76*; *76-77*; *77.1*; *78-86*; *80*; *81*; *81-82*; *82.2*; *83*; *84-86*; *85*; *86*; *87*
Bruto 2; *20.4*
Camilo 22.3
Carta a Apolonio 33
Catón el Joven 34-36
Cayo Graco 4.3-4
César 48.4; 49
Charlas de sobremesa 1 (612d)
Cimón 18.6-7
Cleómenes 10.6
Comparación entre Demetrio y Antonio 1.3; *4.1*; *5.2*
Craso 13.1
Isis y Osiris 16
Pirro 4.11; *18-21*
Pompeyo 23.7-8; *49*; *73-76*; *76*; *77-80*; *80.6*
Sobre la fortuna o virtud de Alejandro 8
Tiberio Graco 1.4
Polibio *1.14.4*; *9.11a*; *16.34.3*; *18.1.14*; *18.50.5*; *28.1*; *28.18-20*; *29.27.1*; *31.10*; *31.17-20*
Porfirio, *Comentario a Horacio, Sátiras 1.2*
Porfirio (*FGrHist*. 260) *F2*; *F47*; *F48*
Posidonio *T113*
Propercio *2.31.1-4*; *3.11.46*; *3.11.53*

Séneca (el Viejo), *Suasorias 1.6-7; 1.7*
Séneca (el Joven)
Cartas 87.16
Consolaciones a Marcia 3.4.2-4; *14.2*
Cuestiones naturales 4a
Sobre la ira 3.23.4-7
Sobre la tranquilidad 9.5; *11.12*

Sidonio, *Cartas 8.12.8*
Sócrates de Rodas (*FGrHist*. 192) *F1*
Sofronio de Damasco, *Crónica de los Milagros de los Santos Ciro y Juan 54*
Sorano, *Ginecología 4.12.5*
Suda
    Dídimo
    Dioscúrides
    Habrón
    ἡ☒ίεργον
    Juba
    Quelidón
    Timágenes
    Trifón
Suetonio
    Augusto 17.3; *17.4*; *17.5*; *18.1*; *69*; *89.1*
    Cayo 35.1-2
    Divino Julio 35; *44*; *52*; *76.3*

Tácito
    Anales 2.53; *2.59-61*; *4.23*; *4.40*
    Historias 5.9
Teócrito *17*; *17.77-81*; *17.86-90*
Teofrasto, *Historia de las plantas 9.6*
Tolomeo VIII (*FGrHist.* 234) *F7-8*
Tucídides *1.104*

Valerio Máximo *1.1.19*; *4.1.5*; *5.1ss*
Veleyo Patérculo *2.31*; *2.82*; *2.83.2*; *2.84*; *2.85*; *2.87.1*
Virgilio, *Eneida*
    1.697-756; *1.723-727;*
    4.172; *4.338-339*
    8.671-713; *8.685-688*; *8.688*; *8.689-700*; *8.697*

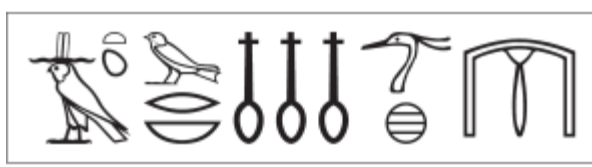
Zonaras *10.31(531)*

FUENTES EPIGRÁFICAS

CIL 3.7232; *14.2610*
IG 2.2.4994
Kaibel, *Epigrammata graeca 118*
OGIS 129; *172*; *186*; *194*; *195*; *196*; *741*
Pouilloux *et alii*, *Testimonia Salamina 2, nº 87*
SEG 9.7

PAPIROS

BGU 1760; *1762*; *1835*; *1843*
Lenger, *Corpus 73-76*
Papiros de Oxirrinco 1241; *1629*
Select Papyri (Loeb) 209; *416*
Papiros de Tebtunis 33



wr(t) nb(t) nfrw ꜣḫ(t)-sḥ
«La grande, señora de perfección,
excelente en el consejo»

ḳlỉ-pꜣ-drꜣ nṯrt mr(t) ỉt.s
«Cleopatra, la diosa, amada
de su padre»

Titulatura real de Cleopatra VII

según los registros jeroglíficos.
Arriba, nombre de Horus;
abajo, nombre de nacimiento.
Templo de Hathor, Dendera.